

ALFREDO CERNUDA



LA
CENTÉSIMA
PUERTA



Max Estrella
Ediciones

La centésima puerta

Alfredo Cernuda

La centésima puerta



Max Estrella
Ediciones

Primera edición: noviembre de 2017
Segunda edición: abril de 2018

©Grupo Editorial Max Estrella
©Alfredo Cernuda
©La centésima puerta
©Portada de Alexandra Osbourne ArtWorks

ISBN: 978-84-17008-16-1
ISBN Digital: 978-84-17008-17-8
Depósito Legal: M-28116-2017

Max Estrella Ediciones
Fernández de la Hoz, 76
28003 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com
www.maxestrellaediciones.com

A Patricia, por creer en mis mundos

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

E-nu-ma e-liš la na-bu-ú ša-ma-mu
šap-li-iš am-ma-tum šu-ma la zak-rat
Apsû—ma riš-tu-ú za-ru-šu-un
mu-um-mu Ti-amat mu-al-li-da-at gim-ri-šu-un. [...]
šu-ma la zuk-ku-ru ši-ma-tú la ši-ma.

[Cuando en las alturas, el Cielo no había sido aún nombrado,
y debajo, la Tierra no había sido mencionada por nombre,
nada existía excepto Apsû, el antiguo, su creador,
y el caos, Tiamat, del que todo fue generado. [...]
Ninguno tenía un nombre cuando los destinos no se habían aún establecido].

Enûma elish,
Poema Babilónico de la Creación.

Quien controla el pasado, controla el presente,
y quien controla el presente, controla el futuro.

ORWELL



PRÓLOGO

Entre el 5 y el 23 de abril de 2003, cuando Bagdad cayó en poder del ejército estadounidense, bandas de saqueadores vaciaron el Museo Nacional de Iraq. Alrededor de 170.000 piezas del museo, la mayor colección de antigüedades de Sumeria, Babilonia y Asiria, desaparecieron o fueron destruidas, incluidas tablillas cuneiformes de 5.000 años de antigüedad, la primera forma de lenguaje escrito. El 13 de abril, la Biblioteca Nacional de Iraq, sede de los archivos nacionales y de algunos de los libros más valiosos del mundo, ardió en llamas. También fue destruido el Museo de Hammurabi, el legislador más importante de Mesopotamia, en cuya sala principal se encontraba el lema: «Yo, Hammurabi, establecí la Justicia en el mundo para destruir la maldad y evitar que los poderosos opriman a los débiles». Sin duda, toda una declaración de principios que alguna clase elitista denostaba leer. Mientras ocurrían estas catástrofes, soldados estadounidenses protegían las instalaciones de gas y petróleo de Kirkuk.

¿Fue planificado el saqueo con anterioridad a la invasión? ¿Por qué se llevó a cabo? ¿Con qué finalidad se ha destruido la memoria de la humanidad? En el Pentágono, miembros federales del Departamento de Estado y del Departamento de Defensa de Estados Unidos, se reunieron en secreto en enero de 2003 con la ACCP (American Council for Cultural Policy). La ACCP creada seis meses antes por el ex-dirigente de la Organización Sionista Mundial Guido Goldman, agrupa a hombres de negocios, abogados e intermediarios de arte de dudosa trayectoria. La ACCP, está a favor de abolir en los países soberanos las políticas proteccionistas sobre el patrimonio histórico, es decir, abogan por la libre comercialización de objetos robados en otros países. El juego que realizó la importante ACCP está indudablemente marcado en el centro del expolio, como promotores y beneficiarios. El gobierno de George Bush, contraviniendo la legislación internacional, no

protegió ni el museo ni la biblioteca, se limitó a ser el colaborador necesario. Desde el día en que las tropas entraron en Bagdad hasta que el museo fue protegido, pasaron dos semanas. Las imágenes del derribo de la estatua de Sadam Husein, consiguió desviar la atención del auténtico saqueo.

McGuire Gibson, profesor del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, dijo en una conferencia de prensa en París: «Es una catástrofe, una lobotomía. Se ha extirpado la memoria más profunda de toda una cultura, una cultura que ha sobrevivido miles de años. Había 5.000 años de registros escritos; ni siquiera los materiales egipcios se remontan tan atrás. Es un crimen[...]. Cuando menos una parte del robo fue una acción planificada y muy deliberada».

«En cierto sentido, es una guerra total contra el pasado», dijo el profesor John Russell del Colegio de Arte de Massachussets.

El presidente Chirac calificó estos robos de «crímenes de lesa humanidad» insinuando que pudieron ser ordenados por un gobierno

«Estaban informados. Todo pudo ser evitado. Creo que no había habido un pillaje de la magnitud de la que estamos viendo desde la II Guerra Mundial». Denuncia Jeremy Black, especialista de Irak antiguo en la universidad de Oxford.

El diario británico *The Independent* publicó que los ordenadores del Museo Nacional de Bagdad, que contenían el inventario de las colecciones, fueron objeto de actos de vandalismo y se duda que las informaciones almacenadas en sus discos duros puedan ser recuperadas. La desaparición de dicho inventario complicaría el modo de impedir la reventa de las obras en el mercado negro.

Donny George, director de investigaciones y estudios del Museo Nacional Iraquí de Bagdad: «Los ladrones eran profesionales. Es una operación de robo organizado».

Dr. Irving Finkel del Museo Británico: «El saqueo era totalmente previsible y fácilmente podría haber sido detenido».

Gil J. Stein, profesor de arqueología en la Universidad de Chicago: «Estaban buscando objetos muy específicos. Ellos sabían dónde buscar».

Ingrid Bejarano, profesora de Estudios Árabes Islámicos de la Universidad de Sevilla: «Lloré cuando vi el edificio en llamas, lloré por lo que estaba desapareciendo, no solo para el pueblo iraquí, sino para todos nosotros. Han desaparecido manuscritos medievales de literatura andalusí y de prosa rimada de valor incalculable».

«He acusado a Donald Rumsfeld de ser el Joseph Goebbels del señor George W. Bush», dijo a la AFP Fernando Báez, escritor que ha sido declarado persona *non grata* en Estados Unidos.

Robert Fisk, periodista de *The Guardian*. (Traducción: Paloma Valverde):

«Ayer [14 de abril] se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Fue el último capítulo en el saqueo de Bagdad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional, un tesoro de valor incalculable de documentos históricos –incluyendo los antiguos archivos reales de Iraq– se convirtieron en cenizas a 3.000 grados de temperatura. Las tropas estadounidenses no hicieron nada. Cuando vi desde mi ventana la Biblioteca Coránica ardiendo en llamas de 30 metros de altura, corrí a las oficinas de los ocupantes, la Oficina de Asuntos Civiles de los marines de EEUU, les di el plano de situación, el nombre exacto en árabe y en inglés y dije que el humo se podía ver desde una distancia de casi 8 kilómetros y que solo tardarían cinco minutos en llegar allí. Media hora más tarde, no había ni un estadounidense en el lugar de los hechos y las llamas alcanzaban los 60 metros de altura. [...] Durante casi mil años, Bagdad fue la capital cultural del mundo árabe, la población más culta de Oriente Medio. El nieto de Gengis Kan quemó la ciudad en el siglo XIII, y se dice que las aguas del río Tigris discurrían negras por la tinta de los libros. Ayer, las negras cenizas de miles de documentos antiguos llenaban los cielos de Iraq. ¿Por qué?»

Tessa Jowell, ministra de Cultura británica, prometió que su gobierno aportaría 15 millones de libras esterlinas para la protección de los yacimientos arqueológicos, pero la promesa enseguida se olvidó y el gobierno de Reino Unido nunca llevó a cabo tal programa.

«Son cosas que pasan. [...] La libertad turba, es desordenada. Los seres humanos no son perfectos». Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa estadounidense.

Ninguno de los «presuntos» responsables del robo ha sido llevado ante los tribunales. Solo dimitieron tres personas para evitar que el escándalo salpicara a la Casa Blanca: Richard S. Lanier, Gary Vikan y Martin Sullivan, presidente de la Comisión de Asuntos Culturales y asesor de George Bush.

CAPÍTULO 1

NUEVA YORK (1973)

Emma se levantó con sigilo de la cama. Faltaban cinco minutos para las doce de la noche, las niñas del orfanato llevaban tres horas durmiendo. Había medido escrupulosamente los tiempos para que nadie avisara de su huida. El reverendo Wortington siempre era el último en retirarse; a las once y cuarto apagaba la luz de la entrada y solía recorrer, entre bostezos, los veinte metros de pasillo hasta llegar a su habitación. A las once y media comenzaba a roncar.

—Vamos, date prisa —le urgió a su hermana en voz baja.

—Tengo miedo.

—Tranquila, Mary. William nos llevará a un lugar seguro. Hay mucha gente espiritual, ellos nos ayudarán.

Caminaron de puntillas para no despertar al resto de compañeras que dormían en la sala cuarta. Una luz sucia entraba por la bóveda del techo convirtiendo la estancia en un mausoleo gris. Una de las chicas se levantó de la cama. Era Theodora camino del servicio, las rendijas de su rostro conformaban una máscara fría; se agazaparon detrás del aparador de ropa blanca con las mandíbulas tensas, sin cerrar los ojos. El terror les hacía creer que sus parpadeos sonaban en el silencio, como las agujas del reloj de la pared. Cuando oyeron los goznes de la puerta del servicio, se precipitaron hacia la salida conteniendo la respiración. Chester, un pastor alemán con más años que el orfanato, se encontraba tumbado en el pasillo. Levantó la cabeza al olfatearlas y luego volvió a posarla para seguir durmiendo. Abrieron con cautela, impidiendo que sonara la campana de bienvenida que colgaba del dintel. Fuera llovía con insidia. El jardín se había convertido en un terreno resbaladizo, las pisadas se hundían en el barro y corrían entre resbalones y vistazos al edificio, recelosas de que se encendiera alguna luz. William las

esperaba detrás del seto. Había podado un agujero para que pudieran atravesarlo por debajo.

—Primero tú —dijo Emma.

Mary se tiró al suelo y se arrastró por el fango, pero la ramiza se le enganchaba desgarrándole la ropa.

—Es muy pequeño, no puedo seguir.

—Vamos, Mary, no tengas miedo.

Se encendieron las luces de la planta baja y a continuación, la figura del reverendo Worthington apareció en la puerta. Theodora estaba a su lado mostrando una sonrisa de dientes puntiagudos.

—¡Eh! ¿¡Quién anda ahí!? —gritó enfocando con una linterna.

—Deprisa, Mary.

—¡No puedo!

—¡Vamos, reverendo, se van a escapar! —gritó Theodora con su voz atiplada y desagradable.

El reverendo bajó los dos escalones hasta al jardín mirando hacia el cielo. Las rachas de viento hacían impredecible la trayectoria de la lluvia. Chester salió a la puerta, olfateó los pies de la niña delatora y emitió un ladrido sordo.

—¡Chester, búscalas! —ordenó Theodora.

El perro volvió a ladrar sin moverse de la puerta.

—Tira de ella, William, y recógeme donde siempre.

Emma echó a correr hacia la verja de la puerta principal para llamar su atención.

—¿Qué diablos...? —murmuró el reverendo enfocando hacia ella la linterna.

Emma huía en zigzag para evitar el haz de luz. Al bordear el macizo de hortensias, su pie izquierdo se quedó clavado en el barro y cayó al suelo. Mientras permanecía inmóvil, el miedo se fundió en su piel repeliendo el agua que la empapaba. La distancia hasta la verja no sería de más de cincuenta metros. Se giró hacia el reverendo que se aproximaba a paso lento, maldiciendo la tormenta.

—¡Chester, atrápala!

Chester lanzó un gemido gutural y volvió al interior. Theodora se mordió los labios con rabia. Abría y cerraba la puerta para que sonara la campana y el personal acudiera al jardín.

—¡Se escapan! ¡Se escapan! —gritó enrabiada.

Se arrastró a gatas unos metros, luego se incorporó cojeando, el tobillo le

dolía mucho pero no podía detenerse. Las ventanas comenzaron a iluminarse paulatinamente, sin orden. En la puerta aparecieron dos monjas gritando al reverendo para que apremiara el paso. Emma llegó a la verja y comenzó a trepar por los hierros.

—¡Te vas a matar! —exclamó más preocupado por no embarrarse que por detenerla—. ¡Vuelve aquí!

Theodora, empujada por la cólera, emprendió una veloz carrera hacia ella. Cada dos o tres zancadas imprecaba un grito agudo de rencor. No tardó en superar al reverendo, que se había detenido delante de un enorme charco, pero cuando consiguió alcanzar la verja, Emma, en el otro lado, se deslizaba por los barrotes de hierro. A continuación, miró por última vez al edificio y a la delatora.

—Adiós.

La máscara fría se congeló como un témpano de odio.

Una hora más tarde, cojeando y encharcada, llegó al cruce donde había quedado con William. Se subió al coche en el asiento de atrás, junto a su hermana pequeña.

—Vámonos.

Se recogió el pelo en una coleta y sacó de su bolsa un cuadro pequeño, una copia de *El portador de incienso* de John Lavery.

—Toma, Mary. Quiero que lo conserves. Será nuestro amuleto, siempre nos mantendrá unidas.

*

Las personas más influyentes de Nueva York y algunas autoridades de diferentes países, habían sido invitadas al coctel de inauguración de las Torres Gemelas que se ofrecía en el restaurante Windows on the World. Minoru Yamasaki, arquitecto principal, conversaba con el alcalde John Lindsay y continuamente se veía interrumpido por las felicitaciones de los asistentes.

—No vamos a poder hablar —dijo entre risas Lindsay—. Señor Yamasaki, ¿qué le parece si hacemos un hueco en la agenda y quedamos para comer la próxima semana?

—Será un honor, alcalde —contestó Minoru.

—Mi secretaria se pondrá en contacto...

Lindsay no pudo acabar la frase, Abraham Beame le interrumpió.

—Felicidades, John. Las Torres Gemelas marcarán un hito en la historia de Nueva York. Y se han construido en tu mandato.

—Gracias, Abraham.

—Has tenido suerte —continuó—. Por unos meses, no soy yo el alcalde que las inaugura.

Todos rieron la broma, a pesar de que Abraham Beame no bromeaba.

—Te presento a Minoru Yamasaki. Es el arquitecto de este complejo maravilloso.

Los fotógrafos dispararon sin cesar para captar el saludo de Beame y Yamasaki, con la figura de John Lindsay en el centro. El presente y el futuro de Nueva York en la misma imagen.

Cuando Michael Fellerstone llegó a la planta 106, donde se encontraba ubicado el restaurante, la euforia por las torres más altas del mundo se diluía entre el champán. Fellerstone odiaba las fiestas. El secretario de estado, Henry Kissinger, le había pedido que acudiera. El World Trade Center debía ser reconocido como el punto neurálgico del comercio en el mundo, un símbolo del poder, y necesitaban la asistencia de los empresarios más importantes. Además, mantendrían una reunión con militares del ejército chileno que, aprovechando su estancia en Nueva York, iban a presentarse en la celebración.

—Unas preguntas para el *Washington Post*, señor Fellerstone —le pidió una periodista—. ¿Usted aconsejó la construcción del complejo en el Bajo Manhattan?

—¿Acaso no tenéis suficiente con el Watergate? —soltó un gruñido sin detenerse.

Un enjambre de fotógrafos le salió al paso impidiéndole avanzar entre los invitados. El secretario de Henry Kissinger acudió rápidamente en su ayuda.

—Señor Fellerstone.

—Hola, Tommy. ¿Dónde está Henry?

—Acompáñeme.

Rodearon la barra del restaurante entre saludos de políticos y empresarios conocidos. Todos querían agradecerle algo o simplemente ser amables con uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Salieron por la puerta de atrás a un pasillo poco iluminado. Fellerstone refunfuñó al llegar a las escaleras.

—Solo tendrá que descender dos pisos —se justificó el secretario—. Es por seguridad, señor.

Fellerstone odiaba las fiestas, a los periodistas y sobre todo hacer ejercicio. Se pasó los dedos por las pobladas cejas con un gesto de fastidio. A partir del segundo tramo, los agentes de policía se sucedían cada tres metros.

Cruzaron unas puertas batientes y Tommy se detuvo delante de un guardaespaldas con pinta de exmarine, este consultó en voz baja por el transmisor que llevaba en la muñeca. Henry Kissinger no tardó en salir del despacho a recibirle.

—¡Michael! —le saludó con un efusivo abrazo—. Adelante.

Habían habilitado una sala de juntas. La mesa era enormemente alargada, de un laminado parecido a la madera, con las patas metálicas. Al fondo, distanciados de los demás como si permanecieran en cuarentena, estaban sentados dos hombres desconocidos. A la derecha se encontraba James Schlesinger, director de la Agencia Central de Inteligencia, con dos ayudantes. Un asesor de Henry Kissinger escribía datos en una pizarra blanca.

—Michael, te presento al general Augusto Pinochet y al general Oscar Bonilla. Él es Michael Fellerstone.

—No nos conocíamos, señor Fellerstone —dijo el general Bonilla—, pero sabemos que usted ha invertido mucho dinero en nuestro país.

—Exacto, demasiado diría para los escasos resultados —contestó Fellerstone sentándose frente a los militares—. He financiado a Patria y Libertad¹, al periódico *El Mercurio*, a dos emisoras de radio y, a cambio, el señor Allende ha nacionalizado mis compañías mineras.

Henry Kissinger carraspeó para cortar el áspero diálogo.

—Si me disculpas, Michael. Robert Sullivan estaba detallando las operaciones que hemos realizado con poco éxito en Chile. Adelante, Robert.

Sullivan continuó detallando la desestabilización que desde la administración Kennedy, en 1964, se había llevado a cabo en el país: la infiltración de agentes en partidos, sindicatos y organizaciones estudiantiles; la propaganda anticomunista masiva, intentando influir en la población a través de los medios de comunicación; la financiación del candidato, Eduardo Frei, para impedir la llegada al poder de Salvador Allende; el entrenamiento de milicias; la creación de un grupo de acción cívica contra la influencia comunista.

—En definitiva —dijo Henry Kissinger cortando a su asesor—, hemos realizado fuertes inversiones para desacreditar a su gobierno. No hemos permitido que llegue ni un tornillo a Chile, como dijo nuestro embajador, ¿y qué hemos conseguido?

Los militares bajaron la cabeza. Allende seguía contando con el apoyo del pueblo.

—Señores —dijo James Schlesinger—, ¿cuándo van a dar el golpe de

estado?

—¿Ustedes nos apoyarán? —preguntó el general Bonilla en voz baja.

—¿Más? —soltó un ayudante de Schlesinger levantando los brazos con impaciencia—. ¿Quieren que enviemos a nuestro ejército para que acabe con sus comunistas?

—Andy, por favor —medió Kissinger—. Nuestro gobierno está... sufriendo un ataque desmedido por el caso Watergate. Debemos andar con pies de plomo para que no nos responsabilicen de nada más. Por esa razón está aquí Michael Fellerstone.

Fellerstone, con gesto aburrido, se arrancaba un pelo rebelde de la ceja izquierda. Observó a los militares, en especial a Augusto Pinochet, el general tenía la vista clavada en la mesa y no había abierto la boca.

—Señores, yo financiaré el golpe. Suministraré armas, dinero e invertiré con mis empresas para reflotar su economía. Ustedes me concederán los derechos de la explotación minera. Pero no puedo arriesgarme a que, en pocos años, vuelva a haber revueltas y huelgas. Por esa razón, pondré dos condiciones. Una: declarará el «Estado de Guerra Interno» mediante un decreto ley y el país quedará cerrado al mundo durante una semana. En esos siete días, deben eliminar a los comunistas de la manera más sangrienta posible, deben sembrar el pánico para que ningún chileno se atreva ni a pensar en levantarse contra el nuevo gobierno.

Augusto Pinochet levantó la mirada de la mesa. Fellerstone pudo reconocer un brillo de odio en sus ojos.

—De cuando en cuando, la democracia debe bañarse en sangre para seguir siendo democracia —dijo el general Pinochet.

—Y la segunda condición es que el golpe de estado debe realizarse el 11 de septiembre.

—¿Por qué el 11 de septiembre? —preguntó Sullivan.

Henry Kissinger sonrió al escuchar la fecha.

—El 11 de septiembre siempre es un buen día para derribar muros —respondió Fellerstone mirando la torre sur completamente iluminada. Sintió una punzada en el estómago, lo atribuyó a que no se sentía cómodo en las alturas—. Y ahora, dejaré que discutan mi oferta —añadió levantándose—. James, Henry.

Abandonó la sala mientras Aaron, el otro ayudante de Schlesinger, les apuntaba que disponían de cinco meses para preparar centros de detención y tortura en cada ciudad del país.

—¿Se marcha ya, señor Fellerstone, o quiere tomar una copa? —le preguntó Tommy en el pasillo.

—No, sácame de aquí y evitando a la prensa por favor.

Atravesaron el pasillo en dirección a los ascensores del área norte. Tommy comunicó por el transmisor que el coche del señor Fellerstone debía estar preparado en la puerta F. Una pareja de agentes retenía un ascensor para que fuera usado exclusivamente por el secretario de estado y su personal. Se subieron.

—¿Qué le parecen las torres, señor Fellerstone?

—Demasiado altas —contestó.

—Sí —sonrió Tommy—. A esta altura parece que tocas el cielo.

—Yo prefiero pisar los infiernos.

Cuando llegó al coche le esperaba una desagradable noticia. Su hombre de confianza, Thomas Stein, tosió varias veces antes de comunicársela.

—Señor, Emma y Mary han huido del orfanato.

Fellerstone acomodó la espalda expulsando un bufido. Thomas Stein era un hombre enjuto y nervudo, llevaba veinte años trabajando para él con total discreción. Los médicos le habían diagnosticado cáncer de pulmón.

—¿Y Theodora? —preguntó mordiendo con rabia las sílabas del nombre.

—Se dio cuenta demasiado tarde. Ni ella, ni el reverendo Wortington consiguieron evitarlo.

—¡Inútiles! —gritó golpeando el asiento delantero.

—Siguiendo el protocolo, he ordenado que la lleven a la casa blanca. Dean ya está esperándole allí.

Michael Fellerstone se clavó las uñas en la mano. Había depositado muchas esperanzas en las dos hermanas. Notó la misma punzada en el estómago que cuando observaba la torre sur del World Trade Center. Un impulso de venganza, de destrucción, le amorató las ojeras. Su furia quedó amortiguada por otra tanda de toses.

—¿Cuántos años tiene tu hijo, Thomas?

—Noah tiene doce años, señor.

—Me ocuparé de sus estudios.

—Gracias, señor —Y volvió a toser.

La casa blanca era un edificio alargado, de una sola planta, con muros de cemento pintado en blanco. Allí se castigaba a quien se saltaba las normas. Disponía de un cuarto con espejo para observar el comportamiento de los rebeldes, igual que en las salas de interrogatorios de la policía. Fellerstone

había ordenado instalar una cámara.

Theodora se movía nerviosa por el espacio rectangular. Miraba con repugnancia las manchas de sangre en las paredes y en el suelo. El retrete anclado en una de las esquinas estaba ennegrecido. Ni siquiera le habían permitido cambiarse de ropa y caminaba de una pared a otra con el camisón de dormir y en zapatillas. Tenía frío. Frío y miedo.

—Theodora.

La voz de Michael Fellerstone se escuchaba a través de unos altavoces instalados debajo del espejo. La niña se volvió hacia allí y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Señor Fellerstone, yo no tengo la culpa. Avisé al reverendo pero está viejo y no pudo detenerlas. Yo salí corriendo detrás de Emma al ver que se le escapaba, cuando quise agarrarla ya era tarde —soltó la retahíla mezclando hipidos cada tres palabras.

—¿Cuál era tu obligación, Theodora?

—Vigilarlas. Y cumplí, señor. Avisé al reverendo y luego toqué la campana para que saliera todo el personal al jardín. No es culpa mía, perdóneme, señor, perdóneme. —Las lágrimas le impidieron seguir hablando.

—Me has fallado.

Fellerstone hizo una señal y en la habitación entró Dean. Pesaba más de cien kilos, tenía los brazos llenos de tatuajes con símbolos satánicos y desde la mejilla derecha, descendiendo hasta la mitad del cuello, la piel se le enrojecía con cicatrices de quemaduras. Theodora retrocedió un par de pasos y comenzó a gritar aterrorizada. Cuando estuvo a su altura, la golpeó con tal fuerza que rodó hasta el retrete.

—¡Graba! —ordenó Fellerstone con una respiración cercana al placer.

IRAK (2003)

El sol se ha despertado cobarde. Necesito silabear las palabras por el cansancio acumulado y hasta mi lengua, que fuera tachada de excesivamente ágil, deambula con torpeza por las frases que se empinan ingratas, a causa de esta pesadilla en donde nunca quise entrar y, de la que temo, nadie conseguirá salir. Yo, llamado Sag-giga por requerimiento del destino, pero nacido bajo otro nombre para la justa gloria de mi familia y que, por seguridad de la misma, enterré en la puerta de Jurasan, al huir de El Regalo de Dios o Bagdād, como es conocida la ciudad que eclipsó a Ctesifonte, y hoy se postra

humillada, regando sus calles con sangre que jamás debió abandonar sus sagrados cauces, no puedo permanecer más de tres días en el mismo lugar para que la gente no se habitúe a mi rostro, ni al tono suave de mi voz, agravada por el humo que respiré intentando salvar el mayor número de ejemplares, cuando incendiaron la Biblioteca Nacional. ¡Un millón de libros quemados!

Llora Ká.dingir, llora Kalkhu y Ninua, Ki-en-gi² ha sido borrada de la historia de la humanidad. La primera civilización del mundo ha sido ultrajada, mancillada y suprimida su sabiduría aprovechando la codicia del petróleo.

Occidente nos vigila desde su azotea, pero su mirada está ciega por la altura de los muros que levanta para separarnos. Nos temen. Temen ese dolor de la mano que se extiende con las caricias deshechas, temen que reclamemos lo que es nuestro, lo que es vuestro, lo que siendo de todos, solo disfruta una minoría que siembra de caos y de guerra el mundo, para que nuestras mentes únicamente se ocupen de llorar por los seres queridos cuyo semblante será ajeno a la sonrisa. ¿Dónde se encuentra la humanidad? ¿En qué vértice de la locura se esconde para creer que el cielo es un reflejo que se habita en soledad? Los que callan ante la injusticia, ignoran que ese silencio nunca crea horizontes, crea una colosal tela de araña, donde irán atrapando a los hombres bajo el poder de una élite decidida a eliminar la libertad y a convertirnos en esclavos.

Todos nos estremecemos al leer las antiguas crónicas de la barbarie en la plaza de la Ópera, cuando aquél 10 de mayo de 1933 los nazis hicieron una hoguera a las doce de la noche para quemar libros. Berlín fue testigo. Berlín colocó una placa conmemorativa para que nunca más se repitiera tal infamia. Y yo, hoy, no coloco una placa, sino un ruego: no dobléis el rostro para huir del espejo.

¿Por qué Berlín calla hoy? ¿Por qué el mundo mira hacia otro lado ante la destrucción y robo de la biblioteca de Asurbanipal, o de la de Slippar que contenía trozos de la *Epopéya de Gilgamesh*, o de la crónica del diluvio, o de las miles de tablillas sumerias, acacias y sasánidas?

Tu llegada es la vida,
tu entrada en la casa es abundancia,
yacer junto a ti es mi mayor gozo,
dulce mía, deleitémonos en el lecho.

Ya nadie se aprenderá estos versos del poema de amor de Shulgi, ni conocerá los conjuros de Sagburru, ni se deleitará con las estatuillas de la

diosa Inanna y su viaje por los cielos hacia el Apsu, donde engañó a En.ki³ para ofrecernos las reglas con las que se puede gobernar la creación. Vuelve diosa del amor y de la guerra, protectora de la ciudad de Unug, vuelve, y conociendo el camino al inframundo, destierra allí a los verdugos de tu memoria.

*

3503 3512 3521 4304 4205 4214 4223 4232 4241 4304 4313 4403 5033 5042 5051 5060 6023 6041 7103 7112 7220 8003 8102 8111 8120... todos los días, por consejo del director Abdul Âkil, repito sin pausa los números de catálogo de los objetos sustraídos del Museo Nacional, para fijar en mi memoria lo que ellos pretendieron borrar. Han hecho desaparecer las listas, han destruido los discos duros de los ordenadores con la información de las piezas archivadas, incluso han asesinado a personas que podían aportar algún dato sobre ellas. ¡Oh, Alí! Mi bien amado Alí.

Alí era un muchacho de gran talento, a quien el director había enviado a Florencia para acabar sus estudios. Aún recuerdo sus emocionantes conversaciones sobre *Firenze*, como a él le gustaba pronunciar en italiano, contándonos las maravillas renacentistas que habían conquistado su corazón: la cúpula de Santa María dei Fiore, el Ponte Vecchio, el museo de los Uffizi, la Galería de la Academia. Pero sus descripciones siempre se afilaban de forma minuciosa con la narración de sus múltiples estancias en la Biblioteca Laureniana, diseñada por Miguel Ángel Buonarroti. Los miembros del equipo nos quedábamos con la respiración suspendida, escuchando la belleza y el valor filológico de los incunables.

A su vuelta de Italia, Alí puso en marcha la página oficial de nuestra biblioteca y el archivo donde íbamos registrando los numerosos objetos de arte que estas sagradas tierras, bañadas por el Diÿla⁴ y el Al-Furat,⁵ tienen a bien concedernos. Una mañana, después de que la ciudad ya hubiera sido saqueada e incendiada, se dirigía a las oficinas para seguir haciendo listas de los tesoros y de la memoria expoliada a la humanidad, cuando un automóvil le cerró el paso. Se bajaron cuatro hombres armados y Alí comprendió enseguida que la vida pende de un hilo demasiado frágil para confiarla a la justicia o a la clemencia. De una patada derribó al más próximo y, saltando por el maletero del coche, consiguió asestar un puñetazo en la boca de un segundo que pretendía cortar la huida. Su carrera entre el gentío, que se abrió como un impasible abanico convirtiéndole en un blanco fácil, apenas duró seis o siete

metros. Un disparo le alcanzó en una pierna y aunque intentó arrastrarse suplicando ayuda, los soldados andaban a esas horas vigilando los campos petrolíferos de Kirkūk. Los pistoleros se acercaron despacio y le descerrajaron tres tiros a sangre fría. Uno en el estómago, otro en el pecho y el tercero en la cabeza. Allí se desangró sin que nadie se atreviera a ejercer la obligación de cualquier ser humano. Tres disparos acabaron con su vida.

Tres días es el tiempo máximo que puedo permanecer en el mismo lugar, para que las suelas de mis sandalias no dejen huellas que les permita enviarme con Alí, antes de que se cumpla la profecía. Que Anu, Señor del Cielo, nos muestre su sonrisa.

BAYJI (IRAK)

La noche discurría en una calma absoluta. Las chimeneas de la refinería de petróleo vomitaban columnas de humo blanquecino que iban formando nubes fantasmales en el cielo nocturno. Al fondo de la callejuela de tierra, apareció una furgoneta oscura que llegó hasta el barrio de chabolas con las luces apagadas y en punto muerto. De ella se bajaron dos hombres empujando a un crío que lucía dos regueros de mocos secos y trece años de edad. Aterrorizado, les señaló un estrecho pasillo, entre dos chamizos, que conducía hasta un grupo de pequeñas casas con el tejado de zinc. Con mano temblorosa, señaló la puerta de una de las viviendas. Abdel, el más alto, pegó el oído en la madera e hizo un gesto negativo con la cabeza. A continuación sacó una pistola y apuntó a la cerradura. El niño sorbió los mocos.

—No —musitó Litvak al tiempo que le apoyaba la mano derecha en el brazo para frenar sus intenciones.

Después apuntó al chico con la nube que ocupaba su ojo derecho. Este no se hizo de rogar, del bolsillo trasero de sus pantalones cortos, sacó un trozo de radiografía de un tamaño algo mayor que un cromo y, tras pasarla un par de veces entre la jamba y la cerradura, la puerta se abrió sin estridencias.

En el interior de la chabola no había nadie. De hecho, daba la impresión de que llevaba demasiado tiempo sin ningún inquilino. Abdel comenzó a abrir los cajones de un destartado mueble de madera esperando encontrar algún olvido, pero estaban vacíos; luego se puso en cuclillas examinando con detenimiento la alfombra raída.

—Pierdes el tiempo, lo ha dejado limpio, suele hacerlo siempre —dijo Litvak marcando un número en su móvil.

Tuvo que esperar varios tonos de llamada hasta que alguien descolgó al otro lado de la línea

—¿Sí?

—Ha huido. Pero estamos cerca. Seguimos el protocolo.

El muchacho sintió que otro reguero descendía por su fosa nasal derecha. El miedo le impidió detener la caída hacia una boca paralizada. Litvak lo observó con lástima antes de darle la espalda para salir de la casa. Abdel no tardó en seguirle, después de limpiar la hoja de su navaja en la camiseta sucia del crío. La raída alfombra no conseguía absorber la sangre que manaba de su cuello.

CAPÍTULO 2

MADRID

Son las cuatro de la tarde y por la ventana de la residencia de ancianos entra una luz adormilada, los cristales la filtran a cámara lenta. Es una luz que incita a acariciar una siesta. Pero Candela no duerme, ni siquiera permite que su cuello se venza de vez en cuando por el sopor. Candela tiene el codo izquierdo apoyado en el antebrazo del sillón y las manos reunidas con cariño sobre el regazo. Su cara no abandona nunca una tímida sonrisa, como si estuviera recordando algún acontecimiento dichoso de su vida o, tal vez, esperando que vaya a producirse en breve. Cuando ve a Gabriela dirigirse hacia ella, sus labios amplían con ternura la mueca. La muchacha se sienta a su lado dejando un batido nutricional en la mesita que las separa.

—¡Qué calor! —exclama con un resoplido que hace aún más convincente la frase.

—Es por la primavera. A veces viene así —responde Candela sin deformar en ningún momento la sonrisa.

—Sí, es por la primavera pero hoy no has comido.

—Es que no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque estoy en huelga de hambre.

Las dos deciden callarse al ver descender a María Cayetana por la escalera de las habitaciones. Lleva un vestido amplio de color negro, zapatos de tacón bajo, también de color negro, y un pequeño bolso de charol colgado del hombro; se apoya con elegancia sobre un paraguas, en el que ha imitado burdamente la firma de un prestigioso diseñador. Al llegar hasta ellas, las mira de forma altiva.

—Por favor, señorita, ¿sabe dónde tiene la parada el autobús para el

Palacio de la Zarzuela? —pregunta educadamente a Gabriela.

—Por supuesto. Tiene la parada al final de aquel pasillo a la derecha.

—Muy amable, señorita —dice agradeciéndole la información, y con un giro dieciochesco se encamina rápidamente en la dirección indicada.

Al final del pasillo hay una salida de emergencias. María Cayetana no duda. Sale al exterior y, dando la vuelta por el jardín, regresa a la residencia por la puerta principal.

—Por favor, señorita, ¿sabe dónde tiene la parada el autobús para el Palacio de la Zarzuela?

—Por supuesto, siéntese en aquella silla que el próximo autobús pasará en unos minutos.

—Muy amable, señorita —repite yéndose con su porte majestuoso hasta la silla indicada.

—¿Por dónde íbamos, Candela?

—Tú no sé, yo sigo con mi huelga de hambre.

—Es verdad, tu huelga de hambre. Bueno, sabrás que hay gente que, a pesar de estar en huelga de hambre, come.

—Ya. Pero es que yo soy de las que no comen.

—¿Ni siquiera un batido?

—Un batido también es comida y si estoy en huelga de...

—No, no —le interrumpe—, un batido es un batido. Además, te lo he hecho yo, que no tengo nada que ver con la cocinera, y le he puesto las cosas que más te gustan.

—Por favor, señorita, ¿sabe dónde tiene la parada el autobús para el Palacio de la Zarzuela?

—Por supuesto, al final de aquel pasillo a la derecha.

—Muy amable, señorita, pero es que me han quitado todo el dinero, ¿cómo voy a pagar el autobús para volver a mi palacio?

—Será por dinero. No se preocupe por eso mujer, que yo le doy un billete gratis —Gabriela saca una pequeña libreta de hojas cuadriculadas que lleva en el uniforme, y escribe con letra grande: BILLETE GRATUITO PARA EL AUTOBÚS DEL PALACIO DE LA ZARZUELA—. Aquí tiene, señora. —Arranca la hoja y se la entrega.

—Muy amable, señorita. Dios se lo pague.

María Cayetana se encamina de nuevo hacia el pasillo, apoyando el paraguas en cada paso que da sobre las pulidas losetas de terrazo.

—¿Y decías que le has echado al batido las cosas que me gustan? —pregunta Candela sin quitar la vista del delicioso color rosáceo que muestra la

jarra de cristal.

—Claro, pero no se lo digas a nadie. Ya sabes que eres mi favorita en la residencia. —En la última frase baja la voz para que la confesión resulte más confidencial—. Mira, le he echado fresas, melocotones en almíbar, zumo de manzana, tres cucharadas de polen de abeja, la ralladura de... espera, espera —se detiene ligeramente en la descripción al comprobar que la glotonería ha izado los párpados de Candela—, lo que podemos hacer es que pruebes el batido para que me digas si lo he hecho bien, y mientras me cuentas por qué estás en huelga de hambre.

—Pero un sorbito, por no hacerte el feo, más que nada —advierde Candela llevándose el vaso a los labios.

Da un trago corto, comedido, después se pasa la lengua por los labios con fruición y vuelve a colocar la sonrisa en su sitio.

—Muy rico. Verás, hija, estoy en huelga de hambre porque me quiero morir.

—¿Y eso?

—Cosas de la edad.

—Vale, pues deja que decida la edad.

—Es que estoy sola. Ya no me queda familia, cariño. Por las noches mi marido me llama y me pregunta que qué hago yo aquí, que me vaya de una vez con él.

—¡Será cabrón!

—¡Uy! No digas eso chiquilla —replica entre risas, mirando turbada a su alrededor por si alguien ha escuchado la palabrota de Gabriela hacia su esposo—. Siempre fue un buen hombre pero ahora está en ese lugar donde nadie habla.

—Pues si no habla nadie, ya podía aprender de los demás y estar un poco calladito.

—Es que me echa de menos. Vamos, que me quiere —remata permitiéndose un suspiro de orgullo por el amor que despierta.

Gabriela aprovecha el aire amortiguado para empujar la jarra de nuevo hacia su boca.

—Pero qué te voy a contar a ti que no sepas —continúa tras un generoso trago—. Eres tan joven y guapa que tendrás un montón de pretendientes. A pesar de esa culebra tan fea que te has pintado en el brazo.

—Esto me lo he hecho para espantar a los moscones —contesta golpeándose con la yema de los dedos en el tatuaje de media manga que lleva en el brazo izquierdo.

Es el dibujo del Uróboros, una serpiente que engulle su propia cola formando un círculo. Representa la naturaleza cíclica de las cosas, el eterno retorno. También simboliza el esfuerzo eterno o el esfuerzo inútil, aunque Gabriela, por ahora, ignora cualquier significado.

—Bébetelo otro sorbito, ya casi lo acabamos. Y dile a tu marido que se espere por lo menos diez o quince años.

—¡Uy, hija! Eso es mucho tiempo, yo no llego al invierno.

—Pues si no vas a llegar al invierno no necesitas dejar de comer. ¿O quieres llegar a ese sitio donde nadie habla hecha una uva pasa? Anda, anda, te dejo aquí una servilleta para cuando acabes el batido. Venga, que nada más te queda un trago.

—No, no, ya he bebido mucho y estoy en huelga de hambre.

—Has bebido pero no has comido, sigues respetando tu huelga de hambre. Mira, voy a fumar un cigarro y luego vuelvo a por la jarra. Mientras, piénsate si la quieres acabar.

—Por favor, señorita, ¿sabe dónde tiene la parada el autobús para el Palacio de la Zarzuela?

—Claro, siéntese en esa silla que el autobús no tardará en llegar.

—Muy amable, señorita.

Gabriela comienza a liarse un cigarrillo por los jardines de la residencia mientras llega al banco de madera. Está situado bajo un sauce de Babilonia, a escasos metros de la alambrada que separa el edificio de una senda utilizada por la gente para pasear por el monte. Respira profundamente antes de frotarse el cuello con amargura. En la mano derecha aún le quedan pequeños restos de la pintura con la que hizo el último grafiti. Da una profunda calada y cierra los ojos mientras expulsa el humo con agresividad, creyendo que con ese aliento desmedido se desprenderá de los demonios que no le conceden dormir por la noche. No echa de menos a Vicente, el chico que, entre soledades y reencuentros, había compartido el último año de su vida. Echa de menos sus raíces, un pasado, los días junto a unos padres que nunca conoció, porque nada más nacer la entregaron al Patronato de San Juan Nepomuceno.

Cuando Gabriela mira hacia atrás, su memoria es un desierto, médanos de arena inhóspita, asfixia que clava las uñas. No hay ninguna duda sobre lo que le impidió sentirse una niña amada: la búsqueda de su identidad.

Cinco años lleva luchando en la asociación de los afectados de San Juan Nepomuceno, justamente desde que cumplió los dieciocho, para averiguar si pertenece a los niños robados de esa institución.

Los párpados comienzan a pesarle más que la tristeza, tampoco ella pone excesivas objeciones a que el aire alivie la tensión acumulada en su nuca. El trinar de los pájaros eleva el volumen, haciendo que los pensamientos pasen a un segundo plano, a un plano tan lejano, que se van evaporando lentamente con cada respiración. Ella está allí, en el jardín, sola. Sola con el mundo, sin necesitar nada más que ese calor brotando de su pecho para sentirse partícipe de la naturaleza, para ser la misma naturaleza. De repente, en medio del éxtasis, le inunda una fragancia a resinas aromáticas y un ruido extraño turba su relajamiento. Detrás de la alambrada, un hombre realiza movimientos enérgicos con los brazos, dirigiendo una orquesta imaginaria. Tiene el pelo largo, recogido en una coleta que le llega al principio de la espalda.

—Fumar es malo —le grita sin frenar los movimientos impetuosos—. Es malo para todo el mundo y especialmente para las embarazadas.

—¡Joder! —musita Gabriela, y no es protesta sino lamento por sentirse un imán para los locos de este mundo—. ¿Qué haces? —pregunta con educación.

—Dirijo la música de las esferas. ¿No la oyes?

Gaspar se vuelve por primera vez al poner la última interrogación en la pregunta. El giro de su cuello es lento, desafiándola con sus ojos azules, unos ojos de un azul insolente, oceánico. Después sonrío.

Gabriela permanece callada, observando una hermosa cara dividida por los rombos de la alambrada. Tendría diez o doce años más que ella.

—¿Debería oírla? —hace la pregunta tras una pausa en la que no se ha dejado intimidar.

—Deberías. Los cuerpos celestes emiten sonidos armónicos, hasta el sol emite un sonido ultrasónico que interpreta una partitura formada por ondas. Estos sonidos se combinan y forman una melodía maravillosa: la música de las esferas.

Gabriela no sabe si darse la vuelta o seguirle la corriente. Hay que estar muy chiflado para ponerse en medio del monte a dirigir las estrellas. A pesar de la lógica deducción, sin saber por qué, se siente cómoda siendo el objetivo de su mirada.

—No te estoy contando nada nuevo, ni estoy loco. Platón, en *Epinomis*, declaró que los astros ejecutan la mejor canción. Hay una ley que dice así: «Nada está inmóvil, todo se mueve, todo vibra». Y eso también incluye a las personas.

—¿Nosotros también producimos música?

—Pues claro, un ser humano es energía y esa energía vibra produciendo un

sonido. Podríamos decir que es el sonido de los sentimientos. De nosotros depende que esa melodía sea bella o triste. ¿Te han dicho alguna vez que tú sueñas muy bien?

—No —responde soltando una carcajada—. Me dicen otras cosas... un poquito más fuertes.

—Me llamo Gaspar.

—¡Coño, igual que el rey mago! —exclama aumentando la risa—. Perdona, no quería ofenderte. Yo soy Gabriela.

—La protectora.

—¿Disculpa?

—Tu nombre en asirio significa la protectora. La gran protectora de la tribu, de la civilización, del mundo, la protectora de este universo.

«Definitivamente está chiflado —piensa—, una pena».

—Tengo que seguir trabajando. Me alegro de que te guste cómo sueno. Adiós.

—Y a mí me alegra oír tu música. ¿Sabías que tu madre suena con la misma melodía que tú?

—¡Gabriela! —el grito de Irene, la directora del centro, la sobresalta en el banco—. Gabriela, ¿qué haces aquí durmiendo con este calor? Te va a dar una insolación. Necesito hablar contigo, vamos dentro, anda —dice cogiéndola por los hombros.

—Ya...no estaba dormi... pero... ¿mi madre? ¿Ha dicho que mi madre...? —balbucea al aire, intentando zafarse del brazo de Irene.

—¿Qué dices de tu madre? ¿Acaso te han dado algún dato nuevo en la asociación?

—No... es que... —gira la cabeza intentando encontrar a Gaspar por encima de Irene, pero esta insiste en el abrazo para reconducirla hacia el edificio.

—Vamos a mi despacho, aquí hace mucho calor. Tengo el resultado de la analítica que te hicimos y necesito comentarla contigo lo antes posible. Y por cierto, ha llamado el de la tienda de electrodomésticos. Al parecer, anoche, «alguien» le ha vuelto a pintar la cara de un monstruo en el cierre metálico.

—No he sido yo.

—Te advierto que está muy enfadado y dispuesto a denunciarlo. Le dije que anoche estabas conmigo, pero quien haya hecho el grafiti, te ha imitado poniendo el simbolito de tu firma.

—Vale, que me denuncie, pero no es un monstruo.

—Tú sí que eres un monstruo.

Cuando logra mirar hacia atrás, Gaspar ha desaparecido. ¿Por qué le había dicho eso de su madre? ¿Acaso él la conocía? ¿Qué significaba sonar bien? Harta de vivir rodeada de preguntas, lanza un bufido de impotencia.

—¿Qué es ese símbolo con el que firmas todos los grafitis?

—Es mi identidad. Y no se llama firma, es mi Tag.

El aire acondicionado de la residencia supone un alivio. Cruzan por delante de la recepción y la directora le ofrece un pañuelo para que se seque el sudor. Candela, al fondo, sigue sonriendo con la jarra del batido en la mano. Se lo ha bebido entero.

—Siéntate —le dice al llegar al despacho—. Estás encharcada en sudor. ¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera?

—No mucho, he salido a fumar un cigarro.

—¡Ay, el tabaco! ¿Cuándo dejarás ese maldito vicio?

—Cualquier día que tenga tiempo. En este trabajo me explotáis y no me dejáis horas libres para que coja otro vicio que sustituya al tabaco.

Irene gruñe cómicamente aceptando la broma. Le gustan las frases ocurrentes de su empleada, el desparpajo con el que responde ante cualquier situación a la que debe enfrentarse. Saca los resultados de los análisis y los extiende ordenadamente en la mesa. Después le tiende un paquete de toallitas húmedas.

—Límpiate. Aún te queda alguna mancha de pintura en la mano. —Ni siquiera ha fruncido el ceño por la prueba acusatoria, se limita a enfocar de nuevo su atención en los análisis—. Vamos a ver, casi todos los parámetros son correctos, pero las sospechas se han confirmado. Tienes un principio de anemia.

—Joder.

—Pero hay algo con peor solución, hija.

Ahora sí marca una arruga de preocupación en la frente y Gabriela no sabe si es por la palabrota que le disgusta, o por lo que tiene que decirle a continuación.

—Cuando me llamas hija seguro que no es bueno —dice observando la acuarela de una iglesia románica que Irene tiene colgada en la pared; quizá los arcos del claustro le doten de serenidad para encajar lo que va a oír.

—A ver cómo te lo digo. —Carraspea ligeramente antes de continuar—. Dado que me contaste lo de los vómitos por la mañana, le pedí que incluyera en la analítica una prueba de embarazo. Ha dado positiva, Gabriela, estás

embarazada.

«Fumar es malo. Es malo para todo el mundo, y especialmente para las embarazadas». ¿Cómo sabía Gaspar que estaba embarazada? ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué desapareció cuando Irene llegó al banco? ¿Por qué le habló de su madre? ¿Por qué al mirarle a los ojos sintió que lo conocía?

—¿No vas a decir nada?

—¡Joder!

—Mira que te gusta decir tacos y mira que odio escuchártelos. Supongo, por esa expresión, que no sospechabas nada —Gabriela niega con la cabeza—. Y también supongo que tendrás que hablar con el padre.

—No tiene padre —contesta frotándose con diligencia la última gota de pintura.

—Cariño, sé un poquito más original, ese cuento del Espíritu Santo ya ha sido utilizado. —Irene aguarda a que tire la toallita en la papelera antes de continuar—. Nada, quería ser ocurrente como tú para quitarle hierro al asunto pero veo que no tengo gracia. Oye, sé que has roto con Vicente, y te voy a ser sincera, me parece que tiene derecho a saberlo; siempre que el padre sea él, claro. —Tampoco en esta ocasión obtiene respuesta—. Bien, cambiaré de tema. Hasta hoy te he tratado igual que a una hija, te he consentido posturas que a otra empleada le habrían costado un expediente, ni yo misma entiendo las razones, pero ahora voy a ser inflexible. Escucha con atención, te vas a ir a casa a descansar. Mañana te dejaré el día libre, pero acércate a la residencia cuando puedas, quiero que hables con la doctora para que te ponga una dieta. Y juro que te voy a perseguir para que la cumplas. Gabriela —añade intentando aportar a su voz unos grados de calidez—, sé que la noticia te ha aturrido, cariño, y es lógico, pero piensa bien lo que quieres hacer con el embarazo, ¿de acuerdo? Tienes tiempo, no te precipites en tomar una decisión. Sabes que yo siempre te apoyaré en cualquier medida que adoptes.

—Joder.

—¡Gabriela!

Abandona el despacho con los brazos pegados a los costados y las ideas haciendo añicos un cerebro saturado de preguntas sin respuesta.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —pregunta Irene desde la puerta.

—No, gracias, me he traído la bici.

A la angustia que produce desconocer el pasado, se le suma el vértigo de un futuro tan incierto como desolador. Solo hay presente en su vida. Un presente al que debe agarrarse para vivir en la hora inmediata, en el minuto, en el

segundo que su cuerpo respira.

—Por favor, señorita, ¿sabe dónde tiene la parada el autobús para el Palacio de la Zarzuela? —le pregunta María Cayetana repiqueteando en el suelo con el paraguas.

Por primera vez desde que trabaja en la residencia, no contesta. El mundo comienza a rotar vertiginosamente y ella va a responder de la única forma que sabe: con rabia.

CAPÍTULO 3

IRAK

He andado toda la noche hacia el norte, repitiendo los códigos de los objetos y asociándolos a su imagen. 8012 9011 3701 6311 3701 2531 6500 4502 3125 4250 7031 8201 6032. De vez en cuando oía ruidos desconocidos; llegaban a mí en ráfagas, cambiando de dirección, igual que esas tormentas que te persiguen a pesar de variar el rumbo. Yo aumentaba el volumen de mi voz para no distraer el curso de mi destino. Debo ser como los cangrejos, invisibles cuando surgen a la vida entre arenas remotas. Yo no existo, carezco de identidad. Solo soy memoria. Memoria incapaz de olvidar los vientos de sangre, ni las bocas cuajadas de espuma, ni las manos cortadas por ser alas que se salen de los márgenes. Yo he muerto para mi cuerpo. He muerto para el deseo de ser caricia en la piel dormida de Bashira, de ser paisaje en sus hombros para que confunda mi desnudo con su sombra. Morí aquella mañana que recogimos el cadáver de Alí con las lágrimas limpiando sus heridas.

*

Después del entierro, el director, Abdul Âkil, me llamó a su despacho. La primera sorpresa fue verle cerrar la puerta y las ventanas con una exagerada meticulosidad, parecía que el aire que expulsaban nuestros lamentos era de vital importancia para sobrevivir en el caos de Bagdād.

—Escúchame con atención.

Nada más empezar hizo una pausa para limpiarse las gafas de pasta. Se le resbalaban continuamente debido al sudor provocado por el ímpetu gimnástico de sus anteriores maniobras.

—Eres joven, llevas años estudiando la civilización sumeria. Te has convertido en el mayor experto del museo en su simbología, en su escritura, en su cultura. Hiciste una magnífica tesis sobre el origen de los primeros

sumerios establecidos en Mesopotamia, aportando datos sobre su procedencia que situaste en Mohenjo–Daro en India. Y esos estudios, a su vez, te hicieron relacionar ambas culturas y conocer profundamente las tradiciones indias: el yoga, el tantra, la meditación...

—¿Me vas a despedir? —le interrumpí con timidez, pues mis oídos no estaban acostumbrados a escuchar halagos desmedidos.

Abdul Âkil sonrió levemente y después se quitó las gafas dejándolas sobre la mesa. Ni siquiera el puente de su nariz aguileña era capaz de sujetarlas. A continuación, señaló el panel de corcho situado detrás de la mesa y en el que había pinchado la ficha de los numerosos compañeros fallecidos.

—Los conoces a todos, ¿verdad?

Asentí. ¿Cómo no iba a conocerlos? Allí estaba la ficha de Alí, mi amigo Alí, con esa apretada sonrisa que deslizaba sus labios hacia la izquierda; la de Yusuf, que engordó veinte kilos al sustituir el tabaco por los dátiles de Ash–Sham⁶; la de Farûk, guía del museo y experto en conquistar turistas hablándoles de las tablillas sasánidas; la de Hajjâj, la de Hadi, la de Azim...

—Aparte de ellos —continuó cortando mis nublados pensamientos—, han asesinado a un vigilante, a dos conductores y han desaparecido varios profesores. Todos ellos relacionados con el museo o la biblioteca. Intentan eliminar a cualquier persona que pueda dar fe de los objetos robados. Controlan cada uno de nuestros movimientos, pero de ti no sospecharán. Cuando se den cuenta de que has huido, les llevarás tanta ventaja que se habrán borrado las huellas de tu presencia. Debes huir ahora mismo, abandonar el país.

A pesar del sol brillante, un jirón de tinieblas ocultó las orillas placenteras de mi vida.

—¿Huir? ¿Cómo? ¿Adónde? ¿Hasta cuándo? ¿De quién? —pregunté por el enemigo en último lugar, antes de tomar una bocanada de aire que impidiera mi desvanecimiento por semejante anuncio.

Abdul Âkil no se apresuró a contestar. Aguardó a que se calmara mi angustia en la serenidad de su presencia. Después, me señaló el chacra Anahata con su dedo índice.

—Todas las respuestas están ahí. Debes escucharlas. Siente la luz de la que tanto nos has hablado y en cada momento te indicará el camino. Eres un ser muy especial. El único que puede llevar a cabo esta misión.

Durante los estudios había aprendido frases de diversos maestros espirituales, a las que recurría cuando mis ánimos se hundían junto a las raíces

de los milenarios cedros de Lubnān⁷. Pero aquella tarde había oscurecido tan temprano, que mi alocada cabeza se limitaba a revolotear en torno a las dificultades ingratas, otorgadas como recompensa por ser un estudioso de la civilización Ki-en-gi.

—Los compañeros se darán cuenta mañana, cuando no venga a trabajar, de que he huido. Mi marcha correrá de voz en voz. ¿Y mi familia? ¿Qué van a pensar?

—Yo hablaré con tu familia, lo entenderán, tranquilo. Esta tarde, a primera hora, os voy a dar a todos las vacaciones para que disfrutéis de *īd al-adhā*. Esa será nuestra coartada ante los escasos trabajadores que quedan en el museo.

Lo había planeado con meticulosidad. *īd al-adhā*, la Celebración del Sacrificio, es la fiesta mayor del Islam. En ella se conmemora el pasaje recogido en el Corán, donde nos muestran la voluntad de Ibrahim de sacrificar a su propio hijo en un acto supremo de obediencia a Dios. Yo, que no comparto, pero respeto las creencias religiosas de mi padres y acudo a las celebraciones y cumplo con los preceptos para no ser motivo de disgusto, recibí el mayor regalo de mi vida en la fiesta grande de hace dos años. Allí conocí a Bashira mientras mi padre sacrificaba un cordero al aire libre. A pesar de que no podía descubrirse, ni mostrar sus encantos íntimos, nada más vernos, sentimos la corriente de la energía limpia del amor envolviendo nuestras auras. La armonía que invadió mi corazón me convenció de que Bashira era mi alma gemela. El amor necesita que se le deje fluir, sin hacerle preguntas ni juicios prematuros. Comí atropelladamente la parte del tercio de cordero que me correspondía para estar pendiente de sus ojos. Después de la ablución, acudimos a orar ataviados con ropa limpia y perfumada. Ella escuchó la Jútba⁸ sin participar en la oración. Luego volvimos a casa por un camino diferente a la ida, para extender nuestra alegría y cumplir con la Sunnah⁹. Durante el trayecto, procuramos que fuera lo más lento posible, nos hicimos promesas, promesas cumplidas a lo largo de los afortunados días y las deliciosas noches disfrutadas en su presencia. Este año, no iba a recibir la bendición de mi padre, ni a disfrutar de la maravillosa compañía de Bashira.

—Que los dioses sean misericordiosos —musité una invocación para protegerme.

—Te llevarás dos cosas muy importantes contigo. Una es el código de los principales tesoros saqueados. Ellos nos han destruido los discos duros y se

han llevado todas las listas que encontraron. ¡Menos esta! —dijo con entusiasmo infantil blandiendo una carpeta azul al aire—. Con el código, cualquier objeto puede identificarse. Apréndetelos y luego quémala. Si la encuentran en tu poder, no tardarán en averiguar tu relación con el museo.

Me la entregó. Contenía diez folios llenos de números. Debí soltar un alarido porque lo siguiente que recuerdo es el sabor ácido de sus dedos tapándome la boca.

—Puedes hacerlo. Confía en ti con el mismo fervor que yo. Sin memoria no hay delito. Ellos quieren borrar nuestra memoria para garantizarse la impunidad. Tú serás nuestra memoria, la de los sumerios, la de los acadios y los sasánidas.

Era capaz de recitar de memoria versos del *Enûma Elish*¹⁰ y los poemas de amor de Shulgi. Incluso solía hastiar a mis compañeros con los encantamientos de Maklu para la incineración de los espíritus malignos. Asentí con temor.

—Pero lo primordial, es lo que te voy a entregar.

Como si estuviéramos realizando un ritual en el templo de Uruk¹¹, Âkil ralentizó sus movimientos, esa suavidad le aportó elegancia y delicadeza. Con humildad, elevó por encima de su cabeza una bolsa negra de piel de cabra, ofreciendo sus alabanzas a la gran diosa, la hija de Nanna y Ningal. En su interior, guardaba el mayor tesoro de la humanidad: el Sello de los Destinos.

—Bien sabes que nunca lo tuvimos expuesto en el museo. Era demasiado peligroso. Por eso buscaron en los sótanos, donde almacenábamos cientos de tablillas sin descifrar. Por eso trajeron grúas y camiones que les permitieran cargar con las cajas fuertes que no lograsen abrir. —Hizo una pausa para frotar con devoción la piedra de cornalina. Su color rojo intenso parecía translúcido—. Pero no les resultará fácil catalogar los más de 170.000 tesoros expoliados. Todavía ignoran que el Sello de los Destinos no está en su poder. Esa es nuestra principal baza. El tiempo. El tiempo nos salvará, Sag-giga¹².

—¿Por qué me llamas Sag-giga?

—Desde hoy ese será tu nombre, Sag-giga, el sumerio. Nadie deberá averiguar los días que te conocieron, ni las horas que te aguardan. No permanecerás más de tres días en una ciudad. Y no te separarás del Sello hasta que te reúnas con la persona elegida según dicta la profecía.

En cualquier lugar me siento observado. Sé que alguien me vigila y conduce mis pasos hacia las tierras del norte. El mundo exterior únicamente es el

camino. La charca y el barro por donde los pies avanzan sin enflaquecer mi voluntad. No me afecta la lluvia, ni el hambre cuando se hospeda en mi estómago; no me afecta los ojos de las gárgolas observando mi destino, ni el estertor de los cadáveres que aún no han abandonado la carne. En los pliegues de mi cerebro, únicamente hay espacio para recordar cada detalle de la Historia, con el noble propósito de dejar constancia a las próximas generaciones. Ni la nostalgia de Bashira consigue alterar mi ánimo.

Bashira, la portadora de buenas noticias, la mujer que creó todos los murmullos que me alejaron de la soledad. Con ella el cielo dejó de ser un reflejo para habitar en sus manos. Ignoro si será en esta vida o en las siguientes, pero los dioses han contraído una deuda con nuestro amor. Te juro que mis labios serán labios solo en tu boca y que te hablarán de la sonrisa de los mares cuando volvamos a ser Shakti y Shiva¹³. Que Ninhursag, Señora de las Colinas Sagradas, nutra a nuestros descendientes con su fértil leche.

INSTITUTO SMITHSONIAN

WASHINGTON

Cuando Noah Stein llegó a la segunda planta del Smithsonian, y vio a Michael Fellerstone sentado en una silla plegable, frente a la vitrina que exhibía los zapatos de Dorothy en *El Mago de Oz*, lo primero que le vino a la cabeza fue que, si en vez de ser el dueño de una de las mayores fortunas del mundo y sin duda el hombre más poderoso, fuera su chofer, lo habría despedido inmediatamente. El traje le quedaba grande y se arrugaba por todas las costuras exigiendo una jubilación. Tenía el rostro contraído en una mueca que bien podría ser de dolor o de cinismo; las mejillas, mal rasuradas, ofrecían pequeñas islas oscuras, y las cejas hirsutas apuntaban salvajemente hacia todos los puntos cardinales.

—Señor Fellerstone —saludó con excesiva cortesía, tras prodigarse con una inclinación de cabeza hacia los dos guardaespaldas que se mantenían a una distancia discreta.

—Hola, Noah. ¿Qué tal Morning Star Arts Corporation?

—Bien, señor, cada vez tenemos más clientes.

—Eso significa que cada vez hay más ricos. Los ricos se interesan por el arte exclusivamente cuando les sobra el dinero. No sé si es una buena o mala

noticia.

—¿Que se interesen por el arte?

—No, que haya más ricos.

Hizo una pausa analizando su reflexión con minuciosidad, clavando sus viejos ojos en los zapatos de color rubí. Noah miró hacia la vitrina sin comprender por qué llamaban tanto su atención. Una pareja pasó por delante de ellos y la niña abrió desmesuradamente la boca al verlos, después echó a correr y pegó la nariz en el cristal tarareando *Somewhere over the rainbow*.

—Háblame del Sello de los Destinos —le pidió al ver su visión interrumpida.

—Podemos cazarlo cuando queramos, señor, se encuentra al norte de Irak. No tardaríamos ni veinticuatro horas en tenerlo en nuestro poder.

Michael Fellerstone comenzó a marcar el ritmo de la canción golpeando con su mano sobre el muslo izquierdo. Noah iba a seguir hablando pero al observar el movimiento decidió callarse. La niña, emulando a Judy Garland, dio unos cuantos pasos de baile ante la complacencia exagerada de sus padres; luego continuaron su camino por el resto de la exposición.

—¿Sabes por qué te he citado aquí?, ¿en el museo de Historia?

—No, señor.

—Nada es lo que parece, y menos la Historia. Este museo fue fundado para el aumento y difusión del conocimiento entre los hombres. Curiosamente gracias a los fondos legados por James Smithson, un británico que nunca estuvo en Estados Unidos. Bien, pues mi familia desde hace siglos ha escrito esa historia, como dice nuestro apellido: «tallamos la piedra» para difundir el conocimiento que los hombres pueden y deben saber. La historia real es demasiado amplia para determinadas mentes ¿Lo comprendes?

—Sí, señor, pero no entiendo...

—No he terminado —dijo cortándole en un tono más severo.

Tenía la boca seca y unos hilillos blancos se le aposentaron en las comisuras. Noah apartó la mirada hacia los zapatos rojos. Con repugnancia.

—Eres inteligente y te cuestionarás qué hacen estos zapatos en un museo de Historia. La mayoría de la gente piensa que somos una nación joven. No tenemos historia ni objetos para exponer. Incluso se ríen de que estén exhibidos de forma permanente. Bien, esa es la gente que nos interesa, la que mira y no ve más allá del brillo de unos zapatos. ¿Sabes lo que simbolizan?

Noah Stein pertenecía a ese grupo de gente deslumbrada por el brillo. Retorcó los dedos, recién salidos de la manicura, sin poder concretar una

respuesta para demostrar su inteligencia.

—Los zapatos de Dorothy son mágicos —continuó Michael Fellerstone al no recibir respuesta—. En este museo son el símbolo de la magia. Pero no la magia de esos filibusteros de tres al cuarto que hacen desaparecer a sus amantes de cajas trucadas. Te estoy hablando de la verdadera magia. La magia de la vida. La magia es fundamental para entender quiénes somos. Todo se produce a golpes de magia. Con magia se escribe la historia, con magia se coloca un señuelo para que la gente mire hacia él, y no vea lo que no nos interesa que sepa. La ACCP fue nuestro señuelo en el expolio a Irak. La prensa los ha criticado, ha condenado su afán por enriquecerse, su avaricia; nosotros permitimos que se enriquecieran y después que los acusaran. Dentro de poco dimitirán un par de personas, se devolverán unos cuantos objetos y asunto zanjado. Se habrá hecho justicia.

—¿Ustedes estaban a la sombra de la ACCP?

—Te diré, aunque me taches de egocéntrico, que nosotros hemos creado el mundo que la humanidad conoce. Creamos a los amigos y a los enemigos, atacamos a ambos o los defendemos, dependiendo de nuestros objetivos o de las circunstancias. Formamos una red que impone las reglas sociales a través de instituciones como la ONU, el FMI o el Banco Mundial. Fabricamos hombres como tú, educados en universidades de prestigio, para organizar los Think Tanks¹⁴ y desde ahí lanzar las ideas que promocionarán los medios de comunicación. Ideas que solo benefician a la élite pero que narradas con habilidad, ofrecen seguridad y libertad a los ciudadanos. Nada es real. Ni siquiera la vida. Así funciona el poder. Nosotros somos ese poder.

Michael Fellerstone sacó su cartera de piel del bolsillo de la chaqueta y tanteó hasta encontrar un billete de un dólar. Se lo ofreció a Noah por la parte trasera.

—¿Qué ves ahí?

Noah dudó unos segundos antes de responder.

—¿Se refiere a la pirámide con el ojo o al significado de las frases en latín?

—Mira más allá, Noah, fíjate en los símbolos.

—La pirámide es el símbolo para llegar al cielo. El ojo es el símbolo de Horus y representa al gran arquitecto del universo, es decir a Dios.

—Eso lo enseñan en cualquier logia masónica —respondió con un tono despectivo en la voz—. Lo que el ojo simboliza es el control del mundo, la cima del poder mundial. ¡Nosotros somos ese ojo! Y como dice el lema en latín: «*Annuit Coeptus*», que significa: «Él favorece aquello que ya ha

empezado». Y lo que ha empezado es lo que sustenta la pirámide, el lema «*Novo Ordo Seclorum*», es decir: «El Nuevo Orden de los Siglos». Ha llegado el momento de imponer ese orden tras el trabajo realizado desde 1776. ¿Qué ocurrió ese año, Noah?

—Fue el año de la independencia de Estados Unidos.

—Y casualmente el mismo año que el catedrático de origen judío Adam Weishaupt, creó en la ciudad alemana de Baviera la orden de los Illuminati. ¿Tú eres judío, Noah Stein?

—Sí, señor, igual que usted.

—¡No! —gritó arrebatándole el billete—. Adam Weishaupt fue un libertador de la conciencia humana y de las religiones que lo esclavizaban. Somos de origen judío, pero por encima de las religiones, por encima de las naciones y de los hombres, está el poder. ¡Nosotros! No lo olvides nunca, Noah.

—No lo olvidaré, señor.

Michael Fellerstone estiró varias veces el billete de un dólar, le gustaba escuchar el sonido. Luego se lo guardó con sumo cuidado en la cartera. Carraspeó antes de continuar.

—Las voces por el saqueo se van calmando, ahora es cuando comienza la batalla. Siguiendo nuestro camino de losetas amarillas llegaremos a encontrar el verdadero tesoro. El Sello de los Destinos es en principio nuestro objetivo, pero en realidad, es una parte pequeña de lo que necesitamos hallar. —Se pasó los dedos por las comisuras y frotó las yemas contra la mano contraria para deshacer los hilillos—. ¿Sabes quién es nuestro camino de losetas amarillas?

—Sí, señor —respondió evitando fijarse en la palma que conservaba los restos.

—Pues cálzate los zapatos rojos y síguelo.

Michael Fellerstone se incorporó con dificultad de la silla y mientras uno de los guardaespaldas acudía con celeridad a plegarla, le tendió la mano. Noah no pudo evitar el contacto.

—Mantenme informado de cada paso. Tu padre estaría orgulloso de ti.

—Muchas gracias, señor.



CAPÍTULO 4

MADRID

Imaginar a Gabriela colocando la mano sobre su vientre, intentando percibir alguna señal de vida, mientras se lamenta en ese silencio que seca la carne, sería no conocerla. Su infancia la ha obligado a amar en defensa propia y pedalea de vuelta a casa con fuerza. Subiéndose con la bicicleta por las aceras, atravesando el parque, esquivando a un conductor que gira sin poner el intermitente. Si estuviera a bordo de un barco que se hunde, jamás se mezclaría con el tumulto, en la lucha por ganar un bote, su pelea sería contra el mar encrespado. Se tiraría al agua y nadaría hasta la extenuación, alejándose de ellos, de los gritos, del miedo.

Gabriela es incapaz de encontrar puntos comunes con la gente, por eso no contesta a las protestas que levanta circulando por la acera, ni se detiene a contar atardeceres; siente prisa por amar, por vivir, por respirar; solo confía en la ambición del olvido. Suelta un aliento tardío que se pierde en la marea de peatones. Para ella la vida nunca ha sido tenue en el párpado y se resiste a entregar su espacio a otros brazos.

Corre por las escaleras del portal con la bicicleta al hombro, sin descansar en ningún rellano hasta llegar a la buhardilla y dejarla aparcada en la azotea.

—Hola, Señor —saluda al gato callejero que todos los días se desliza por los tejados para alimentarse con el tazón de leche que ella le regala.

No se entretiene, saca de la mochila los aerosoles Montana, y los esparce en el asiento de la mecedora coja reciclada de la basura. Elige un color gris oscuro, le acopla una boquilla de cresta y comienza a trazar en la pared una fina línea.

Gabriela suele realizar personajes con gestos corporales provocadores, o

deformaciones expresivas y rebeldes. Admiradora de Vaughn Bode,¹⁵ nunca hace letras pompa o vomitados, sus dibujos expresan rabia, ira, denuncia. Caras exangües, perfiles que llenan de inquietud a quien los mira. Lo que los grafiteros denominan estilo hip hop.

Coge una boquilla de trazo grueso y se la coloca a un spray negro para hacer el relleno. Según va cogiendo forma, parece que ha dibujado la entrada triangular a una gruta con una pequeña estalactita en el vértice superior. Pero se queda sin pintura y agita el bote con fuerza para intentar acabar la base. Es inútil, no lo consigue y da dos pasos atrás para observarlo con perspectiva. Lo que ha pintado en el muro de la azotea es una vagina.

Gabriela entra en el minúsculo baño y se mira en el espejo descascarillado agarrándose con las manos al lavabo. Deja la puerta abierta para que haya luz, hace semanas se fundió la última bombilla y siempre olvida reponerla. Observa su rostro. Los ojos oscuros, las mandíbulas tensas, la nariz indecisa entre ser chata o respingada, el pelo negro, desmadejado, precipitándose sobre los hombros en ondas que no alcanzan la consideración de rizo. Gabriela se traza dos rayas en ambos lados de la cabeza y se hace una cola de caballo; a continuación saca una maquinilla y comienza a afeitarse los dos laterales por debajo de las rayas. Los mechones se van esparciendo por el suelo ante la mirada incrédula de Señor que, presintiendo su necesidad de cariño, no se ha quedado en la azotea bebiéndose la leche; de vez en cuando se lame la pata izquierda y se frota los ojos, como si él también necesitara un cambio de imagen. Gabriela frunce los labios ante el desigual resultado y vuelve a pasarse la maquinilla.

A ese corte de pelo lo llaman Ponyhawk. Dicen que los guerreros Mohawk se hacían la cresta para entrar en guerra. Los cosacos de Ucrania solían utilizar un peinado similar, llamado Khokhol, para intimidar al enemigo. Si la vida le había declarado la guerra, ella no es de las que sollozan suplicando un armisticio, se prepara para entrar en combate con su rostro más feroz, colgando en una percha el grito de la piel asustada.

Abre el grifo de la ducha y el agua fría la obliga a apretar los dientes. Se frota con ímpetu, sin miramientos, limpiando exageradamente cada rincón de su menudo cuerpo, arrancándose los pensamientos de debilidad que ocultamos bajo el ángulo ciego de los hombros. Luego, sentada en el plato para ampliar la distancia con el grifo, siente la fuerza del agua rompiendo contra su cabeza, la siente deslizarse por sus pechos, por la espalda, encorvándola igual que un penitente para ofrecer más superficie al golpeo. En ese paisaje sin sangre, su

costado es inhabitable. El silencio se hace húmedo, un susurro que anula toda voluntad, toda conciencia.

Señor, que había reubicado su posición para evitar sorpresas líquidas, mantiene su estrecha vigilancia hasta que la ve salir. Se apresura a lamerle los tobillos mojados mientras ella va secándose con una toalla grande, tan grande que si la extendiera no cabrían los tres en el baño. Se viste con una camiseta ancha y sale a la azotea. Desde la perspectiva de la mecedora coja, el horizonte es un enjambre de tejados que se extienden como huertos de piedra a distintos niveles; los árboles esqueléticos de las antenas conforman un bosque ralo, sin raíces, pero con ondas que abducen la vida que transcurre debajo de las tejas. Le gusta sentarse allí, mirar de frente a la soledad.

Señor ha empezado a beberse la leche. Con un lápiz mordisqueado anota en un cuaderno de espiral las tres únicas posibilidades que cree tener: adopción, aborto, maternidad.

Le resulta irónico haber escrito la primera posibilidad, y eso le causa un profundo dolor. Una punzada le atraviesa el estómago y le agacha el cuello hasta perder de vista el bosque de antenas ¿Qué motivo tuvo su madre para entregarla en adopción? Con la rabia ancestral que le provoca esa pregunta, consigue aguantar las náuseas. Tal vez, si algún día pudiera enfrentarse a sus ojos, permanecería a su lado el tiempo justo para conocer la respuesta, para oírla de su voz; esa voz desconocida que nunca le reprochó un desorden. Y por conocerla había sido capaz de las mayores locuras, incluso visitar a aquella vidente recomendada por Renata.

Señor sube a su regazo, la mima, ronronea y entorna los ojos; ella lo acaricia. El gato absorbe su energía.

*

—¿Seguro que es aquí?

Renata asintió convencida, mientras, llamaba a una puerta sin ningún cartel anunciando los servicios de una vidente. Renata era una chica con pecas dispersas y mente de ardilla. El poderío de sus caderas reflejaba las horas pasadas delante de un ordenador. No acabó la carrera de ingeniería técnica de informática por problemas económicos, pero no existía dato que la red pudiera ocultarle. Cuando Naomi abrió la puerta ambas se quedaron inmóviles, no era la imagen que esperaban de una reputada tarotista. La mujer observó su desconcierto con una sonrisa cotidiana, marcando dos hoyuelos en unas mejillas que ya habían dejado de ser tersas. La casa carecía de símbolos enigmáticos o de señales misteriosas. Avanzaron por un pasillo con un mueble

de metacrilato que distaba bastante de ser un objeto esotérico. El despacho era más bien pequeño, disponía de una mesa de madera blanca con pebeteros de diversos tamaños repartidos por la superficie. A la izquierda, una estantería de caña amontonaba libros en diferentes posiciones geométricas. Detrás de ella había una especie de lámina o litografía, con dos círculos superpuestos a una cruz celta.

—Bien, decidme, ¿Qué deseáis? —preguntó sin abandonar en ningún momento la sonrisa de vecina simpática.

—Me gustaría encontrar a mi madre —mintió Renata con las pecas encendidas—. Soy huérfana. Me dejaron en el Patronato de San Juan Nepomuceno hace veintitrés años.

—Creí que veníais a pedir novio. —Y la sonrisa creció en una carcajada que las dejó desconcertadas—. Es una broma para ir cogiendo confianza, estáis demasiado serias.

—Ya —el monosílabo de Gabriela fue acompañado con una patada discreta, recriminando a Renata que la hubiera llevado a la esperpéntica consulta.

—Bueno, esto es muy sencillo, me tenéis que firmar un contrato liberándome de cualquier responsabilidad sobre lo que os ocurra, el último murió de un infarto y fue muy desagradable. —Rompió en otra carcajada que fue suavizando al comprobar la mirada inquisidora de las dos chicas—. Era otra broma, para...

Naomí dejó la frase colgada con un carraspeo, después bajó la mirada hacia una tela de seda negra en donde guardaba las cartas del tarot de Marsella y, tras musitar una especie de oración ininteligible, sacó el mazo y vertió un líquido aromático en los pebeteros colocados frente a ellas; después encendió las velas situadas debajo.

—«Desde el punto de luz en la mente de Dios, que afluya luz a las mentes de los hombres; que la luz descienda a la tierra. Desde el punto de amor en el corazón de Dios, que afluya amor a los corazones de los hombres; que Cristo retorne a la tierra. Desde el centro donde la voluntad de Dios es conocida, que el propósito guie a las pequeñas voluntades de los hombres; el propósito que los Maestros conocen y sirven. Desde el centro que llamamos la raza de los hombres, que se realice el Plan de Amor y de Luz, y se selle la puerta donde se halla el mal. Que la luz, el amor y el poder restablezcan el plan en la Tierra».

Tras la invocación aguardó hasta que una fragancia dulce y avainillada les

fue aliviando la ansiedad. Era la esencia de benjuí que ardía en los pebeteros.

—¿Quieres que tu amiga escuche lo que voy a decirte? —Naomí hizo la pregunta sin levantar la cara del mazo de cartas.

—Sí, claro —contestó Renata—. Es fundamental que se quede.

—Le he preguntado a ella.

Gabriela tomó aire antes de encajar la sorpresa y asentir convencida. No había ni rastro de la sonrisa cotidiana en el rostro de la vidente.

—Voy a comenzar con una cruz simple para saber cosas de ti. Necesito que pienses en ti misma mientras barajo las cartas. No te cruces de brazos ni de piernas. Concéntrate. —Las mezcló durante un rato prolongado y después hizo dos montones—. Elige derecha o izquierda.

—Izquierda.

Cogió el montón indicado y colocó cuatro cartas sobre la tela de seda en forma de cruz. Primero descubrió la de la izquierda, era el cinco de bastos.

—Esta carta marca el estado actual, los problemas. Estás llena de luchas, tribulaciones, desengaños. Puedes salir victoriosa pero, cariño, todo indica que pagarás un coste muy alto. Vamos a ver cómo te influye el mundo exterior. —Levantó la carta de la derecha. Era la luna—. En tu vida, nada ni nadie es lo que parece. Hay algo importante que te está siendo ocultado por otras personas. Te aguarda un reto enorme, casi imposible. Mira, la Luna suele ser una carta equívoca, engañosa, pero yo veo riesgos, secretos y mucha confusión mental. La siguiente carta nos va a indicar cuál es tu estado emocional. —Naomí descubrió la carta de arriba con más urgencia, inquieta por lo que iba hallando en ellas—. El tres de espadas. Esta carta refleja pérdida, angustia, desolación. Sientes un gran dolor emocional y pronto se va a acrecentar. Pero depende de ti que todo este sufrimiento te lleve a un futuro mejor. Veamos el destino. —Levantó la última carta precipitadamente, salió la sacerdotisa—. Debes confiar más en la sabiduría de tu corazón, hay misterios que no entiendes pero serán fundamentales en tu vida. Sigue apareciéndome que guardas secretos, pero a su vez... tú ignoras en qué consisten esos secretos. ¿Cómo puedes ocultarlos si no sabes que los posees? —Naomí no esperó una respuesta. Clavó la mirada en la carta concentrándose en la imagen de la sacerdotisa—. Realizarás un viaje, un viaje de autodescubrimiento donde hallarás por fin el propósito de tu vida. Lo vas a hacer ayudada por un guía espiritual para superar el miedo y salvar... pero... ¿quién eres tú? —Tras la pregunta se quedó callada, con los ojos perdidos, inspirando con fuerza el suave aroma del benjuí—. ¿Por qué acudes a mí?

Gabriela y Renata se miraron con un guiño de complicidad al verla santiguarse y recoger las cartas apresuradamente. Sacó un libro del cajón izquierdo de la mesa y buscó con dedos torpes hasta encontrar un dibujo.

—¿Sabes qué es esto? ¿Qué significa? —le preguntó mostrándole el dibujo del Uróboros que realizó en el siglo III Cleopatra, la alquimista, en su tratado: *Chrysopoeia*.

—No.

—He presentido que el Uróboros iba a ayudarte, que debías conocerlo y tenerlo cerca. —Su rostro acrecentó el tono de desorientación que fluctuaba en sus palabras. Un ligero brillo iluminó sus ojos—. Necesito leerte los registros akásicos. ¿Me das tu permiso?

—Sí.

—¿Dime tu nombre completo?

—Gabriela Rojo Álvarez, pero... ¿qué es eso de los registros...?

—Akásicos, los registros akásicos son una dimensión de la conciencia; contienen un registro vibratorio de cada alma a lo largo de sus viajes, de sus sucesivas vidas, mientras evolucionan en el tiempo y el espacio. Según dice la nueva Biblia de Jerusalén, en el Apocalipsis 20:12: «El libro en el cual las acciones de los hombres, buenas y malas, se registran. El Libro de la vida».

Naomí realizó varias respiraciones profundas que le agitaron el pecho, observando con infinita paciencia su alrededor, como si desconociera su propio despacho o fuera la primera vez que veía la estantería, la mesa, los pebeteros; movía lentamente la cabeza de izquierda a derecha y de arriba abajo. Luego colocó la palma de sus manos hacia arriba y cerró los ojos. En unos segundos su rostro se transformó, mostrando una sensación de calidez y ternura.

—«Y así reconocemos a las fuerzas de la luz, pidiendo guía, dirección y coraje para conocer la verdad, en tanto ésta se revela para nuestro mayor bien y el mayor bien de todos los que están conectados con nosotros. Oh, Espíritu Santo de Dios —musitó algo para sí misma y continuó en voz alta—. Ayúdame a conocer a Gabriela Rojo Álvarez a la luz de los registros akásicos, para poder ver a Gabriela Rojo Álvarez a través de los ojos de los señores de los registros y para que comparta la sabiduría y la compasión que los maestros, profesores y amados de Gabriela sienten por ella. Los registros están ahora abiertos». ¿Qué deseas saber, Gabriela?

—¿Quién es mi madre?

—Gabriela quiere saber quién es su madre.

Tras decir la frase, juntó el índice y el pulgar y comenzó a frotarlos con delicadeza, parecía que jugaba con una bolita de pan entre las yemas. El movimiento fue ganando velocidad hasta captar totalmente la atención de Gabriela. De improviso, los dedos se crisparon y cerró los puños.

—Tu madre... vino... aquí... de las tierras del norte —dijo con voz temblorosa, pronunciando con exasperante lentitud cada palabra, ingresando en un trance chamánico que le impedía acabar las frases—. Tu madre... pretendía proteger... tú... tú alcanzarás el círculo del destino si... protégete de los enemigos ocultos... el portador de incienso... ve con el portador de incienso... gobernarás la creación si... en las cien puertas... la centésima puerta... ¡Dios, Dios, Dios! —De repente se quedó en el más absoluto mutismo.

Se escuchó un crujido ronco. Las paredes del despacho comenzaron a estirarse igual que si fueran elásticas, formando un pasadizo oscuro y estrecho con una luz resplandeciente difuminando el final. Desde ese punto, Naomi hizo gestos con las manos para que se acercara, pero el pasadizo seguía alargándose en el espacio y la distancia parecía insalvable. Gabriela cerró los ojos y sintió la luz penetrando en su cerebro. Las imágenes se sucedieron en su mente a un ritmo vertiginoso y al instante fue viento, ráfaga de aire, podía recorrer el camino de una hora sabiendo que sobraban minutos. Se vio en una playa iluminada por el vuelo de cientos de constelaciones, una playa con el sonido de todos los océanos viejos, donde eran posibles los latidos, los trópicos, la blancura de su frente. Los animales y las personas paseaban sin temor. Algunos montaban a caballo o charlaban sin la asimetría de los sentimientos. Los niños saltaban olas entre risas. Era la naturaleza en su máxima plenitud ¿Cómo podía contemplar la vida en una página del aire? Pensó en Señor, y apareció delante de ella con un maullido cariñoso. De un salto se subió a sus brazos y le lamió la mejilla. Aquel mundo era otra dimensión, otro universo. Paseó por la orilla sintiendo el frescor del agua en sus pies; le habría gustado tener a Renata allí para salpicarla, para compartir el lugar con las personas amadas. En ese instante, alguien le empapó la espalda y con el respingo por el susto se dio la vuelta. ¡Renata, era Renata! Su amiga, con su socarronería habitual, la retaba a una carrera y sin tiempo para analizar nada más, echaron a correr, salpicándose, gritando igual que adolescentes. Se detuvieron junto a una duna para recuperar el aliento y tumbarse al sol, un sol agradable de esperanzas; pensó en su madre, quizá sería un buen sitio para aclarar el dolor. Al fondo había un grupo, pudo

reconocer a Irene y a Candela, las estaba saludando cuando escuchó a alguien llamándola. Rodeando unas palmeras, apareció una mujer con un gesto de cariño hacia ella. Repetía su nombre con esa voz desconocida que nunca le reprochó un desorden. Gabriela no conseguía apreciar su cara con nitidez y sintió miedo. ¿Dónde se encontraba? ¿Cómo era posible que sus deseos se hicieran realidad?, ¿que el verbo materializara los sueños? Desde el temor sintió que las arenas temblaban, que la mujer se hundía en una grieta profunda y abrió los ojos. De nuevo se encontraba en el despacho, se giró hacia la estantería contemplando con estupor su balanceo, parecía que alguien invisible deseara derribarla. Creyó que iba a caérsele encima y se inclinó asustada hacia la posición de Renata, su amiga era ajena a aquellos movimientos. Un latigazo de calor le ascendió por la columna, obligándola a enderezar la espalda. La vela de enfrente se apagó, provocando que del pebetero surgiera una estela de humo blanco. Naomí la miraba con un gesto de complicidad, inundando de paz su rostro. La corriente de amor que no conseguía dominar volvió a salir de su pecho alcanzando a la vidente, uniéndolas en una especie de halo de luz. Renata, totalmente inmóvil, era ajena a cualquier misterio.

—¡Que la palabra se cumpla! —pronunció Naomí con inusitada fuerza, y levantando los brazos todo regresó al principio—. Solo tú podrás cambiar el destino, destino que te será revelado en la hora y en el momento adecuado. Presta atención a los sueños, siempre te guiarán hasta ese lugar o dimensión donde deseas y debes ir.

—¿Cómo?

—Es todo cuanto me permiten decirte —respondió poniéndose de rodillas para concluir con una oración: —«Los registros están ahora cerrados. Amén. Los registros están ahora cerrados. Amén. Los registros están ahora cerrados. Amén» —repitió la frase tres veces y cuando se levantó tenía de nuevo la sonrisa cotidiana pegada en la boca—. No sé lo que he dicho, cuando entro en trance ellos hablan por mi boca, espero que te haya servido. —Irrumpió en otra carcajada que fue tímidamente coreada.

*

Señor salta de su regazo tirando el cuaderno al suelo. Gabriela observa con los ojos entrecerrados, respira un aroma a incienso que relaja su voluntad y la conduce a una paz infinita. En ese instante de abandono, escucha en su mente un ruido extraño, una vibración aguda, sostenida, que se va transformando en una tenue melodía apenas perceptible. La melodía de las esferas.

—¿La oyes?

Detrás de ella estaba Gaspar, con su mirada insolente y su amplia sonrisa.



Ilustración del Uróboros dibujada por Cleopatra, la alquimista, para su tratado: *Chrysopoeia*. En el centro en griego se lee: *Hen to pan*. [Todo es Uno.]

CAPÍTULO 5

ZAHU (IRAK)

El hombre puro posee tanta luz, que los demás solo perciben el ligero perfil de su sombra. El poeta místico Mevlânâ, decía: «Transforma tu cuerpo entero en visión, hazte mirada». Yo debía ser esa mirada, debía observar lo que ocurría a mi alrededor sin ser visto. Durante la noche había caminado rodeando la ciudad de Zahu. Fui siguiendo el curso del río Khabur hasta encontrar un lugar con vegetación suficiente para permanecer escondido durante las horas de sol. Sentado en la orilla, mis pies hallaron alivio en las frías aguas mientras comía unos dátiles secos pensando en la bíblica Naharayim, cuya capital, aún sin descubrir, se situaba en alguna parte a orillas de este río donde ahora descansaba. Quién sabe si la tierra que me acogía ocultaba unos restos arqueológicos tan importantes. Todavía faltaba una hora para el amanecer. Por encima de mí, el cielo se elevaba en grises que se iban degradando hasta donde alcanzaba la vista.

En esa tranquilidad paralela a las aguas, oí algo a mi espalda, un leve rugido incapaz de mezclarse adecuadamente con el paisaje. Giré la cabeza despacio y vi los ojos relucientes y amarillentos de un shaghāl¹⁶, esta vez lanzó un gruñido amenazador y sus espantosos colmillos brillaron en la oscuridad. Sentí que iba a morir de miedo, incluso se me nubló la razón. Sin apartar la mirada, tanteé con mi mano entre la hierba buscando una rama o alguna piedra para defenderme. A escasos centímetros, otro gruñido dejó en mi nuca su cálido y fétido aliento. El shaghāl no estaba solo. Le pedí a Nammu, la diosa madre, que si el destino había dispuesto mi muerte, no la prolongara. Rodeado por las fieras, lo único que me podía salvar era el factor sorpresa; pegué un alarido para desconcertarles e intenté huir poniéndome en pie con rapidez, pero el hambre te hace astuto y el primero, sin entrar al

engaño, saltó sobre sus patas y me clavó las mandíbulas en el brazo derecho tirándome de nuevo al suelo. El que cubría la retaguardia se tiró sobre mi garganta y únicamente el instinto me hizo levantar una pierna y golpearle con fuerza para desplazarlo y evitar que me desgarrara el cuello. El primer shaghāl, que había hecho presa en mi brazo, tenía las fauces enrojecidas por la sangre; haciendo un supremo esfuerzo, luché por incorporarme, buscando con desesperación la posición del otro animal para prevenir su ataque, pero fue inútil, no lo vi venir y entre gritos de dolor, sus patas me golpearon en el pecho; en ese instante se escuchó un rugido brutal, semejante a un trueno, y me dispuse a morir.

El aire comenzó a circular sin odio, permitiendo a mis pulmones volver a llenarse; los arañazos palpitaban como si hubiesen adquirido vida propia. Por mi brazo derecho descendía sangre a borbotones hasta caer en la tierra. No entendía nada de lo que ocurría a mi alrededor, pero tampoco me atrevía a moverme; la sensación fresca de la hierba en mi espalda era agradable, presentí que mientras fuera capaz de sentir esa percepción, estaría alejado del peligro y protegido contra sus fauces. Las bestias no se habían tomado un respiro después del enorme rugido. A escasos metros de mis pies, vi a un hombre con una escopeta humeante en las manos. Se acercó despacio y me observó cuidadosamente, examinando cada parte de mi cuerpo magullado. Desde el suelo parecía más alto de lo que realmente era.

—Hay que curar esa herida.

No dijo nada más. Dio media vuelta y echó a andar entre los árboles sin mirar atrás. Me levanté con fatiga y, sujetándome la herida con la otra mano para impedir que sangrara demasiado, avivé el paso para no perder su rastro en la oscuridad. No era un hombre rápido y eso me ayudó a seguirle hasta una especie de chamizo con las paredes encaladas, en el mismo margen del río, a unos trescientos metros aproximadamente de donde me habían atacado los chacales. No tenía puerta, ni motivos para tenerla. Dejó la escopeta apoyada en una grieta de la entrada y de un hueco en la pared, oculto tras una pequeña cortina hecha con fardeles, sacó una caja metálica oxidada por los bordes. Dentro guardaba un bote de plástico blanco con alcohol. Lo agitó al trasluz para comprobar la cantidad. Luego, rasgó un trozo de tela de una sábana, que algún día ya lejano había sido blanca, y con un cabezazo ordenó que me sentara en una silla de enea. Me cogió por la muñeca con cuidado y cuando apreté los dientes esperando el alcohol sobre la herida, me asestó un puñetazo en el mentón. Me desmayé.

Con exactitud ignoro el tiempo transcurrido desde su particular anestesia, pero cuando recuperé el conocimiento, el sol ya entraba por derecho a través de la techumbre medio derruida de la casa. Me había lavado y vendado el brazo con la tela de color dudoso. Él se encontraba fuera, fumando un cigarro a la sombra de una higuera que se retorció con angustia.

—Gracias.

Se limitó a dar otro cabezazo, era un hombre acostumbrado a ahorrar palabras. Con la mano del cigarrillo me señaló un anafe con una olla de barro. Me serví, en un plato de loza con los bordes descascarillados, cinco o seis cucharadas de un guiso más bien caldoso, en el que nadaban unas tajadas de carne bastante ambigua. Preferí no preguntar de qué era, me sentía débil, había perdido mucha sangre y necesitaba alimentarme.

—¿Por qué vives aquí solo?

Tardó en responder. Tampoco parecía ser un hombre al que le acuciara la impaciencia. Primero dio una última calada y apagó la colilla contra el tronco.

—Desconozco si hay otro sitio mejor —dijo mirando hacia la ciudad con demasiado recelo.

Decidí indagar un poco más sobre su enigmática respuesta, pero cortó mi curiosidad con la misma mano de antes. Primero me mandó callar y luego ordenó que me echara más comida. El guiso, a pesar de su apariencia, estaba delicioso; quizá hacía muchas jornadas que no alegraba mi estómago con algo caliente. Me rellené el plato, esta vez con la contundencia precisa, y comí sin remilgos. Él miraba al horizonte. Y lo miraba con tanto cariño que cualquiera podría deducir que le pertenecía.

—Entra y descansa —dijo cuando me escuchó dejar el plato. Ni siquiera me miró.

El catre estaba adosado contra la única pared que conservaba restos de la techumbre. Me quité la mochila y la dejé a mi derecha, sobre un ladrillo que debía ejercer funciones de mesilla. Ni siquiera presté atención al colchón de gomaespuma que protestaba del prolongado uso levantándose por las esquinas. El cansancio me aconsejaba dormir sin detenerme a pensar en sus habitantes.

«Gilgamesh se levantó para revelar el sueño diciendo a su madre: “Madre mía, durante la noche me sentí alegre y anduve en medio de los nobles. Las estrellas aparecieron en los cielos. La esencia de Anu descendió hacia mí”». Observando un retazo de cielo a través del agujero en el techo, acudí a mi memoria este texto de la tablilla II de La Epopeya de Gilgamesh; desde el catre también se verían las estrellas por la noche. Sin duda no habría muchos

palacios con un lugar tan especial para descansar, y a ello me dispuse.

Pronto caí en un sueño profundo, un sueño en el que me vi navegando con Bashira por el río Diyla. Nos sonreían las nubes y el atardecer era tan lento que nadie podía imaginar que existiera la noche. Si la felicidad fuera posible, el destino me la mostraba en su forma más sencilla. Bashira apartó la seda liviana de su hiyab para honrar a la luz de la tarde con su rostro. Al dejar atrás el puente de Al Jumariyah, observamos a unos jóvenes bañándose en la orilla de Abu Nawas; sus risas y chapoteos llegaban con alegría hasta nosotros, y en el aire se respiraba un tenue aroma de albaricoques. Cuando estábamos llegando a la primera isleta, la algarabía de los jóvenes se transformó en gritos y los gritos pronto se cubrieron de silencio. Miré hacia la orilla y los vi correr, moviendo los brazos airadamente, pero sus bocas abiertas no emitían ningún sonido. El sol cayó de golpe, con un estruendoso ruido de hierro candente precipitándose en la fragua. Cuando me giré hacia Bashira, había desaparecido. El sueño derivaba en una pesadilla y mi situación era dramática. Ahora navegaba en un bote pequeño por un mar embravecido, la oscuridad de la noche apenas me permitía ver la masa de las olas, la embarcación se elevaba a su antojo. Abrumado por la tensión, solté los remos y, agarrándome con temor a la bancada, dejé el esquife a la deriva. Del agua emergieron dos serpientes gigantescas que se enrollaron en mis brazos para sumergirme con ellas. Lancé un alarido desesperado al sentir su tacto viscoso intentando rodearme el cuello. El grito me despertó entre sudores. Desconocía si la causa de las alucinaciones era que la herida me había sumido en un estado febril. El hombre parco no había acudido al chamizo al oír mi bramido. Me extrañó.

Con paso dubitativo caminé hasta la entrada; nada más cruzarla me quedé paralizado, un hombre me señalaba con un ojo blanquecino.



Tablilla de La Epopeya de Gilgamesh.

WASHINGTON

En la terraza del James Hobans's Irish no quedaba ni una silla libre. La gente evitaba el cobijo de las sombrillas negras para recibir los rayos de un sol ciertamente deseado. La primavera había decidido mostrarse benévola con Washington. Noah Stein chasqueó los labios con desagrado y entró en el local. Los camareros se movían con rapidez, sin prestarle demasiada atención. El reloj de números romanos anclado en la pared, marcaba las doce del mediodía y a él le apetecía un café, pero tenía la costumbre de fumar al mismo tiempo y dentro del bar estaba prohibido. Dudó hasta que el camarero le fijó la mirada.

—Un café —dijo por costumbre, sin pensar al verse atendido.

Le sirvió en una taza blanca, grande, con el anagrama del restaurante, pero no se la dejó sobre la barra, le hizo una ligera señal con la cabeza para que lo acompañara. Cruzaron el local y nada más pasar los sofás de rayas y un cuadro de Irlanda, abrió una puerta fingida de color verde; era el paso a una estancia cuadrada, no demasiado grande; el extractor de humos funcionaba como si le hubieran condenado a trabajos forzados.

—Aquí podrá fumar, señor Stein.

—Gracias —contestó sentándose en una silla de teca.

El James Hoban's Irish estaba situado en el mismo edificio que las oficinas de Morning Star Arts Corporation, en el número 1 de Dupont Circle Northwest. Habían alquilado la última planta para tener acceso libre a la azotea, donde instalaron unas antenas para conectarse con los satélites. La primera calada fue con los ojos cerrados, aspirando el humo con deleite mientras recordaba cómo había planeado su próximo viaje.

*

—Han contactado con él —dijo Bill, señalando un destello que parpadeaba en la pantalla del ordenador—. Está cerca de la frontera con Turquía. ¿Lo eliminamos?

—No —respondió Noah, quizá algo más fuerte de lo habitual—. ¿Lo han monitorizado?

—Sí.

—Comunica que debemos seguirlo de cerca hasta nueva orden. Necesito el portátil que habías preparado y el pendrive.

Bill abrió el cajón de la mesa y tras apartar un cenicero lleno de colillas sacó un pequeño ordenador y un pendrive.

—Vacíalo —dijo en tono de reproche por el cenicero.

A pesar de ser fumador odiaba que sus hombres transgredieran las normas. Él era un caso diferente. Él era Noah Stein.

—Te he preparado el historial del profesor John Miller. Aquí tienes toda la información, dónde vive, cuál es su comida preferida, incluso la marca de pañuelos que usa. Mañana dará una conferencia: *El legado de la cultura Sumeria. Un expolio a la humanidad*. Es un tipo tranquilo, de oficina, apasionado por el jazz, enamorado de su mujer, Mary Miller, pintora, dudo que se maneje bien en la acción. ¿Seguro que lo necesitamos?

—Sí, debemos dotar de oficialidad a la operación. El señor Fellerstone lo ha ordenado. ¿Hablaste con la Fundación?

—Mañana enviarán un e-mail a la Universidad.

—Quiero que Ayman Mansûr esté monitorizado las veinticuatro horas. Dirige los turnos. Yo salgo esta tarde para Chicago.

Bill estiró el brazo y vertió el cenicero en la papelera. Tenía los brazos largos, las manos le caían hasta la mitad del muslo y si no fuera por el pelo, que le cubría una frente exagerada, podría ser un retrato del hombre de neandertal.

—No lo dejes ahí. No quiero que la oficina huela a tabaco.

—Los de Langley¹⁷ empiezan a molestar.

—Hablaré con ellos, no les pases ninguna información.

—¿Acaso la necesitan?

*

Apuró el último trago del café apagando la colilla en un cenicero casi nuevo. Pocos clientes tenían acceso a esa sala. Morning Star Arts Corporation llevaba funcionando un par de años, y aunque su cometido era ofrecer a los clientes objetos de arte, su principal ocupación era tejer una red de espionaje para la Fundación. Tras ajustarse la corbata, lanzó un profundo suspiro. La batalla comenzaba ahora, según había dicho Michael Fellerstone, entre esas ideas apocalípticas de los Illuminati y el Nuevo Orden Mundial. Sintió un escalofrío.

—¡Maldito viejo! —increpó entre dientes. La ambición siempre le obligaba a contenerse.

CAPÍTULO 6

MADRID

Gaspar pasa por delante de la mecedora coja y se sienta en el suelo, a su izquierda.

—Debes tener cuidado. En la oscuridad esto es peligroso —dice colocando una baldosa suelta de la azotea.

Después, aguarda con prudencia, aguarda hasta que las tejas desconocen sus bordes por la oscuridad.

—Me gusta este sitio. Aquí estamos por encima de sus resentimientos, que no son reales, sino manipulados. Los hilos intangibles que les ata a las ondas de esas antenas, los convierte en masa, en público sumiso.

Gabriela se cruza de brazos. Al fondo, titila la luz de un fluorescente imitando a las estrellas y por unos segundos consigue sacarles de sus reflexiones.

—Ignoran que nunca les dirán la verdad por la televisión, porque la verdad es el auténtico enemigo de quienes los controlan. Por eso los manipulan, los bombardean con sus transmisiones hasta alterar sus propias emociones. Les hacen sentir egoísmo, avaricia, odio, miedo. Un miedo atroz a las barbaridades que ocurren en el mundo, en el país, en su ciudad. Barbaridades que están destinadas a crear ese miedo para destruir la identidad del individuo, para que se sientan culpables cuando solo son víctimas. Llegará el día en que la violencia roce el paroxismo, y entonces aparecerán ellos con la solución a todos los problemas, es decir, están manipulando el miedo de la gente para conseguir sus propósitos.

Gabriela se frota las sienes afeitadas y no entiende cómo soporta una perorata que no alcanza a comprender, ni por qué la voz de Gaspar logra sumirla en un estado de placidez.

—¿Sabías que pueden identificar esas frecuencias específicas que causan las emociones exactamente igual que una huella digital?

Ella lo mira, por su cara ni siquiera conjetura que le ha hecho una pregunta.

—Una vez identificadas, las graban en un ordenador y emitiéndolas por cualquier medio de comunicación consiguen que la gente esté exultante o deprimida, incluso inducirles al suicidio o a la violencia. A eso lo llaman control mental. ¡El control de nuestra mente! Eckhart Tolle dice: «Pensar se ha convertido en una enfermedad». No pienses, Gabriela, siente. No te dejes llevar a sus infiernos, crea tus paraísos. Debes...

—¿Quién coño eres? —le espeta sin dejarle terminar.

Gaspar contesta con una risa generosa, exagerada, pero encantadora. Por primera vez sus miradas se reflejan rozando cierta intimidad.

—Háblame, dime tu nombre y no morderé los párpados de esa amapola que se eleva hacia el relámpago, para sentir que queda sangre en los labios. Dime quién eres...

—¡Déjate de tonterías!

—No es una tontería, es una poesía de Alf...

—Te pones a dirigir a las estrellas en plena tarde, hablas de mi embarazo cuando ni yo sabía que estaba embarazada, hablas de mi madre, me sueltas un rollo sobre el control de la mente y ahora, ¿pretendes recitarme una poesía? ¡Venga ya, tío! ¿De qué vas? ¿Quién es mi madre? ¿La conoces? ¿Dónde está? ¿Quién eres?

—La pregunta es: ¿quién eres tú?

—Por favor —musita Gabriela, y hundiéndose en la mecedora deja de mirarle.

El triángulo formado por Gaspar, su madre y ella, comienza a deambular en el espacio, a multiplicar sus lados hasta convertirse en un icosaedro que mantiene hermética la cara oculta de los sentimientos. Pero Gabriela desea descoser sus ángulos, transformarlo en una esfera sin aristas, sin secretos. Una esfera que se deja ver con los párpados cerrados, girando, flotando en el limitado espacio de ese silencio que guarda y en el que aún no ha aprendido a crear sus propios horizontes. La escena es tan estática como una fotografía en sepia.

—No has entendido nada —dice, por fin, Gaspar.

—¿Qué tengo que entender?

—Te empeñas en buscar en el exterior y las respuestas no vienen de fuera. No te servirá de nada saber quién es tu madre, ni quién soy yo, si antes no

averiguas quién eres tú. Te agarras a la frustración de ignorar tu identidad para echar la culpa al mundo. Te afeitas la cabeza queriendo demostrarnos que no necesitas a nadie, y en ese acto de falsa rebeldía, demuestras que nos necesitas a todos, incluso a Señor. Debes saber quién eres, para dejar de ser quien eres.

—Y después de estas chorradas sin sentido que acabas de largar, como si fueras un turista que ha regresado del Tíbet convertido en un monje shaolin, dime: ¿tú sabes quién soy?

—¡Qué más da que yo lo sepa! Debes averiguarlo por ti misma, recordar lo que no te atreves ni a pensar. Todo lo que ocurre a tu alrededor está provocado por ti misma. Nosotros creamos nuestra realidad.

—¿Que yo creo lo que me ocurre?

—Escucha, la naturaleza vibra, los árboles vibran, la materia vibra, las personas vibran, y dependiendo de esas vibraciones nuestra vida recibe lo que eres capaz de transmitir con ellas. Esto no es magia, no son supercherías, es... ¡Ciencia!

Gabriela calla. Entorna los ojos con una expresión severa y le mira a la cara. Por unos segundos no parpadea, algo resuena en su cerebro.

—¿Tú de dónde te has escapado?

—Yo no me he escapado; yo vengo porque tú quieres que venga —dice entre carcajadas—. Gabriela, no busques la verdad, sé la verdad. Deja de llenar tu mente con opiniones y te sorprenderás. Yo estoy aquí para ayudarte.

—¡Coño! Pues si quieres ayudarme no me hagas perder más el tiempo y dímelo.

—Ahora eres una niña impaciente que quiere que yo le haga los deberes.

—Y tú un listillo que ya es muy mayor para llevar coleta. A tus años yo me la habría cortado.

Lo dice poniendo voz de niña burlona y Gaspar dibuja una sonrisa de luna creciente que a ella le acelera los pulsos. Él se levanta y entra en la buhardilla. Gabriela se queda analizando su excitación. Siente la falta de equilibrio en los labios sin el peso de otra boca; y se pregunta —su vida rebosa de preguntas hasta en el deseo— sobre qué haría si él no fuera mayor, si se atrevería a cogerle la cara y a romperle esa sonrisa de canalla a besos. Ese pensamiento aumenta su excitación al imaginarse cómo la levantaría en brazos hundiendo la cabeza en su pecho, y nota que las manos se crispan con la fantasía de aferrarse a su nuca, de verse apoyada en el muro mientras le arranca la camiseta.

Gaspar no tarda en regresar a la azotea con unas tijeras. La mira fijamente y

hace varios repiqueteos rápidos, abriéndolas y cerrándolas. Ante su cara de incredulidad, comienza a cortarse la coleta y a lanzarle los mechones en medio de un baile alocado. Gabriela irrumpe en carcajadas cogiendo las guedejas y colocándose las de barba, de bigote, de patillas, de flequillo. Gaspar se acerca a ella, suelta las tijeras, le sujeta la cara entre sus manos y le rompe las carcajadas a besos, se adueña de sus labios, ocupa su boca hasta que el aliento abandona las trincheras. La levanta en brazos de la mecedora y Gabriela ciñe las piernas a su cintura, se aferra a la nuca para que él hunda la cabeza en su pecho. La deja sobre el poyete de la azotea para quitarle la camiseta con rapidez y Gabriela siente esas manos nuevas interpretando sus gritos. El deseo le arranca el disfraz despojándola de palabras hostiles, los gemidos se hacen montañas, arañazos que se despeñan por el cuello. Gaspar se frena, la mira con ternura y le cede la iniciativa. Gabriela, reñida con la sumisión, se sube encima de él y sus caderas comienzan a retorcerse en movimientos serpenteantes; tira los pensamientos contra el muro negro de la vagina que ha dibujado, pero recibe de vuelta estigmas de placer, las piernas se le deshacen en flecos, la espalda se arquea, una sensación de asfixia aumenta la ansiedad por saltar al abismo. Entonces siente un rayo de calor y su cuerpo se tensa, contrae los músculos, absorbe la energía que él derrama en su interior, alargando la vibración mientras su boca muerde el dedo que le acaricia los labios. Extenuada, se deja caer sobre su pecho.

—Joder —murmura con voz quebrada.

En los tejados tiritan las antenas. La mecedora coja va frenando el vaivén, ella abre los ojos. Señor está a su lado. Solo. Y maúlla.

CAPÍTULO 7

ZAHU (IRAK)

Tenía una mancha blanca en la pupila del ojo derecho, una esquirla de hielo que le encanallaba un rostro con la piel demasiado pegada a los huesos.

—No lo encuentro por ninguna parte, Litvak —dijo otro hombre apareciendo por la parte trasera de la casa.

Era árabe y más alto que el primero. Supuse que hablaban del hombre parco e instintivamente miré hacia la grieta en donde había dejado la escopeta después de socorrerme. No estaba.

—Habrá que esperarle, registra la casa, yo me encargo de él.

Litvak, agarrándome por la muñeca, me retorció el brazo de la herida hacia la espalda. Sentí un latigazo de dolor que aumentó al atar mis manos con una especie de bridas. Intenté concentrarme en mantener la calma, debía averiguar quiénes eran, si realmente venían por mí o era un ajuste de cuentas con el hombre parco. Además, si me estuvieran persiguiendo, no sería lógico que se quedaran a esperarle. Me registrarían la mochila y cuando encontrarán el Sello de los Destinos me matarían o me llevarían con ellos para entregarme a su jefe. El hombre con el ojo de hielo disipó las dudas.

—Has corrido mucho, Ayman Mansûr.

Al escuchar mi nombre en sus exiguos labios confirmé que en la vida todo es principio y fin, el ciclo eterno, nada se destruye, solo cambia para seguir fluyendo eternamente. Lancé un profundo suspiro de decepción por no haber sido capaz de abandonar el país, aún nos encontrábamos muy cerca de la frontera con Turquía. Seguramente, si los shaghāl no me hubiesen atacado la otra noche, el fin de la historia habría aguardado a que mis sandalias conocieran los vastos caminos de Anatolia.¹⁸

—Eres demasiado joven —dijo acompañándose con un chasquido de la

lengua—. Demasiado.

Parecía cansado. Tenía el pelo pajizo y lo llevaba cortado al cero, al estilo de un marine americano pero con acento eslavo.

—¿Sabes la diferencia entre tú y yo? Que tú les crees y yo les obedezco.

—¿A quiénes, señor?

—A los que te propusieron huir y a los que me ordenaron perseguirte. Si lo analizas, son los mismos.

—Yo no estoy huyendo.

Apuntaló en sus labios una mueca de superioridad, acompañándola con un sonido gutural. Luego destapó la olla y olfateó la comida. Al parecer no era de su agrado, de un puntapié la arrojó un par de metros vertiendo el contenido por la tierra.

—No seas tonto, muchacho —murmuró una eternidad después.

—Dentro no hay nada —dijo el árabe alto, saliendo de la chabola con gesto impaciente.

—No has entendido nada de lo que te he dicho antes, ¿verdad? —No había odio en su ojo de hielo.

—No, señor.

—Tú y yo somos iguales, simplemente representamos un papel diferente en la vida. ¿Eso lo entiendes?

—Sí, señor.

—Bien, pues siguiendo ese papel yo tengo que perseguirte, recuperar lo que robaste y matarte. Si me obligas a torturarte para recuperarlo, sufrirás. Tú eliges.

—No me mate, señor, yo no he robado nada.

Litvak miró a su compañero, este, se acercó despacio, rastreando, buscando huellas del hombre parco por el sendero. Al llegar a mi altura, estrelló con fuerza su puño contra mi herida haciendo que cayera de rodillas.

—¿Dónde está tu mochila? ¿Dónde has escondido el sello que robasteis del museo?

Me preguntó sin ninguna inflexión de enojo, es más, a pesar de su acento, se intuía cierta amabilidad que me desconcertaba.

—No sé de qué me habla —contesté entre gemidos de dolor.

El árabe sacó una navaja de su bolsillo y el ruido metálico al abrirla me hizo presagiar los peores temores. Cortó el nudo de la venda de un tajo y cuando la herida quedó al descubierto, me fijé en el brillo sádico que ofrecía en su boca un colmillo astillado. Con la punta de la hoja comenzó a hurgar en

la herida hasta hacerme enloquecer de dolor. Litvak le mandó parar antes de arrodillarse junto a mí.

—Tengo un mensaje para ti de Abdul Âkil —dijo con el rostro tan cerca que pude comprobar los perfiles de su mancha en el ojo—. Tal vez quieras oírlo antes de entregarnos el Sello para reunirte pronto con él.

—No sé de quién me habla.

—Te estoy hablando de tu director, un hombre que no soportó bien la tortura, Abdel te lo puede confirmar, ¿verdad?

Abdel torció la boca con satisfacción, sembrando mi mente de oscuros deseos de venganza. Invoqué a Antu, dadora de vida a los semidioses, para que lo sepultara durante el resto de la eternidad con su cruel gesto.

—No conozco a ningún Âkil.

—Entonces no te importará que le hayamos... —hizo una pausa buscando las palabras correctas— introducido un conducto por el recto. Cuando abrimos el grifo se le soltó la lengua. Lo malo es que su cuerpo era un odre viejo y no resistió demasiado tiempo el agua a presión, pero se fue al paraíso limpio de porquerías.

Sentí la hoja quebrarme la carne, pero mis gritos de dolor no fueron por la herida que se volvía a abrir en el brazo, sino por el inteligente Âkil, por el sufrimiento de un hombre que solo era culpable de amar la cultura de nuestros ancestros.

«¡Ojalá las huellas de Enkidu en el Bosque de los Cedros lloren por ti, jamás callen noche y día! Así los mayores de la amplia y amurallada Uruk lloren por ti. Llore por ti el dedo que se extienda detrás de nosotros bendiciendo. Y despierte ecos en la campiña como si fuera tu madre». Uní el llanto de Gilgamesh al mío por el amigo que ya me aguardaba en *E-an-na*, la casa del cielo.

—Te vamos a matar. La cuestión es ¿cómo?

—Podrá mostrarme las orillas de la muerte, pero mi destino no está en sus manos.

Litvak enarcó una ceja que agrandó su ojo de hielo, pero quizá no fuera por mi acertada respuesta, sino por el sonido de un teléfono o de una emisora. Ordenó al verdugo de Âkil que me atara dentro del chamizo antes de contestar. Debía sobreponerme al dolor si quería hacerles pagar su afrenta y cumplir con mi misión. Me centré en los escasos datos para sacar conclusiones. El hombre parco había desaparecido con mi mochila, eso significaba que sabía lo que ocultaba en ella; seguramente me apremió a que descansara después de comer

para registrar mis pertenencias, por lo tanto no volvería a aparecer en un tiempo razonable. A estas horas, de no haber logrado vender el Sello de los Destinos a los anticuarios de Zahu, ya estaría camino de cualquier ciudad. Cuando el perro de Abdel me estaba atando al catre, oímos un largo quejido que le impidió terminar la faena.

—¡Litvak! —gritó soltando la cuerda y levantándome por un brazo.

El hombre del ojo de hielo no contestó. Me agarró del cuello y colocándome delante de él caminamos hacia la entrada. Desde la puerta observamos el anafe tirado, la higuera, un montón de leña seca, incluso una furgoneta oscura, cuyos cristales brillaban al sol entre los primeros árboles del bosque, antes no me había fijado en ella, deduje que pertenecía a los dos asesinos. No había nadie. Abdel, intranquilo, aguardó unos segundos antes de salir hacia el centro de la explanada. A la derecha, un sendero en la tierra se prolongaba hasta la zona posterior de la casa, como si lo hubieran barrido o hubieran arrastrado un cuerpo para esconderlo. Abdel apuntó su pistola hacia el lado contrario, imaginando que era una trampa y que alguien aparecería por la esquina de la izquierda. Con paso lento nos dirigimos hacia allí. Agucé el oído, intentando percibir algún sonido que me avisara de un posible ataque para esquivar la refriega, pero solo se escuchaba un rumor de pájaros desde la higuera, las suelas de los zapatos se unían al rumor, arrastrando nuestro miedo por la arena. La respiración de Abdel era densa y notaba cómo el aire comprimía e hinchaba su pecho contra mi espalda. De repente, ocurrió algo absurdo que precipitó los acontecimientos. No sabría decir si fue por un ruido o por un retazo de sombra que ocultó ligeramente el sol sobre nuestras cabezas, el caso es que los dos elevamos la mirada hacia el cielo en el momento en que sonó un disparo. El aleteo de los pájaros abandonando la higuera se hizo ensordecedor. La cara de Abdel se abrió en varios regueros de sangre que me empaparon la espalda y, acto seguido, cayó igual que un fardo arrastrándome por el suelo. En el techo del chamizo sin derruir, surgió la figura del hombre parco. El sol le daba en la espalda otorgándole el contraluz un halo sobrenatural. Continuaba apuntándonos con la escopeta. Desde el suelo, siempre parecía más alto de lo que realmente era.

CAPÍTULO 8

MADRID

La habitación se encuentra casi a oscuras, el aire es espeso, con un olor desagradable que bien podría ser de flores muertas. El calor bochornoso pega la ropa al cuerpo de Gabriela y de Renata nada más poner el pie en el interior. A la derecha, una mujer mayor está sentada en un sillón de orejas, tiene el rostro sin sangre y los ojos hace tiempo que perdieron la curiosidad. Sus dedos, arrugados como sarmientos, intentan jugar con una pequeña pelota de goma sin conseguirlo.

—Mamá, ésta es la chica de la que te hablé —dice Carmen, su hija, una mujer con más de cincuenta años; da la impresión de que ella, por su forma de vestir, aún no se ha enterado.

La anciana no se inmuta. Sigue con la vista fija en sus dedos, pretendiendo obligarles a realizar unos movimientos que los años les niegan.

—Acércate —le sugiere en voz baja Carmen.

Gabriela se aproxima hasta quedar a tres metros del sillón de orejas. A esa distancia, la cara de la anciana es un trozo de cuero pálido, sin brillo, muy diferente del que ella guardaba en la memoria. Cuando era niña recibía su visita anualmente para hacerle un regalo de cumpleaños. Algunos de aquellos juguetes todavía persisten entre sus mejores recuerdos de infancia, como un muñeco al que se le iluminaba la cara en la oscuridad y con el que durmió abrazada muchos años. Nunca supo por qué aquella mujer era tan generosa, ni tampoco por qué dejó de serlo cuando a los siete años, la sacaron de la casa de acogida en donde vivía y la llevaron a un orfanato; desde entonces, no había vuelto a saber nada de ella.

Doña Elvira Díez levanta la cabeza y, al verla, su rostro recupera una de las pocas muecas alegres que le quedan en la memoria.

—¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Mamá, a esta chica la recogiste cuando nació y le buscaste una casa de acogida, se llama Gabriela.

—Gabriela, sí, sí —repite asintiendo con la cabeza—. Eres igual que tu madre.

Gabriela siente una contracción en el estómago y se lo sujeta con las manos, su pecho desprende un ruido de palomas sonámbulas. Está a punto de recuperar la identidad por la que lleva luchando desde que tiene uso de razón. Necesita pausar la noticia, calmar los nervios que le provocan un temblor irracional.

—¿Podría beber un poco de agua, por favor?

La hija va por un vaso de agua y Gabriela aprovecha para respirar profundamente, a pesar del aire empalagoso, de las flores muertas, del calor plomizo. Necesita concentrarse en lo que le había ocurrido esa mañana hasta llegar a presenciar los ojos sin vida de doña Elvira Díez.

*

No había demasiado tráfico a esa hora y Gabriela llegó puntual al número 11 de la calle de San Agustín, en el centro de la ciudad, donde la había citado Renata para enseñarle unos datos de gran importancia sobre su madre natural. Después de atar la bicicleta a una farola de hierro forjado, escudriñó hacia ambos lados de la calle, pero no se atisbaba ni rastro de su hacker particular. Justo delante, había una tienda de productos esotéricos llamada Ruta de la Seda. Mientras la esperaba, se entretuvo observando el llamativo escaparate del establecimiento. Tenían expuestas campanas de Feng Shui para disipar las malas energías, velas de diferentes colores, colgantes para armonizar los chacras y, en el centro, un cartel con luces que anunciaba una gran variedad de inciensos procedentes de India y Nepal. El olor de las resinas vegetales inundaba la acera. Gabriela lo respiró con fuerza, se sentía cómoda, equilibrada en ese aroma que no le resultaba desconocido. Renata seguía sin aparecer y el incienso le hizo sucumbir a la tentación. Nada más entrar se le aproximó una dependienta de rasgos indios. Al conocer su interés por adquirirlo, le soltó una perorata sobre la utilización del incienso para aromatizar cualquier ambiente con exquisitas fragancias, además, le habló de sus funciones terapéuticas debido al uso de resinas, cortezas, aceites y maderas, procedentes de árboles y plantas.

—Ya, ya, ya —intentó cortar el discurso a pesar de estar hipnotizada por una dentadura sobrecogedoramente blanca—. Quiero comprar unas varillas.

—¿De cuál? ¿Incienso con ámbar, alcanfor, almendra, canela, cedro, eucaliptus, gardenia, henna, jazmín, lavanda, magnolia...?

—De ese —volvió a cortar la perfecta enumeración por orden alfabético de la vendedora, señalando unas varillas encendidas a la entrada.

—Ah, muy bueno, incienso de Nag Shampā, es especial para la meditación, además purifica, y otorga paz y armonía. Muy utilizado en los Ashrams.¹⁹ Cuanto más incienso quemes mejor. ¿Solo quieres comprar un paquete? —preguntó con cierta tristeza, después de haber desplegado todos sus encantos.

—Sí, uno, gracias.

Gabriela salió de nuevo a la calle y pudo soltar un suspiro de alivio. Por el final de la acera llegaba Renata con su cuerpo dicotómico. De cintura para abajo, se ensanchaba evocando modelos arcaicos de belleza, de cintura para arriba, se estilizaba hasta rematarlo con la viveza de un rostro salpicado de pecas.

—¡Coño! ¿Qué te has hecho en la cabeza, Gabi? —preguntó asombrada al ver por primera vez el cambio de imagen de su amiga. Dio una vuelta a su alrededor para no perderse ningún detalle.

—Llevo veinte minutos esperándote.

—¿Qué huevos le echas!

—¿Quieres soltarlo de una vez? ¿Por qué hemos quedado en esta calle y no en mi casa?

—¿Sabes quién vive en este portal? —No era una pregunta, a pesar del tono, sino un prelude que confirmaría sus habilidades; por ello se recreó con un gesto grandilocuente al final.

—No.

Era el portal de un edificio antiguo, colindante a la tienda aromática; tenía el suelo adamascado y un techo imitando la altura del cielo, aunque se habían descuidado con las goteras; el pasillo, largo y oscuro, conducía a una escalera con la barandilla de forja artística curvándose hacia los pisos.

—Doña Elvira Díez, la mujer que recibió a tu madre en el Patronato de San Juan Nepomuceno y que te visitaba todos los años en la casa de acogida hasta que te llevaron al orfanato. Hice mis pesquisas y he conseguido la dirección y el teléfono. Gracias, de nada. —Se contestó ella misma con agilidad, sin variar el ritmo—. Mantuve una charla con su hija y tras contarle el caso, nos dejará que hablemos con ella un rato, no demasiado, por desgracia. Al parecer está enferma, Alzheimer.

—¿Nos dejará? Te has vuelto a hacer pasar por mí, ¿Verdad?

—La investigación tiene estas cosas. ¡Qué pocas series policíacas ves! Bueno, ¿qué?, ¿subimos?

*

La hija de doña Elvira le entrega un vaso de agua y Gabriela lo bebe como si estuviera en el desierto, sin dejarle ni una gota a su amiga que se queda con el brazo extendido y dos pecas sofocadas.

—Hasta los siete años, usted me llevaba siempre un regalo por mi cumpleaños, ¿se acuerda?

—Sí, sí. ¡Qué bonita eras! —dice señalando una acuarela de una iglesia románica que tiene colgada en la pared. Parece que va a decir algo sobre la pintura.

—¡Mamá! —protesta Carmen alargando la última sílaba por su falta de discreción—. Sigue siendo bonita.

—Sí, sí, pero... —responde sin estar convencida de la belleza actual y señalándose con uno de sus finos dedos las sienes. No le gusta el afeitado de Gabriela.

—¿Por qué? ¿Por qué me hacía esos regalos?

Doña Elvira baja la mirada y se encuentra con una sorpresa: una pequeña pelota de goma en la mano derecha. La muestra orgullosa y se empeña de nuevo en intentar moverla entre los dedos.

—Mamá, ¿te acuerdas de la madre de Gabriela?

—Sí, sí. Era igual que ella, vino del norte y... ¿Cuántos años tienes hija?

—Veintitrés.

—¡Veintitrés! —repite despacio, con admiración hacia el paso del tiempo, después se queda callada.

—¿Se acuerda de qué parte del norte?

—¿Te gustaron los juguetes?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

—Todos los niños deben tener juguetes, yo se lo digo a mi hija. Anda, saca una de esas muñecas que tienes guardadas y dásela. Ya verás cómo se ilusiona.

—Luego, mamá, luego. Estuviste hace años con la madre de Gabriela, ¿puedes decirnos algo de ella?

—Pues claro —afirma implicando en su tono que la pregunta era una obviedad, pero seguidamente deja la mirada perdida en ningún sitio concreto.

—¿Podría decirme su nombre? —vuelve a la carga Gabriela tras conceder unos segundos a su ensimismamiento.

—Claro, me llamo... me llamo... yo... —Traga saliva y contrae el rostro

por el esfuerzo.

—El nombre de mi madre.

—Me llamo... —La mano comienza a temblarle y se le cae la pelota. Parece que va a llorar.

—Tranquila, mamá, tranquila —dice Carmen agachándose y recogiendo la pelota para entregársela—. Toma, no llores. Voy a prepararte la comida, enseguida vuelvo.

Les hace un gesto a Gabriela y a Renata para que la acompañen fuera de la habitación.

—¡Mi madre! ¡Dígame el nombre de mi madre! — insiste elevando la voz con frustración.

—Por favor, es inútil —dice Carmen al tiempo que extiende un brazo delante de doña Elvira, pretendiendo impedir la comunicación y conducir las hacia la puerta.

—¡Elvirita! Me llamo Elvirita.

Escuchan su voz por la galería. Gabriela siente el sudor corriendo por la espalda. Hay emociones que poseen un silencio en el borde, y se callan, otras acogen un dolor dentro, un dolor que estalla. Sin contener la indignación se planta delante de su hija.

—Esa mujer me separó de mi madre, estuvo durante siete años llevándome regalos por alguna razón que todavía desconozco, pero eso demuestra que tuvo un vínculo con ella. O me dice el nombre de mi madre o la denuncio por participar en el robo de niños.

Carmen mueve la cabeza con pesar, arrepentida de haber consentido la entrevista. El aire en el corredor no está tan saturado por el olor de las flores; ella habla mirando y tocándose con delicadeza la uña rota del dedo índice. En esa maniobra pretende ocultar la vergüenza que le produce la emoción de Gabriela.

—Tú misma has podido comprobar en qué estado se encuentra. Déjala morir en paz.

—Ella no me deja vivir en paz.

Permanecen calladas unos instantes, el eje del mundo se ha anclado en ese pasillo oscuro y no les permite moverse hasta que encuentren una solución.

—Supongo que su madre guardará alguna documentación, papeles de aquella época —dice Renata—, no sería muy complicado buscar los datos que necesitamos. Nada más es un nombre.

—Sé que es muy importante para ti saber quién es tu madre. Y que estás

sufriendo mucho, pero en aquellos años no sabía que estaba haciendo daño a... —suspende la justificación mirando a Gabriela y olvidándose de la uña rota—. Te prometo que lo buscaré pero, por favor, dame unos días para conseguirlo.

Gabriela asiente sin demasiado convencimiento y reanudan la marcha.

—Si usted no tiene tiempo yo puedo revisar los archivos —se ofrece con toda la amabilidad disponible en sus pecas.

La oferta de Renata no parece haber causado demasiado entusiasmo. Al abrir la puerta, una luz blanca procedente de la claraboya del techo de las escaleras, ilumina hasta la mitad del recibidor. Gabriela ve un cuadro en la pared que le llama poderosamente la atención y lo señala con curiosidad.

—¿Qué es eso?

—¿Perdón?

—El cuadro. ¿Qué cuadro es? —pregunta con impaciencia.

—¡Ah! Es *El portador de incienso*, una pintura de John Lavery. Bueno, es una copia, por supue...

—¡*El portador de incienso*! —repite Gabriela con incredulidad sin dejarla terminar—. ¿Puede dar la luz por favor?

Carmen enciende la lámpara del recibidor, sin entender la cara de estupefacción que marca la chica ante un sencillo cuadro de un monaguillo con un incensario. Ni siquiera era la obra original del artista irlandés que tanto admiró a Sorolla y a Velázquez.

—No sé por qué mi madre lo tiene aquí colgado.

—Gracias —dice Gabriela con cierta sequedad por la abstracción que le ha producido el óleo.

—La llamaremos en un par de semanas para que nos pase la información que haya podido averiguar. Si se entera de algo antes, tiene mi teléfono. Gracias por dejarnos ver a su madre —Renata se despide con cortesía, dándole la mano.

Carmen vuelve a mirar el cuadro. Nunca le gustó. Tal vez era demasiado triste. Prefería los cuadros luminosos que John Lavery pintó de las playas de Inglaterra o de la Costa Azul, óleos alegres que le recordaban a Sorolla.

—Mamá, ¿por qué tienes ese cuadro en el pasillo? ¿El del monaguillo?

Elvira levanta la vista de la pelota. Tarda en reaccionar.

—¡El monaguillo! —repite en voz alta, reflejando que acaba de hacer un gran descubrimiento—. Lo pintó la madre de esa chica...

—¿De qué chica? ¿De Gabriela?

—Sí, y me lo regaló. Era pintora. Me dijo que lo tuviera siempre en casa porque algún día ella vería el cuadro... algún día... dijo que... Tengo hambre. ¿Me has castigado sin comer?

—No, mamá, enseguida te traigo la comida.

Bajan las escaleras deprisa, sin hablar, sin mirarse hasta llegar a la farola donde dejó la bicicleta aparcada. Gabriela siente que esta visita debe ocupar un lugar preferente en su memoria.

—La vidente dijo que mi madre venía del norte, lo mismo que nos ha dicho doña Elvira. También dijo: ve con el portador de incienso. ¡El portador de incienso! Llevo unos días oliendo incienso, encontrándome cosas relacionadas con incienso, por ejemplo esta tienda —dice Gabriela a una velocidad inusitada al tiempo que señala el escaparate—. Hoy he comprado un paquete, no me preguntes por qué, pero sentía en mi interior que necesitaba comprarlo, olerlo. Lo necesitaba, necesitaba tenerlo cerca de mí.

—Eso se llama sincronicidad, un concepto que ya estudió Jung. Para él, era la coincidencia de dos o más acontecimientos no relacionados entre sí causalmente —lo dice sin levantar las pecas de la *tablet* y buscando algo de forma compulsiva.

—¿Quién es el portador de incienso?

—Qué rápido funciona. ¡Me encanta!

—¿Qué te encanta?

—Los resultados de Yahoo: «Portadores de incienso en México. Cómo curar la piel con aceite de incienso. El incienso en la misa. El incienso y los Reyes Magos», nada, no veo nada que nos pueda indicar...

—¿Cómo has dicho?

—Que no veo nada que nos pueda indicar...

—No, no, la entrada de los Reyes Magos, cliquéala, Ren, ¿qué dice?

—A ver... los tres Reyes Magos siguieron la... patatín patatán... y ofrecieron a Jesús, oro, incienso y mirra... nada que no sepamos desde niñas...

—¿Cuál de ellos le ofreció incienso? —pregunta por confirmar lo que ya sospecha pero los nervios le impiden aguardar la respuesta. Le quita la *tablet* de un manotazo.

—¡Eh! Cuidado, no se te vaya a caer —protesta Renata—. Oye, cuando fuimos a la vidente y te habló del Uróboros ese, te lo tatuaste en el brazo, espero que ahora, y más después de haberte afeitado la cabeza, no se te ocurra tatuarte en la espalda *El portador de incienso*. Es muy grande. Y el

monaguillo muy feo.

Gabriela le entrega la *tablet* con el ánimo refugiándose en el cartel del escaparate, aspirando ese aroma de Nag Shampā que sale del establecimiento, el mismo aroma que recuerda de cada uno de sus encuentros.

—¡Anda! Fue el rey Gaspar —dice Renata leyendo el artículo.

—Sí, Gaspar. ¿Gaspar? ¡Gaspar! ¡Gaspar!

—No hace falta que grites el... nombre... del...

Gabriela echa a correr calle abajo dejando a su amiga con la boca en forma de cicatriz. Persigue a un hombre que ha salido de la Ruta de la Seda. Los cláxones de los coches ahogan sus gritos y una señora con un perro se cruza en la acera. Gabriela da un salto para esquivarla y está a punto de golpearse contra una de las farolas. La mujer lanza un improperio pero no es contestado. De lejos escucha la voz de Renata, incapaz de seguir su ritmo. Por fin, consigue llegar a su altura y cogiéndole del brazo le gira con fuerza. Él da un paso hacia atrás sobresaltado por la cresta y el gesto de desesperación que le señala.

—No llevo dinero —dice temeroso, levantando las manos y mirando a su alrededor por si alguien le puede ayudar en el supuesto atraco.

Gabriela le mira de arriba abajo sin entender lo que está ocurriendo, fuerza un gesto, una sonrisa de incredulidad por donde acuden los recuerdos. Él permanece con las manos en alto, con la bolsa de Nag Shampā que ha comprado en la tienda balanceándose entre sus dedos.

—Es incienso, para mi consulta, el aroma relaja y... —dice al ver que sus ojos se fijan en la bolsa— ¿Lo quieres? Es todo lo que tengo.

—¡Gaspar!

La mueca de temor desaparece al escuchar su nombre; vuelca el rostro hacia ella mientras sus ojos oceánicos se pierden buscando los datos en la memoria. Su mente tacha antiguos adioses con agilidad, hasta que comprende que la caricia que busca en el pasado nunca existió.

—¿Nos conocemos? —pregunta extrañado.

—Sí... bueno... hemos... —balbucea.

—Gaspar, cariño, llegamos tarde. —La voz pertenece a una mujer rubia, quizá teñida, lo llama desde un automóvil aparcado en doble fila.

—¡Ya voy! Perdona, ¿te conozco?

Gabriela traga saliva, es difícil responder cuando el amor desconoce su eco.

—Te he soñado.

CAPÍTULO 9

ZAHU (IRAK)

La cara de Abdel era un amasijo de sangre, la cuenca del ojo izquierdo estaba vacía y la frente le había desaparecido pero el colmillo roto seguía añadiendo crueldad a una boca de labios desgarrados. Con las manos atadas a la espalda, me costó apartar su cuerpo para levantarme del suelo. El hombre parco había vuelto a sentarse a la sombra de la higuera y aunque no lo conocía lo suficiente para saber si estaba nervioso, me dio la impresión de que mordía el filtro del cigarro con los dientes. Cuando me acerqué hasta él, pude comprobar que en el lateral derecho de la casa estaba apoyada una escalera de madera por la que había subido y bajado del techo. Debajo de la misma, poniendo fin al sendero marcado en la tierra, yacía el cuerpo de Litvak. Si el árabe no se hubiera ido para el lado contrario en un exceso de imaginación cinematográfica, seguramente ni los vientos contarían esta historia. Me dispuse a dar las gracias a la diosa Nammu por dar prioridad a mi destino sobre el de Abdel.

—¿Te venían persiguiendo? —preguntó cortando mi oración.

—¿A mí? ¿Por qué habrían de perseguirme?

—Te he salvado la vida, no tienes por qué mentirme.

—No estoy mintiendo.

—Allá tú —dijo de forma despectiva.

Se levantó y encaramándose por el tronco de la higuera, estiró el brazo en el que llevaba la escopeta. Con la punta del doble cañón enganchó mi mochila; estaba escondida entre las ramas y me la tiró a los pies. Luego, con cierta dificultad, cortó las bridas que me ataban las muñecas y sin volver a dirigirme la palabra se metió en el chamizo. Aunque me dolió mentirle, todavía ignoraba si podía confiar en él. La debilidad de un hombre comienza en la desconfianza

y esta surge por lo acontecido en tu pasado; pero si quería cumplir la misión, no debía permitirme el lujo de ser sincero con nadie, a pesar de que ello implicara convertirme en un ser solitario, deambulando hacia un destino incierto. Yo no disponía de pasado, ni gozaba de identidad, de ese modo evitaba que, en un instante de ligereza, mis labios se crecieran ante el cariño y mostraran a ojos ajenos el falso espejo de la traición.

El candado no ofrecía señales de haber sido forzado, aun así, marqué la contraseña para abrirlo y corrí la cremallera de la mochila por si el hombre parco me hubiera arrebatado el Sello de los Destinos. Agradecí a los dioses que todo se encontrara en la misma posición que yo había dispuesto. Eso venía a demostrar que ni siquiera se molestó en abrirla. ¿Sería esa razón suficiente para fiarme de una persona de la que ni siquiera sabía su nombre? Saqué del estuche impermeable la bolsa de piel de cabra y al acariciar con la yema de los dedos la piedra de cornalina sentí que me vaciaba de temores, el Sello conectaba con mi energía vital de un modo consciente y me nutría de la fuerza necesaria para no desfallecer. Mi cuerpo relajó las tensiones para fundirse en la armonía de la naturaleza.

El hombre parco salió de nuevo con otro trozo de tela y el bote de alcohol en la mano. Mi estómago se encogió y al instante cualquier sensación de vacío armónico ocupó categoría de leyenda. Esta vez no me golpeó en el mentón, fue peor. Quitó el tapón con la boca y lo escupió al suelo, después vació lo que quedaba de alcohol en la herida. Grité, lloré, maldije a sus antepasados y a sus posibles descendientes sin que él reflejara el más mínimo gesto de contrariedad. Cogió el trozo de sábana y me vendó con fuerza antes de marcharse. El dolor apenas me permitía respirar y resoplé continuamente intentando coger aire. Las lágrimas anegaron mis ojos y solo creí apaciguar el dolor con los gritos que me rompían la garganta. Entre mis alaridos y mis convulsos movimientos, lo vi llegar en la furgoneta de los asesinos y detenerla en medio de la explanada. Se bajó y abrió el portón trasero; yo observaba sus maniobras sin parar de retorcerme y sin comprender qué pretendía hacer con el vehículo. Sacó un par de rifles o fusiles y se encaminó al río con ellos; desde la orilla los arrojó al agua y cuando volvió a pasar al lado de Litvak lo movió ligeramente con el pie. El hombre del ojo de hielo no se quejó, los muertos no protestan. A continuación entró de nuevo en la casa y yo aproveché para mirar la furgoneta. Había dejado en el interior la escopeta con los cañones pivotando hacia abajo. ¿Por qué tiraba las armas de los pistoleros y dejaba su vieja escopeta? No me dio tiempo a mucho más, noté su brazo

apartándome discretamente del portón para dejar dentro una antigua bolsa de deportes de la marca Adidas. Lo cerró y se fue ligero hacia la puerta del conductor.

—¡Eh, eh, eh! —lo llamé al oír que arrancaba el motor—. ¿Qué hace?

—Marcharme —dijo bajando la ventanilla.

—¿En su furgoneta?

—¿Tienes un medio más rápido de huir?

Debí poner cara de idiota porque no aguardó mucho para seguir hablando.

—Estos dos, que *no* te perseguían, no estarán solos. Cuando ese se despierte y vengan sus compañeros no quiero que me encuentren aquí.

Metió la primera y giró para enfilar el camino de tierra que llevaba al puente y a la carretera de Zahu. ¿Cuándo ese se despierte? Miré hacia Litvak y con horror comprobé que parecía aturdido pero ya comenzaba a incorporarse. ¡No estaba muerto! No disponía de mucho tiempo para pensar. Cogí la mochila al vuelo y eché a correr detrás de la furgoneta.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Eh! —Respiré al ver las luces rojas de los frenos. Ya no sentía ni dolor en el brazo—. ¿Va a dejarme aquí?

—¿Tú qué crees? No te persigue nadie.

Aceleró y el polvo de las ruedas se me metió en la boca. No podía dejar que se marchara sin mí. Escupí, escupí y seguí escupiendo mientras corría a través del bosque para atajar hacia la carretera. Con mi brazo izquierdo apartaba las ramas bajas y los arbustos. Al final había una vereda que supuestamente llegaba hasta el puente. Giré a la izquierda y, tras saltar unos matorrales, me di de bruces contra un zarzal imposible de franquear. Mi única salida, si quería detenerle al otro lado del puente, era el río. Me coloqué la mochila en la espalda y comencé a vadearlo todo lo deprisa que las piernas me permitían correr por el agua. Las piedras dificultaban la carrera pero no era un río excesivamente ancho y eso me animó, hasta que caí en una poza que me cubrió por completo. Salí a la superficie y comencé a nadar para ganar la otra orilla. El centro del caudal era profundo, vestido y con una mochila a la espalda no resultaba fácil mantener la sincronía de la brazada. Me detuve un segundo para vigilar la distancia que sacaba a la furgoneta, la polvareda de sus ruedas ya se veía muy cerca del otro lado del puente. Estuve a punto de rendirme. Volví a la carga pensando en Abudl Âkil, en Bashira, en mis padres, en Alí, nadaba con desesperación por los sumerios, por los babilonios, y sobre todo por mí. No podía quedarme a merced del hombre con el ojo de hielo. Cuando me quise dar cuenta, estaba subiendo por el terraplén, agarrado

al sedal de un pescador que me gritaba con hostilidad desde la primera curva del río, donde había fijado al suelo otra caña. Escuché las ruedas rebotando en el empedrado del puente y usando el vértice del pretil de palanca, me empujé hacia el medio de la calzada. Caí de rodillas, con los brazos levantados y la cabeza hundida en el pecho. Los frenos chirriaron y yo cerré los ojos. Un fuerte olor a gasolina me hizo concebir esperanzas de que continuaba con vida. El morro de la furgoneta se había detenido a veinte escasos centímetros de mi cara. La puerta del acompañante se abrió despacio.

CHICAGO

El profesor de Arqueología de la universidad de Chicago, John Miller, estaba terminando su conferencia en el McCormick Place con evidente desánimo. Su título: *El legado de la cultura Sumeria. Un expolio a la humanidad*, no había atraído a demasiado público. Apenas una treintena de personas escuchaban sus palabras. La mayoría eran estudiantes intentando con su asistencia reclamar cierta benevolencia en la nota de sus exámenes.

—Y por ello le debemos a los Sag-giga, es decir, a los sumerios o pueblo de cabeza negra, ateniéndonos a su traducción literal, recuperar los 7.000 años de la historia de Mesopotamia y del origen de la civilización. El daño al patrimonio humano es imposible de cuantificar y ya he demostrado que los tesoros arqueológicos del museo eran claves para descifrar el origen de la humanidad. Para terminar, permítanme una frivolidad, debemos recuperarlos para averiguar si algún día seremos capaces de merecernos la legendaria tierra de Dilmun, que así era descrita en este antiguo poema sumerio:

En Dilmun el cuervo no pronuncia ningún grito,
el león no mata.

El lobo no se come al cordero,
es desconocido el oso devorando granos.

El enfermo dice: no estoy enfermo,
la mujer vieja dice: no soy una mujer vieja;
el hombre viejo dice: no soy un hombre viejo.

»Dillmun, también llamado *La Residencia de los Dioses* o *Tierra de la Vida*, donde no hay enfermedad ni existe la muerte, fue adoptado por otras culturas como el lugar idílico donde estaba situado el paraíso, el edén, etc.

Con la diferencia de que los sumerios accedían al Dillmun en vida, mientras que para el resto de civilizaciones resulta imprescindible morir. Quizá les parezca una fantasía y debido al saqueo nunca podremos averiguarlo, pero créanme, solo es cuestión de tiempo; la ciencia cada vez viaja por un camino más paralelo a la espiritualidad. La teoría de los universos paralelos o la de cuerdas, nos muestran a los profanos unas posibilidades tan inverosímiles como esa legendaria historia de Inanna, que entregó a los hombres el secreto para gobernar la creación y convertirse en dioses. Aunque ese tema, es para otra conferencia. Gracias por su asistencia. Buenas tardes.

Sonaron unos comedidos aplausos que en ningún caso compensaban las dos horas de agotador esfuerzo. John Miller agradeció su presencia con una sonrisa de compromiso que se quedó en mueca y, tras recoger sus papeles del atril, abandonó el 2301 de S. Lake Shore Drive a toda prisa. Sacó el coche del aparcamiento y enfiló Cermak Road hasta el cruce con State St. Chicago. Al pasar por la puerta de Reggie's decidió parar a tomar una copa antes de volver a casa. A esa hora no había mucha gente en el local. Se sentó entre la columna y el recodo de la barra. Enfrente, cinco pantallas emitían diferentes imágenes sin sonido, permitiendo escuchar un blues suave que John no supo identificar.

—Whisky, por favor.

Pegado en la columna había un cartel anunciando un concierto de Madeleine Peyroux para el sábado. Le gustaba Madeleine, era una cantante que había tenido problemas con la voz, pero había presenciado un anterior concierto suyo muy enérgico, con claras influencias de Folk. Por su forma de cantar le recordó a su adorada Billie Holiday con su inolvidable *Night and Day*.

—Magnífica conferencia, profesor Miller.

John se giró hacia la voz. Era un hombre elegante, de no más de cuarenta años, estaba sentado en los sillones de escay rojo en forma de semicírculo que había a su espalda.

—¿Me permite invitarle a la copa?

—Gracias —contestó acercándose—. ¿Ha asistido a mi conferencia?

—Por supuesto, el final ha sido esperanzador. Lástima que no se extendiera un poco más. Siéntese, por favor. Ojalá la ciencia nos desvele pronto ese paso para convertirnos en dioses.

John respiró fuerte para meter la barriga y encajar entre la mesa de madera y el sofá.

—¿Le interesa la cultura sumeria? —preguntó acodándose en la mesa.

—Me interesa el arte. Tranquilo, no soy de la ACCP —dijo con una media

sonrisa, al ver que el profesor se echaba hacia atrás con desconfianza, hasta apoyarse en el respaldo—. A mí también me horrorizó la destrucción de objetos tan valiosos de Ki... Ki... —dudó la palabra y aguardó a que John la pronunciara.

—Ki-en-gi.

—Ki-en-gi, exacto, me resulta más fácil decir Sumeria. —Marcó una pausa dando un trago largo a su botella de Yuenling antes de continuar—. Le confieso que para mí es un honor hablar con el mayor experto en cultura sumeria de...

—Perdone —le cortó sin dejarle acabar el halago—, señor...

—Stein.

—Señor Stein, ese honor le corresponde a Ayman Mansûr, del Museo de Bagdad, es un brillante joven y realizó una tesis sobre...

—Ayman Mansûr ha desaparecido.

La sorpresa hizo que John cerrara su mano contra el vaso de whisky. Sus gordezuelas mejillas temblaron al apretar las mandíbulas. A continuación se lo bebió de un trago.

—Lamento haberle dado una mala noticia, profesor. ¿Otro whisky? —No esperó la respuesta, levantó el brazo y chasqueó los dedos para que la camarera sirviera otro whisky

—¿Qué desea de mí, señor Stein?

—Charlar.

—¿Y?

—Llegar a un acuerdo.

La bombilla amarillenta reflejaba una bola de luz en la fotografía de la pared, dos chicas en ropa íntima miraban con descaro al objetivo. Cualquier sospecha respecto al señor Stein carecería de fundamento hasta conocer sus intenciones.

—¿Un acuerdo? ¿Sobre qué?

—Represento a un mecenas, permítame que de momento no le haga participe de su nombre. Está interesado en adquirir una pieza sumeria. Le necesita para autentificarla. No hace falta que le mencione que es un hombre muy generoso.

—No, no hacía falta. ¿Dónde está la pieza?

—Ese es el pequeño problema. Tendría usted que viajar con nosotros a Turquía.

—Lo siento, es imposible, aún no hemos acabado el curso en la universidad

y no es convenien...

—Eso puede arreglarse —le interrumpió colocando su tarjeta en la mesa, acompañó el movimiento dando un ligero toque sobre ella con su dedo índice—. Le dejo mi número por si desea ponerse en contacto conmigo. De todas formas nos veremos pronto, ha sido un placer hablar con usted, profesor Miller.

Era una tarjeta pequeña de color gris perla. En el centro estaba escrito su nombre en letras negras: Noah Stein. Abogado.

CAPÍTULO 10

MADRID

«En los sueños comienza la responsabilidad» dijo Yeats. Y Gabriela lo siente de ese modo, aunque no haya leído a William Butler Yeats y sus sueños estén dirigidos hacia un fin tan extraño, que a veces duda de su cordura. Ahora se lo está contando todo a Irene; la directora escucha de pie, junto al ventanal, con demasiada atención, pretendiendo deshilvanar la verdad de esa historia.

—Tú eres psicóloga. Se me ha ido la olla ¿O qué?

—Nunca has estado muy cuerda... perdona —corrige al ver la mueca de Gabriela—. Mira, soñar con un desconocido es lógico, pero que luego te lo encuentres físicamente tal y como lo soñaste es una... casualidad... muy casual. Nunca he leído nada al respecto.

—¿Una señal?

—Una señal, si lo prefieres en el lenguaje que utilizas últimamente. La vida está llena de casualidades, a lo mejor ya no vas a volver a soñar con él y necesitabas incorporarlo a tu mente en cuerpo físico para verlo en la realidad, no de la forma idealizada en la que lo ves durante los sueños. Además de hablarte de la melodía de las esferas, de que creamos nuestro propio destino y todas esas cosas, ¿ocurrió algo más?

—¿Como qué?

—No sé, esas teorías se te pueden haber quedado grabadas en el subconsciente porque hayas visto un documental, o una película a la que no prestabas atención, y mucho tiempo después, las ideas surgen a flote simulando una realidad. Reconoces tu atracción por él, a pesar de ser mayor para ti, tal vez la falta de un padre en tu infancia te hace ver en un hombre adulto el sustituto...

—Me lo tiré.

Hay un silencio. Luego, Irene sonríe levemente.

—El Complejo de Electra puede generar procesos raros en nuestra cabeza, y crear una anomalía patológica. Requiere tratamiento psicoterapéutico. La búsqueda de una figura paterna, que es tu caso, puede implicar que la mujer sea dominante y controladora, procurando imitar a un padre ausente en su infan... te lo tiraste,  y? —La curiosidad interrumpe su diagnóstico.

— Puf!

—Bueno, en este caso puede representar un reflejo de los deseos sexuales insatisfechos. Quizá tu vida con Vicente, en ese aspecto, no era totalmente plena. De todos modos, los sueños magnifican las sensaciones.

—Fue exagerado.

—Ya, vale. No sigas por ahí.

—Pero para él nunca existió, no me conoce.

—Gabriela es tu sueño. «Tu sueño» —remarca con énfasis—. Las probabilidades de que dos personas desconocidas se sue en de esa manera tan...  Puf!... y luego se conozcan en la vida real, son ínfimas, inapreciables, no, no...  No es lógico y estás embarazada! —grita sin saber la razón.

— Y eso tiene algo que ver? —pregunta en voz baja, incapaz de comprender los nervios de Irene.

—No lo s , pero deberías cuidarte más y estoy alterada porque no te puedo ayudar. Llevo años sin ejercer, deberías acudir a un psicólogo en activo.

—Gaspar es psicólogo.

— Que es qué?

—Psicólogo, mira. —Le tiende una tarjeta—. Me la dio antes de irse con la rubia.  Deber a hablar con él?

— No!  l es parte del problema. No sería  tico por su parte, carecería de la objetividad y neutralidad necesarias.  l est  implicado subjetivamente contigo. Ni yo misma puedo tratarte, si quieres un psicólogo yo te dar  la dirección de uno.

Gabriela tiene el codo apoyado en la mesa y con la palma de la mano se sujeta la barbilla, est  inmóvil. Los músculos de su cara se han relajado hasta dejarle los ojos entreabiertos, sin actividad.

—No me vas a hacer ni caso.

— Eh? —reacciona tarde.

—Vas a ir a verle.

—No, hoy no, pero la vidente dijo que me fuera con el portador de incienso, con Gaspar.

—¿Vidente? ¿Qué vidente? ¿Has ido a una vidente? ¡Quieres hacer el favor de pensar en ti y dejarte de locuras! —La voz de Irene adquiere gravedad—. Escucha, tienes una anemia megaloblástica por un déficit de ácido fólico. Esa deficiencia puede causar defectos congénitos en tu hijo, por ejemplo espina bífida.

Gabriela no quiere pensar en el término definitivo que implica la palabra hijo. Hasta ahora, continúa siendo una consecuencia abstracta englobada en la palabra embarazo.

—No sé lo que vas a hacer pero debes tomar precauciones. Dejarte de locuras y comer más carne de vaca, huevos, pollo... Bueno, lo que te ha puesto de dieta la doctora. No puedes estar con verduritas todo el día.

—Soy vegetariana.

—Me da igual lo que seas cuando estés sana. Pero ahora comerás bien y te tomarás el suplemento de vitaminas B12. Esta semana pediré a la doctora que te de la baja médica. El lunes hablaremos, puedes coger las vacaciones. Con un poco de suerte te crecerá el pelo y no asustarás a los ancianos.

La acompaña a la puerta con una retahíla de consejos o de órdenes que debe cumplir a rajatabla: dejar de fumar, nada de montar en bicicleta, permanecer en reposo, no volver a afeitarse la cabeza. Gabriela finge escucharla pero está pendiente de Candela. La anciana en huelga de hambre, al verla, se levanta del sillón de la sala y se acerca con su perenne sonrisa.

—Adiós, hija, sé feliz —musita dándole un beso en la mejilla. Y se marcha.

ZAHU (IRAK)

Su silencio no era ofensivo. De ningún modo lo percibía en forma de barrera, más bien era el nexo de unión que ambos necesitábamos para respetarnos y no distraer nuestros objetivos. El silencio, una mirada o un simple gesto, pueden llegar a ser igual de elocuentes que una larga conversación que siempre te deja extenuado. Por esa razón, no me molestó su falta de respuesta a mi agradecimiento cuando subí a la furgoneta, o que sacara de su bolsa de Adidas una toalla y me la entregara sin mediar palabra antes de

volver a arrancar. Nuestras bocas están llenas de verborrea, de frases huecas pronunciadas por no estar callados, frases que usamos intentando deslumbrar o defendernos de alguien a quien ocultamos nuestra realidad. Hay un proverbio que reza así: «Tu lengua es como un león: si la guardas contigo, te defenderá, pero si la dejas escapar terminará por devorarte».

—Me llamo Sag-giga —dije secándome el cabello.

—Yo no —respondió.

El hombre parco extendió un brazo delante de mi pecho para que no me estrellara contra el parabrisas, habíamos entrado en una zona de profundos baches y no tenía puesto el cinturón. No seguíamos por la carretera de Zahu, se había desviado por un camino de tierra, dejando la ciudad a nuestra izquierda y la iba circundando entre pequeños huertos y campos de trigo y cebada. El rodeo duró unos cinco kilómetros. Lo hacía para evitar que alguien pudiera reconocer la furgoneta e impedirnos la huida. Llegamos a un cruce con la carretera principal y la cogió durante unos quinientos metros, enseguida volvió a salirse por otro camino de tierra; a la derecha se levantaban las montañas de Kurdistán.

—Voy a Turquía —dijo ante mi gesto de extrañeza—. Tú puedes bajarte cuando quieras. Estos caminos son más seguros que la carretera.

—Me iban persiguiendo —confesé—. Nos persiguen a todos los que trabajábamos en el...

—Te pregunté si te perseguían, no por qué te perseguían. No me interesa conocer ni juzgar actos de nadie.

—Gracias.

—Soy Serkan Çetin Utku pero puedes llamarme Serkan Çetin Utku, o no llamarme.

—Es un nombre turco.

—Es un nombre.

Me sorprendió que Serkan Çetin Utku, el hombre parco para mí, fuera otomano. No pude evitar una sonrisa por la jugada del destino. Yo huía hacia las tierras del norte por dictado de mi corazón, y los dioses ponían en mi camino a un turco para conducirme hasta las llanuras de Anatolia.

—Descansa.

No sé si lo dijo porque estaba preocupado por mi salud o para que no le agobiara con más conversación, ya disponía de varias preguntas asomándose a mi lengua. Sacarle tres frases seguidas podía considerarse un éxito. Recliné el asiento y comencé a enumerar mentalmente el código de los objetos robados

para avivarlo en mi memoria y que a su vez me sirviera para conciliar el sueño. No logré ninguno de los dos objetivos. Estaríamos llegando a la provincia de Şırnak, bajando entre dos colinas hacia el valle, cuando un tremendo frenazo me interrumpió bruscamente la cuenta. Delante de la furgoneta, dos hombres nos apuntaban con sus rifles, un tercero salió por mi lado y se fue hasta el portón trasero. Parecían soldados pero no llevaban uniforme o quizá eran muy desaliñados. El de la izquierda se acercó a la ventanilla del conductor y golpeó levemente con el cañón en el cristal. El hombre parco lo bajó despacio, iría por la mitad cuando el soldado metió su arma por el hueco apuntándole a la cabeza. Gritó una frase extraña que no entendí, el hombre parco le contestó con tranquilidad, hablaban en kurdî, una lengua indoiraniana. No tenía tiempo para sorprenderme por esa nueva faceta de mi compañero de viaje. La situación no pintaba demasiado bien, iba con un turco, que hablaba kurdî, en una furgoneta robada a unos árabes. Ellos debían de ser guerrilleros kurdos o simples bandidos que asaltaban cerca de las montañas para después refugiarse en ellas con el botín. El guerrillero le gritó al que estaba en el portón y este lo abrió. Me fijé en el hombre parco, tenía la mano derecha apoyada en su muslo, pero la deslizó hasta por debajo de la rodilla y comenzó a subirse la pernera del pantalón con suavidad. Parecía que se estaba rascando. Mientras, comentó algo y yo creí entender que íbamos a Şırnak a reunirnos con la familia. El soldado de atrás pegó un grito y levantó entre risas la vieja escopeta. Al parecer se burlaba de él por conservar un arma tan inútil. El hombre parco dijo algo sobre cazar y la mano de la pierna se aferró a una culata. ¡Llevaba una pistola en el tobillo derecho! De nuevo mi estómago se contrajo. Con la mano izquierda sacó algunos billetes de diez mil dinares del bolsillo delantero de su camisa, eran de la serie de 2003 con la imagen de Abū ‘Alī al-Ḥasan²⁰ por un lado y la del Minarete de la mezquita de Al-Ḥadba por el reverso. Dijo que era todo cuanto teníamos, que éramos emigrantes sin suerte y volvíamos a casa. Al soldado de la ventanilla debió resultarle muy escaso el botín porque le quitó los billetes y dejó de reírse, para clavarle el cañón en el cuello exigiéndole a voces más dinero. Él se echó levemente hacia mí por el empuje del fusil, eso le permitió sacar un poco más el arma hasta enroscar el dedo índice en el gatillo. El que apuntaba al parabrisas dio una orden y fue contestada de inmediato por el soldado de atrás. Después dejó la escopeta y cerró el portón. Yo tragué saliva despacio para no hacer ruido. El hombre parco miró de reojo al de delante; había bajado el rifle. El soldado de la ventanilla contó los billetes, sumaban seis, se

quedó con cinco y tiró uno hacia el interior. A continuación nos ordenó seguir. Serkan Çetin Utku dejó la pistola en el tobillo, y con repetidas inclinaciones de cabeza en señal de agradecimiento, aceleró la furgoneta.

Con los ojos como ventanas sin cristales y tumbado en el asiento, debido al fuerte acelerón, mi cabeza repasaba a una velocidad inaudita lo acontecido. De nuevo me había salvado con su vieja escopeta. Ahora entendía perfectamente por qué arrojó al río Khabur los rifles de Litvak y Abdel, si el grupo de guerrilleros o de bandidos kurdos, nos hubiera encontrado esas armas en lugar de su antigualla, a estas horas seríamos un par de emigrantes tirados en una cuneta con un tiro en la nuca. Serkan Çetin Utku era un hombre mucho más inteligente de lo que ofrecía su imagen de campesino tosco. Deduje que, cuando dejó sin conocimiento a Litvak, le había quitado la pistola y esta podía esconderla fácilmente, mientras que un rifle moderno llama mucho la atención y es complicado de ocultar.

—Descansa —repitió cuando presintió que le iba a preguntar.

4331 4322 4340 4403 4412 4421 4430 5024 5033 5042 5051 5060 5114
5123 5132 5141 5150 5204 5213 5222 5231 5240 5321...

*

Litvak se acercó hasta Abdel. Ni siquiera emitió un lamento o un gesto de lástima al ver que a su compañero le habían volado el rostro. Al contrario, se agachó para registrarle los bolsillos concienzudamente y eliminar cualquier detalle que pusiera en peligro la operación. Comenzó por los pantalones, en el bolsillo de la derecha llevaba el trozo de radiografía con la que el muchacho les había abierto la puerta de la chabola. Se veía el final de un número de serie y las últimas letras del nombre del hospital. Si la policía se lo encontraba quizá pudiera deducir que era un ajuste de cuentas por el crimen del niño. Se lo dejó, y también la navaja con la que había cometido el asesinato. En los bolsillos de la chaqueta llevaba la cartera, publicidad de un local de prostitución, un paquete de chicles y unas pastillas de doxiciclina para la sífilis. Se quedó con la cartera. Una vez de pie, se pasó la mano por el golpe de la cabeza, aún le dolía la fuerte contusión. No tenía más remedio que ir andando hasta Zahu. Sacó su pistola, le habían vaciado el cargador. Abdel conservaba la suya en la mano. Ni siquiera tuvo tiempo de disparar. El hombre del ojo de hielo también se quedó con el arma. Cuando cruzaba por el puente del río Khabur en dirección a la ciudad, rompió toda la documentación de Abdel y la tiró al agua. Solo se guardó el dinero.

WASHINGTON

A las doce de la mañana, Michael Fellerstone llegó al pabellón de Wellspring Health. Era un centro infantil creado para ofrecer calidad de vida a los niños con problemas mentales. Cruzó la recepción para desembocar en el jardín, donde les daban talleres de horticultura ecológica y estimulación cognitiva. La Fundación participaba activamente en su mantenimiento, con donaciones anuales que les permitía albergar a enfermos sin recursos.

—Hola, Charlie.

Charles Berkowitz no contestó. Sentado en una silla de ruedas miraba hacia los pinos con la boca abierta.

—Vengo a despedirme. Me han dicho que te vas a morir —le susurró.

El guardaespaldas de Fellerstone extendió la silla plegable a su lado. Mientras se sentaba, se fijó en cómo jugaban otros niños con una pelota de plástico. Habían hecho un círculo y en vez de tirarse la pelota, caminaban hasta el siguiente compañero para pasársela en las manos.

—Lamento tanto tu enfermedad. Nunca imaginé que no resistirías ser ayudante en un ritual. Yo te quería ayudar, Charlie, pero los débiles no tenéis cabida en este mundo. Ya no.

La doctora insistió en que debían permanecer en su sitio y lanzarse la pelota. El primero la dejó caer a sus propios pies.

—El doctor Roth me llamó. No te queda mucho tiempo en esta vida y quería asegurarme de tu silencio. El silencio es fundamental, Charlie. De este modo, podrás reunirte muy pronto con tus padres.

El segundo la tiró fuera del jardín y la doctora les mandó sentarse mientras salía a buscarla. Un joven treintañero, aún con ilusiones en la cara, se acercó a saludarle. Era el doctor Gerald Roth, director del centro.

—Señor Fellerstone, le agradezco que venga a visitarnos —dijo estrechándole la mano.

—Debo agradecértelo yo, Gerald, no sabes la paz que me produce ver a estas criaturas siendo felices.

—Gracias a su Fundación.

Uno de los niños emprendió una veloz carrera detrás de la doctora.

—Por cierto, yo veo a Charlie en el mismo estado. ¿De verdad se encuentra peor?

—Sé que le ha cogido cariño, señor Fellerstone —dijo Roth acariciando la cabeza del muchacho—, pero no va a superar el trance.

—¿No volverá a hablar? —preguntó interesado.

—Desgraciadamente, no. Ayer nos lo devolvieron del hospital. En cualquier momento puede tener un fallo multiorgánico. Él no es consciente de nada.

—Bueno —dijo levantándose—, hemos cumplido con nuestra obligación. ¿Te puedo ayudar en algún asunto, Gerald?

Camino de recepción, el doctor Roth le fue explicando la necesidad de disponer de un servicio de ambulancias, para poder trasladar a los niños en crisis a un centro hospitalario.

—¡Gerald!

Los dos giraron la cabeza hacia la voz. Era Helen Roth.

—Cariño, venía a traerte la analítica. Está todo perfecto —dijo ilusionada, dándole un beso.

Helen era una mujer joven, con una vitalidad contagiosa a pesar de su avanzado estado de gestación.

—Señor Fellerstone, le presento a mi esposa Helen.

—Un placer, Helen. Pero, ¿cuántos años tienes? —preguntó Fellerstone con un gesto de asombro en las arrugas.

—Veintidós —respondió sonriendo.

—¡Una niña y ya vas a ser madre!

—¡Este tiene la culpa! —dijo abrazándose feliz a su marido.

Fellerstone abrió la boca con ansiedad y señaló el vientre con su índice puntiagudo.

—¿Pu... puedo... puedo tocarlo? —balbuceó.

—Claro. Le dará suerte —contestó Helen.

Colocó la mano en la barriga. Al sentir el movimiento del niño cerró los ojos. Una excitación intensa se apoderó de él.

—Me emociona sentir a los bebés —dijo justificándose—. ¿Para cuándo lo esperáis?

—Está ya en el último mes. No debería salir sola, pero es una cabezota —la reprendió el marido.

Helen lo abrazó con una mueca graciosa de burla. Fellerstone soltó una respiración cercana al placer.

CAPÍTULO 11

MADRID

Se tumba en la mecedora después de haber pintado la mitad de la pared de blanco. A su derecha, en un incensario alargado con un sol en el extremo, arden dos varitas de incienso con un aroma suave a sándalo y a aceites florales. Tiene las manos manchadas de pintura pero no le importa, gajes del oficio, necesita descansar, relajarse, y acaba colocándolas en forma de cuenco sobre su regazo. Está atardeciendo cuando se deja llevar hacia el juego que le propone su imaginación. No se ha atrevido a llamar a Gaspar, y confía en hacer otro desdoblamiento antes de volver a verle en persona. Cierra los ojos y repite su nombre mentalmente, prolongándolo en un eco hacia las antenas. Las líneas perpendiculares, que proyectan hacia el horizonte, se clavan en la imagen de una luna indecisa. Gabriela echa de menos que Señor no haya aparecido esa tarde, pero Gaspar no tarda en sorprenderse con la imagen de la vagina medio borrada.

—Mucho has tardado —le espeta de forma hosca antes de que él tenga tiempo de saludarla.

—¿Estás borrando tus dibujos?

—Sí, les hago una foto, los subo a la web y luego los borro para poder seguir pintando. En la calle la gente no los entiende y cada vez tenemos menos espacios para... bueno, es igual. —Se levanta y mete el rodillo en el bote para empaparlo de pintura—. Así que eres el portador de incienso. ¿Por qué tengo que ir contigo?

—Para recordar.

Gabriela no se vuelve a preguntarle qué necesita recordar, termina de pasar el rodillo por el borde de la vagina que había pintado en la pared y luego le mira desafiante.

—Me pides que recuerde pero tú no recuerdas nada, ni siquiera que me conoces.

—¿De qué hablas?

—Me ves en la calle, acompañado de esa rubia teñida, y te asustas. Eres un *pringao*. ¿Cómo quieres que confíe en ti?

—Porque estamos en tus sueños, no en los míos. Aquí soy quien tú deseas que sea. Quizá yo esté teniendo el mismo sueño que tú, pero soy incapaz de recordarlo. Pudimos establecer nexos de unión en otras dimensiones, universos, vidas, llámalo del modo que quieras, pero ahora solo nos une la información que se nos quedó grabada en el subconsciente. Por algún motivo, acudes a mí en cada sueño para que te hable de lo que tu consciente necesita oír. Pero estamos viviendo diferentes realidades.

—Entonces, ¿eres el psicólogo o el maestro espiritual?

—Seguramente ambas cosas.

—¿Ambas cosas?

—Y muchas más que aún desconozco de mí, igual que tú.

—¿Por qué nunca consigo entenderte?

—La vida nos ofrece... digamos señales —continúa tras sentarse en el suelo y observar con detenimiento los pies descalzos de Gabriela. En ambos, el dedo gordo inclina su punta hacia el segundo dedo que los supera ligeramente en tamaño—. Hay personas que son capaces de percibir esas señales y orientan su destino.

El mundo contra el que había luchado denodadamente desde niña, iba desapareciendo con lentitud, en gotas pequeñas, igual que la pintura blanca que abandona el rodillo y cae sobre las baldosas de la azotea. La sobrecoge ese contexto nuevo en el que ella es la antagonista y la heroína al mismo tiempo. No se encuentra cómoda y la mirada continua de Gaspar hacia sus pies, le sirve de pretexto para dejar de pensar.

—¿Qué miras en mis pies? —le pregunta saliendo de su ensimismamiento y colocándole un pie en el hombro.

—Que eres una mujer dominante.

—¡Tonterías! —responde empujándole con el pie hasta tirarle de espaldas.

—Vamos con tus señales, el Uróboros. El Uróboros que te has tatuado significa el ciclo eterno de las cosas. En alguna representación lo dibujaron con una mitad blanca y otra negra, el ying y el yang, la dualidad, lo consciente y lo inconsciente. Si eres consciente, el supremo esfuerzo te hará evolucionar, si eres inconsciente cualquier esfuerzo será baldío y volverás a iniciar la

lucha. Te lo has tatuado ignorando su significado. Inconscientemente lo has hecho para recordar en los momentos de flaqueza que el ciclo del principio y el fin, depende de ti. Es más, tú ya conocías ese símbolo, pero todavía no eres capaz de desentrañar los secretos de tu mente. Cuando lo consigas, comprenderás que el Uróboros es el círculo perfecto y por lo tanto un signo de libertad.

—¿Has acabado?

—No.

—Pues respira un poco, vas tan deprisa que no puedo asimilarlo.

—La siguiente señal es más sencilla: el incienso. De todos los inciensos que había en la tienda, escogiste el que tiene aroma de sándalo. El sándalo está regido por Urano y es usado habitualmente por aquellos que desean recordar vidas pasadas.

—Te equivocas —se vuelve sonriente. Por fin tiene un dato para rebatirle su exposición. Saborea las palabras antes de decirlas—. Elegí el sándalo porque siempre que apareces huele así.

—Huele así, porque tú deseas que huelga así. Y he dejado para el final la señal más clara —continúa sin permitirle analizar ese concepto—. Tu *tag*. Firmas tus grafitis con una especie de *U* invertida, una letra omega, ¿no es cierto?

—Sí, es una mezcla de...

—La letra omega es la última del alfabeto y por lo tanto se asocia al fin de algo. —No le permite acabar su aclaración, tampoco la necesita—. Inconscientemente das por finalizado tu aprendizaje y quieres emprender una nueva vida. Pero hay algo más sorprendente, la base de la letra omega son dos pequeños segmentos horizontales, tú no pintas esos segmentos horizontales, tú los trazas describiendo un pequeño semicírculo que se enrosca en los lados y sube doblando la primera línea. Es decir, dibujas exactamente el símbolo sumerio de la diosa Ninhursag, la dadora de vida a los dioses y a los hombres, apodada *Mammu* y por lo tanto, precursora de la palabra «mamá». Este símbolo también es conocido por el cortador, ya que es el instrumento que utilizaban las comadronas sumerias para cortar el cordón umbilical y separar a los hijos de las madres.

Gabriela nota que en su cerebro se engendran tormentas difíciles de descargar. Mantiene los ojos cerrados durante casi un minuto, deseando que las nubes sean desalojadas por una masa de aire compacta, por una idea sencilla, sin el supremo esfuerzo anunciado por la vidente y que, Gaspar,

parece dispuesto a confirmar y a traducir en hechos concretos.

—Te resumiré las señales: si Gabriela, la protectora, corta el cordón umbilical que la une a su madre, conocerá sus vidas anteriores, formará el círculo perfecto y dará una nueva vida a los hombres.



Símbolo sumerio de la diosa Ninhursag.
Instrumento sumerio para cortar el cordón umbilical.

Gabriela se niega a pensar en esa conclusión, en ese mundo de fantasía sin racionalidad. El atardecer se ha marchado sin apoyarla.

—Bien, su... supongamos... que, vale, que creo en las señales que me has dicho, ¿por... por qué... por qué voy a hacerte caso? —balbucea por la inquietud. Dos guedejas de pelo sueltas le enmarcan el rostro.

—Porque yo he venido a hacer, lo que tú deseas que haga.

Gaspar la sujeta por un brazo para calmarla. Tiene la piel húmeda y la camiseta de tirantes muestra ronchones oscuros. Sus miradas se encuentran.

—Está bien, te propongo que empecemos por el principio. Ha habido más mujeres como tú y necesitas que te hable de ellas.

Gabriela rompe en una sonora carcajada.

—¡Joder, tío! Eso no me lo esperaba. Después de tanta trascendencia ¿me vas a contar la historia de tus amantes?

—Te voy a contar la historia de otras mujeres para que recuerdes dónde comenzó todo. Y la historia de esas mujeres, es tu historia.

—¿Mi historia? No te entiendo.

—Para entenderlo debemos ir a Egipto.

—¡Ah, bien! Tengo el fin de semana libre. ¿Me llevo el burka de las bodas o puedo ir así?

—Concretamente a Alejandría, al siglo III. Allí conocerás a Cleopatra, la primera mujer alquimista que escribió *Chrysopoeia*.

El sonido del rap *Mierda* de Doble V rompe la magia, es su melodía de

llamada en el móvil. Desde la mecedora coja, Gabriela se despierta con dificultad y busca dónde lo ha dejado. Señor se baja del banquito de plástico y ronronea alrededor del bote de pintura.

—¡Señor, deja eso! —le ordena mientras entra a coger el teléfono. Es el número de la residencia—. ¿Sí?

—Gabriela, soy Irene.

—Sí, dime.

—Siento mucho darte una mala noticia.

Las dos se quedan calladas. Escuchan el eco sordo de los auriculares. Irene no encuentra la forma idónea de contárselo, incluso llega a iniciar una frase pero no la acaba. Señor se frota contra su pierna con la cola levantada. Gabriela baja la cabeza y siente un escozor en el pecho, la voz se le encalla.

—Candela ha muerto, ¿verdad? —pregunta conociendo la respuesta.

CHICAGO

Miller caminaba con la bandeja de comida hacia la zona en donde solían reunirse a comer los profesores. Durante el trayecto fue correspondiendo mecánicamente a los saludos de los alumnos, hasta llegar a las mesas alargadas. A la derecha, un grupo de profesores criticaba las decisiones del manager general de los Bulls, John Paxson, y su política de fichajes; ni su cuerpo ni su mente habían tolerado nunca el exceso de deporte, prefirió continuar dedicándoles un liviano movimiento de cabeza.

—John, tengo entradas para un gran concierto de jazz el sábado por la noche, ¿te apuntas?

—Imposible, he quedado para ver a Madeleine Peyroux en el Reggie's —dijo dejando la bandeja en la mesa de al lado.

—Nunca la he escuchado, dicen que tiene mucho talento.

—Mucho, esa chica llegará lejos, Stewart.

Stewart era profesor de matemáticas y un enamorado del jazz. Solía insistir en que la música era matemática pura y se afanaba por demostrar cómo algunos compositores incorporaban la proporción áurea, es decir, la escala de Fibonacci, a su obra, aunque muy pocos, como Bártok o Stockhausen, lo habían conseguido.

—Voy a por un café, ¿te traigo uno?

—Todavía no he empezado a comer —señaló los platos llenos—, hoy me he entretenido demasiado en la biblioteca y se me ha hecho muy tarde. Otro día.

—Bien, luego te veo.

A John Miller no le quedaba demasiado tiempo y comenzó a engullir la carne pensando en *El duodécimo planeta*, el libro de Zecharia Sitchin que le había robado el tiempo que más le dolía: el de la comida. Odiaba comer deprisa y esta, ya la daba por perdida a causa de su admiración por Zecharia Sitchin. Nunca imaginó que el rector de la universidad, Robert Schwartz, pudiera estropearla aún más.

—Hola, John, te estaba buscando —le saludó sentándose a su lado.

—¡Qué sorpresa! Tú dirás.

—Mira, no me andaré por las ramas. He estado hablando con una empresa del mundo del arte, Morning Star Arts Corporation, ¿la conoces?

—Pues no.

—Es igual, es una empresa dedicada a patrocinar exposiciones, eventos, excavaciones arqueológicas. Suelen hacer donaciones muy importantes a determinadas universidades.

El tono con el que subrayó lo de las donaciones muy importantes, convirtió el trozo de carne en una bola imposible de masticar. John dudó de si debía tragársela entera.

—Al parecer están muy interesados en la cultura sumeria, mesopotámica, babilónica, etc. Últimamente a todos los arqueólogos os ha dado por lo mismo. —Sonrió y su piel lechosa se cuarteó en la mueca—. Por cierto, ¿qué tal fue anoche la conferencia?

—Bien.

—Siento no haberla difundido, pero la dirección estaba en contra. No era el momento oportuno. Te has arriesgado demasiado —concluyó el tema con una sequedad que sonó a amenaza.

John cogió la servilleta de papel y escupió dentro la bola. Se le había quitado el apetito. Apartó con suavidad el plato y se dispuso a seguir escuchando con el vaso de agua en la mano. Ahora sí le apetecía tomar el café que le había ofrecido Stewart. Pero ya era tarde.

—Morning Star Arts Corporation, se puso en contacto conmigo. Necesitan un experto en cultura sumeria, para autenticar un objeto que van a adquirir para su colección. Inmediatamente les envié tu currículum por correo electrónico y aceptaron. —Elevó las manos con grandilocuencia por lo que consideraba una gran noticia—. Además, te pagarán una buena suma. ¡Enhorabuena!

—¿Hablaste con este hombre? —John sacó la tarjeta de Noah Stein de la

cartera para enseñársela, lo hizo sin entusiasmo.

—Sí, en efecto, Noah Stein. ¿Lo conoces?

—Asistió a mi conferencia. Después tomamos una copa juntos y me contó con exactitud lo que necesitaba su empresa.

—¿Y?

—Le dije que no.

Robert Schwartz dejó la boca abierta mientras cambiaba el color blanquecino de su cara por un fucsia, era lo más parecido al rojo que podía ponerse su piel.

—¿Por qué?

—Necesitan a un experto que los acompañe a Turquía. Yo no puedo abandonar ahora el curso.

—Eso puede arreglarse —le dijo empleando las palabras de Stein pero con menos simpatía.

—¿Cómo? —inquirió—. ¿Suspendiendo los exámenes? Quedan pocas semanas para finalizar el curso y no es conveniente para los alumnos que cambien a su profesor antes...

—John —le interrumpió sin elevar la voz—, déjanos a nosotros la decisión de lo que es conveniente para los alumnos de nuestra universidad.

—Lo siento, pero la opinión del profesor es importante cuando...

—Y lo es —dijo cortándole—, pero tú mismo lo has expresado muy bien. No es más que una «opinión».

Hubo un silencio. Robert Schwartz sacó un pañuelo de la chaqueta y se lo pasó por la frente, abarcando su sonrosada calva. Después, volvió a doblarlo con meticulosidad.

—Déjame que te explique algo —continuó con un carraspeo para aclararse una voz ya de por sí atiplada—. Esta universidad fue fundada en 1890 gracias a John D. Rockefeller; la Fundación Fellerstone es la organización filantrópica que más dinero nos aporta en donaciones. Gracias a su ayuda, estamos entre las universidades más reconocidas y prestigiosas del mundo.

—¿Qué tiene que ver la Fundación Fellerstone con Morning Star Arts Corporation?

—Nada.

—¿Entonces?

—Digo nada porque no lo sé, ni me importa. Cuando la Fundación llama, yo no hago preguntas, obedezco.

—Y en este caso...

—En este caso la Fundación me avisó de que el Sr. Noah Stein se pondría en contacto conmigo. Estaban muy interesados en que pudiéramos llegar a un acuerdo y ayudarlo.

—Y nunca te has atrevido a negarles nada. —El comentario fue formulado de una manera suave; tal vez, esa falta de agresividad aumentó la carga irónica, irritando aún más a Robert Schwartz.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Vas de rebelde a los cuarenta años? —hizo las preguntas con los puños cerrados, conteniéndose para no golpear la mesa—. Gracias a la Fundación Fellerstone, de esta universidad han salido 87 premios Nobel y 49 Rhodes Scholars...

—Yo recibí la beca —añadió orgulloso John. A pesar de la interrupción, no consiguió frenarle.

—Nuestra escuela de negocios está a punto de ser considerada la mejor del mundo. El miembro del senado de Illinois y futuro senador de Estados Unidos, es nuestro profesor de Derecho Constitucional...

—¿Barack? ¿El sonrisitas se va a presentar...?

—Trata con más respeto a tu compañero. A primeros de año, Barack Obama se presentará también a las primarias del Partido Demócrata y teniendo detrás a la Fundación, podrás presumir de haber trabajado con el próximo presidente de Estados Unidos. ¿Cómo crees que se consigue todo esto?

—¿Bajándose los pantalones?

Robert Schwartz se levantó como si le hubieran mordido en el trasero. Golpeó la mesa con las piernas y esta realizó un vaivén que estuvo a punto de tirar la bandeja por el suelo. De fondo, unos pequeños murmullos obligaron al rector a mantener la postura apretando las mandíbulas para no llamar más la atención.

—Perdona —dijo levantando las palmas hacia él para reconducir su furia y calmarle—, se consigue no haciendo preguntas. Ya me lo has dicho antes, no haciendo preguntas —repitió como convenciéndose de la utilidad de ese consejo.

—John Miller, si no reconsidera su postura me veré obligado a tomar medidas disciplinarias por sus continuas muestras de rebeldía. Esta universidad requiere de un profesorado serio y consecuente con sus obligaciones. Buenas tardes.

John observó la carne sonrosada del bistec. Por un instante le vino a la cabeza la calva de Robert Schwartz rodeada de patatas fritas. Le dio asco.

—¿El sonrisitas presidente! —exclamó con un gesto irónico de sorpresa.

CAPÍTULO 12

MADRID

Candela se encuentra tumbada en la cama con las manos posadas sobre el pecho y una mueca de alegría capaz de iluminar cualquier túnel, capaz de demostrar que el alma se alegra de no sentir más dolor, de acabar una etapa, de comprender que somos energía fluyendo, vibrando en un ciclo eterno. Gabriela observa el Uróboros tatuado en su brazo derecho y se une a la sonrisa de su anciana favorita; se une a ese sentimiento que no admite lágrimas sino exultación. Dentro de ella comienzan a resonar los conceptos que Gaspar le ha ido contando, quizá no los entienda, pero acuden a su cerebro en el instante preciso, brotando con una emoción de felicidad irrefrenable. Y decide compartirla con Candela.

Le parece ver una contracción de extrañeza en el frío entrecejo de Candela, y se olvida de las palabras de Gaspar para decirle llanamente que la muerte no existe. Tenía razón cuando le contó que su marido la estaba esperando en el lugar donde nadie habla, que solo necesita creer en ello. Si lo cree con firmeza sucederá y a partir de ese instante, si desea volver a vivir con él, volverá a vivir con él, en otra dimensión, en otro universo, donde sea, da igual como lo llame la religión o la ciencia. Y Gabriela no puede seguir hablando porque los ve desde su corazón, ve el entusiasmo de Candela caminando de la mano de su marido hacia un torrente de luz, la ve girarse hacia ella, con su perenne sonrisa, con su guiño de abuela picarona. La ve despedirse con un adiós y una mirada tan profunda de cariño que la emoción estalla en su garganta. Se le saltan las lágrimas y después las risas, y llora, y ríe, y siente el amor vibrando en su pecho, proyectándose en ondas hacia los multiversos. Por primera vez escucha con nitidez la música de las esferas, una melodía armoniosa mezclándose con sus vibraciones, elevándola por encima de cualquier

sentimiento conocido, conectándola con Gaspar, con Candela, con Renata, con su madre, con la naturaleza, con el cosmos, con Dios. Todo es Uno. «Todo es Uno», repite sin conocer a Parménides o haber leído el *Ellâm Onru*.²¹ Lo repite convencida de que no hace falta entender sino sentir, de que la clave está en amar sin juzgar, y ese amor incondicional es el primer paso para cerrar el círculo perfecto.

—Ten —dice Irene ofreciéndole un pañuelo de papel.

Con la directora ha entrado María Cayetana. Se santigua con elegancia y musita en voz baja pasando las cuentas de un rosario de imitación a madreperla. A su lado está Raquel, lleva un vestido negro, por encima de la rodilla, con el bajo cortado prácticamente en zigzag. Gabriela mira a Irene y le señala con la cabeza a la anciana, que reza por los veintiún gramos de Candela sin reparar en el estado de su ropa.

—Es largo de explicar —dice la directora saliendo de la habitación—. Se ha cortado el bajo de todos los vestidos por encima de la rodilla. Como no les permitimos tener tijeras grandes en la habitación, lo ha hecho a escondidas con las pequeñas de cortarse las uñas. ¿Has ido a ver a Gaspar?

—No, aún no. ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque se ha enamorado.

Irene esconde una carcajada entrecerrando los ojos. A Gabriela la ternura le abre la boca con admiración.

—¡Qué bonito! —exclama alegrándose del amor ajeno igual que si fuera propio.

—Pero es diez años más joven que ella.

—¡Qué lista!

—Me dijo que quería estar más atractiva, que tenía derecho a rehacer su vida con Ismael.

—¿Ismael!?

Repite el nombre con un rugido. La indignación pone punto y final a la filosofía. Irene la coge por el brazo y aumenta unos metros la distancia con la puerta de la habitación.

—Pero ese hombre es un borracho, un golfo, lo ha sido siempre. ¿Qué pinta con Raquel?

—Escucha, a Ismael le gusta dar paseos, por decirlo con delicadeza. La última vez que llegó borracho, le di un ultimátum: si a final de mes no tenía dinero para pagar la residencia, le iba a poner de patitas en la calle. Desde entonces se ha dedicado a conquistar a Raquel. Cree que tiene dinero e intenta

sacárselo para no gastar de su pensión. Ella se ha enamorado.

—¡Joder!

Gabriela no necesita oír más. Abandona el pasillo hacia la habitación de Ismael, sin atender los consejos de Gaspar sobre no inmiscuirse en la vida de los demás, de respetar el libre albedrío. Cada uno está viviendo la vida que inconscientemente crea y elige para evolucionar hacia su destino, amar es no juzgar; pero una cosa es conocer la teoría y otra muy distinta sentarse a mirar la luna. Gabriela juzga. Juzga y dicta sentencia, culpabilizando a Ismael del delito de estafa con premeditación y alevosía. Por eso no llama a la puerta, la abre de golpe y sorprende al hombre en calzoncillos, fumándose un cigarrillo, acodado en la ventana para que no se aposente el olor del tabaco y evitar la sanción de la gerencia por fumar en el dormitorio; y a ese hombre, con setenta años y un pasado canalla que no necesita recordar porque lo lleva cicatrizado en la mirada, el cigarrillo le tiembla entre los labios. No sabe interpretar la irrupción de la auxiliar con la cabeza medio afeitada; ni que se dirija al armario y, tras tirar los zapatos en medio del cuarto, abra la trampa que ha hecho debajo y saque la botella de Johnnie Walker etiqueta roja escondida dentro; ni que después de meterse con ella en el baño, escuche el ruido del whisky saliendo del gollete de la botella y siendo tragado por el sumidero del lavabo. El cigarrillo consumido continúa temblándole en la boca y el pasado le empaña las pupilas sin haber movido una ceja.

—Escúchame, Ismael. —Vuelve a la habitación y le amenaza acercándose despacio. Tiene la botella agarrada por el cuello y su movimiento no presagia palabras agradables—. Una mentira, un engaño, una sola lágrima de Raquel por tu culpa, y te juro que ese pingajo que está tan nervioso en la entrepierna no te va a servir ni para mear el whisky.

Tira la botella vacía en la cama y cierra de un portazo. En el pasillo se oye un gemido de Ismael. El cigarrillo le ha quemado los labios.

WASHINGTON

Helen Roth estaba viendo un programa en la televisión cuando llamaron al timbre. Su primera intención fue la de no abrir la puerta. Había pasado una noche de perros con el embarazo y no esperaba a nadie. Bajó el volumen para que no lo oyeran. El timbre volvió a sonar. Consultó la hora. Las once de la mañana. Era demasiado pronto para que Gerald volviera a casa a comer. Además, él siempre abría con su llave. Al tercer timbrado se levantó a

regañadientes. Por la mirilla vio a un hombre alto, de uno noventa aproximadamente, tenía una papada grande y cara de buena persona, sonreía sin venir a cuento. Helen se puso de puntillas. Llevaba un ramo de flores.

—Hola —saludó abriendo la puerta.

—¡Sorpresa!

Dos personas más disfrazadas con trajes de dibujos animados salieron gritando. Uno iba vestido de Bob Esponja y el otro de Patricio Estrella.

—¡Felicidades! ¡El cielo tuvo un bebé! —gritaron a coro.

—¿Qué demonios es esto? —sonrió Helen divertida.

—Un regalo. Pero no podemos decirle quién se lo manda —dijo el hombre de la papada, entregándole el ramo—. Dentro va la tarjeta.

—Esperad que os de una propina.

Helen cogió las flores y se fue hacia la cocina para dejarlas en la encimera y leer la nota: «A la madre más bonita del mundo, deseándole toda la felicidad. Michael Fellerstone».

—¡Oh, qué amable!

Olió las flores, eran cuarenta rosas blancas y azules. Dejó la nota sobre la mesa y cogió su monedero. Cuando se giraba para ir a la puerta, le sorprendió ver a los tres en la cocina. El hombre de la papada no sonreía.

—Pero...

No pudo decir más. Se abalanzó sobre ella, y le sujetó con fuerza la cabeza, mientras Bob Esponja le tapaba la nariz con un pañuelo. Helen Roth se desmayó.

MADRID

Gabriela desliza un dedo por el borde de la taza dibujando ese círculo eterno que no se aleja de su mente. Padece el agobio de los remordimientos por haber actuado de forma impulsiva. Le preocupa que su interferencia en la relación de Ismael y Raquel, pueda acarrear consecuencias para ambos.

—Venga, Gabi, no me seas ñoña —dice Renata para sacarla de su ensimismamiento—. Te has *pasao*, pues te has *pasao*, ¿Y qué? Ni es la primera vez, ni va a ser la última.

Quizá, su modo de protegerla, llegue a provocar un cambio en la decisión de Ismael, dando un giro distinto a su historia.

—¡Joder! Qué difícil es todo. ¡Mierda!

—Mira, tía, para no perjudicar nunca a nadie, tendrías que irte a vivir sola,

sola a una montaña desierta. —Intenta sacarla de su reflexión con un dato importante—. Escucha, ahora mismo, lo importante es que tu madre es pintora, y vamos a intentar localizarla...

—¿¡Que mi madre es qué!?

A Renata le divierte el grito y las pecas se le acumulan en las mejillas.

—¿No te lo había dicho? —pregunta con ingenuidad intentando zafarse de la responsabilidad.

—¡No!

—Porque no me has dejado. No has parado de darle vueltas a esa historia de los abuelos. Vamos, parece que desde Romeo y Julieta, nadie se ha vuelto a enamorar hasta llegar la parejita del geriátrico.

—Déjate de chorradas y cuéntamelo.

Carmen, la hija de D^a Elvira, llamó a Renata. Todavía no había conseguido averiguar el nombre, pero sí podía asegurarles con toda certeza, que el cuadro de *El portador de incienso* colgado en el pasillo, lo había pintado la madre de Gabriela. Por alguna razón extraña, le pidió a D^a Elvira que nunca se desprendiera de él.

El dedo sigue deslizándose en círculos por el borde de la taza, círculos concéntricos que comparten un punto, un origen: su identidad. Al igual que las ondas en un lago, se amplían hacia las orillas sacando a flote su pasado. Ya no recibe la noticia con una punzada de dolor por su infancia, sino con la curiosidad que le confiere su instinto natural. Su madre es pintora, ella también, ambas vuelcan sus alegrías o frustraciones en la pintura. Es el primer nexo en común con una mujer desconocida. Comienza a sospechar, por ese gen heredado, que en el fondo son muy parecidas. Cuanto más averigüe de ella misma, según le dijo Gaspar, más cerca estará de conocer a su madre.

—Como no te localizaba —siguió Renata— he intentado averiguar si el óleo original estaba en el Prado. Razón: muy sencilla. Puedo conseguir, ya sea pirateando su ordenador o porque ellos me la entreguen voluntariamente, una relación de los copistas que han trabajado en el museo desde hace veintitrés años. Al parecer llevan un control muy estricto de solicitudes y permisos para permitir a los artistas copiar un cuadro. Eso significa burocracia, la burocracia papeles, los papeles archivos informáticos, y los archivos son un libro abierto para tu amiga Ren. Pero... —levanta el dedo índice hasta su nariz en una señal inequívoca de una dificultad que calla.

—Pero ¿¡Qué!?! —grita demostrando que la paciencia no se encuentra entre sus cualidades.

Le muestra la pantalla del ordenador con la página web de Wahooart.com, una empresa dedicada a vender reproducciones de las obras más importantes de la historia del arte. Gracias a ellos, se puede adquirir una copia al óleo de cualquier pintor, desde Da Vinci a Rothko, pasando por Goya o Van Gogh

—Wahooart te lo vende.

Ren clikea en el nombre de John Lavery y aparece el cuadro del monaguillo de cara lánguida, con el alba blanca sobre la túnica roja y el incensario de plata en las manos. A la derecha, dos penitentes, una mujer y un hombre vestidos de negro, rezan arrodillados.

—Si esta gente vende copias de obras maestras, y te las entregan en un plazo de tres a cinco semanas, es porque tendrán actualmente a una serie de pintores del estilo de tu madre trabajando para ellos.

—Es una posibilidad.

—Les he mandado un email interesándome por una reproducción de *El portador de incienso*, y les he añadido que me gustaría saber el nombre del copista, porque quería indicarle cierto cambio en la imagen.

—Sería mucha casualidad que fuera mi madre.

—Sí, supongo que sí, pero eso me permitiría conectarme con uno de los copistas que trabajan para ellos y seguramente, entre los que trabajan para esta empresa, habrá algún tipo de relación. Además, si en el correo va mi troyano favorito, tendré acceso a sus ordenadores.

—Si no te lo detectan.

—A mí no me detecta ni la CIA —asegura con una carcajada que vuelve a reunir sus pecas.

Gabriela asiente y deja la taza en la mesa. Se aleja de la pasividad de observar los círculos concéntricos, para convertirse en un círculo que se expande hasta la orilla deseada. El mundo nunca puede ser más extenso que tus sueños.

—Si te fijas —le dice Ren señalando unos teléfonos en la zona superior de la imagen—, esta empresa tiene sede en Estados Unidos, podemos llamarlos dentro de un par de horas y conseguir alguna información antes de que contesten a mi email.

—¿Podrías darme información sobre el psicólogo?

—¿Por qué?

—Porque necesito ir a Egipto.

CAPÍTULO 13

TURQUÍA

Me siento perdido. Pienso en Bashira durmiendo en mi cama; la imagen se alza mostrando un destino intolerable, su cuerpo es un muro en donde no amanece hasta el atardecer y mis dedos lo persiguen deshaciéndose en granos de arena. El recuerdo lanza un alarido mudo. Pienso en Âkil, en el sudor de sus esperanzas al planear mi huida con el Sello de los Destinos, en sus planes para que mi rostro fuera máscara cuando el dolor exigiera sus lágrimas. Pienso en mis padres, en su tristeza pronunciando el nombre que ya no me precede. No sé adónde voy. Por las ventanillas el paisaje se ve terriblemente vacío. Un vacío que absorbe los pensamientos y me aísla, alejándome a años luz de todo cuanto amo. Me asusta el propio temor a perder su referencia, a no poder imaginar con nitidez sus caras, cuando su memoria se difumine en mi presente igual que un horizonte martirizado por el sol. No me asusta la sangre que me aguarda, sino la que ya no correrá, aquella que bañaba las miradas inocentes mientras nosotros creíamos en los mares, en la justicia, en los hombres. Rezo a la diosa Ninlil para que sane mis ojos y no se aposente en ellos la niebla de la indiferencia hacia el prójimo.

Dicen algunos estudiosos, que las profecías se escriben para avisar al hombre y evitar de ese modo su cumplimiento. Una profecía incumplida es un acierto y una profecía cumplida un grave error; yo digo que toda profecía acarrea una maldición, y esa maldición es el vacío que envuelve a la humanidad necesitada de profecías, la niebla aposentada en los ojos de los violentos, de los descendientes de los Nefilim,²² de Litvak, de Abdel, incluso del hombre parco o Serkan Çetin Utku como él prefiere que lo llame, si lo llamo.

—¿Por qué vas armado?

El hombre parco no contestó. Dejó un espacio tan ilógico detrás de la pregunta que lo rellené contando árboles, árboles convertidos en borrones impersonales por la velocidad. Ir en coche no debería llamarse viajar, no sientes la tierra bajo las sandalias, ni los árboles lejanos te indican por donde te acuciará el aire de la tormenta. Te limitas a ir rápidamente de un lugar a otro lugar sin fijarte en lo imprescindible.

—¿Has tenido pesadillas? —me hizo la pregunta como si esa fuera la causa que motivó la mía.

—Sí.

—Todos dejamos atrás historias que nos producen dolor.

—¿Tú también?

—Todos. Incluso Litvak, al que tanto temes.

—Ya.

Mis oídos hubieran deseado convertirse en escarcha antes de oír ese nombre en sus labios. ¡Conocía cómo se llamaba el hombre del ojo de hielo! Tuve la tentación de abrir la mochila y posar mi mano sobre la cornalina del Sello de los Destinos. Necesitaba recobrar el valor restado por los recuerdos, añadir sabiduría a mi comportamiento para no reflejar la turbación producida por sus palabras. Fijé la mirada en un punto lejano y respiré profundamente.

—Yo echo mucho de menos a mi esposa —insistí en el tema, fingiendo no haber escuchado alguna contrariedad que nos impidiera continuar el camino juntos—. ¿Y tú?

El hombre parco me miró, sus arrugas eran tan impersonales como los borrones de los árboles, podrían convivir en cualquier rostro, incluso en este punto de la historia, podrían no ser tuyas.

—A mi hija.

—¿Hace mucho tiempo que no la ves?

—Demasiado —contestó sin concesiones. No deseaba seguir hablando.

Lancé una rápida ojeada a mis espaldas. No sé por qué presentí que alguien nos perseguía, quizá Litvak. No se veía ningún coche detrás. Repetí el movimiento cuando llegamos a una recta y él clavó los ojos en el espejo retrovisor sin decir nada. Decidí meditar para que el destino me aconsejara las siguientes maniobras. Al quitarme las sandalias comprobé que la del pie izquierdo se estaba rompiendo. La tira de cuero apenas aguantaría unos cuantos kilómetros más. Cuando me encontraba en esas disquisiciones, puso el intermitente para detenerse en una gasolinera. Estábamos en medio de un páramo, sin población alguna. Se bajó de la furgoneta y pensé en salir

corriendo, pero con la sandalia rota no llegaría lejos. Llenó el depósito y entró en la caseta para pagar. ¿Sería esta una señal del destino sin necesidad de haber hecho la meditación? Podía arrancarla y dejarle allí. Sin duda el golpe perfecto. Era imposible que me siguiera andando. Cuando iniciaba la acción para cambiarme de asiento, dando gracias a los dioses por la suerte otorgada, mis oraciones se quebraron en medio de un salmo y mis grandes planes se vinieron abajo. Se había llevado las llaves, y no es que no me diera tiempo a hacer un puente, es que no sabía hacerlo.

—Toma.

Al sentarse de nuevo en la furgoneta, me entregó unas botas con unos calcetines gruesos metidos en ellas. Parecían nuevas o al menos poco usadas.

—Gracias —murmuré desconcertado por su comportamiento.

Si mis sospechas eran ciertas, a él le convenía que anduviera con la sandalia rota para evitar mi huida. Cabía dos opciones, o estaba convencido de su superioridad sobre mí o yo me estaba apresurando en el juicio.

—¿Adónde vamos? —le pregunté por primera vez desde que iniciamos la huida.

—A Konya.

Konya, la ciudad de la cúpula turquesa, la ciudad santa donde el poeta sufí Mevlânâ recibió sepultura y sus discípulos fundaron la orden de los derviches giróvagos, que danzan en giros frenéticos sobre sí mismos simulando los planetas alrededor del sol. Yalal ad-Din Muhammad Rumí creía en la Unidad, en saber y sentir que Todo es Uno, en entender que existe una fuerza activa y pasiva, que el bien y el mal son relativos y nacen de la comparación. Quizá mi comparación del hombre parco no estaba siendo lo justa que debiera.

—Que así sea —dije sin ningún temor.

Serkan Çetin Utku sonrió.

CHICAGO

—¡Hola!

John Miller tiró la cartera entre los cojines del banco que tenían en la entrada. Después de cerrar la puerta se dirigió a la cocina y abrió la nevera para sacar una botella de zumo de naranja. Se sirvió en un vaso largo, sin hielo.

—¡Mary!

—¡Estoy arriba! —gritó su mujer.

Durante el trayecto hasta su casa no había parado de dar vueltas a su amarga conversación con el rector. Hacía dos años que habían comprado la casa, estaban pagando la hipoteca y no era el mejor momento para quedarse sin trabajo por negarse a realizar el viaje a Turquía. Esa era la conclusión a la que había llegado después de interpretar las amenazas de Schwartz. Subió a la buhardilla y se sentó con fatiga en un pequeño sofá cubierto con una funda. Dio un trago al zumo y Mary lo miró extrañada.

—¿Y eso? —preguntó señalando el vaso.

—He entrado en talleres —contestó con un gesto de fastidio.

—Eso quiere decir que no nos tomaremos una copa, pero que dejes de tomar alcohol por unos días, no quiere decir que no me des un beso cuando llegues. O ¿solo me lo das si estás bebido?

Mary posó el bote de barniz en la mesa de madera y se sentó en sus rodillas. Era rubia, con un rostro que incitaba a la ternura y unos kilos de más a los que sabía sacar partido. John estiró los labios para besarla.

—Ahora no —protestó juguetona y quitándole el vaso, dio un sorbo.

—¿Lo has terminado? —preguntó señalando el cuadro con la cabeza.

—Casi, me falta la capa de barniz.

John abrió por sorpresa las piernas y Mary se hundió entre sus muslos hasta rozar el suelo. En medio de los gritos y las risas, aprovechó para besarla en la boca, ella se agarró a su cuello y ronroneó igual que una gata en celo.

—No te lo mereces —murmuró mordisqueándole los labios.

—Se me va a caer el vaso.

—Pues tíralo.

Llevaban tres años casados, aferrándose con uñas y dientes a vivir en una permanente luna de miel. Se habían conocido en The Back Room, en un concierto de Victor Goines. Con las notas del clarinete se miraron a los ojos, con las del saxo se acercaron hasta un tímido roce, y desde que acabó el concierto no habían dejado de acariciarse. Para ambos era su segundo matrimonio, para ambos era su primer amor.

—Por cierto —dijo Mary entre dos besos y un «se me está durmiendo la pierna» de John—, has tenido una llamada.

—¿Yo? ¿Y por qué no me han llamado al móvil?

—Porque lo tienes apagado, siempre te ocurre lo mismo, gordi.

John maldijo su mala cabeza sacando el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y encendiéndolo.

—Lo apago por las clases y se me olvida volver a encenderlo cuando las

termino. ¿Quién era?

Mary se acercó hasta la mesa de cristal donde tenían el ordenador que usaban los dos para trabajar. Cogió la nota amarilla que había pegado en el teclado y la leyó en voz alta.

—Un tal Noah Stein, dijo que lo llamas. —Estiró el brazo para entregársela.

En ese instante, cuando John aún no había fruncido el entrecejo al escuchar a Mary, comenzaron a sonarle los avisos del móvil. Tenía cinco llamadas perdidas. Una de un número desconocido, cuatro de Robert Schwartz, el rector.

—¡Mierda!

—Me parece que no te cae bien —dijo Mary inflando los mofletes en una mueca graciosa. Todavía seguía con el brazo estirado esperando que recogiera la nota.

—Quiere contratarme para que me vaya a Turquía a certificar una pieza sumeria.

—A mí tampoco me cae bien —contestó soltando la nota amarilla con desprecio. Se quedó pegada en la tarima.

El número de la llamada desconocida era el mismo de la tarjeta de Noah Stein. Dudó en llamarle o en hablar antes con el rector. Tal vez lo más conveniente sería llamar primero al abogado para llegar a un acuerdo rápido. Después se lo notificaría al rector, para calmarle los nervios y obedecer a la Fundación Fellerstone.

—Mary, ¿a que no sabes quién va a ser el primer presidente negro de Estados Unidos? —El recuerdo de la Fundación le hizo preguntárselo con sorna, mientras marcaba el número de Stein.

—Martin Lawrence, así nos seguirán engañando pero nos reiremos con las ruedas de prensa.

—Barack.

—¿Barack? —repitió extrañada con el bote de barniz en la mano—. ¿El profesor de derecho constitucional?

—Ajá.

—¡Vaya racha que llevamos!

Levantó la mano para que se callara. Al tercer tono de llamada saltó el contestador.

—Stein. Deja un mensaje, gracias.

John no dejó ningún mensaje, colgó.

—A primeros de año se presentará para que le elijan como candidato a la presidencia por el partido demócrata —dijo apretando la tecla para contestar a una de las llamadas perdidas de Schwartz.

—Eso no quiere decir que le voten.

—En política lo único que cuenta son los apoyos, y siendo profesor de una universidad donde tienen más poder los mecenas que el propio rector... —lo dejó suspendido para rematar enseguida la frase—. Blanco y en botella: leche.

—En este caso, negro y en taza: café.

Los dos rieron con amplitud la ocurrencia de Mary hasta que les interrumpió la voz impaciente de Robert Schwartz al otro lado del teléfono.

—John, te he llamado unas cuantas veces porque he estado hablando con Noah Stein —su tono era de evidente preocupación. Incluso parecía que golpeaba con la palma de la mano en una superficie de madera.

—Sí, lo suponía, he recibido una llamada suya, pero se la he devuelto y salta el contestador.

—Quiere que mañana nos reunamos en la universidad. Al parecer les corre prisa tu respuesta. Espero que la hayas meditado bien, ya sabes que nos jugamos mucho, es un asunto serio, John, sé responsable, por favor. No lograba localizarte y he quedado con él en vernos a las diez en mi despacho. ¿Podrás asistir?

Soltó la retahíla sin respirar, a tal velocidad que John pudo imaginarse fácilmente, cómo su calva iba adquiriendo ese ridículo color fucsia. Llegó a vacilar la siguiente frase, no sabía si contarle su decisión de aceptar el encargo o dejarle toda la noche sin dormir. Pero la hipoteca pesó más que sus deseos de torturarlo.

—Tranquilo, Robert, haré lo que sea mejor para la universidad. Puedes contar conmigo.

Escuchó un resoplido a través del auricular. Tardó en contestar unos segundos. Su voz después sonó serena.

—Gracias, John. Antes de que se me olvide, para el próximo curso quedará vacante una plaza en el equipo directivo del claustro de profesores. Si te presentas será tuya. Nos vemos mañana.

—Adiós.

John Miller se quedó inmóvil, mantenía el teléfono pegado a la oreja y un gesto de frustración le cruzó la cara por haber ingresado en el pelotón de los que no hacen preguntas. Mary no tardó en ser consciente de su decepción.

—¿Un Martini? —le ofreció.

—Doble, por favor, postergaré mi entrada en talleres hasta mañana.

Mientras lo servía le contó la historia, incluidas sus reticencias a abandonar las clases sin haber terminado el curso. Algo olía mal en aquel asunto, y le inquietaba no tener los datos necesarios para saber con exactitud qué le provocaba el malestar. No le gustaba Noah Stein, lo había catalogado de demasiado educado, demasiado amable, demasiado judío. Tampoco le gustaba la urgencia por autentificar una pieza sumeria, seguramente habría sido robada del museo de Bagdad. ¿Quién estaba verdaderamente detrás de aquella decisión? ¿Por qué era tan importante para ellos un objeto de hace seis mil años?

—¿Te han dicho de qué pieza se trata? —le preguntó dando un sorbo. Se le había ido la mano con la ginebra.

—No, todo es tan secreto que cuando lo pienso no sé si reírme o salir corriendo. —Levantó el vaso con el Martini hacia ella—. Delicioso, cariño, me encanta.

—Gracias, gordi.

John estuvo pensativo unos segundos, con la vista clavada en la piel de la aceituna cruzada, en los matices de su color verde oscuro que brillaban en la transparencia del cóctel.

—¿Sabes otra cosa que no me ha gustado?

—¿Qué?

—El nombre de la empresa de Noah Stein. Bueno, exactamente no sé si es suya o si trabaja para ella.

Mary removió el Martini con la aceituna y después se la metió en la boca. A ella le encantaba romper la textura con los dientes y que se le inundará el paladar con el fuerte sabor de la ginebra.

—¿Cómo se llama? —le preguntó al ver que John se había quedado de nuevo callado.

—Es una tontería. A los millonarios masones les encanta poner nombres en clave a sus empresas, nombres apocalípticos. Creen que les ayudarán a disfrutar de éxito en los negocios.

—Pues si son millonarios será verdad que les da suerte.

—En eso tienes razón —dijo bebiéndose el resto del cóctel y tendiéndole la copa con cara de pena para que le sirviera otro.

—¿Que cómo se llama? —insistió Mary.

—Morning Star.

—Estrella de la mañana.

—En el libro de Isaías 14:12, el profeta llama estrella de la mañana a Lucifer.

Mary escondió la mirada en la pequeña reproducción de Lavery que tenían colgada en la columna del despacho. *El portador de incienso.*

CAPÍTULO 14

MADRID

Cuando Gabriela lo ve salir del portal de su consulta y cruzar la calle, piensa que tiene el rostro menos delicado que en los sueños; incluso su forma de andar es más brusca, es de esos hombres que demuestran su masculinidad a cada paso. Decide no abordarle, continua tras él hasta llegar al semáforo de la avenida. Gaspar presiona el botón para que cambie el color y se frota una mejilla demasiado afeitada. No usa maquinilla eléctrica.

—Necesito hablar contigo —dice colocándose a su altura.

—¡Joder! ¿Otra vez tú? —En esta ocasión el respingo ha sido menor.

—¿Me invitas a una cerveza o vamos a mi casa?

Gaspar deja caer una sonrisa arrogante y la mira de arriba abajo, analizando si merece la pena desplazarse hasta su casa.

—No quiero ligar contigo —advierde Gabriela con un tono de decepción por la maniobra.

—Pues lo disimulas mucho.

—¿Sabes algo de la teoría de los universos paralelos? ¿Has leído que creamos la realidad con nuestra mente? ¿Que pueden manipular con ondas nuestro cerebro? ¿Has escuchado la melodía de las esferas? ¿Crees en la reencarnación? ¿Sabes hacer regresiones?

—Me gustabas más ayer, cuando dijiste: te he soñado —dice aún con la sonrisa instalada.

—Todas esas cosas me las has contado tú.

En ese instante Gaspar siente un latido metálico en el pecho difícil de explicar. La sirena de un coche de policía le aturde, llena el vacío que él no ocupa con respuestas. Los vehículos parados comienzan a moverse, a realizar extraños escorzos para permitir el paso de la policía a pesar del semáforo

rojo. La mira con fijeza. Las sienes afeitadas y la mirada desafiante le producen una especie de colapso con su realidad. Los parámetros de las mujeres con las que ha mantenido relaciones saltan por los aires. Se siente incómodo. Intenta volver a dar al botón pero Gabriela le corta.

—Me las has contado en sueños.

—Escucha, no sé quién eres —su voz ha cobrado cierta dureza, no le gusta lo que oye—. Y comprenderás que no puedo fiarme de una chica que dice que sueña conmigo y me persigue para llevarme a su casa.

—No has respondido a mis preguntas.

—¿Qué quieres que responda? Sí, he leído sobre todo lo que me has preguntado. Sé quién es Gregg Braden, un científico americano, y he leído los libros en los que asegura que creamos la realidad con nuestra mente. Conozco la teoría de los universos paralelos, es posible que nos manipulen... y que... que... ¿Qué más me has preguntado?

—Si sabes hacer regresiones.

El disco ha cambiado de color varias veces. Gaspar duda y proyecta su brazo para apretar de nuevo el botón. Gabriela le da un manotazo para que no lo toque.

—El Doctor Brian Weiss fue quien popularizó esa técnica. Es un psiquiatra formado en la Universidad de Columbia. La regresión engloba un conjunto de técnicas que se apoyan en la hipnosis para alterar los estados de conciencia y lograr que una persona recuerde acontecimientos de su pasado. ¿Contenta? ¿He aprobado?

—Necesito que me ayudes a hacer una regresión para conocer mi vida pasada en Egipto.

—Se me ha hecho un poco tarde. Tienes mi tarjeta, llama por teléfono y pide hora a mi secretaria.

—No tienes secretaria. Estás hasta el culo de la rubia teñida y me diste a escondidas la tarjeta para que ella no te viera. Tu vida te aburre hasta el punto de querer ligar con la primera tía que te sale al paso. La consulta la tienes a medias con un fisioterapeuta y tu página web es una mierda. Ah, y eres un fantasma. Hasta ahí estamos de acuerdo, ¿no?

Gaspar asiente asombrado, con el labio inferior rozando el suelo.

—Si has estado estudiando todos esos temas es porque el destino se ha propuesto unirnos en un punto de nuestra vida. Yo necesito recordar. Aprender de ti la información y por eso te apareces en mis sueños. Desde una vidente sensitiva hasta un cuadro pintado por mi madre, a la que no conozco, me

avisaron de que debía hacer un camino espiritual con «el portador de incienso», o sea con Gaspar. No sé lo que tú necesitas de mí pero debemos averiguarlo cuanto antes.

A Gaspar le cuesta sobreponerse al torrente de información y desvía la mirada hacia el botón del semáforo. Gabriela mueve la cabeza negativamente para aconsejarle que no lo haga.

—A mi casa se va por el otro lado.

CHICAGO

En el reloj del fin del mundo faltaban siete minutos para la medianoche, hora exacta del apocalipsis que destruirá el planeta. Este reloj, icono de la universidad de Chicago, se acerca o se aleja de la medianoche según la situación política, científica y militar en el mundo. Un comité de científicos y un grupo de expertos, entre ellos 18 premios Nobel, decide adelantarlo o retrasarlo cada año dependiendo del riesgo de una catástrofe mortal para la civilización. Pero a Robert Schwartz no le preocupaba el minuterero nuclear, ni que su posición sea la más cercana al punto cero desde que en 1984 la URSS boicoteó los Juegos Olímpicos de Los Ángeles; para el rector, su apocalipsis podría desencadenarse en la reunión que mantendrá dentro de escasos segundos con Noah Stein y John Miller. Sentado en un sillón de cuero negro, con respaldo alto y brazos de madera, tamborileaba con los dedos sobre la pulida superficie de la mesa aguardando a que den las diez en punto en su reloj de pulsera. A su espalda, el ave fénix sobre fondo granate del escudo de la universidad, vigilaba la bandera de Estados Unidos.

—Charlize, haga pasar al profesor Miller, por favor —colgó el teléfono y se levantó para estirar los brazos y que las mangas de la chaqueta ocuparan una parte proporcional de los puños de la camisa.

—¡Robert! —saludó cariñoso el profesor a pesar de su distanciamiento.

—Hola, John. Siéntate —dijo tras estrechar su mano sin mucho entusiasmo, señalándole el sofá de piel que daba al parque del campus.

Siempre le había atendido en la mesa del despacho, igual que al resto de profesores. El sofá y el juego de sillones estaban reservados para los invitados especiales de la universidad. John se sentó complacido y al instante estuvo a punto de volver a incorporarse, Robert seguía de pie.

—Tranquilo. —Le hizo un gesto con la mano—. Me cansa estar demasiado tiempo sentado.

El profesor había ocupado uno de los sillones preferidos del rector. En el sofá, debías escorarte a izquierda y derecha para observar a los contertulios y seguir la conversación. A pesar de ello, su piel lechosa mantuvo el color original mientras se ajustaba la corbata de seda.

—Bien, ¿devolviste la llamada al señor Stein?

—No, después de hablar contigo supuse que no era necesario.

—Ya, claro.

Volvieron a quedarse en silencio. El profesor sentado, el rector de pie. Una sonrisa de compromiso viajó de boca en boca hasta que los dos miraron por la cristalera con un inusitado interés por observar las copas de los árboles. Eran verdes, como siempre. El teléfono interrumpió la contemplación de la naturaleza.

—¿Sí?

—El señor Stein ha llegado. ¿Le hago pasar?

Robert Schwartz miró a John y después consultó la hora. Llegaba diez minutos tarde.

—Un momento, Charlize. Yo la avisaré —dijo en un alarde de valentía y respiró profundamente jactándose de hacer esperar a un recomendado de la Fundación Fellerstone—. Entonces, John, ¿estás decidido a marcharte a Turquía?

—Ya sabes que no me hace demasiada ilusión, pero si tú crees que es lo más conveniente para la universidad, visitaré la antigua Constantinopla —respondió con un tono pedante al final.

—¿Has pensado lo de ingresar en el equipo directivo del claustro de profesores?

—Sinceramente, no, para que te voy a engañar. Cuando llegue el momento tú me dirás lo que deseas que haga. Por supuesto, siempre pensando en lo mejor para la universidad.

Robert se acercó y le dio un par de palmaditas en el hombro.

—Esa es la actitud, John, esa es la actitud —afirmó con una sonrisa que le cuarteó las mejillas como un poso de nata en la leche hervida. Después volvió a consultar su reloj. Habían pasado cinco minutos, no convenía tensar demasiado la cuerda con la Fundación—. Charlize, haga pasar al señor Stein, por favor.

Se acercó a la puerta para recibirle ajustándose de nuevo las mangas de la chaqueta.

—Señor Schwartz —Noah Stein le estrechó cortésmente la mano.

—Permita que le presente al Señor Miller, nuestro profeso...

—Ya nos conocemos —le cortó el abogado—, un placer volver a verle, profesor.

John le tendió la mano sin levantarse del sillón. A Robert le disgustó el gesto, lo consideraba una falta de educación, él nunca la habría cometido.

—Es cierto, John me comentó que usted había asistido a su conferencia en el McCormick Place. ¿Le gustó?

—Sí, fue muy interesante.

—Siéntese, por favor —le dijo indicándole el sofá— ¿Le apetece tomar algo, señor Stein?

—Un café solo, con un terrón de azúcar moreno, en taza pequeña, a ser posible de porcelana, y una cucharilla de acero inoxidable.

El rector osciló la mirada con perplejidad entre John y Stein.

—El café lo desea de Colombia, de Etiopía o de Indonesia, hecho a la turca, expreso o ristretto.

La salida de John causó hilaridad en Noah Stein que se sentó en el otro sillón sin dejar de reír. Robert Schwartz no entendía nada pero volvió a sacudir la cabeza con pesar. Le habían dejado el sofá, no tendría más remedio que asistir a la conversación del mismo modo que los espectadores de un partido de tenis.

—Señor Schwartz, era una broma, el profesor Miller ha sabido captarla. Desearía un café solo, me da igual si es en vaso de plástico o en taza. Gracias —aclaró el abogado abriendo un porta-documentos de piel de becerro. Tuvo que suspender la tarea al percibir que el rector encargaba su café por teléfono y no le había consultado a John si quería algo—. ¿Usted no desea un café?

—Sí, otro café, Robert, por favor.

Le entregó un contrato de tres folios quedándose con una copia. Antes de continuar, carraspeó ligeramente mientras se colocaba unas pequeñas gafas doradas para leer de cerca.

—Profesor, puede apreciar que es un contrato tipo, no tiene ninguna cláusula especial salvo la duración y el dinero. Morning Star Arts Corporation se compromete a ingresarle en la cuenta bancaria que usted nos indique, la cantidad de tres mil dólares el mismo día de la salida. Cuando haya autenticado el objeto se le ingresarán seis mil dólares más. Estos honorarios comprenden un periodo de siete días desde el momento en que subamos al avión, hasta que regresemos a Chicago. Por cada semana adicional que necesitemos, usted recibirá tres mil dólares más.

—¿Cada semana adicional? —repitió—. No lo entiendo.

—Está claro, John —intervino el rector sentándose en el sofá. Antes de cruzar las piernas estiró las perneras del pantalón para que no se le arrugaran—. Te interesa que dure muchas semanas, a lo mejor ganas tanto dinero que no necesitarás seguir dando clases cuando regreses. —Al acabar soltó una risotada que ninguno de los dos tuvo el detalle de acompañar.

—¿Señor Stein? —insistió John.

—Volaremos a Esmirna —le explicó mirándole por encima de las gafas—. Allí contactaremos con el vendedor, eso puede llevarnos un par de días. Los turcos son gente tranquila a la hora de negociar un acuerdo, la paciencia es su mejor arma. El objeto no nos lo mostrará hasta que hayamos cerrado el trato.

—¿De qué objeto se trata?

Charlize entró en el despacho con una bandeja y tres cafés en vasos desechables de plástico. El rector se llevó la mano a la calva pero ahogó la protesta.

—He traído sobres de azúcar por si acaso —dijo dejándola sin un excesivo cuidado sobre la mesa. Uno de los vasos vertió unas gotas de café.

—Gracias, Charlize —Robert utilizó una forma aséptica que presagiaba otra charla menos cordial. Le acercó un café a Stein. Uno de los que no estaban manchados.

—Por supuesto, todos los gastos corren a cuenta de la empresa. Yo viajaré con usted y prometo ser un compañero agradable. —Abrió la cremallera del bolsillo interior del porta-documentos para sacar un pendrive—. Esto es para usted, profesor, grabe todos los archivos que necesite para su trabajo, Morning Start Arts Corporation le facilitará un portátil. Ordenador que deberá entregarnos al terminar la negociación. ¿Alguna duda? —preguntó haciendo movimientos circulares con las gafas.

—¿De qué objeto se trata? —volvió a preguntar.

Aguardó unos segundos antes de responder. Las gafas se frenaron sin completar el último círculo. Noah Stein miró al rector que removía distraído el azúcar de su café.

—Señor Schwartz, ¿podría dejarnos solos un momento?

El rector se quedó con la cucharilla en la mano sin haber entendido el alcance de la pregunta. Después intercambió la mirada de uno a otro reclamando una aclaración.

—Necesito hablar en privado con el señor Miller —se justificó—. Si le molesta porque estamos en su despacho y tiene que trabajar, podemos tomar el

café y salir a la calle.

—No, no, no, por favor, tómense ustedes el café con tranquilidad, faltaría más —respondió levantándose con la calva sonrosada. Esta vez no llegó al fucsia—. Me tomaré el café con Charlize. Está un poco caliente para mí, así que esperaré con ella un rato a que se enfríe, hasta ahora.

Mientras abandonaba el despacho, Stein guardó las gafas metálicas en uno de los departamentos interiores del porta-documentos. Después se bebió el café de un trago y sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta. Parecía rubio, de una marca que John desconocía, Lambert&Butler. Encendió un cigarrillo y le dio dos caladas consecutivas de forma compulsiva. El vaso del café le sirvió de cenicero.

—Profesor, he hecho salir... perdone —rectificó sobre la marcha—, ¿le apetece un cigarrillo?

—No fumo, gracias. Está prohibido fumar en todo el edificio.

—Lo sé —dijo en medio de otra calada—, he hecho salir al señor Schwartz porque todo lo concerniente a ese objeto requiere la mayor confidencialidad.

—¿Eso quiere decir...?

—Quiere decir que no podrá contárselo a nadie. Mi cliente no desea que, por una filtración desafortunada, se corra la noticia de que la obra de arte se encuentra en su poder. Todavía está a tiempo de rechazar nuestra generosa oferta.

Le tendió un bolígrafo para que firmara el contrato. Tanto secretismo convenció a John de que se trataba de una de las piezas robadas del Museo Nacional de Bagdad. Mientras cogía el bolígrafo su mente intentó repasar los objetos que en el mercado negro valdrían la ingente suma de dinero que se iban a gastar, pero los nervios le impedían pensar con la suficiente frialdad y se mezclaban con sus deseos de no aceptar el trabajo. Noah Stein lo miraba con los ojos apretados. En el aire flotaba el humo del cigarrillo, era mentolado. Dudó hasta el último instante en mandarlo todo a la mierda, incluida la arrogancia del abogado, pero le faltó coraje, tal vez por un picor que sintió en el cuello recordándole la hipoteca. Si tardaban mucho en llegar a un acuerdo con el cliente turco, casi podría liquidarla, Mary se alegraría. Se rascó con fuerza dejándose unas marcas rojas en la piel y a continuación firmó.

—Gracias, profesor Miller, bienvenido. —Se quedó con el contrato firmado y le entregó la copia—. Para usted.

—¿Puedo saber ya de qué objeto se trata?

—El Sello de los Destinos.

John Miller disimuló el gesto de sorpresa que le había causado la noticia llevándose el café a los labios. El Sello de los Destinos era una leyenda. Nunca se había encontrado en ninguna excavación o por lo menos no constaba en los archivos de ningún museo.

—Ese sello cilíndrico no estaba registrado en el Museo Nacional de Bagdad.

—Ya le dije que no traficamos con objetos de arte —le respondió incorporándose del sofá. Abrió la cristalera y miró hacia abajo para asegurarse de que no hubiera nadie antes de tirar el vaso de plástico con la colilla—. Profesor, le ruego que esta noche comience a utilizar el pendrive y guarde en él toda la información necesaria. Seguramente le avisaremos de la salida con veinticuatro horas y no sería conveniente que, por las prisas, se le olvidara algún detalle primordial que entorpeciera el acuerdo. ¿Alguna pregunta?

—Siendo tan secreto, ¿por qué el contrato no contempla ninguna cláusula de confidencialidad?

Noah Stein se volvió desde la puerta. Tenía un rictus de cansancio que le tiraba de la comisura de los labios.

—Esa clase de problema se resuelve mejor sin contratos.

CAPÍTULO 15

MADRID

En la mitología, el Caos siempre aparece como la gran causa creadora, de él surge el Orden, desde los dioses primordiales hasta la propia humanidad. La teoría del caos plantea que el universo no sigue estrictamente el modelo del reloj, previsible y determinado, sino que posee aspectos caóticos. El observador no es quien crea la inestabilidad o la imprevisibilidad, ya existen de por sí. Gaspar, observador en la buhardilla de Gabriela, se agarra a la teoría perfectamente demostrada en el desorden que contempla con pánico. No hay donde sentarse. El pequeño sofá para dos plazas está repleto de camisetas, pantalones, sudaderas, mochilas, libros, algún sujetador y un muñeco mordisqueado con el que seguramente jugará un perro o un gato que no ha salido a recibirlos. Gabriela intenta poner orden y con su actitud se comprende que Causa y Efecto son proporcionales. Quita los rotuladores desperdigados por la silla para poner en su lugar parte de la ropa que a su vez dejará un hueco en el sofá a Gaspar.

—La silla está rota, siéntate en el sofá.

—Me gusta estar de pie —dice el psicólogo al sentirse culpable de su trabajo por despejar la zona y, al mismo tiempo, dejando claro que su visita será lo más breve posible.

—A mí no, siéntate.

Suena a orden, Gaspar coge aire, molesto. Mira hacia la puerta de la calle calculando los pasos que debe andar entre el caos para desaparecer de aquella buhardilla. Luego mira la espalda de Gabriela entrando en la cocina.

—Por favor —rectifica la orden sin apasionamiento al tiempo que saca dos cervezas de la nevera. Son las últimas.

Sus ojos oceánicos emiten un ligero brillo de conformidad. Se sienta

apartando el muñeco mordisqueado. Apenas queda sitio para Gabriela que vuelve y le entrega una de las botellas. De nuevo comienza a cambiar las cosas de sitio. Coge la bandeja con restos de comida de la mesa y la lleva a la cocina, luego coloca allí unos cuantos libros del sofá para abrir hueco. Por fin se sienta a su lado. Evidentemente están estrechos, intimidados en el roce. Ambos enmudecen.

Una pequeña causa también puede producir un gran efecto. Gaspar intenta acomodarse para hacer más sitio

—Si te preocupa tocarme puedo coger la mecedora de la azotea.

—No me preocupa tocarte, me preocupa averiguar dónde la vas a colocar.

Ambos miran a su alrededor. Entre libros, discos, un plato con restos de leche, cómics, bocetos con grafitis, una planta pidiendo auxilio y un casco de bicicleta, apenas queda una baldosa libre; baldosa que es ocupada por Señor con un suave maullido. Los dos le miran.

—De modo que tienes novio.

Sonríen, y el efecto les hace romper las hostilidades.

—¿Cómo se hace una regresión?

—Así no —responde ahondando en la sonrisa con un gesto que acusa la falta de movilidad por el espacio reducido. Cambia la cerveza de mano para poder dar un trago—. No está muy fría —protesta a continuación.

—La nevera funciona a ratos. Si prefieres un vaso de agua...

—Prefiero que no te levantes ahora que estamos tan colocaditos. Además, la cerveza tibia tiene su encanto.

—Ya.

—Mira, en el psicoanálisis una terapia breve produce pequeños cambios y un tratamiento prolongado, genera cambios que podríamos denominar importantes. Aunque ciertas experiencias confirman la posibilidad de algunas excepciones...

—No quiero que me psicoanalices. Quiero hacer una regresión. Me dijiste que tenía que ir a Egipto a conocer una vida pasada mía.

—Perdona que no me acuerde de eso. ¿Podrías contarme desde el principio que pinto yo en la historia? ¿En tu historia? —matiza.

—No hay tiempo. Tendremos que ir averiguándolo juntos. Tú sabes que algo gordo está pasando en el mundo...

—No, no sé lo que está pasando ni lo que va a pasar.

—Pero lo has leído.

—Sí, pero eso no quiere decir que lo crea, ni que lo asuma como un peligro

cierto.

—¿Nunca te has preguntado por qué razón te sientes atraído por esos temas?

—Cientos de veces. Desde que he entrado en tu casa exactamente cincuenta y cinco. Es decir, cada quince segundos más o menos. Perdona que te roce es que voy a dar otro trago a la cerveza... caliente —añade con sorna.

—A mí me pasa lo mismo. Imagínate la sorpresa que me llevé cuando te vi en la calle. Hasta ese momento eras parte de mis sueños, nada más, el guía espiritual que me hablaba de las teorías más disparatadas, de universos paralelos de...

—Que tú y yo nos relacionemos en sueños sin conocernos, sí es un disparate, pero la teoría de los universos paralelos no lo es.

—¿Crees que me lo he inventado?

Gaspar amaga con un sí inclinando la cabeza. Duda.

—Fumar aquí es imposible, ¿no? Ya no cabe ni el humo.

—Si quieres vamos a la azotea.

Se levantan al mismo tiempo, con los hombros apoyados, al estilo de los viejos camaradas.

—¡Joder! —suelta Gabriela de golpe, abriendo la puerta—. ¿Cómo podría convencerte de que es real? ¿No existe ningún caso que se asemeje al mío?

—Existen varias explicaciones para un sueño de ese tipo. La más simple puede ser que, alguna vez, me hayas visto sin racionalizar que lo hiciste y luego tu mente te mostró mi imagen en los sueños —le ofrece un cigarrillo.

—No, gracias.

—Otra explicación más compleja es que me hayas reencontrado porque me conociste en una vida pasada. Para eso tienes que creer en la reencarnación.

—¿Tú crees en la reencarnación?

—Lo importante es lo que creas tú, yo no te he soñado. —Enciende el cigarro y da una profunda calada—. Escucha, lo ocurrido en vidas pasadas puede quedar bloqueado en la mente y en el alma. A esos recuerdos se consigue acceder por hipnosis y ejercicios de regresión. Si el lazo que te unió a una persona fue extremadamente fuerte, su proximidad y la posibilidad de volver a tenerla cerca, detonó en tu mente el desbloqueo de esa imagen. Esta explicación concuerda con tu interés por hacer una regresión.

—Entonces no es un disparate como has dicho.

—Disparate es todo lo que me está ocurriendo desde que dijiste: te he soñado.

Vuelven a sonreír. Gabriela se sienta en la mecedora y Gaspar en el poyete.

Ha anochecido y los dos permanecen callados. La tensión ha dejado paso a una escena agradable, relajada, se encuentran cómodos al aire libre. La conversación ha ido limando la angustia del primer encuentro y Gabriela lo mira recordando lo que ocurrió en el poyete. La nostalgia dibuja un gesto de picardía en sus ojos.

—¿Me he perdido algo? —pregunta al sentirse apuntado.

—No, nada —miente y se le nota—. Estoy contenta porque ahora sé que lo que me está pasando no es una locura. Y lo de crear la realidad con nuestra mente tampoco, ¿no?

—Tampoco. Está demostrado científicamente que la materia vibra, con esa vibración atraes...

—Eso ya me lo has contado... en sueños —matiza— ¿Y lo de que alteran nuestras emociones con ondas?

—Bueno, nuestra percepción del tiempo está directamente ligada a nuestro cuerpo y al entorno electromagnético en el que nos movemos. Según ciertas teorías conspiranóicas, si vivimos en un entorno electromagnético, controlado por programadores cuya función es condicionarnos para que sirvamos de ganado, podemos pensar que el mundo es lo que vemos, pero eso no es más que una ilusión. Quizá la teoría de que todo es un holograma...

—Vale, no sigas.

—Me preguntas y no me dejas terminar —protesta.

—Es que no entiendo nada de lo que me cuentas. ¿Qué te dice la rubia teñida cuando le cuentas esto?

—Que estoy loco y tampoco me deja terminar.

—¿Conoces a alguien con quien puedas hablar de estos temas?

—La verdad es que no —contesta tras un repaso breve.

—Debemos hacer la regresión. Estamos destinados a ir comprendiendo juntos lo que ocurre. Vamos a la habitación.

—En otro momento, con otra conversación, me habrías excitado.

Sueltan una carcajada que les libera endorfinas y les abre el camino hacia las confidencias.

—En mis sueños llevabas coleta —dice en tono de cotilleo mientras pasan al salón.

—Me la corté hace una semana porque...

—Te hacía mayor.

Gabriela termina la frase y Gaspar vuelve a sentir el latido metálico en el pecho que le agobió en el semáforo, cuando aún pensaba en cómo escaparse

de la locura, cuando aún pensaba que ella no tenía sitio en su memoria.

KONYA (TURQUÍA)

«Ven seas quien seas. No importa que seas infiel, pagano o adorador del fuego. Ven incluso si has renegado cien veces. Si no te has arrepentido. Ven tal y como eres». Fueron las palabras de Mevlânâ y yo fui tal como soy a rendirle homenaje a su mausoleo. Crucé el patio de la Tekke hasta llegar al edificio de la cúpula cónica de azulejos turquesa, allí me coloqué unas calzas de plástico en las botas para no ensuciar el interior. Nada más entrar me dirigí a la derecha, hacia las tumbas de los descendientes del maestro y de los jeques Mevleví. En la esquina, justo debajo de la cúpula y cubierta de oro, se encuentra la de Yalal ad-Din Muhammad Rumí, para nosotros Mevlânâ, que significa «Nuestro Maestro». El gran poeta místico, el hombre que nos mostró el camino del amor: «Por mucho que intente definir el amor, cuando llego a él me avergüenzo de mis palabras». Y apoyado en esa humildad, me postré para entregarle mis oraciones, comenzando, por respeto a la mezquita, con unas *al-’āyah*²³ del libro sagrado.

Más tarde visité las salas donde exponen objetos históricos, como su alfombra de oración, el sombrero de Semsî Tebrîzî que fue su compañero espiritual, antiguos instrumentos musicales, vasijas, manuscritos, un ejemplar del *al-qur’ān*²⁴ más grande y a su vez del más pequeño, incluso una alfombra de seda con más de cuatro millones de nudos y frases bordadas del profeta Muhammad. Pero lo que hizo rebosar mi corazón de júbilo, fue que por la tarde podría admirar una danza gítoria de los derviches. Esta ceremonia o *Semâ*, la componen siete partes que representan el viaje místico del hombre hacia Dios, reflejando en sus giros los movimientos de las galaxias, de los pensamientos y finalmente de los átomos, hasta llegar al conocimiento de la verdad tras vencer al ego y a la muerte. Dicen los sabios, que cuando regresas de ese viaje espiritual, lo haces transformado en un ser de luz que sirve con amor y entrega a toda la creación. Y ese viaje espiritual resonaba con fuerza en mi interior, no porque yo, Sag-giga, hubiera emprendido un viaje similar desde mi salida de El Regalo de Dios, portando el Sello de los Destinos, para que se cumpliera la profecía y el mundo dejara atrás su faz de odio, sino porque su mensaje no era diferente al que otros maestros espirituales, sumerios, indios, griegos, cristianos o budistas, nos habían regalado a lo largo

de la historia, para alcanzar la perfección y tener acceso al Dilmun según los sumerios, a la *Yanna* según los islámicos, al Nirvana de los budistas o al Paraíso de los cristianos. El mismo mensaje simplemente diferenciado por las épocas, la cultura y la estupidez humana. Todo es Uno y el amor es su primera manifestación.

En el parque Alaeddin descansé tomando un té caliente a la sombra de un frondoso árbol. La similitud de la escena me trajo los recuerdos del hombre parco. Habíamos llegado a Konya a primera hora de la mañana. Después de dar varias vueltas por diferentes calles de la ciudad por si alguien nos seguía; circuló despacio por Eyüp Sultan Caddesi hasta llegar a una rotonda, allí giró a la izquierda y se metió por unas calles más tranquilas, sin tráfico y prácticamente sin peatones. En Gazi Cd aparcó en un sitio amplio y a la vista, nunca escondas lo que deseas ocultar, sacó su vieja bolsa de deportes de Adidas, donde guardó la escopeta, y quitó las matriculas a la furgoneta con un destornillador oxidado que había encontrado en el maletero. Por último, comprobó que las puertas quedaban bien cerradas. Echamos a andar sin mirar atrás, con paso cadencioso para no demostrar premura. Rápidamente llegamos a los jardines de Barış Cd.

—Bueno, Sag–Giga, aquí nuestros caminos se separan —dijo apoyándose en el tronco de un árbol pequeño, tenía querencia al roce de la naturaleza—. Siguiendo esta calle llegarás a la rotonda en donde hemos girado. Allí podrás coger un autobús hasta el centro, a partir de ahí será tu problema.

Sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Su imagen era muy parecida a cuando lo vi sentado en la higuera, después de que me salvara la vida en el ataque de los shaghāl, y antes de que me salvara la vida en el enfrentamiento con el hombre del ojo de hielo y Abdel.

—¿Tú que vas a hacer?

—Iré a ver a mi madre. Mi hija, Ebediyet, vive con ella, a un par de kilómetros de aquí.

Me había salvado dos veces la vida y a pesar de la desconfianza provocada por sus palabras, tuve el presentimiento de que si quería llevar a buen término la misión, no debería apartarme de él. Decidí sincerarme.

—¿Cómo sabías que uno de los hombres se llamaba Litvak?

Dio la última calada y apagó la colilla contra el tronco. Su rostro no mostraba una mueca agradable. Bajó la mirada hasta mi pecho, taladrándomelo con las pupilas, luego me agarró del hombro con su mano izquierda y yo sentí miedo. Observé alrededor por si estábamos solos o había

suficiente gente paseando para impedir un crimen.

—El hombre al que maté gritó su nombre antes de salir de la chabola contigo. Si ni tú ni yo nos llamamos Litvak, está claro que llamaba a su compañero.

Me abracé a él con fuerza. Todas mis suposiciones eran erróneas, qué fácil juzgamos a quien desconocemos. No debemos ser rápidos de juicio, ni lentos de corazón, dijo el sabio, yo había consumado ambas faltas con el hombre parco, con Serkan Çetin Utku como lo llamaría a partir de ese momento.

—Quiero acompañarte, Serkan Çetin Utku —le pedí después del efusivo abrazo.

—No —contestó con bastante rudeza—. Si no has confiado en mí, márchate.

Cogió la bolsa de deportes y dándome la espalda echó a caminar por Barış Cd. Los años le iban cargando los hombros.

—¿Nunca has cometido un error?

—Sí, pero mi obligación era curarte —respondió sin volverse.

—¡Quiero agradecerte lo que has hecho por mí!

Cuando pensaba que lo había perdido para siempre, me gritó el nombre de la calle en donde vivía, aconsejándome que no fuera a verle hasta que hubiera despejado cualquier duda. Saque de la mochila un cuaderno y apunté el nombre para evitar olvidos.

Los árboles del parque Alaeddin echaban de menos la figura de Serkan Çetin Utku fumándose un cigarrillo contra sus troncos, o quizá fuera yo quien echaba de menos la compañía del antiguo hombre parco. Eran las dos de la tarde, tenía tiempo para ir a visitarle, pedirle perdón y regresar al Mausoleo de Mevlânâ para ver la danza de los derviches. Tal vez quisiera acompañarme. Cogí un autobús en Atatürk Caddesi hasta la estación de tren. Allí me indicaron que debía cruzar al otro lado de las vías y seguir por Babil Sk durante un kilómetro, al llegar a un cruce, era la primera calle de la izquierda.

En el trayecto fui leyendo el folleto del espectáculo. Te informaban de muchas cosas interesantes sobre los derviches, por ejemplo de su vestuario y su simbología. Al entrar en el templo, los derviches llevan un sayal negro que significa la última morada, cuando se despojan de esta capa, debajo aparece otra blanca. Es un ritual muy parecido al de la alquimia y su transmutación de la materia en oro. Si eliminas lo oscuro del subconsciente, surge lo blanco y puro. Las ropas blancas de los derviches simbolizan la pureza; los gorros en forma cónica, el control del pensamiento y las emociones de los iniciados.

Durante la danza mística, los derviches forman un círculo que representa a los planetas, cada uno se mueve en armonía al ritmo de la música del ney²⁵, de los atabales y del kamanché,²⁶ al aumentar la velocidad extienden sus brazos, con la mano derecha reciben la energía del mundo espiritual y con la izquierda depositan la sagrada energía en la tierra. La danza finaliza con una exaltación espiritual.

Derviche significa literalmente: «el que busca las puertas». Sin saber por qué me vino a la cabeza la descripción que Heródoto hizo de Babilonia, cuando hablaba de las cien puertas que había en sus murallas. ¡Cien puertas! En la profecía hablan de la centésima puerta. ¡Cien puertas!

Por otra parte, y según los sufís, Dios poseía noventa y nueve nombres hermosos o atributos divinos. El conocimiento y desarrollo de estos nombres forman al individuo completo. El centésimo nombre es un secreto y quien lo halle, conocerá a Dios. ¡El centésimo nombre! ¡Las cien puertas! Sentí que todo estaba relacionado y la sensación se acrecentó cuando repasé otras creencias religiosas.

Algo muy parecido ocurre con el Shem Shemaforash hebreo. El nombre de Dios es *YHWH*, cuya pronunciación es desconocida por ser solo consonantes y su escritura prohibida por tratarse del nombre sagrado. Los judíos utilizan generalmente Adonai o Ha Shem (El Nombre) normalmente traducido por Yavéh. La fuerza divina se encuentra en el Verbo, en la palabra. La leyenda dice que el conocimiento del Nombre del Creador otorga poder sobre la creación. Aquél que consiga pronunciarlo conseguirá gracias a sus ondas vibratorias un poder sin límites.

Juan, un seguidor del maestro y profeta Isa²⁷, ahondaba en el esoterismo cristiano cuando escribió en griego koiné: *Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ Λόγος, καὶ ὁ Λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν, καὶ Θεὸς ἦν ὁ Λόγος*. Que luego fue traducido así: «En el Principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios».

Todas las creencias se asemejaban al Sello de los Destinos, con la única particularidad de que este había sido creado miles de años antes. Algo resonaba en mi interior, el viaje a Konya comenzaba a tener un significado. La búsqueda de las puertas por los derviches, para atravesarlas y seguir más allá, según aconsejaba el maestro, iba a formar parte de mi destino. Tarde o temprano encontraría la centésima puerta o las cien puertas, y a la persona elegida para que se cumpliera la profecía.

Cuando llegué a casa de Serkan Çetin Utku, la alegría por ir encontrando las

claves de mi misión se desvaneció por completo.

—¡Serkan Çetin Utku!

Lo llamé al ver que la puerta estaba abierta. Nadie me contestó. La empujé levemente y sus goznes chirriaron con desagrado. Dudé en entrar, pero podría encontrarse en apuros y mi conciencia me impidió realizar lo que me reclamaba el cerebro: salir corriendo. En medio del pasillo estaba su bolsa de Adidas con la mitad de las matrículas fuera. Escuché un murmullo. Detrás de la puerta del fondo, alguien estaba discutiendo y golpeando contra algo que sonaba a madera. Un quejido me heló la sangre, a continuación escuché un lamento pidiendo ayuda a Allāh, sin duda era la voz de Serkan. Alguien estaba torturándolo. ¿Litvak? Mi cuerpo inició el giro para huir de la casa pero logré frenar la cobardía. El hombre del ojo de hielo me perseguía a mí, Serkan Çetin Utku estaba pagando por haberme ayudado. No podía abandonarlo, él no lo habría hecho. Volví tras mis pasos buscando un arma para defendernos. Me fijé en su bolsa de deportes, la abrí del todo, saqué las placas y di gracias a los dioses, su escopeta de dos cañones continuaba dentro. Pero por más que examiné en su interior no tenía munición en ninguno de los apartados. ¿Para qué quería una escopeta sin cartuchos? ¡Maldije mi suerte! Otro quejido me obligó a sospechar que si no me daba prisa, sería demasiado tarde. Litvak no sabría si la escopeta estaba cargada o no, la sorpresa era mi mejor baza. Me acerqué con sigilo hasta la puerta e hice unas respiraciones profundas. En la última aguanté el aire en mis pulmones y de una patada derribé la puerta.

—¡Un movimiento y te vuelo la cabeza, Litvak! —grité apuntando en todas direcciones para encontrar al hombre del ojo de hielo.

Un anciano con un pequeño bigote, que estaba sentado frente a Serkan, levantó las manos con tanto miedo que el impulso le tiro de espaldas. El hombre parco me miró con el rostro desencajado, su mano derecha había descendido velozmente hacia el tobillo. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el brazo izquierdo apoyado en una mesa de madera. Soltó un puñetazo sobre la misma que sonó idéntico a los golpes anteriores.

—¿¡Qué haces con la escopeta!?! —gruñó.

—Creí que Litvak te estaba... bueno, escuche quejidos y... ¿Estás bien?

No me contestó, se dispuso a ayudar al viejo para levantarlo del suelo. Después se limpió la cara con el dorso de la mano y volvió a sentarse en la silla. Ni siquiera me miró.

—Mi madre ha muerto y mi hija se ha marchado de Konya. Debo ir a buscarla —dijo encendiendo un cigarrillo que aspiró con verdadera

necesidad.

—¿A dónde?

—A Ízmir²⁸ —ni siquiera expulsó el humo.

WASHINGTON

Fellerstone iba vestido con una larga túnica blanca y caminaba con cautela por un terreno pantanoso. A unos cincuenta metros lo esperaba un ayudante con un hachón. Al llegar a su altura, se colocó el capirote y se adentraron hacia el sur por un bosque. Hasta ellos llegaba el sonido monótono de unos tambores tribales. Siguieron caminando para detenerse en la señal marcada por dos robles. Al oeste, se veía la figura de piedra de un humano con cabeza de carnero, Moloch. A sus pies, había un altar sobre un pentagrama invertido, con velones negros representando los poderes de las tinieblas. A la derecha e izquierda del dios, estaban situados seis hombres de cada lado, formando un semicírculo con hachones y túnicas grises. Enfrente, otros seis hombres cerraban el círculo con los tambores. Por el lateral contrario a Fellerstone, aparecieron dos seguidores, también con capirotes y túnicas grises, llevando un ataúd fabricado con listones de madera. En su interior, se removía intranquila Helen Roth, desnuda. Dejaron el ataúd en el suelo, junto al altar. Helen observaba aterrorizada la ceremonia, mientras gritaba por los dolores de parto con las manos crispadas en los bordes de la caja. Los tambores comenzaron a aumentar el ritmo y Fellerstone abandonó los dos robles para dirigirse al altar entre el clamor fanático de los congregados. Al llegar a la estatua de Moloch, levantó los brazos en un gesto mesiánico. El fervor ganó intensidad, al ritmo de los tambores, y dio una vuelta lentamente en sentido contrario a las agujas del reloj. Al acabar, se quedaron en silencio, aguardando a que el Gran Maestro hiciera un gesto. Fellerstone levantó ambas manos, formando el símbolo de unos cuernos con el dedo pulgar en horizontal. Todos iniciaron unos salmos satánicos ocultando los gritos de Helen Roth.

Salve Satanas, Salve Satanas, Salve Satanas
In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi
Potentum tuo mundi de Inferno,
et non potest Lucifer Imperor
Rex maximus, dudponticius glorificamus
et in modos copulum adoramus te

Satan omnipotens in nostri mundi.

Domini agimas Iesus nasareno rex ienoudorum
In nostri terra Satan imperum in vita Lucifer
ominus fortibus Obsenum corporis
dei nostri satana prontem
Reinus Glorius en in Terra eregius
Luciferi Imperator omnipotens
Salve Satanas, Salve Satanas, Salve Satanas.

Al acabar el canto satánico, los dos hombres cogieron a Helen, retorciéndose por los dolores de parto, y la tumbaron sobre el altar con las piernas abiertas. Fellerstone, que sostenía en cada puño cera de una vela negra hecha con la grasa de un niño sin bautizar, ungió los genitales de la mujer. Cuatro seguidores, uno en cada punto cardinal, hicieron sonar una campana nueve veces para purificar el aire. Después, con un bisturí, le hizo una incisión hacia cada muslo para que el niño saliera sin dificultad. Helen gritaba, lloraba con desesperación mientras era sujeta para impedir cualquier movimiento. El viejo agarró la cabeza del bebé y lo extrajo con fuerza al tiempo que Helen profería un alarido extenuante. Fellerstone sintió que su respiración se alteraba. El instante cumbre estaba a punto de ocurrir y levantó al bebé igual que un trofeo, avivando el fervor de los satánicos. Los tambores comenzaron a marcar un ritmo lento, angustioso. Un oficiante cortó la placenta, después la posó sobre una bandeja de plata y le entregó a Fellerstone una daga de hoja fina y alargada, en el mango llevaba grabada una cruz invertida con la parte superior en forma de óvalo. El viejo elevó la punta hacia el rostro de Moloch, ofreciéndole al niño con la otra mano y realizando una invocación a Satán. Los tambores aumentaron la cadencia. Al acabar, se volvió despacio hacia sus fanáticos, colocó al bebé a una altura que todos lo observaran y le acercó la daga al cuello. Los redobles marcaban un compás diabólico. Helen Roth luchó por incorporarse y arrebatarse a su hijo pero fue imposible.

—¡Salve Satanás! —exclamó al tiempo que le clavaba la hoja en la yugular.

El oficiante colocó un cáliz de plata en la herida para recoger la sangre. Los aullidos de los seguidores parecían brotar de gargantas infernales. Los tambores proyectaban un sonido continuo, aterrador. Frente al altar, se había organizado una fila de diez hombres, dispuestos a recibir su bautismo satánico. El oficiante le ofreció el cáliz a Fellerstone, que por ser el Gran Maestro le correspondía beber en primer lugar. Después se dirigió a los novicios con la

placenta. Cada uno fue arrancando un trozo con los dientes y bebiendo del cáliz la sangre inocente. Cuando todos comieron y bebieron, el viejo clavó la daga en el corazón de Helen. Los asistentes cayeron de rodillas, los tambores cesaron y los hombres del semicírculo fueron arrojando los hachones al ataúd. La madera comenzó a arder en un mutismo sepulcral. La noche dejó espacio al crepitar del fuego, al crujir de los huesos. El Gran Maestro olfateó igual que un perro el hedor de la carne quemada.

Una hora después, la hoguera se había apagado y la oscuridad inundó el bosque. El mundo continuaba sumido en las tinieblas.

CAPÍTULO 16

MADRID

En el despertador de la mesilla las manecillas marcan las doce de la noche. A través de los visillos se presume el contorno de la luna. Gabriela, recostada contra el cabecero, descansa los brazos sobre el pecho. Mantiene la mirada en las fotografías de sus grafitis, colocadas en la pared de enfrente. La oscuridad le impide ver cualquier detalle de los dibujos y se fija en la posición de los marcos, formando una pequeña pirámide según la sucesión de Fibonacci: 1, 1, 2, 3, 5, 8. Parece estar inmersa en una profunda reflexión que Gaspar respeta para no quebrar su equilibrio. Deja pasar un rato y luego ella ladea la cabeza y lo mira. Sus pupilas muestran determinación pero el ritmo de sus pulmones no es el habitual.

—Túmbate. Yo te guiaré en este viaje que permitirá a tu mente cruzar las barreras de la conciencia para aprovechar el conocimiento. Entrarás en un estado alterado para conectar con antiguas emociones. El proceso regresivo eliminará tus bloqueos energéticos y desplegará tu potencialidad en el aquí y el ahora. No tendrás que pensar. Las escenas se irán sucediendo ante ti. Tal vez no sigan una línea temporal, pero lo importante es identificarse en el recuerdo, dejarse llevar por ese hilo conductor. Relájate, respira hondo, visualiza el aire que respiras. Inspiras energía, belleza, amor, y expiras todas las cargas negativas que te preocupan. Observa tu cuerpo...

La voz suave de Gaspar calma su respiración. Ella se concentra en sus palabras, deja los músculos sueltos y siente un torrente de luz inundando su cuerpo, limpiando los órganos. Poco a poco se introduce en una burbuja transparente de paz y serenidad. Absorbe esa energía, y va cayendo en un estado hipnótico.

—Cada vida pasada es una escuela de aprendizaje. Comenzaré una cuenta

regresiva y al llegar a uno, se abrirán los mundos que habitan en tu interior. Diez, vas descendiendo por una escalera maravillosa. Nueve, tu cuerpo carece de lastres. Ocho, gravitas por los escalones. Siete, descienes, descienes con placidez. Seis, todavía no consigues ver el final. Cinco, todo lo que te rodea es bello. Cuatro, deja que las sensaciones placenteras te envuelvan. Tres, te aguarda la fuente de la vida, dos... uno. Bienvenida, Gabriela, ahora sientes que vas volando, vuelas y debajo de ti hay un hermoso jardín. Un jardín tal y como tú lo has soñado, con cascadas, flores y pájaros que trinan alegres. Al fondo hay un túnel de energía con los colores del universo, ¿lo ves? Crúzalo, siente cómo te iluminan llenándote de felicidad. Muy bien, perfecto. A derecha e izquierda verás pequeños portales de luz, cada uno es el umbral hacia una vida anterior, hacia las diferentes experiencias que has tenido. Piensa en Egipto. Permite que tu corazón te guíe por el acceso que le corresponde. Dime, Gabriela, ¿qué ves?

—Parece una sala rara, antigua, está iluminada por velas y tiene telas... telas de lino por las paredes y alfombras en el suelo, muchas alfombras.

—¿Hay alguna persona en esa estancia?

—Veo a una mujer de espaldas a mí, está sentada, unos hombres le preguntan algo... los veo pero no oigo lo que dicen. Se mueven, parecen nerviosos. Ella está escribiendo o haciendo algo sobre... esa mujer ¡Esa mujer!

—Tranquila, ¿qué ocurre con esa mujer?

—No es mi rostro, ni mi cuerpo... pero sé que soy yo. Esa mujer soy yo, Gaspar, lo sé. Me acuerdo perfectamente de todo, yo he vivido aquí, en esta casa. Estoy dibujando... dibujando...

—¿Qué estás dibujando?

—Estoy dibujando el Uróboros...

—¿Quién eres?

EGIPTO

SIGLO III d.C.

—Yo soy Cleopatra, la docta —dijo sin soltar la varilla de bambú con la que estaba dibujando otra imagen del uróborus en un papiro anfitéátrico²⁹—. ¿Por qué una alquimista como yo tiene que acudir a la llamada de los sacerdotes del templo de Serapis?

Katesh se sintió incómodo. Cleopatra ni siquiera le había mirado desde su entrada en la estancia. Se fijó en un cojín sobre el que reposaba sus pies descalzos, era de color púrpura con cintas entrecruzadas en tonos azules que creaban efectos tridimensionales

—Veo que estás más interesado en mi cojín que en responderme —añadió con la misma suavidad—, es de urdimbre de lino y me los traen de Palmira. Si lo deseas puedo encargarte alguno.

—Deseo que acudas a la llamada de los sacerdotes. Es por tu bien. —Y se agarró la túnica con ambas manos esperando el ataque de la docta a sus amenazas.

Cleopatra dejó la varilla de bambú en un estuche de ébano y esbozando una sonrisa se acercó a un par de metros de Katesh. No se calzó. Luban se encontraba muy cerca de ella, eso le aportó seguridad.

—¿Podrías explicarte mejor antes de que te expulse de mi casa?

—Ha llegado a nuestros oídos el asesinato del emperador Alejandro Severo. Las fronteras están siendo descuidadas por las peleas de los generales que ambicionan controlar el imperio. No tardaremos en sufrir incursiones y probablemente el vulgo de Alejandría, al saber que la autoridad flaquea, se levantará en algarabías y disturbios para saquear las riquezas ajenas.

Hizo una parada mirando a Luban que había dado un paso al frente para acercar su posición a la de Cleopatra. Los ojos azules del nubio le inquietaron.

—Continúa.

—El prefecto nos ha ordenado que avisemos a los griegos de Bruquión. Tú no eres griega, pero vives aquí, junto a sus palacios. La *al-khīmiyā*³⁰ no es una práctica aconsejable y menos en las mujeres. De hecho eres la única, por ello despiertas bastantes *recelos* —cargó la palabra para ampliar su significado—. No sería extraño que fueras objeto de sus ataques. Los sacerdotes desean hablar contigo para impedirlo.

—Agradéceles su interés por mi estado, pero los habitantes de Egipto son la

gente más piadosa sobre la tierra, lo dijo Heródoto de Halicarnaso, que además de historiador era... *un hombre* —remarcó el género con un gesto despectivo, limpiándose una mota de polvo de la manga de su túnica—. No tengo nada que temer. Mañana pasaré el día en el lago. Quizá otro día os honre con mi visita. Luban os acompañará a la puerta.

Katesh hizo una señal a uno de los hombres que lo acompañaban. El nubio, al verle adelantarse con un bulto, llevó la mano a la empuñadura de su pugio³¹ romano. Cleopatra detuvo el movimiento.

—Acepta este obsequio del templo —dijo Katesh con la voz afilada por el temor, sin apartar la vista de Luban—. Seguramente, mañana podrás acudir a primera hora y luego deleitarte con la belleza del lago.

—Gracias, me encanta que me regalen cosas hermosas.

—Desconocía que hubiera esclavos nubios de piel blanca. —La frase sonó con admiración.

—Los sacerdotes desconocéis tantas cosas. Luban es nubio pero su madre era siria, y no es un esclavo, se encuentra siempre a mi lado porque su voluntad así lo desea.

—Que el dios Serapis os proteja —se despidió con una leve inclinación.

Cleopatra recogió el presente que habían dejado humildemente a sus pies. Estaba envuelto con papiros emporíticos³² de tacto grosero. No necesitó abrirlo del todo para que un rictus de temor apareciera en sus labios.

—¡Malnacidos! —exclamó Luban arrugando con fuerza los papiros y arrojándolos a una esquina.

Era una imagen de la propia Cleopatra, pintada en una tabla de madera al estilo de los retratos de El-Fayum. Retratos que eran utilizados para cubrir los rostros momificados de los difuntos, con el fin de ser reconocidos después de la muerte.

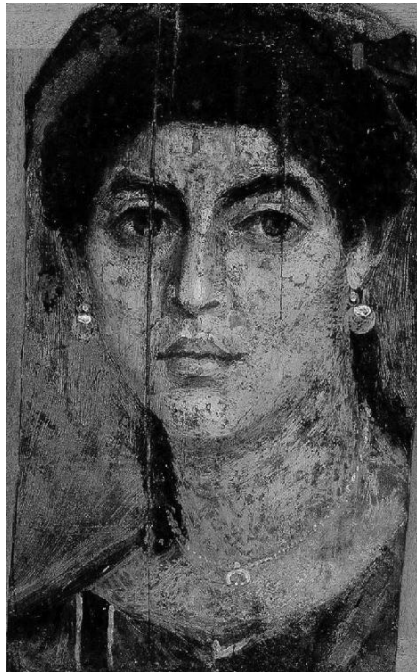
—No me han pintado favorecida, yo tengo mucha más vida en los ojos, aunque no tanta como tú —dijo acariciándole una mejilla para disminuir su furia—, pero lo han hecho con pintura al temple, es de agradecer, así se conservará mejor. Denota que me estiman, de lo contrario lo habrían hecho en cera.

—Debemos irnos de Alejandría —le aconsejó Luban con pesar.

—Le dije a Tiyî que se ocupara de realizar las gestiones necesarias. Espérame en la alcoba, iré enseguida. Hoy alcanzaremos la unidad.

El nubio abandonó la estancia con premura, presentía que no iban a gozar de

mucho tiempo en la casa después de aquella visita. Cruzó un cuarto pequeño que usaban de biblioteca y tras recorrer el pasillo que servía de distribuidor, entró en la estancia sagrada, donde practicaban el conocimiento y el uso de las energías divinas. Todo estaba dispuesto. En la mesa repujada en marfil, había cestas con higos secos de Aydin,³³ dátiles de Bagdād, pistachos, fresas, granadas, jarras con zumos y miel fresca, pan de semillas, una fuente con ensalada de cebollas verdes, rábano, lechuga y garbanzos, aliñada con aceite y sal. Por toda la alcoba se sucedían las velas aromáticas y ungüentos para perfumarse la piel. En el centro, un enorme diván adornado con velos y cojines, combinando figuras con decoraciones geométricas. Cleopatra no tardó en llegar a sus aposentos. Miró a Luban con infinito amor y quitándose el chiton de seda, dejó que resbalara hasta sus pies. Después, juntaron las palmas de sus manos llenándolas de memorias y hasta el silencio se volvió caricia. Entonces comenzaron con el principio de unidad, entonces comenzaron a amarse.



Retrato en tabla de El-Fayum

*

Gaspar nota la respiración agitada de Gabriela. Se inclina sobre la almohada y le presiona con un dedo en el centro de la frente, en el chacra Ajna.

—Si te sientes molesta o agobiada, puedes dejarlo en cualquier momento. No tienes por qué seguir —murmura.

—No, no, necesito verme al final... necesito verla —matiza—, hasta su marcha de Alejandría.

Gabriela quiere comprender lo que se manifiesta en su presente y para eso, era fundamental conocer las causas del pasado. La ley de causa y efecto. No ignora que la huida de Alejandría había marcado sus vidas. Para aprender a crear el destino necesitaba conocer y sobrepasar la influencia de su karma.

*

Estaba amaneciendo. Cleopatra apenas había conciliado el sueño preparando su visita al templo de Serapis. Se acercó a la clepsidra para consultar la hora que era; desde la ventana se veía una lengua roja abriéndose paso en el horizonte. Confiaba en su talento, en que sería capaz de comportarse con inteligencia y dominar su encuentro con los viejos y taimados sacerdotes, así podría ganar tiempo y huir con Luban y su pequeña Naila a Nubia, o a algún otro país donde su vida transcurriera de forma sencilla y anónima.

Alejandría, Isindireyya la mágica, imagen del cielo en la tierra, lugar de convivencia para macedonios, griegos, judíos, egipcios y mercaderes de todas las regiones helénicas; puerto comercial entre India, la península Arábiga y los países del Mediterráneo; pero ni siquiera el emperador Caracalla, otorgando la ciudadanía a todos los habitantes del imperio romano, había logrado configurar una sociedad uniforme. Con frecuencia, se sucedían los enfrentamientos entre los diferentes grupos que conformaban su población. Quizá, el error fue que nunca se mezclaron entre ellos, los griegos vivían en Bruquión, los judíos en la zona este de la ciudad, los egipcios en Racotis, al oeste. Todos amaban Isindireyya pero odiaban compartirla. Los saqueos por la muerte de Alejandro Severo serían el caldo de cultivo idóneo para ejercer venganzas personales. Siempre fue consciente de que ellos intentaban impedir que los secretos de la alquimia llegaran hasta el pueblo, secretos que le fueron transmitidos por su gran maestro Comario. Ella a su vez se los entregaría a su hija, formando una cadena en el tiempo hasta que la profecía se cumpliera y la humanidad estuviera en condiciones de ganarse la libertad. Ellos no querían una humanidad libre sino esclava. Por esa razón, se había visto obligada a escribir la *Chrysopoeia* usando metáforas que sus enemigos no alcanzaran a comprender.

—*Aperiam in parábolis os meum, eructabo abscóndita a constitutione mundi. Quit habet aures, audiat.* [Abriré mi boca en parábolas, proclamaré las cosas que estaban ocultas desde la creación del mundo. Quien tenga oídos,

que oiga] —proclamó el maestro hebreo y qué pocos le oyeron, pensó con tristeza.

Cruzó la puerta del sol y rodeando el templo de Saturno llegó hasta el puerto, justo enfrente del faro, una de las siete maravillas del mundo según Antípato de Sidón. El faro de Alejandría era de forma octogonal y habían dispuesto en la zona más alta, un gigantesco espejo que reflejaba la luz del sol durante el día y la de una gran hoguera durante la noche; los barcos aseguraban que se veía a una distancia de 90.000 codos reales. Quizá fuera la última vez que admiraba el fulgor de los rayos del sol en sus bloques de mármol, la última vez que sus ojos disfrutaban con el bullicio de los mercaderes, con las embarcaciones atracando llenas de pescado, con el pulular del gentío dispuesto a comprar productos exóticos traídos desde las tierras más lejanas.

Dio la vuelta al Ágora para entrar por la puerta principal del templo de Serapis. Atravesó el portón y el patio exterior, separado del interior por un pequeño muro y dos columnas. En la nave principal había gente llevando ofrendas. La estatua de Serapis era claramente de inspiración griega, el dios estaba coronado con el *modius* o medidor de grano, símbolo del inframundo, y portaba un cetro. A sus pies, acechantes, el can Cerbero y una sinuosa serpiente. A Cleopatra siempre le extrañó el sincretismo alejandrino, el dios Serapis, de origen egipcio, adoptó rápidamente cualidades griegas y le dedicaron el templo más importante de la ciudad. Tal vez fuera, porque los emperadores romanos les permitían adorar a sus propias divinidades, sin imponerles ningún tipo de culto, o porque la sociedad era muy permeable a postrarse ante cualquier dios nuevo, con tal de que le favoreciera en mayor medida que los antiguos.

—Que el dios te acoja, Cleopatra la docta, sígueme —le dijo Katesh con júbilo al verla llegar al altar.

Atravesaron el arco de la izquierda y caminaron por un corredor que prácticamente circundaba el templo, hasta desembocar en un jardín interior. Khaenofreh, el sumo sacerdote, aguardaba con un grupo de elegidos alrededor de una fuente con seis caños, seis alabanzas y seis imágenes del dios; estas demostraban los cambios que había sufrido en el tiempo.

—Sé bienvenida, Cleopatra —la saludó con una inclinación. Los diez sacerdotes que lo acompañaban, lo imitaron en mayor o menor medida.

—Gracias, Khaenofreh. Aunque no sé muy bien el motivo de esta reunión. Si es por contribuir a los impuestos, hace poco me aconsejasteis alquilar una capilla y así lo hice. Recuerdo que su precio fue de cuatrocientos dracmas y

cincuenta y un frascos de aceite.

—Cierto, reconozco que a nadie le agrada pagar impuestos...

—No se trata de que me agrade o no —añadió con contundencia, sin permitirle acabar la frase—, pero no soy un pescador del lago Moeris para pagar mensualmente una licencia.

—¿Me permites explicártelo? —inquirió con irritación—. Nuestra llamada es por una orden del prefecto.

—Katesh comentó algo sobre la muerte del emperador y sus desagradables consecuencias, pero tú serás más extenso en las apreciaciones.

—Sin duda —replicó mesándose una perilla tan larga que le bordeaba el pecho—, si hay una cualidad que caracteriza al noble Katesh es la suma discreción.

Tomó asiento en una silla de madera, resguardada a la sombra de un olivo centenario. El resto del séquito se colocó a su espalda. Cleopatra sonrió ante el disimulado tribunal.

—Verás, muchos atestiguan que la alquimia es una suerte de brujería. Más, si es practicada por una mujer cuyo puesto, sin duda, está en la entrega hacia otras preocupaciones. Nos complacería encontrar el modo de ayudarte.

Era la segunda vez que un sacerdote menospreciaba su condición femenina. Una mujer debía dedicarse exclusivamente al cuidado de su familia y a las ofrendas de los dioses. Se mordió el labio inferior.

—Se comenta que sabes cómo obtener la piedra filosofal.

—Los comentarios suelen acrecentarse al avanzar de boca en boca.

—Te atribuyen la invención del alambique, eso es digno de alabar, pero te confieso que he leído tu *Chrysopoeia* o fabricación del oro y...

—Perdón, significa transmutación en oro —le corrigió.

—¿Lo ves? Soy incapaz de entender la sutil diferencia —asumió empleando un tono de falsa humildad en las risas filtradas entre sus palabras—. Si lo entendiera podría explicárselo al pueblo para que desechara la idea de tus prácticas de brujería o de magia negra ¿No crees?

—Cada persona creará siempre lo que le convenga creer, Khaenofreh. Aun así, agradezco tu interés y el de los sacerdotes.

—Ya, ya. Tu conocimiento posee ese extraño misterio de la alquimia. Nosotros lo concebimos, al menos, como algo... peligroso —matizó—. Ilumínanos, Cleopatra, especialmente acerca de los elementos. ¿Qué quieres decir con que el más alto desciende al más bajo? ¿Y el más bajo asciende hasta el más alto? ¿Y cómo uno que se halla en el medio debe acercarse al más

alto para unirse a él? ¿Cuál es el elemento que actúa en ellos? Espero no abrumarte con un número excesivo de preguntas.

—En absoluto, me complace que hayas leído el tratado y también tu preocupación por mis humildes ideas. Mirad la naturaleza de las plantas, algunas viven en las montañas y crecen fuera de la tierra, y otras crecen en los valles o surgen en los llanos. Mirad como se desarrollan. Debéis recogerlas en determinadas épocas y días, ya las toméis de las islas del mar o del lugar más encumbrado. Y mirad como el aire que las atiende nunca perece. Mirad como el agua divina les da de beber y el ciclo de vida las nutre, después de otorgarles un cuerpo en un simple ser.

Cleopatra se calló dando por contestadas todas las preguntas. Los sacerdotes se quedaron desconcertados, sin haber comprendido nada; pero ninguno quería demostrar su inferioridad intelectual frente a una mujer así que, cuando Khaenofreh los miró buscando una aclaración, se limitaron a asentir con la cabeza, dando por hecho su entendimiento, para que zanjara el asunto y poder avanzar hacia otro tema menos incomprensible.

—Dinos, cómo las aguas benditas descienden de lo alto para ver al muerto que yace, poseído ya por la oscuridad del inframundo, y cómo el remedio de la vida llega a él sacándole del sueño y haciéndole consciente, y cómo las nuevas aguas le hacen fluir hacia la vida.

—Cuando las aguas sagradas ascienden, despiertan los cuerpos y también los espíritus que están encerrados en ellos y son débiles. Y pronto crecen y se elevan y se ponen diferentes, con gloriosos colores como las flores en primavera, y hasta la primavera misma se regocija alegrándose de la belleza con la que se visten.

Se escuchó algún carraspeo incómodo que fue cortado por la rápida intervención de Katesh. Aún mantenía en el rencor de su memoria la mirada azulada y fría de los ojos de Luban.

—Te preguntamos sobre temas escritos en el tratado, dando a entender que conoces como devolver la vida a los muertos, y tú nos respondes con los colores de las flores y una primavera que se alegra de la belleza. ¿Acaso crees que no somos tan doctos como tú o nos tomas por necios?

La leyenda dice que la diosa Atenas se ganó una ciudad regalando un olivo. Cleopatra, durante unos instantes, regaló a sus ojos la purificación y bendición de sus ramas, intentando apoyar en la calma cada una de sus palabras.

—No soy quien para juzgar tu grado de necedad, Katesh. Mis palabras únicamente dicen lo que quieren decir. No busques entre sus pliegues. Si

deseas saber dónde se encuentran los elementos, sube a la montaña cubierta con árboles. La naturaleza disfruta en la naturaleza y fuera de ella no hay unión. En ella se consuma la realización del hombre y de la mujer unidos, fundidos en uno. Debéis comprender que del mar ascienden las nubes que llevan aguas benditas, haciendo que semillas y flores crezcan. De la misma manera, nuestra nube, transporta aguas divinas y no necesita ninguna otra cosa. Este es el misterio, saber distinguir entre el amor temporal, *ask-i mecazi*, y el amor verdadero, *ask-i hakiyki*, que elevándose por nuestra columna nos revelará el poder divino.

—¿Podrías explicarnos qué es para ti lo divino? —preguntó Khaenofreh eximiendo al tono de cualquier amabilidad.

—Divino es aquello que está en unión con Dios y lleva a cabo sustancias divinas en las que el espíritu se corporifica. Así como el espíritu de la oscuridad está lleno de vanidad y desaliento, aquel que tiene poder sobre los cuerpos y la naturaleza es porque se unió en otro. Este misterio viene de Dios. Toda la verdad oculta es transmitida por los sabios y los profetas. Lo que os he dicho convierte los cuerpos en celestiales, a través de la transmutación cambias la naturaleza y te viste de una gloria desconocida, una gloria suprema.

Se despertó un rumor de desaprobación, el sumo sacerdote intentó guardar las formas y recoger la inquietud de la protesta en su pregunta. Cleopatra le escuchó pensando en la similitud de aquellos hombres con el tronco del olivo: grueso, retorcido y muy corto.

—¿Te atreves a insinuar que siguiendo tus enseñanzas podemos cambiar la naturaleza y convertirnos en dios?

—El señor de todas las cosas, el demiurgo, fue quien colocó en las semillas el poder. En una semilla reverdece, en la otra no; una tiende a unir, la otra a separar; una domina, la otra está subordinada; pero siempre habrá Uno que conquiste la naturaleza del fuego y la tierra y se transforme en perfección. Porque yo os digo a vosotros que sois sabios, que la planta no está madura hasta que ha probado el fuego, entonces, se viste con los colores brillantes de la gloria y abandona la tumba de los infiernos del mismo modo que el niño sale del vientre de su madre.

El rumor se convirtió en alaridos, en bramidos acusándola de hechicera, recriminándola por viajar a la morada de los muertos, incluso la llamaron ayudante de Érebo, dios de la oscuridad, cuyas densas nieblas rodeaban los bordes del mundo y llenaban los sombríos lugares subterráneos.

—¡Ni siquiera Odiseo se atrevió a bajar al inframundo! —gritó un

enfervorecido Katesh.

—¡Lo que proclamas es muy grave! —se escucha en la voz afónica de Tbui.

—¡Eres una hechicera!

—¡Un humano jamás puede regresar de la Duat!³⁴

Khaenofreh se levantó de la silla con los brazos en alto para calmar los ánimos encendidos de sus sacerdotes. Dio un paso adelante con un gesto de falsa piedad fluctuando en el rostro.

—Cleopatra la docta, me temo que tras este encuentro, el pueblo verá aumentados sus recelos. Que el dios Serapis te acoja en su seno.

—Siempre, después de sus fieles servidores aquí reunidos, honorable Khaenofreh.

El destino se había cumplido, ya no quedaba tiempo para analizar en qué punto de la conversación pudo variar su curso o si la equivocación fue asistir a la reunión sabiendo que le tendían una trampa. El recuerdo de Naila y Luban aceleró la angustia dificultándole la respiración. Ambos eran su *ask-i hakiyki*, su amor verdadero, los nombres que sostenían sus noches y las sembraban de amaneceres. Debía llegar a casa cuanto antes, sin pararse a admirar la belleza del faro, ni el bullicio del puerto. En lugar de rodear el Ágora, subió en dirección al Serapium dejando el barrio de Racotis a su derecha. Dio una vuelta rodeando el edificio para constatar que no la perseguían, y echó a correr hasta cruzar por delante del templo del dios Pam. Luban la estaba esperando, se abrazó a él y a su pequeña hija Naila, apenas contaba cuatro meses.

—No te preocupes, lo tengo todo dispuesto —la tranquilizó Luban—. Ahora mismo partimos con una caravana hacia Al-Qāhira,³⁵ allí nos aguarda un barco que nos llevará por el Nilo hasta Nubia.

Cleopatra se volvió para coger la cesta donde estaba Naila y se encontró con la mirada piadosa de su criada Tiyî. Tenía en sus brazos a la pequeña.

—No —musitó aterrorizada al presentir la decisión que abarcaba ese abrazo.

—Es el destino. Debemos preservaros a las dos. No podéis continuar el camino juntas —lamentó Tiyî.

—¡No! —Y esta vez su negación fue un rugido.

—Yo la llevaré a Baǧdād. Allí una familia se hará cargo de ella y será educada con el cariño de una hija.

—¡No, no! —Cleopatra intentó arrebatarse a su hija de los brazos pero fue sujeta con fuerza por Luban.

—Sabías que este momento llegaría, que tendríamos que hacerlo —le dijo besándola en la frente—. Ella será feliz, nosotros debemos huir, desaparecer para siempre.

—¡No, no, no! —Su cerebro no admite otra sílaba.

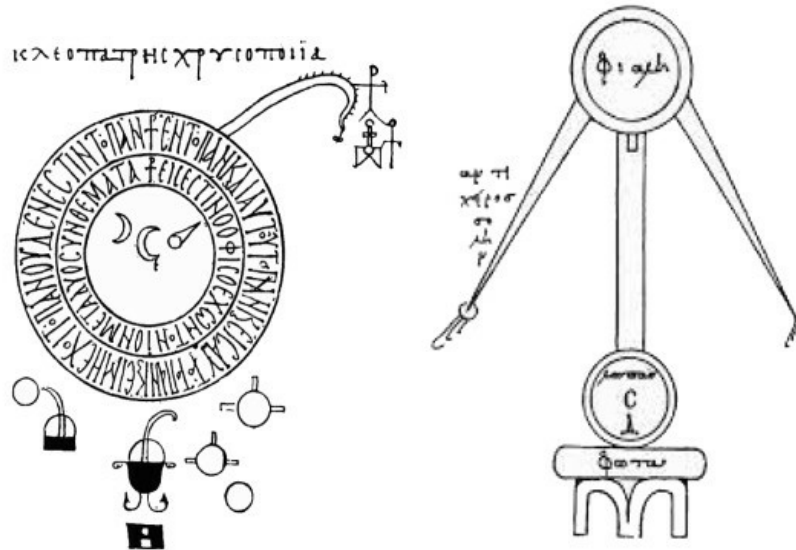
—¡Márchate, Tiyî!

El mundo se hace tan oscuro como el Hades y el aire ya es delirio. Cleopatra cae de rodillas, con el rostro escarchado por la locura, una locura que ahueca las venas, que enmudece los alaridos de su garganta incapaz de emitir un grito que refleje tanto dolor. Y en esa escena muda y lenta, llena de sufrimiento, Gabriela se acompaña con un llanto de siglos, y llama a Irene para que no se lleve a su pequeña Naila, pero Irene no la escucha, ni siquiera Tiyî que así se llama en esa antigua vida, y el lamento crea acantilados por los que se precipita y en la desesperación de la caída se despierta aún con los nombres en los labios.

*

—Naila, Irene...

Las manecillas del reloj marcan las doce y cinco de la noche, la luna apenas ha variado su posición en los visillos, pero Gabriela sí ha cambiado, y no porque se haya dado cuenta de que el tiempo no existe, sino porque empieza a comprender, y como comprende, llora.



Dibujos de Cleopatra para su tratado de alquimia *Chrysopoeia*.

CAPÍTULO 17

KONYA

El anciano, cuando consiguió recuperarse del susto, nos llevó un puchero con sopa de lentejas, *meryimek* para los turcos, y dos *dolmas* rellenos de pimienta y berenjena. Serkan Çetin Utku partió un limón y lo exprimió sobre su plato de sopa. Después dejó a mi lado la otra mitad. Comimos en silencio, con respeto.

—Nunca me relacioné mucho con ella —dejó caer al tiempo que se apartaba de la mesa.

Durante unos segundos los dos miramos el *dolma* que apenas había probado. Luego sacó un cigarro y lo golpeó con suavidad sobre el paquete; antes de encenderlo humedeció la punta con su lengua.

—Es difícil ser un buen padre. —Escupió el humo con reproche—. O ser un buen hijo. Todo es difícil. Cómetelo —añadió al darse cuenta de que estaba hambriento.

—¿Cuántos años tiene Ebediyet?

Me miró sorprendido. En el diálogo anterior hablaba en voz alta, no conmigo. Transcurrió un largo rato antes de contestar. Yo aproveché para comerme el *dolma* de pimienta y berenjena.

—Diecisiete.

—Es una niña. ¿Por qué se ha ido a İzmir?

—Por trabajo.

—Puedo preguntarte ¿qué clase de trabajo?

—Voy a dormir un poco. Quiero salir para İzmir de madrugada y necesito estar despejado. Puedes quedarte aquí pero mañana abandona la casa y no dejes nada tuyo.

Así era Serkan Çetin Utku, él marcaba los tiempos, la conversación, los

trayectos, incluso las respiraciones. Sí, llegué a pensar que para gozar de su compañía mi respiración debía acomodarse a sus pulmones.

Llegados a este punto era obvio que, una vez más, nuestros caminos parecían bifurcarse. Él viajaría hasta Ízmir o Esmirna, nombre otorgado por los occidentales, para encontrar a Ebediyet y reconciliarse con un pasado tan enquistado en la memoria que se negaba a ser expatriado. Yo debía seguir las señales del destino para hallar las cien puertas de la profecía. Y esas señales me indicaban que *los que buscan las puertas*, los derviches, podrían ofrecerme una clave entre la música de los atabales y del kamanché, una clave en la *Semá* que danzaban hasta llegar al conocimiento de la verdad tras vencer al ego y a la muerte.

3503 3512 3521 4304 4205 4214 4223 4232 4241 4304 4313 4403 5033 5042 5051 5060 6023 6041 7103 Comencé a repetir los códigos del catálogo para relajar mi espíritu antes de salir hacia el mausoleo de Mevlânâ. La quietud de la casa resultaba idónea para realizar una meditación activa y serenar el desasosiego del alma.

3503 3512 3521 4304 4205 4214 4223 4232 4241 4304 4313 4403 5033 5042 5051 5060 6023 6041 7103 Volví a reanudar la cuenta porque la meta de los derviches me turbaba impidiendo la concentración: «Llegar al conocimiento de la verdad tras vencer al ego y a la muerte». ¿Por qué me inquietaba ese noble propósito? Tal vez, mi ego pretendía justificar que no ayudara a Serkan Çetin Utku a buscar a su hija, porque mi misión era más importante que una simple disputa familiar, pero ciertamente así era. El Sello de los Destinos representaba una fuerza tan poderosa que la humanidad entera se veía abarcada en ella, no podía compararse con las ligeras tribulaciones de un padre con... ¡Ízmir! Intenté recordar la historia de *La perla del Egeo* sin encontrar ningún motivo razonable para acudir a esa ciudad. Fue la cuna de Homero, y él sí escribió sobre la ciudad de las cien puertas pero se refería a Tebas, *Al-Uqsur* para nosotros... «llegar al conocimiento de la verdad tras vencer al ego y a la muerte». La frase se estaba convirtiendo en un mantra que impedía a mi mente acabar con éxito ninguna idea. ¿Y si el ego me estaba tendiendo una trampa con los derviches? Quizá, ya me habían otorgado todas las claves necesarias y yo me empeñaba en verlos por una simple cuestión estética: deleitarme con su belleza. ¡Basta ya! Debía centrarme en los códigos del catálogo y que Anu, Señor del Cielo, me mostrara el camino.

3503 3512 3521 4304 4205 4214 4223 4232 4241 4304 4313 4403 5033 5042 5051 5060 6023 6041 7103

—Quiero acompañarte a buscar a tu hija —le dije, enfadado conmigo mismo, tras abrir la puerta de la habitación.

Serkan Çetin Utku gruñó. Se rascó la cabeza sin incorporarse e hizo algo insólito: hablar.

—En İzmir reclutan jóvenes costureras sin trabajo. Las meten en un barco con las telas y la maquinaria textil y salen hacia el país de Europa o América que ha contratado el cargamento. En las semanas que dura el viaje, deben confeccionar toda la producción. De ese modo ganan tiempo y dinero. Las obligan a trabajar quince o dieciséis horas al día a cambio de la comida y unas míseras liras. Navegando por aguas internacionales están fuera de cualquier normativa; podríamos decir que son barcos de esclavos legales. Las autoridades lo saben pero miran para otro lado. El hombre siempre ha sabido burlar la ley para enriquecerse a costa de los desfavorecidos. Con esta artimaña el empresario se ahorra mano de obra, el cliente lo compra más barato y todos contentos. Qué importan unas mujeres turcas o chinas o indias. Occidente es *al-waswās*, *El murmurador*³⁶, inculca con sus murmuraciones la tentación en el corazón de la gente pobre, les muestra una clase de vida lujosa, haciéndoles creer que si se sacrifican participarán en ella. Pero nada más les quieren de esclavos para satisfacer sus caprichos. Juro por el Cielo que nos envía la lluvia que no ha de estar lejano el día en que esos perros serán enviados a los dominios de Iblis Shaytaan.³⁷

La persiana apenas dejaba entrar unas rendijas de luz en la habitación. Ignoro si fue la oscuridad lo que soltó su lengua para hacerme partícipe de esas confidencias o si su rostro se crispó durante el juramento, pero su indignación prendió en mi alma el deseo de justicia.

—Será peligroso —musitó al ver que me tendía a su lado en la cama.

—Que Nanse, diosa de la Justicia, nos proteja.

Nos dispusimos a conciliar el sueño.

MADRID

Está sentada en la terraza de un bar, a simple vista pensando. Su actitud es de abandono, de renuncia a sí misma. No ofrece resistencia a los recuerdos y permite que fluyan con total libertad. El recuerdo de los ojos azules, de los ojos oceánicos de Luban, hace que aflore una especie de sonrisa en sus labios; una sonrisa tenue, de complicidad con el mundo; y con ella percibe una vibración en su cuerpo, un reflejo inconsciente, un latigazo repentino de

felicidad que eleva el estado de la conciencia hasta ese punto donde carecemos de límites, donde comenzamos a sentir el sutil movimiento de las células, como si fuéramos capaces de activar las neuronas y tomar el control de nuestro metabolismo. Apenas lo experimenta durante unos segundos, lo suficiente para confiar en las teorías que postulan el dominio del Todo a través de la activación del cerebro. Con el veinte por ciento controlaríamos nuestro cuerpo, con el cincuenta por ciento podríamos llegar a controlar la materia y con el cien por cien... posiblemente la creación o dicho en otras palabras, seríamos dioses. Algunas personas dicen haber sentido un calambre, otras una sensación de plenitud acompañada de un mareo, probablemente si consiguiéramos provocar y alargar ese instante, esa vibración de nuestra propia energía para sintonizarla con el universo, estaríamos dando el primer paso hacia la gran re-evolución. Sin embargo, ahora su gesto se contrae y le desliza la boca hacia la derecha, rompiendo la simetría de un rostro que enarca las cejas ante la presencia de un singular espectro. La silueta de Renata se difumina por la fuerza del sol. Va vestida con una ropa de deporte tan nueva, que cualquiera dudaría de sus intenciones de hacer ejercicio. Cuando se sienta en la silla de al lado, las cejas de Gabriela continúan visitando tejados.

—¿Y eso? —pregunta con total asombro, señalándole la ropa.

—Me han dado el resultado de los análisis; una caña, por favor —le grita al camarero—. El médico dice que soy una bomba y no por mi belleza. Los médicos de la seguridad social, como no tienen que ganarse al cliente, son unos groseros. Tengo colesterol y triglicéridos para repartir con el tercer mundo, y después del reparto tocaríamos a tanto que nos pondrían a dieta a todos. Además, el grosero me ha dicho que debo hacer ejercicio.

Gabriela repasa la camiseta de tirantes, la malla ajustada, el coletero a juego con las muñequeras y las zapatillas de correr. No hay ni una mancha de sudor, ni un leve roce indicando el uso adecuado. Las cejas se sienten cómodas en las alturas.

—¡Todo a su tiempo! —se defiende Ren ante la cara de incredulidad—. Hoy me he puesto la ropa para ir habituándome al roce, no conviene lanzarse a hacer ejercicio de golpe. Me podría dar un infarto. —Da un trago a la cerveza antes de continuar—. Esto también me lo ha prohibido —dice levantando el vaso antes de posarlo en la mesa— ¡Qué fácil es prohibir! A ver, a lo nuestro. Cleopatra la alquimista es un personaje misterioso. En la red no hay prácticamente nada de ella, salvo que escribió la *Chrysopoeia* y que fue la

primera persona que dibujó el Uróboros.

—¿No hay nada de su vida?

—No, unos la sitúan en el siglo II, otros entre el III y el IV, incluso se duda que fuera una mujer. Algunos creen que era un seudónimo usado por un hombre para no meterse en problemas. Los alquimistas nunca han estado muy bien vistos.

—Fue una mujer y vivió en el siglo III.

—¿Dónde lo has leído?

—No lo he leído, lo he vivido, fui yo.

Renata se limpia el hipotético sudor con su reluciente muñequera y emite un sonido teatrero.

—A veces me preocupas —le dice mezclando las palabras con un profundo suspiro—, menos mal que tienes bien el colesterol porque la cabeza...

—Te recuerdo que si visitamos a una vidente fue porque tú te empeñaste en hacerlo.

—Ya, pero una cosa es que te lo diga una vidente oficial, vamos, de las de título y otra... ¿Te lo ha dicho la vidente? ¿Has vuelto a verla?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabes? ¡Por tu amigo imaginario! —lo da por cierto cargando el tono de ironía.

—No es mi amigo imaginario, se llama Gaspar y tú misma pudiste verlo la otra tarde, él es...

Gabriela abandona la frase a la mitad. ¿Cómo explicar lo que se ignora? ¿Lo que solo se siente? Gaspar, el portador de incienso, el guía espiritual que le aconsejó la vidente, el hombre que le había hablado de su embarazo, de universos e ideas desconocidas, el psicólogo que contribuyó con la regresión a que conociera una de sus vidas pasadas. ¿Qué parte era real? ¿Qué parte era producto de su imaginación? Ella siempre se ha esforzado por ser fuerte, pero se encuentra perdida en los mundos nuevos que van abriéndose. Es incapaz de comprender el significado de sus sueños, incapaz de dar una explicación lógica a lo que está ocurriendo, únicamente resuena en su interior. Sabe que Irene era Tiyî, que Gaspar era Luban, que ella era Cleopatra y que el destino los vuelve a unir en el ciclo eterno representado por el Uróboros. Si logra que el consciente supere al subconsciente podrá atravesar todas las puertas del tiempo. No entiende las razones pero está decidida a aceptar las consecuencias.

—Es mi guía espiritual —le dice. Y su mirada descansa con cariño en las

pecas de Renata, decidida a continuar descifrando sueños.

—Vale —contesta con rapidez, dando por finalizada esta conversación para hablarle de sus investigaciones—, escucha, mi troyano está haciendo su trabajo a la perfección. —Se bebe de un golpe el resto de la caña y desliza el vaso por la mesa.

—¿Ah, sí?

—Los de Wahooart no me han contestado, pero le remitieron mi email a una tal Mary Miller para ver si aceptaba el encargo de pintar el cuadro con mis sugerencias. No he tenido tiempo para meterme a fondo en su ordenador pero parece joven para ser tu madre.

—¿Sabes su edad?

—No, pero miré algunas fotos de sus vacaciones, no llegará a los cuarenta años. Siempre está con el mismo hombre, supongo que será su marido. Es una mujer rubia, guapa, tirando a gordita, nada que ver contigo, más bien podría ser mi madre. —Y tuerce el morro encantada con esa posibilidad.

—¿Cómo has visto sus fotos?

—Gracias a mi troyano su ordenador es un libro abierto. Puedo entrar y ver todos los archivos.

—Pero eso es un delito, no puedes hacerlo.

—Gabi, a través de un ordenador saben toda nuestra vida. Saben nuestros gustos, lo que hacemos, lo que escondemos, las páginas que visitamos. Microsoft, Apple, todos los dispositivos y programas que te venden están trucados para facilitarles el control, hasta los móviles. Tienen palabras claves que, cuando alguien las teclea, salta una alarma que les permite localizar y entrar en ese ordenador para destriparlo. Llámalo política antiterrorista, si quieres, pero la privacidad no existe. Nos tienen controlados.

—¡Joder!

—Utilizan hasta la cámara de tu ordenador, pueden estar viéndote mientras trabajas sin que te des cuentas. Si ellos lo hacen, yo también, a pequeña escala se entiende, lo mío es un simple cotilleo.

—Ren, eso puede ser peligroso.

—Tranquila, yo no me meto en ordenadores de la CIA, ni del Mossad, ni de los gobiernos, ni de la mafia, ni siquiera lo intento. Conviene conocer los límites. —Marca una pausa de superioridad mientras se moja de saliva el dedo índice para borrar un leve arañazo en la goma de las deportivas—. Las personas normales como tú o esa pintora o la empresa de cuadros, no os dais cuenta de nada. Les puedes vigilar las veinticuatro horas del día que nunca te

denunciarán.

—O sea, que vas a volver a hacerlo.

—Pero solamente por seguir con la investigación, no podemos dejarla a medias —se excusa—. Hay siete horas de diferencia. Esta noche voy a hacer de gran hermano, ya te contaré.

—¿De dónde es esa... Mary Miller?

—De Chicago.

*

Fuera del despacho se escucha una algarabía y Gabriela interrumpe la conversación de sus vacaciones con Irene para abrir la puerta. Un grupo de compañeras forma un círculo alrededor de Raquel, que gesticula exageradamente, entre risas. La falda corta, de tubo, se pega a su cuerpo con desidia, por el anacronismo que supone ver a alguien de su edad vistiendo con un estilo tan juvenil. Los bajos cortados de forma desigual, parecen una sierra que oscila sin ritmo, aguardando el momento de cortarles las rodillas. Al verla, Raquel pega un alarido infantil y levanta la mano izquierda agitándola con alegría.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gabriela sin entender la reacción.

—¡Se va a casar!

Gritan varias auxiliares con tonos diferentes y a destiempo pero sin restarle entusiasmo a la noticia. Raquel la abraza y ella elogia el anillo de compromiso que exhibe con orgullo su dedo anular.

—Ismael me ha pedido que me case con él.

A Gabriela se le abre una herida en el estómago. Una herida que supura la pesadumbre de su comportamiento. Apenas logra darle la enhorabuena. Coge una bocanada de aire limpio buscando la mirada huraña de Ismael. No la encuentra. Se aísla de los rostros alegres, de los abrazos a la futura novia y rodea el grupo para salir al jardín. A la derecha hay un corro de ancianos hablando de fútbol. Gira hacia el lado contrario y camina por el sendero, lo ve en la zona de atrás, en el banco, fumando un cigarro.

—¿Le has pedido a Raquel que se case contigo por lo que te dije en la habitación? —le pregunta sin intercambiar un saludo, de hecho, se ha sentado a su lado sin mirarle.

Ismael tampoco se molesta en girar el cuello hacia ella. Da una calada arrugando las mejillas. No le gusta el sabor del tabaco, es de los que fuman por vicio, no por placer. Después de expulsar el humo se encoge de hombros.

—¿No lo sabes? —insiste.

—¡Qué más da!

—No, no da igual. Yo necesito saber si habías pensado hacerlo antes del número que te monté.

—¡Qué te gusta calentar la cabeza, niña! El caso es que se lo he pedido. A Raquel con ochenta años le hace feliz casarse, y yo con setenta ya he abierto demasiadas trincheras. Somos libres. Nos casamos. Vete a soltarle el sermón a otro, anda.

Da otra calada y tira la colilla a unos metros. Gabriela se levanta y la apaga con la punta de la zapatilla. Luego vuelve a sentarse en el mismo sitio.

—Entonces, ¿no la quieres?

Ismael lanza un quejido prolongado al incorporarse del banco. Da la vuelta para no cruzar por delante de ella.

—Dímelo, por favor. ¿Se lo ibas a pedir antes de lo que te dije?

—No sabes lo que la soledad aprieta a estos...

—Sí sé lo que la soledad...

—¡Cállate, coño!

Se vuelve hacia ella, acusándola de entrometida con cada una de las arrugas olvidadas por los años. En la rabia de sus ojos se trasluce el desencanto de no haber entendido la vida, y ahora, cuando comienza a comprenderla, ya es demasiado tarde. Ismael tiene miedo.

—¡Y escucha!

Saca un cigarro y lo enciende con nervios. Antes de hablar da un par de caladas con el rostro contraído. Definitivamente no le gusta el sabor del tabaco.

—Cuando eres joven y te sientes solo, aún te quedan muchas ilusiones por fastidiar. A nuestra edad todo lo que merece la pena ya lo has vivido, y no tienes ganas ni fuerzas para volver a vivirlo. En la puta vejez no eres más que pasado. Así que, disfruta ahora si quieres tener una buena vejez. No sé por qué te interesa saber si se lo iba pedir, ni yo mismo lo sé, pero estaba condenado, ¿lo oyes? Estaba condenado a pedírselo. Los viejos somos como los perros, buscamos cariño. Lo necesitamos. Ella me lo da, juntamos las dos pensiones, yo me caso, ella es feliz, los dos ganamos y punto. ¿Que si la quiero? ¿Qué gilipollez es esa? La mayoría de la veces este cariño es más sincero que los apretones que sentís a tu edad.

Mira el cigarrillo con disgusto. Fumar tan seguido le empasta la boca. Da otra calada, por aprovecharlo, y lo lanza cerca de Gabriela.

—Písalo. Y me debes una botella de whisky.

CAPÍTULO 18

CHICAGO

«[...] Cuando los cedros se corten para no volver a crecer, cuando la llanura entre el Tigris y el Éufrates sea sembrada de cadáveres y la gloria de Ur [...] ceniza por el fuego de las bestias, la humanidad descontará los días para el fin de los tiempos, el terror temblará ante los espectros, las aguas anegarán las cuatro esquinas del mundo, y en ese caos devorador surgirá la qadištu, moradora de Apsû, poseedora de la sabiduría de Nintu, pura de aliento [...] las Cien Puertas [...] atravesará el umbral de la centésima puerta [...] alzando el Sello de los Destinos, que ya fuera sujeto al pecho de Marduk, cegará a los Anunnakis desterrados, a los Nefilim dueños de los abismos y las sombras, y será entonces cuando la tierra se dividirá en dos con el estruendo de las montañas en cólera [...] Una mitad será Dilmun, donde los manantiales alimentarán los campos y el corazón no conocerá la enemistad [...] Reino de los Tiempos felices. La otra mitad se adentrará en los mundos de Nergal, donde el sol es oscuridad y la luna sangre, sangre desde el amanecer hasta el ocaso, donde los vientres [...] engendrarán dolor y sesenta veces sesenta clamarán por convertirse en barro [...]».

John Miller apuraba un zumo de naranja mientras leía en el ordenador la profecía apocalíptica sobre el Sello de los Destinos. Los datos eran escasos, y ésta traducción pertenecía a los fragmentos de una tablilla del periodo de Uruk (IV milenio a. C.) que exponían en el Museo Nacional de Iraq antes de ser expoliado. No había grabados con la imagen del sello cilíndrico que pudieran aportar cierta seguridad a la hora de certificarlo. En un bajorrelieve posterior, se contemplaba la figura de Marduk llevando en el pecho una supuesta tablilla de los destinos. Decidió grabar en el pendrive de Stein todas las piezas sumerias que habían sido expoliadas del Museo de Irak, junto con diferentes

imágenes de sellos cilíndricos para poder cotejarlos.

Mientras descargaba los archivos se obsesionó con una de las frases de la profecía: «la *qadištu*, moradora de Apsû». La *qadištu* era la sacerdotisa y Apsû el sol; ¿Moradora del sol? Cada vez que lo leía más le chirriaba el término. *Apsû* también podría traducirse como *oro*. ¿Moradora del oro? Tampoco le sugería demasiado. La siguiente descripción de la leyenda se antojaba sencilla: «poseedora de la sabiduría de Nintu». Nintu era una diosa, la señora que da la luz. La sacerdotisa con los poderes de la diosa y del sol daría luz a la humanidad. ¿Con los poderes del oro salvaría a la humanidad?

El balcón estaba abierto y el ruido de un coche al aparcar en la calle le apartó la mirada de la pantalla. Era Mary que llegaba con su estruendo habitual. El portazo le cambió la dirección de las cejas.

—Gordi, ¿estás en casa?

—¡Arriba! —gritó dudando en beberse el zumo o salir a la calle para ver si la puerta del coche había salido indemne del golpe.

—Estoy agotada —le soltó tras darle un beso y sentarse en el sofá con los brazos abiertos—. Vengo de UPS Store, de mandarles el cuadro a los de Wahooart. ¿Qué haces?

—Guardando en el pendrive los datos del sello y...

—No, ¿Qué haces bebiendo un zumo a estas horas? —le interrumpió.

—Son las cinco.

—Tarde para un zumo y pronto para un Martini.

—¿Se te ocurre algo mejor?

La sonrisa de Mary no ofrecía dudas.

MADRID

Ren se queda con la botella a medio camino de la boca.

—¿Qué? —exclama abriendo los ojos con vértigo. Unas gotas de cerveza caen sobre sus mallas deportivas—. ¡Joder! No he empezado en el gimnasio y ya las he manchado. ¡Eh, eh, eh! —vuelve a gritar estirándose para coger una servilleta de papel sin quitar los ojos del ordenador—. ¿Vais a hacer el amor a estas horas? —Mira el reloj, son las doce de la noche—. ¡En Chicago serán las cinco y ni siquiera os habéis despertado de la siesta! ¡Eeehhh, eso no está nada mal!

Ren decide disfrutar del espectáculo y maximiza la pantalla. A continuación coge el móvil.

*

Gabriela, dispuesta a seguir encontrando respuestas, apoya la cabeza entre las manos, estrujándosela para adquirir el poder de asimilar lo incomprensible. Algunas religiones sortean la desesperación y lo resuelven con fe, así evitan explicaciones. Pero la palabra fe no se acomoda con facilidad en sus labios. Ella no es la misma persona que comenzó esta historia, existe una nueva realidad en su interior. Una realidad, que va solapando su imagen exterior y es tan auténtica como la presencia de la rebelde pintora de grafitis luchando contra el mundo. Se levanta de la silla con un profundo suspiro y busca a su alrededor un cenicero. Gaspar no entiende la maniobra.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces?

— ¡Tú no tienes tabaco, yo lo he dejado y no sé por qué estoy buscando un cenicero! —proyecta la voz necesitando que alguien le ofrezca un cigarrillo.

—Porque buscas algo tangible a lo que agarrarte. Veamos... hemos conseguido saber que te sientes identificada con Cleopatra...

—No, no —le corrige con un rictus amargo, cansada de repetir lo mismo—. Yo fui Cleopatra y tú Luban, y lo que necesito saber es por qué todos estos datos llegan a mi vida precisamente ahora.

Le suena el móvil. Es Renata. Contesta con desgana.

—Dime, Ren.

—No te vas a creer lo que estoy viendo —su voz suena chispeante.

—Oye, estoy con Gaspar analizando la regresión y son más de las doce, no es el...

—La pintora de Wahooart, la que tendría que pintar el cuadro del monaguillo, está haciendo el amor con su marido.

—¿Qué? —Parece que esta noche el mundo se escapaba a cualquier lógica.

—Vamos, follando —aclara sin que el vulgar matiz fuera necesario.

—Oye, ¿qué coño estás haciendo?

—Me he metido en su ordenador y los veo por la cámara, están... ¡Joder, se han caído al suelo y siguen! ¡Eso es afición!

—Ren, hazme el favor de salir de ese ordenador ahora mismo, no te metas en más líos.

—Tranquila, ahora les veo las piernas.

—¡Que te salgas!

—Vale. Voy a bajarme los archivos de su marido. ¿Te acuerdas de lo que me contaste sobre tu *tag*? ¿Eso de que era un dibujo sumerio? Pues bien, su marido tiene un montón de documentos sobre los sumerios, quizá encontremos

algo interesante y... No, no, no, ¡No!

—¿¡Qué!?! —grita a su vez asustada por el alarido de Renata.

—¡Ese tío es mi héroe! Gabi, la ha agarrado del pelo y la ha puesto de rodillas...

—Adiós, Ren. —Cuelga el teléfono y mira a Gaspar—. Lo siento.

—Más lo siento yo, me habría gustado saber qué hacía de rodillas — Gaspar hace un gesto de involuntariedad—. Tienes el volumen demasiado alto, *Gabi* —añade el apodo con sorna.

—Al parecer la historia se repite —dice apagando el móvil para evitar interrupciones—, siendo Cleopatra abandoné a mi hija por su seguridad, para que los sacerdotes no pudieran asesinarla si me encontraban. ¿Eso quiere decir que mi madre me abandonó por la misma razón? —La voz adquiere un brillo de esperanza con la pregunta, un motivo para seguir creyendo en su madre.

—Esa posibilidad te agrada —responde Gaspar, captando el atisbo de ilusión en su tono—, pero no olvides que eso supondría cierto peligro.

—No olvides tú que estamos juntos. Nos hemos vuelto a encontrar y si yo estoy en peligro, tú también.

—Exacto, y el no saber de qué peligro estamos hablando me coloca en una situación incómoda.

—Te acojona.

—Vale, señorita borde, me acojona. Y a ti debería asustarte.

—Yo no soy igual que tú —le reprocha con cierto desdén.

Gaspar toma aliento y se frota el párpado izquierdo con un dedo. Es un tic que delata su nerviosismo.

—No me tienes en demasiada estima para estar tan enamorada de mí —dice sin dejar el peculiar masaje.

—No estoy enamorada de ti.

—¡Venga, niña! Si fui Luban y me miras con unos ojillos de...

—¡Serás fantasma!

—Un poco sí.

—Escucha, lo que sucedió entre nosotros es de otras vidas, no de ésta. ¡Y no se volverá a repetir!

Sin duda la discusión necesita un cambio de rumbo y Gabriela sabe coger con destreza el timón.

—¿Te he dicho que la decoración de tu casa es horrible?

—La puse a juego con tu buhardilla.

Ambos ríen la ocurrencia y se conceden un armisticio. Gaspar se levanta y pone música. La melodía de *O mio babbino caro* de Puccini los relaja, los transporta a la Florencia del siglo XIII, a las suplicas de la joven Lauretta solicitando ayuda a su padre. Y no es un aria lo que llega a sus oídos, es un río de sentimientos que los ayuda a aceptar las polaridades positivas y negativas. No hay resentimiento sino paz, una paz interior que otorga profundidad a la relación. El aria llega a su fin y ellos mantienen la postura recreándose en la serenidad.

—¿Nunca te ha importado quién fue tu padre? —pregunta Gaspar sin abrir los ojos.

—No. Tampoco había escuchado ópera nunca. —Esta vez su tono carece de lástima o reproche—. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Encontrar respuestas.

—¿Otra regresión?

Gaspar no contesta, se gira hacia el equipo de música añorando la melodía.

—¿Te importaría poner otra vez la canción esa?

—Se dice aria.

Esa noche solo les queda silencio. Anna Netrebko se ha adueñado del momento, *O mio babbino caro* de sus emociones.

WASHINGTON

Noah Stein caminaba sin prisa por Fort Circle Park. Había abandonado el sendero paralelo al río Anacostia para dar un paseo por una antigua vereda del bosque de robles. Las ardillas observaban sus pasos con curiosidad. No era un hombre que se entusiasmara con la naturaleza, sus pasiones eran más prosaicas, le interesaba exclusivamente lo que pudiera comprar, dominar, alterar a su conveniencia. Tal vez había acudido al parque para preparar su propia batalla y entre las hayas y los robles de Fort Circle Park, se respiraba el espíritu victorioso de los esclavos que se trasladaron allí durante la guerra civil. En un par de días emprendería el viaje a Turquía con el profesor Miller; la operación debía salir perfecta para que su cabeza no rodara con la del experto en cultura sumeria. Fellerstone, ese viejo anacrónico, empeinado en gobernar un mundo del que ya tenía pie y medio fuera, no le inspiraba confianza. Pero si culminaba con éxito la historia, su papel en la organización

ganaría protagonismo. Y poder. Y dinero. Mucho dinero. ¿Acaso había algo más importante para Stein que el dinero?

Miró a su alrededor, apenas consiguió distinguir la figura lejana de una zarigüeya colgada de la rama de un árbol. En el reloj eran las 18:15 y se salió del camino sacando un cigarrillo de Lambert&Butler del bolsillo interior de su chaqueta. Apostado tras un centenario roble, como si fuera uno de los soldados de Fort DuPont que defendieron Washington, lo encendió y dio un par de caladas consecutivas. El sonido del móvil lo sobresaltó. Era el número de Morning Star Arts Corporation.

—¿Qué ocurre, Bill?

—Hola, Noah.

Permanecieron callados justo el tiempo empleado por Bill para expulsar el humo que le impedía continuar la conversación.

—Ha ocurrido algo sorprendente —añadió una vez liberado.

—Dime.

—El profesor ha metido el pendrive en su ordenador y nuestro payload³⁸ ha empezado a mandarme información, pero se ha encontrado con otro.

—¿Con otro qué? —preguntó sin demasiada amabilidad

—El profesor tiene un *black hats*³⁹ en el ordenador —respondió con el cigarrillo otra vez en la boca.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Que un hacker le ha colado otro troyano y está sacando información de su portátil.

—¿Qué información? ¿Qué hacker? ¡Joder, explícate! —Con la mano derecha se aflojó el nudo de la corbata. Había noticias que necesitaban respirarse.

—Los archivos sobre los sumerios.

—¿Sabe que lo has detectado? ¿No serán los de Langley?

—No. Es un novato. Deja mucho rastro.

La mente de Stein comenzó a asimilar los datos de forma vertiginosa. ¿Quién podía estar interesado en los archivos sumerios? ¿Algún catedrático para plagiarle? ¿Algún alumno aventajado para copiar los exámenes? ¿El KGB? ¿El Mossad? ¿La BND? Enseguida descartó lo último. Los servicios de inteligencia no son unos novatos hackeando ordenadores. Salvo que tuvieran demasiada confianza en su impunidad.

—¿Has averiguado algo más?

—Sí, lo están haciendo desde España.

—¿Desde España?

—Sí, en Europa, al sur de...

—¡Sé dónde está España! Averigua quién es, cómo se llama, por qué está interesado en los sumerios. Y necesito saberlo ya. Antes de salir para Turquía.

Stein colgó maldiciendo a Bill, sus brazos largos, su frente de neandertal y su vicio de fumar en la oficina cuando se quedaba solo. El Lambert&Butler consumido le recordó que apenas había disfrutado de un par de caladas. Pisó el filtro con rabia sobre las raíces del viejo roble y volvió a caminar por el sendero. Debía mantener la calma para comunicar el incidente a Fellerstone.

—¡Maldito viejo!

La zarigüeya se había ocultado.

CAPÍTULO 19

ÍZMIR

Los alaridos de la tripulación parecían barras de acero golpeando las paredes del barco y su eco retumbaba con tal fuerza que no escuchábamos ni el nerviosismo de nuestra respiración entrecortada por la huida. Serkan Çetin Utku corría delante de mí y de repente desapareció tragado por el estómago de aquél amasijo de hierros. Me detuve abatido, intentando entender qué decían los gritos, cómo se había desvanecido el hombre parco y de qué manera podría escapar de aquella trampa metálica. Comencé a encomendarme a Ninhursag, Señora de las Colinas Sagradas, cuando escuché su voz saliendo de las tripas del barco.

—¡Sag-giga!

A la derecha había un hueco en el suelo, apenas conseguía distinguirlo por la oscuridad y dada la angustia de su exclamación temí que Serkan Çetin Utku se hubiera partido la cabeza al precipitarse al vacío. Me asomé receloso y vi que me apremiaba a bajar. Unas endebles escaleras descendían hacia las bodegas del buque, ante los bramidos de los marineros y su insistencia me tiré sin apenas rozar los escalones. Corrimos hasta una puerta con un ojo de buey en la parte superior, el hombre parco la abrió y un grupo numeroso de mujeres contuvo la respiración. Estaban sentadas frente a unas máquinas textiles, algunas se cubrieron con el *hiyab* al vernos entrar corriendo.

—¡Ebediyet! ¡Ebediyet!

Serkan Çetin Utku llamaba a su hija mientras corríamos por el estrecho pasillo que dejaban las trabajadoras y la maquinaria. Desesperado ante la falta de respuesta, se mezcló entre unas salafistas y las cajas llenas de telas, pretendiendo quitarles el *niqāb*⁴⁰ para verles la cara. Las mujeres rompieron en llantos y en gritos de auxilio al profeta. Las telas se esparcieron por el

suelo, los rugidos de nuestros perseguidores ganaron presencia y el hombre parco se subió a una máquina de coser para rogar a su hija que se descubriera y regresara a casa.

—Ebediyet no está aquí —dijo una muchacha a mi espalda.

Serkan Çetin Utku se bajó del púlpito improvisado para hablar con ella. Apenas tendría quince años pero su mirada mostraba tantas cicatrices que justificaba que nada en este mundo fuera capaz de amedrentarla. Las salafistas interrumpieron el llanto para permitirse escuchar.

—¿Dónde está? Por favor, soy su padre.

—Ebediyet se quedó en el último viaje.

—¿Se quedó? ¿¡Dónde!?! —elevó la última pregunta por las voces de los marineros. Se estaban aproximando a la puerta.

—No lo sé. Nunca sabemos a qué país viajamos.

Hubo un mutismo, ante el inexplicable viaje sin destino, quebrado por la rabia de uno de los perseguidores.

—¡Ahí están! ¡Cogedlos!

Cuatro hombres armados irrumpieron en la bodega. Serkan Çetin Utku me agarró por un brazo.

—¡Corre!

Las mujeres, alentadas por la niña de mirada dolorosa, comenzaron a entonar el *zaghareed*⁴¹ sembrando la confusión suficiente para que llegáramos hasta el fondo contrario. Abrimos la puerta que estancaba la bodega, temiendo que en cualquier momento pudieran disparar sobre nosotros. Unas escaleras, idénticas a las anteriores, nos condujeron a la cubierta. El *meltem*⁴² del norte nos sacudió en el rostro con una desagradable noticia: el barco acababa de zarpar. Miré desolado al hombre parco. Una veintena de metros nos separaban del muelle y los marineros no tardarían en alcanzarnos.

—¡Salta! —gritó apoyando un pie en la barandilla de estribor mientras intentaba coger la pistola que escondía en ese tobillo.

Un crujido impidió que continuáramos con la maniobra. Un crujido extraño que vibraba e iba cobrando intensidad mientras buscábamos a nuestro alrededor de dónde procedía. Duró unos instantes y de repente se produjo una pausa, un silencio tenso. El barco se balanceó y los hombres que nos perseguían se quedaron frenados observando la costa. Un montacargas se deslizó con suavidad por el muelle hasta caer en el agua. A continuación se desencadenó un ruido sordo, más violento que el primero y algunos edificios cercanos al puerto se desplomaron, otros se quedaron sin fachada dejando al

descubierto parte de su interior. El sonido estridente de cientos de sirenas se sumó al desconcierto. Por las laderas de Kadifekale se produjo un alud que iba sepultando fincas y techumbres. En la zona de Çiğli comenzaron a levantarse columnas de humo y las explosiones se sucedieron descontroladamente. Elevamos la vista al cielo, temiendo que İzmir estuviera siendo bombardeada, pero el enemigo no eran los aviones sino la tierra; la tierra que temblaba, la tierra que liberaba su energía en ondas macabras, destruyendo casas, tejados, muros y palacios, con un espantoso estruendo. Las luces se desvanecieron y surgieron hogueras por diversos puntos, incendios que iban extendiéndose por la ciudad, lenguas de fuego que devoraban vigas derruidas, ancianos inmovilizados por el pánico, espaldas que corrían en llamas hacia los infiernos. El terrible crujido cesó y el ambiente se llenó de aullidos, de gargantas atragantadas por el polvo, de gente huyendo del horror para entrar en el horror. El buque se alejaba de una costa moribunda y los hombres de la tripulación se abrazaron olvidándose de nosotros. Debían ser esmérneos y tendrían conocidos, familiares luchando por sobrevivir entre los escombros o por buscar refugio en una región devastada por el seísmo. Sin saber qué hacer me arrodillé. El hombre parco estaba paralizado, observando la escena dantesca del puerto. Recé a Anu, Señor del Cielo, para que tuviera misericordia con su sufrimiento.

—¡Llévalos a la sentina!

El lugar denominado sentina era infame, había una cuarta de agua maloliente debido a las filtraciones y el ruido de la bomba hacía inútil unir dos pensamientos. Serkan Çetin Utku se subió a un viejo contenedor y me llamó para que hiciera lo mismo.

—Aquí estaremos secos, descansa y olvida lo que has visto. —Y se tumbó para olvidar lo que había visto.

Cuando el hombre parco se encerraba en sí mismo, era inútil pretender sonsacarle alguna respuesta, y yo tenía tantas preguntas que apenas quedaba sitio en mi cerebro para el soniquete de aquella cavidad del barco. ¿Cuál sería el destino que me aguardaba en un buque de carga que se dirigía a un lugar desconocido? ¿Qué iban a hacer con nosotros? ¿Dónde estaba Ebediyet? ¿Cómo marcaría este cambio de ruta al Sello de los Destinos? ¿Me había comportado de acuerdo a mis obligaciones? ¿Y Bashira? ¿Seguiría orando por mí?

Preguntas, preguntas, preguntas. Decidí relajarme y retirar de mi mente el terremoto, repasando mis movimientos desde que salimos de Konya, la ciudad

de la cúpula turquesa, la ciudad santa de Mevlânâ.

*

Aún era de noche cuando agitó mi hombro con brusquedad para despertarme, yo me encontraba recorriendo otros mundos más oníricos.

—He hecho café, si quieres una taza date prisa, nos vamos.

No esperaba un café al estilo árabe, usando el *dallah*⁴³ y añadiéndole cardamomo o incluso unos clavos aromáticos como solía hacer Bashira, que los dioses la protejan, pero los turcos poseían renombre por prepararlo meticulosamente. Usaban el *cezve*⁴⁴ y lo mezclaban con canela o nuez moscada. Además, a lo hora de servirlo no retiraban la borra y se requería paciencia para que se aposentase antes de beberlo. Cuando llegué a la cocina me di de bruces con la realidad. Sobre la mesa había una cafetera italiana con un líquido ralo; lo único en común con el café, era cierta similitud en el color. Apenas le había dado un par de sorbos, cuando Serkan Çetin Utku apareció con su bolsa de Adidas en la mano y una mueca de urgencia en la boca.

—Vámonos.

Salimos a paso rápido, sin hablar, a su manera, enfilando Babil Sk hasta cruzar las vías del tren. Después giramos a la derecha y nos encontramos de frente con una explanada usada por los vecinos de aparcamiento.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté al ver que se dirigía a uno de los coches.

—Viajar a İzmir —respondió mientras intentaba abrir la puerta.

—Ya, pero este coche no es tuyo.

No me respondió, escuché un exabrupto bajito, quizá lo dijo en kurdî porque no lo entendí o no me esforcé por entenderlo. Después subió al coche. Le pasé por la ventanilla un folleto de la estación de autobuses de Konya, por si ignoraba que existía un servicio para llevarnos sin necesidad de robar a nadie.

—Puedes venir a İzmir o quedarte, pero no me jodas —contestó mientras le hacía un puente.

Al hombre parco madrugar le agriaba el carácter o tal vez fuera que odiaba viajar en autobús, por eso era tan propenso a coger prestado lo que no le pertenecía.

La distancia con İzmir era casi de seiscientos kilómetros. Siete horas viajando en un coche robado, con un hombre que llevaba una pistola en el tobillo, un gesto torvo en los labios y muchos deseos en el corazón de matar a alguien por la huida de su hija. El silencio me pareció una opción razonable.

Saqué un mapa para fijarme en la ruta. Debíamos salir hacia las fértiles

llanuras de Akşehir, ciudad donde se encontraba la tumba de Seydi Mahmut, místico sufi y seguidor de Mevlânâ; no albergué ilusiones, detenernos para dedicarle una oración y contemplar la decoración con estrellas turquesas de su mausoleo, no entraba en los planes de mi conductor. Seguiríamos hacia el oeste para llegar a Afyonkarahisar, la ciudad productora de opio durante el siglo pasado, pasaríamos por Uşak, relevante por las alfombras artesanales que ya inmortalizó en sus cuadros Holbein el Joven, y por fin, tras atravesar Turgutlu, llegaríamos a İzmir. Un viaje apasionante pero sin paradas... decidí dormir.

No recuerdo si acogí algún sueño que hiciera felices las horas del trayecto, quizá porque la forma brusca del despertar, me obligó a preocuparme por la realidad. Serkan Çetin Utku debió pisar a fondo el freno porque me estrellé contra el parabrisas. Un hombre de barba rala nos miraba aterrado, con las manos sobre la carrocería. Echó a correr apenas se repuso del susto y el hombre parco aceleró con furia devolviéndome violentamente al asiento.

—¡Buğra! —gritó por la ventanilla.

Ignoraba si lo llamaba por su nombre o era un insulto, Buğra también significa camello en turco, tal vez hiciera las dos cosas porque sorprendentemente comenzó a perseguir al hombre por la calle. Cuando estaba a punto de atropellarlo, Buğra saltó a la acera para evitar ser arrollado por escasos centímetros, después esquivó a dos mujeres y, apartando un cartel de publicidad de una patada, se metió en una tienda de telas. Serkan Çetin Utku aumentó la velocidad para girar a la izquierda en la primera esquina, hicimos un trayecto en forma de U bajo las protestas de los viandantes, y cuál no fue mi asombro al percatarme de que el hombre de barba rala huía calle abajo. Había salido por la puerta trasera del establecimiento. Lo adelantó y cruzó el coche sobre la acera para cortarle el paso, estrellándonos contra la pared del edificio. El corredor se dio de bruces contra la puerta delantera, yo contra mi ventanilla y antes de que recobrara mi posición, Serkan Çetin Utku se había bajado y estaba golpeando al turco con el rostro desencajado por la furia. No conseguía entender nada. Del motor se escapaban jirones de humo negruzco, por una ventana abierta se oía la canción *Somewhere Over The Rainbow* tocada con un ukulele y el hombre parco había hecho una llave con su brazo en el cuello de Buğra y lo estaba asfixiando. Juro por Inanna, diosa del amor, que si hubiera surgido un unicornio de la nada, me habría parecido lógico. Cerré los ojos con fuerza, deseando que tanto desatino fuera producto de una pesadilla.

—¡Sal del coche y coge mi bolsa! ¡No dejes nada! —gritó expulsándome de las reflexiones.

Agarré la bolsa de Adidas, mi mochila y tras echar una rápida ojeada al interior del vehículo me bajé. Serkan Çetin Utku se encontraba ya a más de veinte metros, arrastrando consigo a Buğra. La canción había terminado, la belleza no tenía cabida en semejante escena, el motor dejó de echar jirones de humo para emitir una explosión y alertar a los vecinos. Estos, comenzaron a sacar sus cabezas por ventanas y puertas, entre algún grito de mujer, preguntándose asustados qué estaba ocurriendo. El hombre parco había desaparecido por la calle siguiente y yo corrí tras él. Al doblar la esquina lo había puesto en pie y retorciéndole un brazo lo condujo deprisa hacia un parque. Atravesamos varios senderos de tierra, sin decidirnos por ninguno, hasta parapetarnos detrás de unos sicomoros.

—¿Dónde está Ebediyet? —preguntó tras asestarle un puñetazo en el estómago.

—No lo sé —respondió balbuceando las sílabas por el dolor.

Sacó la pistola y le hundió el cañón en el cuello. Los ojos de Buğra se abrieron en el único gesto reseñable de un semblante que miraba de frente al abismo.

—Hice lo que me pidió, lo que me pidió. Quería un trabajo y la ayudé a encontrarlo.

—¿En un barco de esclavos?

—Es imposible encontrar trabajo en İzmir, en el *Ténedos* le daban un salario y manutención. Era eso o pedir limosna por las calles y siendo tan joven...

No pudo terminar la frase. Serkan Çetin Utku amartilló el arma y tensó el dedo índice sobre el gatillo. Buğra nada más pudo emitir un leve quejido antes de bajar la cabeza avergonzado. El miedo le había contraído la vejiga y se estaba orinando en los pantalones.

—¡Joder! —exclamó tirándole al suelo para apartarse de él.

—No me mates, no me mates, Serkan.

—Eres el hermano de su madre. ¿No pudiste mantenerla y avisarme?

—No pude, no pude. Ella quería marcharse, no quería vivir en mi casa. Es igual que tú, solitaria, cabezota.

Volvió a guardar la pistola en el tobillo y se sentó en la hierba apoyando la espalda en el sicomoro. Sacó un cigarrillo y humedeció la punta con la lengua antes de encenderlo. Era la misma imagen que jornadas antes me había

ofrecido bajo la higuera, fumando en silencio, sin añadir ningún rasgo adicional a la dureza de su rostro.

—¿Dónde se encuentra el *Ténedos*? —preguntó tras apagar la colilla en el tronco.

—En el muelle, zarpará esta noche —contestó Buğra, que no se había movido del suelo.

—¿Ebediyet va a bordo?

—Supongo, la contrataron para el viaje anterior y suelen repetir con las mismas mujeres si son trabajadoras.

—Levántate —le ordenó— vas a llevarnos al muelle.

Las relaciones que mantenían los turcos me resultaron al menos curiosas. Buğra era cuñado de Serkan Çetin Utku y había enrolado a su sobrina Ebediyet en un barco de esclavos, circunstancia que estuvo a punto de costarle la vida a manos de Serkan, con quien no se hablaba desde que este se quedó viudo; sin embargo, después de la brutal paliza, iban los dos charlando sobre antiguas rencillas de una forma distendida, incluso me atrevería a decir entrañable. ¿Cómo serían sus reuniones familiares? ¿Habría muertos?

Cuando llegamos al puerto el sol se estaba retirando. El *Ténedos* permanecía anclado en el muelle cinco, era un buque de carga, con la cubierta corrida y una grúa de pluma recta en el centro. Apenas faltaban unos minutos para que zarparan pero aún no habían retirado la pasarela de subir a bordo. Un marinero de aspecto enjuto custodiaba la entrada. Buğra se acercó a él mientras nosotros permanecíamos escondidos detrás de un contenedor. El marinero flaco negó con la cabeza repetidas veces y le hizo un movimiento despectivo con su mano, conminándole a que se alejara. Buğra no solamente no obedeció sino que se puso de rodillas ofreciéndole unos billetes en las manos. Esa situación humillante azoró al tripulante del *Ténedos*, más acostumbrado a doblegarse que a dominar la situación. Intercambió la mirada hacia cubierta y los billetes repetidamente, sin saber a qué carta quedarse. Al final cogió el dinero con un movimiento fugaz y se alejó unos metros para hablar con alguien de la tripulación por un *walkie talkie*.

—¡Ahora!

—¿Qué?

Serkan Çetin Utku echó a correr hacia la pasarela y yo le seguí sin saber cuál era su propósito. Cuando el vigilante desnutrido se giró para contestar a Buğra, estábamos con un pie en cubierta.

—Polizones ¡Polizones! —gritó.

*

Litvak hizo un chasquido exagerado con sus exiguos labios que obligó a Buğra a mirar para atrás.

—Bonita noche —dijo pasándose la mano por el rasurado pelo pajizo de su nuca—. ¿Tiene fuego?

Cuando Buğra se disponía a contestar, se escucharon unas voces desde el barco mandando retirar la pasarela. El *Ténedos* iba a zarpar. Esas órdenes le inquietaron, su cuñado y el muchacho árabe que viajaba con él estaban dentro. Dudó entre adelantarse para entorpecer la maniobra o permanecer quieto confiando en que les diera tiempo a salir. Mientras tomaba la decisión, le entregó un mechero de plástico.

—Si es usted marinero va a perder el barco —Insistió Litvak.

—No, no soy marinero, he traído a... —interrumpió la frase al ver que retiraban la pasarela y comenzaba la maniobra para zarpar.

—A Ayman Mansûr.

—¿Qué?

—Digo que ha traído al barco a Ayman Mansûr.

—No conozco a ese hombre.

Litvak soltó una risotada y Buğra por primera vez se fijó en él, en la esquirla de hielo que amenazaba desde su ojo derecho. Sintió miedo.

—¿Y mi mechero? ¿No quería fumar? —preguntó retrocediendo un par de pasos y mirando a su alrededor por si había alguien más. Estaban solos. Eso no le tranquilizó.

—A este hombre. —Le mostró una fotografía de Ayman Mansûr.

—No sé quién es —respondió atropelladamente al reconocer a Sag-giga en la imagen—. Yo he traído a mi cuñado al barco y no hace falta que me devuelva el meche...

No pudo continuar. Litvak lo apuntaba con una pistola y un ruido ensordecedor anuló sus movimientos. La tierra tembló tirándolos al suelo. Los contenedores apilados en el muelle comenzaron a moverse y una grúa se vino abajo cayendo a un par de metros. Litvak intentó levantarse pero no conseguía mantenerse erguido. A gatas se distanció de los contenedores acercándose al mar. El *Ténedos* acababa de zarpar y buscó un lugar al aire libre donde no hubiera postes eléctricos ni grúas que pudieran aplastarle. Se apresuró a coger un cabo y pasárselo por la cintura para atarse al noray. Una grieta enorme se abrió entre su posición y los tanques de almacenamiento, creando una rampa por donde se deslizaron varios elevadores de carga. La zona del noray se

adentró en el mar como un brazo del muelle. El ruido cesó dejando paso a un sinfín de sonidos espeluznantes. Buscó a Buğra con la mirada. Había desaparecido. Dos edificios cercanos se derrumbaron levantando nubes de polvo. Una tubería rota expulsaba un torrente de agua sobre la carretera. Miró hacia el mar temiendo un tsunami. Los quejidos y gritos de auxilio llegaban desde todos los puntos, las sirenas eran ensordecedoras. Aguardó unos minutos hasta estar convencido de que no se iba a producir una réplica, luego se deshizo de la cuerda y se dirigió hacia el área más despejada del muelle. Debía llegar al aeropuerto sin atravesar la ciudad, confiaba en que el seísmo no hubiera afectado a las instalaciones. En el camino se encontró a Buğra. Tenía medio cuerpo aplastado bajo un contenedor de hierro, los hilos de sangre que le salían por la boca habían teñido de rojo su barba rala. El turco levantó la mano pidiendo ayuda. Litvak le devolvió el mechero.

CAPÍTULO 20

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL (MADRID)

Son las diez de la mañana y ha comenzado la misa en la Basílica del Monasterio. Gabriela asiste incrédula sin saber los motivos de Gaspar para llevarla a un templo católico. Las doce gradas de mármol rojo del altar mayor separan el presbiterio del resto; un grupo nutrido de fieles escucha devotamente a un sacerdote que se emplea sin entusiasmo. El Cristo crucificado de Pompeyo Leoni observa desde las alturas con un dolor de siglos.

—¿Me quieres contar de una vez a qué hemos venido? —murmura ajena a la liturgia.

—El Escorial fue un lugar de referencia para los alquimistas. Es un lugar hermético.

Permanecen de pie. Gabriela se apoya en un pedestal que sustenta un enorme candelabro de siete brazos. A la derecha, una monja agustina repasa los pliegues de su túnica negra, debe guardar en ellos los sucesos de una vida contemplativa.

—¿Hermético?

—Hermes Trismegisto. —Ante la mirada en blanco, continúa—. Hermes creó la alquimia y un sistema de creencias metafísicas conocidas como hermetismo.

—¿Y?

—¿No te das cuenta? Cleopatra también era alquimista.

El sacerdote ha entonado el *Kyrie eleison* y los fieles responden con un canto monódico que asciende hasta la cúpula de noventa y dos metros de altura e inunda toda la basílica. Gabriela mira sobrecogida hacia el fresco de Luca Cambiaso. El foco de luz que cubre a la Santísima Trinidad y el cubo, símbolo de la perfección, sobre el que Dios Padre y Dios Hijo descansan sus pies, aplazan el diálogo.

Todo es Uno. Y siente al Cristo como una conciencia, una conciencia colectiva donde no existe el tiempo, la clave para entrar en una dimensión intemporal, la luz que atraerá la luz. Todo es Uno. Todo está en nuestro interior y surgirá cuando nos liberemos de la mente. «Yo soy el que soy», esas palabras de Dios, carentes de tiempo y forma, conducen a vivir el presente, sin egos, solo presencia, solo amor.

—¿Qué tiene que ver Cleopatra con El Escorial? —pregunta atraída de nuevo por la mente.

—¡Por Dios, Gabriela, piensa un poco!

Una señora, dos bancos por delante de ellos y de la monja agustina, se gira sin interrumpir su oración. Tiene un rosario en las manos y en el gesto un reproche oscuro a juego con su velo. Gaspar asiente y conduce a Gabriela hacia la izquierda, rodeando uno de los pilares dóricos para escaparse de la inquisidora. La monja agustina se ha entregado al cinturón y pasa la yema de sus dedos por el trenzado de los nudos.

—Quiero que te dejes llevar, que sientas, que vibres, que me digas si algo de lo que ves te resulta familiar antes de que hagamos otra regresión.

—Vale —contesta, aunque no es así e insiste—, pero ¿qué tiene que ver Felipe II con la alquimia?

—El rey estaba obsesionado por encontrar la piedra filosofal y usaba la alquimia para conseguirla. De hecho, mandó construir aquí la Torre de la Botica, y la llenó de alambiques, hornillos, calderas, incluso un evaporatorio. Trajo desde Italia a Vincenzo Forte para que se encargara de obtener las quintaesencias.

—A mí este lugar me da frío.

Gabriela se estremece pero no con el frío, sino con el peso de una mano extraña que se aferra a su hombro inmovilizándola.

—¡Por el diablo! —susurran a su espalda.

Y pega un respingo al escuchar esa voz. Renata la mira con ingenuidad, apartando la mano infantilmente. No pretendía asustarla. Los tres aguardan expectantes una recriminación que no se produce. El sacerdote inicia la Plegaria Eucarística y los congregados se ponen en pie para responder. La bóveda de cañón acoge el coro de voces. Deciden entrar despacio en la capilla de los Santos Padres para no perturbar la plegaria.

—¿Qué haces aquí? Dijiste que te quedabas en el coche —la regaña.

—Y me quedé, pero tenéis que ver esto —dice Renata señalando un vídeo en la pantalla de su *tablet*.

—Aquí no podemos ver un vídeo, están oficiando una misa, cuando salgamos. ¿Qué decías del diablo? —pregunta Gaspar.

—Ah, según una leyenda, Lucifer vivió en una cueva en el Monte Abantos. Antes de que lo expulsaran al infierno, creó siete puertas en la tierra para acceder a las tinieblas. Una de ellas estaría situada en San Lorenzo de El Escorial. Felipe II construyó el Monasterio precisamente aquí para sellar esa puerta. Hay un testimonio del secretario real y de un cura que lo acompañaba para elegir el lugar de...

Renata calla al ver que los dos miran absortos la imagen de *El Cristo* de Cellini. El cuerpo de Jesús, de tamaño natural, es de mármol blanco de Carrara y contrasta sobre una cruz de mármol negro. La cabeza, inclinada ligeramente hacia la derecha, refleja la belleza de un rostro que venció a la muerte.

—Ya veo que no os importan mis investigaciones —dice decepcionada por la falta de atención.

—Es increíble. Fijaos en los mechones de la barba y el pelo... son...

—Cellini era manierista —aclara Gaspar.

—¿Era qué? —pregunta Gabriela sin parpadear.

—Olvídalo.

—Pues no olvides, Gabi, que la vidente también nos dijo algo de unas puertas —arguye reclamando atención.

—Dijo que debía hallar las cien puertas. Y según tu leyenda Lucifer creó siete.

—Demasiadas puertas —protesta Gaspar—. Vamos a la biblioteca.

—¿Para qué? ¡Joder, tenéis que ver esto! —Y eleva la *tablet* al estilo de una imagen religiosa en procesión.

—Chissst, no digas palabrotas, estás en una basílica, coño.

Gaspar mira con asombro la actitud de las dos muchachas sin interrumpir la marcha.

—En la biblioteca hay más de catorce mil libros, manuscritos, grabados, incunables. Incluso obras autógrafas de Santa Teresa de Jesús.

—¿Estás insinuando que ésta fue Santa Teresa? —pregunta con sorna Renata.

—¿Y por qué no? —se defiende Gabriela.

—Si me cuesta creer lo de la reencarnación, es porque todas las que la defendéis, habéis sido reinas en otras vidas, habéis sido santas, personajes ilustres. ¿Qué pasa? ¿Que los pobres no se reencarnan? Yo debo de ser la única que me reencarno en la pringada de turno.

—Entre los códices y dibujos, hay ejemplares sobre alquimia —media Gaspar—. A lo mejor Gabriela, al verlos, recuerde algo para ir directos a una regresión, abordar un personaje que nos aclare este lío, no podemos perder más tiempo.

La biblioteca es una nave alargada, con ventanas bajas que inundan de luz el espacio. Su planta rectangular está inspirada en la biblioteca Laurenciana de Miguel Ángel, incluso los frescos son de Pellegrino Tibaldi, seguidor del maestro toscano. Los tres se saltan el cordón que impide la entrada y caminan por los mármoles del pavimento observando las esferas armilares, astrolabios y globos terráqueos que flanquean el pasillo central. En las estanterías dóricas, los libros permanecen colocados con los cantos de las hojas hacia fuera porque de ese modo el papel respira y se conserva mejor.

Gabriela se para ante una mesa que sirve de expositor al *Apocalipsis figurado* atribuido a Juan Bapteur de Friburgo. En la ilustración, un angel toca la trompeta del apocalipsis desde una torre, es de noche o la última oscuridad ya se ha apoderado de los días. El personaje central es un hombre santo, dispuesto a cerrar la puerta a esa realidad macabra del fin de los tiempos. Sobre un banco de madera descansa un libro abierto.

—¿Te resuena algo? —pregunta Gaspar.

—¿Crees que este hombre abre o cierra la puerta a la realidad del apocalipsis?

—Está mirando el horizonte y tiene la mano apoyada en la...

—¡Eh!

Un hombre de traje gris y calva blanca, haciendo juego con el suelo ajedrezado, los llama desde la puerta del salón principal.

—¿Qué están haciendo aquí? ¡Fuera! —grita agitando los brazos—. Está prohibida la entrada sin permiso.

—Disculpe, estábamos disfrutando de esta maravillosa...

—¡Fuera! —vuelve a gritar sin dejar terminar la frase a Gaspar.

—Sácale una foto, Ren —murmura Gabriela.

Los dos caminan hacia la entrada mientras Renata apunta al ejemplar con su móvil.

—Disculpe la molestia —añade Gaspar, según avanzan hacia el padre agustino intentando tranquilizarlo— estamos visitando el monasterio y pensamos...

—Pensar, pensar —de nuevo le corta—, si pensarán un poco no se meterían donde no deben. Aquí, a estas horas, nada más pueden entrar investigadores con permiso y ustedes no lo son.

—Nosotros estamos investigando —dice Renata guardándose el móvil.

—¿Ah sí? —La cabeza del cura se escora para verla—. ¿Y qué están investigando?

—Sobre la alquimia.

—¿Alquimia? ¡Alquimia! —repite con retintín—. Ya no hay nada que puedan ver. Antiguamente esos artilugios se encontraban en la Torre de la Botica no en la biblioteca. Más les valdría rezar y dejarse de tantos experimentos vacuos.

Prácticamente los empuja en sus últimos pasos hacia la puerta de salida y se queda allí plantado, imitando la mirada de una gárgola al acecho del penitente.

Hace calor, algunos visitantes del monasterio observan la fachada occidental con sus tres entradas simétricas. Gaspar está decidido a volver a la biblioteca y les pide calma, mientras se sientan en un banco de piedra a esperar que la gárgola abandone su puesto de vigilancia. De un autobús comienzan a salir turistas atraídos por la leyenda de la octava maravilla del mundo. Ren no les hace caso, trabaja con su móvil hasta darse por satisfecha. Les enseña la fotografía retocada.



Ilustración de Juan Bapteur de Friburgo para el Apocalipsis.

—No me ha salido el libro entero, con las prisas —se defiende.

—No te preocupes, es un presentimiento —dice Gabriela ampliándola—. La vidente dijo que me iba a encontrar con misterios que no comprendería, que el portador del incienso, Gaspar, sería mi guía espiritual, mi ayuda para salvar algo o alguien, y que gobernaría la creación si hallaba las cien puertas. Aquí, lo que llama mi atención, es este hombre sabio viendo el apocalipsis y cerrando una puerta. Se niega a ver lo que ocurre para que no suceda. ¿Intenta crear su propia realidad? —se pregunta a sí misma—. Es una indicación de lo que tengo que hacer, otra pista como la del cuadro de mi madre. Pero, ¿por qué está en un monasterio católico?

—Este monasterio está construido siguiendo las directrices del Templo de Salomón —explica Gaspar—, por eso colocaron las esculturas de Salomón y David en la fachada. Es un monumento esotérico, ocultista. Todavía hoy continúan desentrañándolo. Dicen que se construyó siguiendo la Proporción Aurea.

—¿La Proporción Aurea?

—La Proporción Aurea establece que lo pequeño es a lo grande como lo grande es al todo. Y está presente en la naturaleza, en nuestros cuerpos, incluso según la Física Atómica en los codones del ADN del genoma humano.

—No entiendo nada. ¿Me vas a decir que mi cuerpo tiene esa proporción

áurea? —pregunta con sorna Renata.

—Sí, verás, el cociente entre la altura de un hombre y la distancia de su ombligo a la punta de la mano es el número áureo. Es más, si divides tu altura entre la distancia que hay de tu ombligo a tus pies, también sale el número áureo.

—¿Y qué se consigue con...?

—¡Basta! —grita Renata de repente levantándose y esgrimiendo a modo de arma su *tablet*—. Aquí tengo lo que estamos buscando. ¡Joder, hacedme caso alguna vez y no os miréis tanto ese ombligo... áureo! Cuando me colgaste el teléfono porque la pintora y su marido estaban haciendo el amor, los grabé para saber de qué hablaban.

Hay un mutismo de incomprensión, una mirada que recuerda a la beata de la basílica. La monja era más piadosa.

—No me refiero al sexo, bueno, es igual, el caso es que dejé la cámara grabando y me fui a dormir. En el coche, mientras perdíais el tiempo entre santurrones, he visto parte del vídeo, hablaron sobre los sumerios, sobre una profecía, y cuando vi que tenía paralelismo con lo que nos dijo la vidente he ido a llamaros.

Gabriela y Gaspar están anonadados. Se diría que ni siquiera respiran.

—Sí, ya sé lo que me vais a decir, que me meto donde no me llaman, que vulnero la intimidad, patatín y patatán, pero borraré el vídeo en cuanto lo veáis, no voy a subirlo a las redes.

—Pero puedes grabar desde...

—¡Ni una palabra más! —amenaza cortando a su amiga y pulsando el botón de inicio—. Mirad.

En la pantalla aparecen John y Mary, están sentados en el sofá del despacho, al principio no se les escucha pero Renata sube el volumen y da a la marcha rápida hasta llegar al momento exacto.

CHICAGO

John echó una ojeada al retrato colocado en la estantería de sus últimas vacaciones en Puerto Vallarta. Sintió una nostalgia indefinida. Procuró sonreír a Mary, pero apenas pudo esbozar una mueca sin excesivas esperanzas.

—O sea, cuando las tropas invadieron Bagdad ¿asesinaron a trabajadores del museo y a los expertos en cultura sumeria? —preguntó Mary

desconcertada.

—No fueron los soldados, no se sabe quién lo hizo ni nunca se sabrá, pero con el transcurso de los días muchos fueron asesinados y en circunstancias extrañas, robos pequeños, trifulcas, peleas sin sentido en la calle. Y no lo ocultaron. Se creen por encima de las leyes. El último en desaparecer ha sido Ayman Mansûr. Parece que quieren borrar la memoria sumeria, que nadie consiga tener acceso a ella.

—¿Por qué?

—No lo sé.

John la rodeó con un brazo. Necesitaba su calor para pensar sin deprimirse.

—Te parecerá una locura, pero creo que lo que temen es que la profecía pueda cumplirse y tratan de evitarlo porque eso supondría el final para ellos.

—¿Qué quieres decir? ¿Quiénes son ellos? —preguntó con un ligero temblor.

—El poder, el poder absoluto. Los amos del mundo.

John se levantó para enseñarle la traducción de la tablilla sumeria de su portátil.

—Lo que Stein está buscando es el Sello de los Destinos. Según la profecía, una sacerdotisa dominará la creación como la diosa Nintu, y con los poderes del sol o del oro, atravesará la centésima puerta... aquí la tablilla está deteriorada, falta algo. Y elevando el Sello salvará a parte de la humanidad. Esa gente irá al Dillmun, al paraíso, y...

—John, John.

Mary le tendió la mano para que volviera a sentarse a su lado. Le dio un beso.

—Es una profecía sumeria, igual que las de Nostradamus o las de tantos profetas. La mayoría nunca se cumplen. Pero hay locos que se obsesionan con esos detalles y son muy peligrosos. No me gusta nada ese trabajo. No lo aceptes. Vámonos de vacaciones o de la ciudad. Podemos empezar en otro sitio, sin que nadie nos conozca.

—¿En otro sitio? ¿Dónde no nos conozcan? ¿Qué te ocurre?

—Tengo miedo —susurró.

John la abrazó contra su pecho.

—Tranquila, siento haberte asustado. Nadie nos va a hacer nada. Los Illuminati, los Bilderberg, llámalos como quieras, supuestamente descendientes de los Anunnakis, gobiernan el mundo desde la sombra y quieren tener en su poder el Sello de los Destinos. Para lograrlo mandan a

Stein, que tiene todo el aspecto de pertenecer a la CIA o a alguno de esos grupos paramilitares, a que...

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL (MADRID)

La pantalla se queda negra, muda. Renata agita la *tablet* con un juramento en la boca.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gabriela.

—Ha petado.

—¿Cómo?

Se encoge de hombros y el sol la deslumbra. Da un paso para evitarlo y sentarse al lado de ella.

—No lo sé, déjame sitio. Se ha quedado sin batería, pero estaba por la mitad.

—¿El vídeo se acababa ahí?

—No, vi un minuto más, y... ¡Enciéndete, joder!

Renata trata inútilmente de encender el aparato mientras Gabriela repasa las palabras del profesor Miller. Palabras que se abren en un abanico de posibilidades negativas. Los Bilderberg, los Anunnakis, la CIA. Se siente aturdida, atacada y mira a Gaspar que calla ocultando entre sus brazos un rostro amedrentado. Ella no pregunta, no consuela, reacciona a su manera: con rabia; aunque no tenga los aerosoles en las manos para hacer grafitis en el muro de su azotea. Se levanta y da unos pasos rápidos alrededor del banco.

—Los poderes del oro —repite en voz alta—, los poderes del oro. Las alquimistas conocen los poderes del oro. La transformación. ¡Gaspar! —le grita pero él no reacciona—. Este monasterio no nos sirve. No vamos a volver a entrar. La alquimia no es lo que ellos buscaban, no es la riqueza material. Cleopatra lo escribió, los iniciados estaban más preocupados por la riqueza espiritual. Debemos volver a casa. Ya sabemos de quiénes debemos huir y qué debemos encontrar: la centésima puerta. Y ese dato ellos no lo tienen. Hemos dado un paso.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Renata que ya ha dado por perdida la *tablet*.

—Quiero ver ese vídeo entero. ¿Lo tienes en el ordenador?

—Sí.

—Te llevamos a casa, lo grabas en un pincho, con todos los archivos

sumeros del marido de la pintora y los llevamos a mi azotea. Debemos estudiarlos con tranquilidad. Ahí está la clave. Tenías razón, Ren.

La abraza con fuerza provocando una mueca de orgullo en la hacker. Los dos se vuelven hacia Gaspar. Está inclinado sobre sus piernas, escuchando los latidos irregulares de su corazón.

—Lo siento —murmura—, tengo miedo.

—Y yo —le contesta con cariño— pero no te preocupes, solo nos jugamos la vida.

El móvil de Ren corta una tímida sonrisa de Gaspar. La alarga con esfuerzo al sentir la mano de Gabriela apoyada en su hombro.

—¡Es mi madre! —exclama asustada—. ¡Mi casa se ha incendiado!

CAPÍTULO 21

WASHINGTON

Noah Stein observó la luz parpadeante con inquietud, luego bajó la mirada por los desconchones de un ascensor que en el siglo pasado disfrutó momentos de gloria. El guardaespaldas pulsó el botón del segundo piso y las puertas tardaron en reaccionar, para cerrarse con un traqueteo que no auguraba una ascensión rutinaria. Stein seguía sin comprender el motivo por el que Fellerstone le había citado en la habitación 214 del Hotel Watergate.

El edificio, diseñado por el arquitecto italiano Luigi Moretti, representa las velas de un barco izadas hacia el río Potomac. Estaba situado en la zona de oficinas del Watergate, un lujoso complejo de edificios con formas redondeadas que provocó un duro debate en su época. Algunos pensaban, por ejemplo el *New York Times*, que el complejo Watergate se aproximaría en el número de visitantes anuales al Lincoln Memorial, pero la realidad fue cruel con la opinión del periódico. Tras el arresto en la madrugada del 17 de junio de 1972 de cinco hombres y la dimisión de Richard Nixon, las expectativas de lujo y turismo de la zona se vieron truncadas. Los únicos clientes del hotel eran coleccionistas del escándalo que robaban toallas y llaveros con el anagrama de Watergate. Ni siquiera el Vaticano, socio de la empresa constructora del proyecto, podía salvarles de la quiebra. Hasta los emisarios de Dios tienen límites.

Michael Fellerstone, sentado junto a los ventanales, tenía la cara vuelta hacia el río Potomac. Llevaba el mismo traje grande y raído de la última vez. «A juego con la habitación», pensó Stein, dudando que se hubiera cambiado de camisa.

—Buenas tardes, señor.

El viejo le señaló una silla desvencijada a un par de metros de él y tardó en

hablar tanto como las puertas del ascensor en cerrarse.

—«Todos caemos. También decae esta mano... nadie se libra de esta dolencia: la caída».

Una nube se formó en el horizonte del río y Fellerstone repitió sus palabras en voz baja antes de continuar.

—Es un poema de Rilke. Te preguntarás por qué te he citado aquí. —No era una pregunta, siguió hablando—. Este hotel en ruinas es un ejemplo de lo que ocurre cuando las cosas se hacen mal. El caso Watergate fue una chapuza, Nixon lo pagó con el *impeachment* y este hotel cerrará sus puertas dentro de poco. Daños colaterales. La caída.

Hizo una pausa que incluso a su guardaespaldas le pareció excesiva. Se tanteó con la lengua el hueco de una muela y continuó hablando.

—Les pedí esta habitación, la 214, donde se tejió el fracaso de su incompetencia.

La palidez de su rostro no mutó cuando llamaron a la puerta. Un camarero encorvado entró empujando un carro de servicio que chirriaba lastimeramente.

—¿Te gusta la langosta?

—Sí, señor.

—He pedido langosta, fue su último menú. Es un riesgo dadas las condiciones del establecimiento, pero soy un amante de las tradiciones, no lo puedo evitar.

El camarero dispuso la cena sobre la mesa redonda de caoba. Luego, abandonó la habitación con el paso cansino de quien sabe que ya se ha gastado la vida.

—Cuéntame.

Stein se sintió incómodo. La bombilla del techo estaba sujeta por un cable amarillento. Alguien se había llevado la lámpara y la dignidad del hotel.

—En Esmirna ha habido un terremoto.

—Lo sé.

—Ayman Mansûr y el Sello de los Destinos consiguieron embarcar en un buque de carga, el *Ténedos*. Estamos investigando a la naviera propietaria del barco para averiguar el destino y trasladarme allí cuanto antes con el profesor Miller.

—¿Qué tal con el profesor?

—Ha surgido un...

Stein trató de encontrar la palabra adecuada y aprovechando la duda, Fellerstone lo miró por primera vez. Las bolsas de sus ojos eran despiadadas.

En la barbilla ofrecía una isla de pelos que la cuchilla no tuvo a bien afeitar esa mañana. El guardaespaldas acercó la mesa hasta él.

—... un suceso extraño —continuó—. Al ordenador del profesor Miller le inyectamos un *payload* para tener el control de sus archivos y nos encontramos con que un *black hats* tenía hackeado su equipo.

—¿Quién?

—Esa es la sorpresa. No es importante. Una chica corriente.

Abrió su portafolios de piel para entregarle una carpeta con el anagrama de Morning Star Arts Corporation. El viejo omitió cogerla levantando el cubreplatos para fijarse en la langosta. Le habían servido dos colas acompañadas de patatas fritas y dos rodajas de tomate tan tristes como el hotel. Sacó del bolsillo de su chaqueta unos guantes de látex y comenzó a colocárselos con paciencia. Stein retrocedió la espalda hasta apoyarla en el respaldo, pero mantuvo el brazo erguido con la carpeta. Las comisuras de sus labios descendieron con cierta inquietud. No entendía por qué se estaba poniendo esa especie de guantes de cirujano. Miró hacia el guardaespaldas, que en ningún momento había variado la postura, y se acomodó para tenerle en el campo de visión. Fellerstone, ajeno a los temores, apartó con asco las rodajas de tomate y se llevó a la boca una patata, estaba fría y gomosa, la tragó sin deleitarse. No tenía ninguna intención de coger el dossier, comía con las manos. Stein, sin dejar la prudencia, volvió a colocar la cartera sobre las piernas, sus escrúpulos le impedían posarla sobre una moqueta llena de manchas sospechosas. Abrió el informe con dificultad para mostrarle en la distancia una fotografía.

—Renata Martos García, de nacionalidad española, estudiante de informática. No tiene antecedentes, ni trabajo, ni siquiera experiencia de hacker.

—¿Y qué hacía en el ordenador de Miller?

—Se bajaba los archivos de los sumerios y grababa al profesor con la cámara. Intervenimos su equipo, ordenador, móvil. Por el micrófono de su *tablet* grabamos una conversación con dos personas. ¿Quiere oírla?

—No hace falta. ¿Qué buscan? —preguntó desmenuzando con los dedos ambas colas de langosta.

—Están interesados en la alquimia y en la profecía que el profesor Miller conoce sobre el Sello de los Destinos. Destruimos su equipo.

Mordisqueó un trozo con excesivo cuidado, temiendo encontrarse una desagradable sorpresa dentro. Lo tragó con lentitud.

—Come, sin duda no son las de Ed's Lobster, pero habrás comido cosas peores.

Stein acercó la silla hasta la mesa sin soltar el dossier ni la cartera. Su cubreplatos tenía una mancha de óxido en la parte inferior, lo retiró con la punta de los dedos.

—La mejor langosta que he comido fue en La Habana. La preparó Gilberto Smith, una exquisita Langosta Hemingway. Esos comunistas no tendrán dinero pero saben cocinar una langosta. ¿Quiénes son esas personas?

La pregunta consiguió desviar la desolada mirada de Stein sobre su plato. Tenía una cola de langosta menos pero una rodaja de tomate seco de más. No era un cambio equilibrado.

—Un hombre y una chica. De él no tenemos nada, salvo el apodo o el nombre por el que lo llaman. Localizamos a la chica. Se llama Gabriela Rojo Álvarez. Nacionalidad española. Trabaja de auxiliar en una residencia de ancianos pero ahora está de baja. Es huérfana y pinta grafitis...

—¿Huérfana? —preguntó cortándole.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

Ante el inusitado interés, Stein buscó entre los documentos de la carpeta para mostrarle una fotografía de Gabriela. El viejo se quitó los guantes precipitadamente y se la arrebató de las manos. Sus pobladas cejas apuntaban con ilusión hacia la bombilla pelada.

—Se parece a su madre —dijo después de observarla un buen rato, para añadir en un tono más alto—. ¿Cómo conseguisteis sus datos?

—Por la página web de Renata. Tiene muchas fotos con comentarios sobre las dos, así accedimos a la página de Gabriela. Ella la utiliza para subir sus grafitis. Es una de esas artistas callejeras que pinta cosas raras en las paredes. La mayoría de los jóvenes escriben sus datos personales. Sin embargo, Gabriela, únicamente había subido el nombre de la residencia donde trabaja y su *tag*.

—¿Su *tag*?

—Una especie de símbolo con el que firma sus pinturas. Bill entró en el ordenador de la residencia y grabó todo su historial. Enfermedades, cuenta corriente, domicilio...

—¿Alguien más tiene esta información?

—Bill y usted.

—Bill.

Fellerstone repitió el nombre torciendo el cuello hacia el guardaespaldas y volvió a sumergirse en la fotografía con el mecanismo de su cerebro chirriando por encajar las piezas.

—Ella es nuestra Dorothy Gale.

—¿Cómo?

No le contestó. El rostro del viejo adquirió un color optimista que indujo a Stein a pensar que la langosta se encontraba en buen estado. De todas formas, seguía sin atreverse a tocar su plato.

—¿Por qué está de baja en el trabajo? —le preguntó nervioso.

—Está embarazada.

Fellerstone se levantó con tanta energía del sillón de cuero cuarteado que estuvo a punto de derramar la langosta por el suelo. Con el movimiento tiró el cubreplatos, que fue alargando el sonido metálico hasta quedar totalmente inmóvil junto al ventanal. El guardaespaldas había iniciado un paso hacia su jefe, creyendo que se caía, pero lo detuvo en seco. Noah Stein vaciló unos segundos sin saber qué decir.

—Y pinta grafitis, es curioso lo de los genes —comentó emocionado, sin dejar de examinar la fotografía.

—Perdone, señor, ¿este descubrimiento cambia en algo la operación?

—No, no, no, no, no.

Pronunció la retahíla de noes con el tono de un niño jugando. Luego volvió a guardar silencio mirando hacia el río Potomac. La luz ya era escasa y Stein apenas distinguía el rosetón de barba mal afeitada que lucía en la barbilla.

—¿Tenemos a algún hombre de confianza en España?

—Nosotros no, pero siempre hay alguien de Langley en la embajada dispuesto a investigar por dinero.

—No quiero a nadie de Langley. Manda un equipo inmediatamente. ¿Y Litvak?

—En el aeropuerto de Esmirna, esperando instrucciones.

Michael Fellerstone emitió un sonido gutural que se asemejaba a una carcajada.

—Presiento que nos vamos a encontrar todos muy pronto —dijo caminando hacia la puerta—. No hagáis ningún daño a Gabriela, la quiero a ella y a su hijo.

—Sí, señor.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, Noah. No te vayas sin comerte la

langosta —le ordenó señalando el plato con la fotografía para volver a cogerla con ambas manos y marcharse mirando a Gabriela.

Antes de abandonar la habitación el guardaespaldas encendió la luz. La bombilla estaba tan gastada que su haz apenas hizo brillar el cubreplatos de Stein.

—Dorothy, ¡cuántas vidas esperándote!

Fellerstone emitió de nuevo el sonido gutural pero esta vez fue cortado por el golpe de la puerta al cerrarse.

Noah Stein escrutó a su alrededor nervioso, intuyendo la presencia de alguien más en el cuarto. El ventanal reflejaba su imagen: sentado en una silla vieja, con la cartera y la carpeta del dossier sobre las piernas, solo, en una habitación de hotel en la que consideraba deplorable hasta respirar y frente a una cola de langosta fría.

—¡Maldito viejo!

La bombilla se fundió.

BUQUE DE CARGA *TÉNE*DOS

Yo, Sag-giga, memoria de los sumerios, he dominado el ruido de los océanos y del barco hasta convertirlos en las notas que Bashira cantaba para mí, cuando la tarde era rumor de besos y el amor ocupaba nuestra casa en Bagdād desconociendo el vértigo.

*La luna nueva brilla en tu rostro
tu sombra derramará lágrimas por ti.
Échate, échate en tu sueño.*

Y recordando esta nana sumeria me eché y soñé. A través de la meditación consigo mitigar la pena de no habitar los mundos que me proponía su piel. Oh, Bashira, mi dulce Bashira. Juro que volveré a ti en cuanto los dioses dispongan en mi camino a Aquel de corazón puro, digno de elevar el Sello de los Destinos.

—¡Sag-giga! ¡Sag-giga!

Un fuerte empellón del hombre parco me sacó del apacible trance. Estaba de pie junto a mi contenedor y me urgía con la mirada.

—¿Qué ocurre?

—Ayúdame a abrir la puerta.

—¿Para qué?

—Para salir de aquí.

—Hemos estado toda la noche navegando, estaremos en alta mar, ¿de qué nos servirá salir de la sentina?

No era fácil mantener la cordura en medio de los océanos, sin saber adónde nos dirigíamos, sin comida, ignorando qué pensaba hacer el capitán del barco con nosotros. En esa delgada línea de la demencia, comprendí su desmedido afán por huir a ninguna parte.

Había un hecho tranquilizador, ni siquiera nos habían registrado. Yo continuaba con mis pertenencias y Serkan Çetin Utku con su bolsa de Adidas y... ¡La pistola en el tobillo!

Me tiré del contenedor y acudí raudo a prestarle ayuda.

—Estos marineros no son bandidos, ni siquiera nos han registrado. No creo que nos hagan daño.

—Tira de la palanca conmigo —dijo sin escucharme.

Asimos la palanca e intentamos bajarla con todas nuestras fuerzas. Fue imposible, seguramente estaba atrancada desde el exterior. Los pies se nos resbalaban entre el agua maloliente y no disponíamos de ningún punto de apoyo para reforzar el empuje.

—Hay que encontrar una barra. Mira dentro de tu contenedor.

Inicié el movimiento pero ambos nos quedamos parados al escuchar ruidos al otro lado. La palanca comenzó a moverse... hacia arriba, y la puerta se abrió. Nos miramos decepcionados.

—Seguidme.

Era el marinero enjuto que custodiaba la pasarela del barco en el puerto de İzmir.

—Tenemos hambre —le rogué con humildad—, no hemos comido en dos días. ¿Nos puede dar algo de comida?

—¡Vosotros sois la comida! —gritó divertido entre risotadas graves que no correspondían a la flaqueza de su cuerpo.

Observé amedrentado a Serkan Çetin Utku por la posibilidad de que me hubiera equivocado en mi comentario sobre la tripulación y fueran a tirarnos por la borda. Me calmó con un giro de su cabeza y salimos de la sentina.

Subimos unas escaleras y luego doblamos a la izquierda, atravesando un pequeño habitáculo lleno de cajas de cartón. El hombre parco me señaló una etiqueta y me dejó pasar delante. Escuché como tosía al tiempo que rasgaba una de las cajas. Cuando el marinero se dio la vuelta ya se encontraba a mi lado tosiendo igual que un perro.

—Eso te pasa por fumar —dijo recriminándole el vicio.

El siguiente pasillo nos llevó a la puerta de la bodega que cumplía funciones de taller. Las maquinas textiles se fueron parando gradualmente al vernos entrar. Las mujeres agachaban la cabeza sobre las telas a nuestro paso, todas menos la niña de mirada dolorosa que esbozó un amago de sonrisa intentando mostrar solidaridad.

—¡Vamos! —gritó el marinero enjuto al ver a Serkan frenado ante ella.

Volvimos a subir otras escaleras para acceder a la cubierta de superficie por proa. Sopla viento del noroeste, luego supe que lo llamaban gregal, al no estar acostumbrado era difícil caminar derecho para recorrer el centenar de metros que nos separaban del puente de mando situado a popa. Apenas había marineros, pero al pie de la caseta de navegación nos aguardaban tres hombres. El del centro era el más bajo y la falta de pelo en la cabeza, tampoco tenía cejas, le hacía un efecto de aplanado, como si tuviera la cara borrada y los gestos no encontrarán acomodo.

—Os habéis subido al barco equivocado. A los polizones los tiramos por la borda. Dadme una razón para no hacerlo.

Por el acento supuse que era de Lubnān, los libaneses tienen fama de ser grandes marineros debido a sus raíces fenicias, pero lo que me inquietó no fue su origen, sino la ausencia de agresividad en la voz, esa frialdad hería más que una amenaza.

—Yo no sé nadar, señor.

Los tres se echaron a reír por mi ridícula súplica y fueron secundados por el hombre enjuto de graves carcajadas.

—Tranquilo, te tiraremos con un flotador... al cuello.

El que me contestó estaba a su derecha y le sobresalía una barriga del tamaño de un odre. Serkan Çetin Utku permanecía impasible ante las risas. Escrutaba a su alrededor analizando las posibilidades de una refriega. Había otros dos marineros faenando con cabos en el mástil de carga.

—Quedan siete días para llegar a puerto.

—¿Adónde nos dirigimos?

El capitán de la cara borrada no respondió a mi pregunta, esperó a que se calmara un golpe de gregal antes de continuar.

—Y otros seis días para volver a Esmirna, así que o trabajáis o vais al agua. ¿Qué sabéis hacer?

—Cocinar, señor.

A lo mejor me precipité en mi aseveración, pero la idea de estar cerca de la

comida, después de tanto tiempo sin probar bocado, me pareció acertada. Siempre era mejor andar entre fogones que chapotear entre aguas heladas.

—¿Y tú? —le preguntó a Serkan.

—Yo sé estar callado.

Su contestación no les agradó de la misma forma que la mía. Ninguno sonrió.

—Eso será importante cuando regresemos a Esmirna —dijo el capitán—. Egan, llévatelos a la cocina, el muchacho te ayudará a cocinar y al callado dale un cubo y que friegue el buque. Ese trabajo requiere silencio.

Egan se rascó la barriga de odre, murmurando unas palabras en griego que no entendí, no parecía contento con su designación. El capitán lo calló con un giro despectivo de su mano, la cara borrada no admitía gestos.

—Este barco no existe, por lo tanto vosotros habéis desaparecido en el terremoto. Si habláis con las mujeres, si dais un problema, si no obedecéis las órdenes, nadie os buscará en el fondo del mar. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

La cocina se encontraba a popa, tuvimos que bajar un par de tramos de escalera siguiendo a Egan.

—Vais a ser mis marmitones —dijo con acento griego—, y más os vale hacerlo bien o no dudaré en arrancaros las orejas y servir las de aperitivo a la tripulación. Se desayuna a las siete, se come a mediodía y se cena a las seis de la tarde. Vosotros lo haréis cuando acaben todos. El menú es café con galletas, patatas con pescado de comida y pescado con patatas de cena.

—¿Con más pescado? o ¿más patatas? —pregunté con gracia.

—Más hostias.

Únicamente admitía sus bromas. Abrió la puerta de un manotazo. Era un cuarto pequeño, de unos ocho metros cuadrados. A la izquierda tenía una cocina con cuatro fogones y un horno, enfrente una estantería de plástico rojo con especias, botes de salsa y cazos de cocina colgando. En medio disponía de una barra donde estaba el fregadero y a la derecha una especie de frigorífico o nevera grande con la puerta oxidada.

—Os preguntaréis cómo nos vamos a mover aquí los tres —dijo con las manos en la barriga—, vosotros mal. Ahora mismo vais a ayudarme a servir la comida a las mujeres del primer turno. Uno que coja el perol, el otro la garrafa de agua y seguidme.

Egan cogió un cazo, decidí no gastarle bromas sobre el peso. La garrafa de agua era de veinte litros. Serkan la agarró dejándome el perol que parecía más

liviano.

El comedor estaba al lado de la cocina. En la sala habría una treintena de mujeres esperando la comida, algunas con el *hiyab* cubriéndoles el cabello. No era el caso de la niña de mirada dolorosa que repitió el gesto de su sonrisa. No pudimos hablar por la vigilancia del odre griego. Cada una se encargaba de lavar su plato y sus cubiertos desechables, además, debían conservarlos durante la travesía. Egan les echaba un cazo de comida y Serkan les rellenaba un vaso de plástico con agua. Cuando acabó el segundo turno servimos a la tripulación, también en dos tandas. Contamos doce marineros, aparte del capitán de la cara borrada que almorzó en su camarote, y del cocinero griego que lo hizo con nosotros.

La comida era una especie de *Psarosoupa*, que los griegos preparan con diversos tipos de pescado y le añaden legumbres, verduras y patatas. Debido al hambre, no me encontraba en condiciones de juzgarla; con el beneplácito de Egan, engullí dos platos en un parpadeo.

—En el barco solo se puede fumar en cubierta —advirtió al ver a Serkan dejando en la mesa su paquete de tabaco—. Podéis subir y descansar. Pero media hora, aquí siempre hay trabajo.

—Yo no fu...

El hombre parco impidió que terminara la frase agarrándome por un brazo. Me sacó de la cocina sin amabilidades. Subimos por las primeras escaleras y antes de salir a cubierta encendió el cigarrillo para evitar los vientos. Nos sentamos en el suelo, al refugio del puente de mando, y tras comprobar que no había nadie cerca, sacó con precaución la etiqueta de la caja de cartón.

—¿Sabes chino? —preguntó con el cigarro temblándole en los labios.

La etiqueta era blanca, con la marca en el centro: Indit... las dos últimas letras eran ilegibles. El resto lo ocupaban cuatro líneas en caracteres chinos o *hánzis*. Serkan Çetin Utku soltó la etiqueta, hizo un par de remolinos y el gregal se la llevó por estribor.

—¿Nos llevan a China?

Mis palabras se fueron tras ella.

CAPÍTULO 22

MADRID

Renata cae de rodillas. Gaspar se agacha a su lado intentando consolarla mientras la madre grita y llora sin poder contener la rabia. Gabriela observa, y aprende. Siente la cólera que emana cada una de sus células, y aprende. Siente la indignación por las paredes quemadas, y aprende. Aprende que el dolor es negro igual que los restos calcinados de la casa, aprende a convertir el dolor en luz, en fuerza, en sabiduría. A contemplar su cuerpo desde el alma, examinando cómo sus brazos se cruzan en el estómago y su espalda se dobla ante la carga de ira energética que ellos desprenden. Absorbe la violencia de sus palabras, el odio de sus rostros, la furia de sus movimientos y se inclina con suavidad, se desliza hasta sentarse en el suelo carbonizado, en la postura de loto, para recibir el amor del universo, para sentir un torrente de luz penetrando por el séptimo chacra. El *Sahasrara*⁴⁵ la conecta con lo eterno, lo que no muere, su propia conciencia, el *Samādhi*⁴⁶. Sus labios comienzan a susurrar «Om Mani Padme Hum... Om Mani Padme Hum», tranquilizando, aquietando la mente y el espíritu, proyectando desde su pecho oleadas de amor sin juicio, de amor fresco, puro. El susurro se convierte en cántico repetitivo «Om Mani Padme Hum... Om Mani Padme Hum... Om Mani Padme Hum». Gaspar se vuelve hacia ella desconcertado, la madre suspende el llanto y Renata pretende frenarla levantando una mano que no llega a su destino. El *Anahatha*⁴⁷ de Gabriela los envuelve en un aire sutil, desplegando su capacidad de amar, proyectando imágenes y pensamientos radiantes. Ninguno de los tres entiende qué hace en esa postura, ni las palabras que poco a poco se acallan para abandonarles en la levedad de sus respiraciones. Todo es silencio, paz.

—Gabriela —musita con dulzura Renata.

Gabriela abre los ojos y los mira, uno por uno, sonriente.

—Debemos irnos. Te vienes a vivir conmigo hasta que el seguro arregle la casa. Usted —continúa dirigiéndose a la madre—, no se preocupe, puede irse con su hermana. Vamos.

—¿Cómo sabías que me iba a ir a casa de mi hermana?

Se encoge de hombros ante la pregunta de la madre.

—¿Qué has hecho? ¿Qué decías? —pregunta Renata con asombro.

—¿Yo? Nada. Os escuchaba. No perdamos más tiempo.

Abajo, en la calle, los niños corretean detrás de un balón en la plazoleta de tierra; un anciano aprieta sus rodillas contra el enrejado del balcón para ver el partido y recordar. Los tres se mezclan entre el polvo y los gritos en dirección al coche.

—¿Qué provocó el incendio, Renata? —pregunta Gaspar mirando a la pelota, reminiscencias infantiles.

—Una subida de tensión. Yo tenía todo conectado al ordenador. La televisión, el móvil, la calefacción, el aire acondicionado...

—¿Para qué?

—Se llama domótica, los expertos la definen como la integración de la tecnología en el diseño inteligente de un recinto cerrado. Con el móvil, desde cualquier sitio, puedo encender la calefacción o el aire o poner en marcha el horno para que cuando llegue a casa la comida esté hecha.

—¿Y qué pasó?

—Una subida de tensión provocó un cortocircuito o algo así. La regleta no resistió tener tantos aparatos conectados. Yo no he sabido integrarlo bien, pero es el futuro.

—¡Joder con el futuro!

—Es culpa mía, dejé el ordenador grabando al profesor Miller y la...

Renata se calla sin terminar la frase. Hay algo que no le cuadra en su propia explicación. El balón llega a los pies de Gaspar que se ilusiona y regatea a un chiquillo, a dos, a tres, hasta que el tropel de jugadores se le echa encima y las patadas no encuentran la pelota pero sí golpean sus piernas.

—¡Eso es falta y expulsión! —grita desde el suelo.

*

Gabriela siente que su cuerpo percibe el peligro, está tenso, dispuesto a luchar, contraído por el miedo. Necesita contemplar ese miedo desde fuera, desconectarse de la emoción para no ser controlada por ella. Necesita ser la observadora para que el inconsciente salga a la luz y le muestre el camino.

«Quien controla el pasado, controla el presente» dijo Orwell. Gabriela nació sin pasado al ignorar quiénes son sus padres, quiénes fueron sus ancestros, quién es ella. La regresión le hizo conocerse en Cleopatra, añadir piezas al puzle y aunque esas piezas sean lejanas en el tiempo, quizá la clave

sea entender el tiempo como un todo o en palabras de Eckhart Tolle: «La clave es acabar con la ilusión del tiempo».

Señor se cuele en la azotea y ronronea en sus piernas para recibir una pequeña dosis de cariño. Lleva un arañazo en el lomo, tal vez por alguna pelea. Gabriela intenta lavárselo pero el gato bufá. Los solitarios saben gestionar sus heridas.

—Supongamos que yo soy esa sacerdotisa —les dice sentándose en el poyete de la azotea—, y que necesito encontrar el Sello de los Destinos. ¿Cómo podemos buscarlo?

—Primero tendremos que saber qué es el Sello de los Destinos —señala Gaspar.

—Lo sabríamos si mi ordenador no se hubiera achicharrado —añade Renata entrando con tres cervezas.

—¿No puedes acceder a los archivos del americano desde mi ordenador?

—Podría intentarlo.

—Espera, espera. —Gaspar procura detenerlas—. Si lo que ese profesor decía en el vídeo es cierto, lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de este asunto y emigrar a Katmandú. Ese sello... postal, o como se llame, lo persigue gente muy peligrosa. ¿Nos vamos a jugar la vida?

—Ya lo hicimos en otras ocasiones, Gaspar. —Gabriela deja la botella, no quiere beber alcohol.

—¡Joder con la Cleopatra! Escucha, aunque Renata consiga esos archivos ¿Qué haremos después? ¿Adónde hay que ir a buscarlo? ¿Sabes qué hacer con él?

—Para eso vamos a hacer otra regresión.

Señor se sube al poyete permitiendo que lo acaricie. La cola se alarga hacia el infinito.

—Hay que averiguar en qué punto debería encontrarme con el Sello de los Destinos antes de que lo haga el tío ese de la CIA.

—Tú lo has dicho, la CIA. Y enfrente nosotros. —Las señala con un gesto despectivo—. Dos crías que juegan a ser espías y un psicólogo asustado. ¡Joder, pensad un poco! No podemos ganar la partida a la central de inteligencia americana, ni a los Bilderberg, ni...

—Estoy de acuerdo en lo del psicólogo asustado —dice Renata.

—Tranquilo, tienes miedo.

—¡Para no tenerlo! —Da un trago a la cerveza—. Está caliente, ¿qué tienes tú contra la cerveza fría?

Su primera intención es dejar el botellín en el poyete pero endereza la espalda observándolas, incitándolas a hablar. En el fondo desea que le convenzan.

—Ellos todavía no saben quiénes somos, tenemos una ventaja, vamos un paso por delante.

—Venga, Gabriela, esos tíos no tardarán en saber que hasta le pagué a mi novia un implante de pecho.

—¿Ah sí? Oye, ¿y cómo le quedó? —curioseas Ren.

Gaspar va a contestarle una grosería. Ella apunta las pecas hacia el pecho, imaginando el resultado de la cirugía estética en su cuerpo. Gabriela se descalza, pisa el suelo, su cuerpo requiere el contacto con la tierra aunque sea a través del barro cocido de las baldosas. Debe llevar a Gaspar a una situación límite para que logre mirar más allá de su egoísmo. Si consigue introducirle la percepción de que su vida se derrumba, se olvidará de seguir escenificando su drama y entrará en un estado de aceptación.

—Lo que acabas de decir es verdad. Son profesionales sin escrúpulos, pero, cuando descubran quiénes somos ¿no nos harán nada si lo dejamos aquí? ¿Les bastará con que pidamos perdón? ¿No nos asesinarán por saber demasiado? La única posibilidad, por muy remota que tú la sientas, es adelantarnos a ellos. Quedarnos quietos es un suicidio.

Gaspar raspa el vértice de la etiqueta del botellín con la uña de su dedo índice. No es fácil despegarla si no está fría y mucho menos admitir el laberinto donde se han metido.

—Te propongo una cosa. Ayúdame en otra regresión y si al acabar quieres marcharte, eres libre. Nunca más volveré a buscarte.

—Salvo que quieras pagarme una operación de pecho. Yo estoy dispuesta a tratarte igual que tu novia: con desprecio.

Ignora el comentario de Ren y se lleva la cerveza a los labios para volver a apartarla inmediatamente. Le embarga un sentimiento de temor. Igual que hizo Gabriela en su casa, se palpa los bolsillos buscando un paquete de tabaco que no encuentra.

—¿Nadie fuma en esta casa?

—No.

—¿Qué sanas sois, coño! —ironiza para ganar tiempo—. ¿Por qué estás tan segura de que una regresión nos dará esa pista?

—No lo estoy, Gaspar, pero no perdemos nada por intentarlo. Ahora mismo es nuestra única arma.

Señor se limpia una pata y luego maúlla irritado exigiendo un acuerdo para que le sirvan cuanto antes su tazón de leche.

—Está bien —murmura masajeándose el párpado izquierdo en su tic habitual de nervios, de asfixia ante la realidad.

—Ren, nos vamos a mi habitación, intenta encontrar información sobre el Sello de los Destinos.

—Te recuerdo que necesito comprarme ropa, no sé, unas camisetas, unos pantalones, bragas...

—Tranquila, nadie te las va a quitar.

La ironía de Gaspar es contestada con una peineta.

—Voy a apagar el móvil, no quiero que una llamada nos estropee la regresión —dice camino del dormitorio—. Apaga el tuyo, Ren.

Señor la mira desconcertado. Los han dejado solos. Su única posibilidad reside en convencer a la chica con pecas e intenta aprovecharla. El maullido que lanza engloba todas las penas del mundo, el brillo triste de sus ojos acaba por enternecer a la hacker. Renata le sirve un tazón de leche. Luego apaga su móvil y lo deja en la mesa, junto al de Gabriela. Sin muchas esperanzas teclea en el ordenador Sello de los Destinos. El resultado de Yahoo es descorazonador: sello de destino alterado – Monedas – World of War. El primer resultado es un juego. Te ofrece la oportunidad de obtener tesoros de jefes míticos de la Legión; y el segundo, y el tercero; el cuarto es una empresa turística avalada con el sello de turismo. Suelta un suspiro alargando el final hasta rozar un quejido. Señor tiene demasiada hambre para consolarla, continúa con el tazón de leche. Si consiguiera arreglar la *tablet* accedería a los archivos, aún está en garantía, pero no puede llevarla al servicio oficial por la cantidad de aplicaciones pirateadas en el disco duro. Ve la cerveza de Gabriela en la azotea y sale por ella. Está caliente. No le importa demasiado porque bebe con sed. Ya en el interior se detiene y suelta un eructo del que se avergüenza mirando hacia la habitación, espera que no lo hayan oído. A lo mejor Alex podría ayudarla. Era un compañero suyo de carrera, experto en clonar sistemas. Todavía conserva su teléfono porque tuvieron un... de repente se queda inmovilizada. Una luz roja parpadea en el móvil. Lo había apagado. Piensa con celeridad. El cortocircuito de su casa, la *tablet* estropeada, el móvil apagado y funcionando. Las ideas se le acumulan. Siente pánico. Nada ha sido casualidad. Lo había apagado. La luz roja se clava en las pupilas. Se erige en una especie de tornado que absorbe el aire. ¡Los están grabando desde su móvil! Renata boquea, se asfixia, busca una mirada cómplice pero

hasta Señor ha abandonado la buhardilla.

MURUZÁBAL (SIGLO XII)

Cabalgaban por el valle de Ilzarbe, en medio de un robledal que apenas permitía la luz del sol. Sancha aguzaba el oído deseando oír el rumor de un arroyo. Le sirvió de rastro la última vez que visitó la llanura, cerca de Muruzábal. El canto de los pájaros y el ruido de los caballos era demasiado intenso para escuchar el ligero correr del agua. Sintió un hormigueo en el estómago, sabía que estaba cerca pero de no encontrarla pronto, debería dirigirse al pueblo y coger durante media legua el camino del sur, eso supondría un retraso en la jornada. Nunca sospechó que el tiempo mudara tanto el aspecto del bosque, incluso cambiando el curso de los arroyos. Habían cabalgado desde Puente la Reina, con un grupo de artesanos y canteros, para mostrarles el terreno donde quería construir la iglesia, más un hospital de peregrinos para la mayor gloria de Nuestro Señor.

*

—Dime, Gabriela, ¿qué ves?

—Estoy... estoy en un bosque. Un grupo de gente va a caballo. Solo... hay una mujer. A su lado un señor con una de esas capas de los cruzados. No hablan.

—¿Sabes qué bosque?

—No, no lo sé... es... es... mágico.

—¿Mágico? Quieres decir que no es real.

—No, no... sí... sí es real. Es la energía, la naturaleza... la...

*

Al subir por una pendiente, el caballo de Raimundo se alzó de manos ante la acometida de un jabalí que salió de entre los matorrales huyendo despavorido. Sancha lo miró con orgullo soterrado y continuaron cabalgando por el robledal. Detrás de ellos, el grupo de canteros maldecía las leguas recorridas desde que abandonaron la Sierra del Perdón.

—Mi señora, ¿no nos alejamos demasiado de las poblaciones del valle? — le preguntó el caballero templario.

—Calma, Raimundo. Pronto daremos con el lugar elegido.

Las calandrias revoloteaban entre las ramas bajas, contestándose unas a otras con un canto de apareamiento que embriagó a Sancha.

—Este lugar es mágico, así lo entendí la primera vez que lo vi.

—No discuto vuestro criterio pero los artesanos comienzan a mostrar su disgusto y...

—¡Mirad!

El dedo de Sancha señaló el final del bosque. Entusiasmada espoleó al caballo hasta llegar a una planicie abierta, rodeada de ondulantes lomas repletas de romero y tomillo. Una bandada de tórtolas sobrevoló sus cabezas. A la derecha, el campo se suavizaba con una alfombra interminable de amapolas.

—Aquí construiremos la iglesia y el hospital para peregrinos en honor y provecho de las ánimas de los cofrades finados.

Los artesanos se miraron entre ellos sin ocultar la decepción.

—Señora, si me permitís una salvedad, ¿de qué sirve una iglesia en medio de... del campo? ¿Quién vendrá a orar?

—Quien lo necesite —contestó Sancha.

Rodrigo se revolvió en su montura, al maestro cantero no le había complacido la respuesta y buscó con ansiedad el apoyo de otros artesanos.

—Sin duda, mi señora —la voz era de Ginés, un cofrade de Obanos que acercó su cabalgadura a Raimundo—, y el lugar se me antoja cautivador y... recóndito. ¿No sería más oportuno construirla en uno de los pueblos del valle?

—A menos de media legua al norte hay un pueblo.

—Sí, pero habrá que trasladar a los trabajadores diariamente en carretas. Eso conlleva tiempo y dinares malgastados.

—¿Acaso vas a pagar tú la iglesia, Rodrigo? ¿Sacarás los dinares de tus arcas, Ginés?

Los artesanos negaron con humildad envolviéndose en sus capas, comenzaba a levantarse un aire frío. Ginés hizo un gesto al caballero templario solicitando su mediación.

—La Orden desea construir aquí una iglesia que sirva de hospital a peregrinos. Se os pagará en dinares por mi señora Sancha, que responderá de cualquier gasto por el traslado de trabajadores, y con el beneplácito de Dios, por contribuir a salvar a sus fieles. Y ahora, examinad el terreno si lo requerís oportuno.

*

—Gabriela, ¿no ves algún detalle para situar el bosque?

—No... no... no sé dónde estoy... hablan de construir una iglesia...

—¿No dicen dónde?

—Aquí, pero... es... estamos en medio del campo, es una paisaje abierto. Ella va a pagarla.

—¿Ella? ¿Te identificas con ella?

—Es... la energía de la tierra es muy poderosa... y no... no puedo... hay mucha fuerza telúrica... la llaman Sancha... y la tratan igual que a una reina... yo... déjame... yo no soy...

*

Raimundo siguió a Sancha. Ambos se alejaron en sus monturas hasta llegar al centro del calvero. Las nubes negras acababan de borrar una lengua de luz que el sol había olvidado sobre las amapolas.

—¿No lo sientes, Raimundo?

—¿Qué debería sentir?

—La fuerza de esta tierra, la energía que desprende.

—Mi señora los artesanos tienen razón. Este lugar se encuentra apartado, vos sois libre para elegir...

—Olvida la solemnidad en el trato, nos hemos alejado —le cortó Sancha—. ¿También tú vas a pensar que he perdido el juicio?

—El único que ha perdido el juicio soy yo.

Sancha emitió una carcajada haciendo feliz al caballero templario. Le complacía compartir su risa.

—¿Y hay alguna razón para que lo hayas perdido?

—Una, pero si mis labios la mencionasen me expulsarían de la Orden.

—¿Te inquieta?

—No, de hecho he decidido que después de esta misión la abandonaré.

Sancha recibió las palabras con agrado y entornó los ojos para imaginar abiertamente lo que encubrían. El aire de las colinas contribuyó a enrojecer sus mejillas.

—Escucha, nadie entenderá que construyamos aquí la iglesia, salvo quien deba entenderlo. El poder de estas tierras será utilizado por Aquel que le corresponda. Nosotros cumpliremos con nuestra obligación y después partiremos sin dejar huella.

—¿Adónde?

Sancha guardó silencio fijando la vista hacia el norte, hacia el bosque de pinos por donde transitaba la ruta jacobea procedente de Roncesvalles. Comenzó a llover.

—Entonces ya no serás templario, qué importa el lugar, ni la lluvia...

—¿Señora! —Rodrigo se acercó hasta ellos exigiendo al caballo un trote

largo—. No contábamos con la tormenta, y aún debemos discutir el número exagerado de arcos que deseáis para el claustro, tal vez...

—Rodrigo, Rodrigo, en los planos que os entregamos está claro que la iglesia debe construirse sobre una planta octogonal, y debe guardar semejanza con la Cúpula de la Roca de Jerusalén, situada en el antiguo templo de Salomón, donde los templarios tienen su propio cuartel, ¿no es así, Raimundo?

—Sí, mi señora.

—Si es una iglesia de los templarios debe ser fiel a sus estructuras. ¿Qué sentido tendría construirla de otra forma?

—Que sois vos quien la abonaréis —añadió Rodrigo bajando la cabeza—. Y el coste aumentará ostensiblemente con esos capri... instrucciones —corrige—. Con vuestro permiso, se ha hecho tarde para regresar a la villa, la tormenta arrecia, podríamos guarecernos y llegar a un acuerdo si cabalgamos hasta el pueblo...

MADRID

Gabriela escucha un alarido que comienza a sacarla del trance. La silueta de Sancha se difumina entre la lluvia y el vórtice de la regresión gira de forma inesperada. Las últimas palabras del maestro cantero se pierden entre las suplicas por no volver a la realidad antes de tiempo. Cuando abre los ojos, ve a Gaspar sujetándola por los hombros y la cara pecosa de Renata todavía congestionada por el grito anterior.

—¡Ren, estaban a punto...!

—¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!

Los gritos de Renata enmudecen la habitación. Señor se sube de un salto y se refugia temeroso entre las piernas de Gabriela, percibiendo una amenaza en la desesperación. Gaspar aprieta su mano con fuerza incorporándose de la cama.

—¿Qué te ocurre? —pregunta al ver que se ha echado a llorar.

—¡Que tengo hambre, vámonos de aquí!

Ninguno de los dos comprende el comportamiento de Renata, ni su mirada esquizofrénica cuando les muestra un folio en donde ha escrito una frase con letras mayúsculas: NOS VIGILAN. Después señala el móvil apagado. La luz roja parpadea.

CAPÍTULO 23

WASHINGTON

Noah Stein entró en el número uno de Dupont Circle Northwest sabiendo que si había cien probabilidades contra una de que algo saliera mal, esa acababa de producirse. El tono de Bill, llamándole señor Stein sin un cigarrillo en la boca para entorpecer la frase, le advirtió del peligro. En la puerta de Morning Star Arts Corporation le esperaban los guardaespaldas de Michael Fellerstone con una ligera sonrisa en los labios. Esa deferencia todavía le inquietó más. En el interior todo había cambiado radicalmente. Tres hombres con impolutas camisas blancas trabajaban en unos ordenadores. Bill no se encontraba en su puesto y en el ambiente no olía a tabaco.

—Han subido a la azotea, señor Stein.

Su interlocutor era joven, parecía que acababa de graduarse en la escuela Edmund A. Walsh de relaciones internacionales de la universidad de Georgetown. Dejó un dossier antes de señalarle con cortesía la escalera, como si llevara años trabajando en la oficina. A través de la puerta de cristal de su despacho pudo observar con cierto desagrado que había dos hombres más revisando documentos sobre su propia mesa.

—Somos su nuevo equipo, señor Stein —insistió el universitario adelantándose a sus dudas—. Estamos poniéndonos al día con la operación. Nuestro esfuerzo va dedicado a servirle el mejor apoyo logístico en su viaje a España.

Noah se ajustó la corbata intentando no mostrar ningún signo de sorpresa ante su inesperado cambio de destino. El muchacho mostraba una sonrisa de carillas brillantes.

—Gracias...

—Graham Bates, señor.

—Graham.

El viaje a Turquía había sido aplazado y en su lugar se disponía a viajar a España, país donde vivían las dos mocosas que hackearon el ordenador del profesor Miller. Tal vez, la llamada de Bill, pidiéndole que fuera a la oficina cuanto antes para informarle sobre Ayman Mansûr, no era del todo falsa, o tal vez, el universitario de Georgetown se había excedido en el protocolo al revelarles ese dato.

En la azotea trabajaban cuatro operarios instalando una enorme antena parabólica. Todos vestían una sudadera gris con las letras PHX Co serigrafiadas en la espalda. Bill estaba a la derecha, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en el muro. El hombre de neandertal ofrecía su aspecto más deplorable y primitivo.

—Hola, Noah.

Michael Fellerstone lo saludó jovialmente tomando café debajo de una sombrilla. Tenía los pantalones remangados hasta las rodillas y las piernas estiradas hacia el sol. Delante habían colocado una mesa plegable. A Noah Stein le habría parecido una imagen ridícula para una azotea, si no fuera porque el temor le impedía perder tiempo en juicios.

—Tienes buen gusto escogiendo oficinas. Posiblemente este edificio goce de una de las mejores vistas de Washington. Se puede ver hasta la catedral de Saint Matthew. ¿Sabías que en ella se celebró una solemne Misa de Réquiem durante el funeral de Estado del presidente John Kennedy?

—No, señor Fellerstone, no lo sabía.

—Lógico, no hay razón para preocuparse por los muertos cuando aún nos queda mucha vida, ¿no crees? —No esperó su respuesta—. A Kennedy le encantaba preocuparse por asuntos que no eran de su incumbencia, una lástima, habíamos puesto muchas ilusiones en él pero...

Noah aprovechó la pausa para observar si había alguien más en la azotea, aparte de los dos guardaespaldas. El viejo saboreaba un trago de café con la imagen de la cúpula octogonal fijando su atención.

—Una de las virtudes que más valoramos en una persona, es que no olvide nunca cuál es su puesto —continuó dejando la taza en la mesa—. Con los años he llegado a una penosa conclusión: los cargos importantes afectan al ego de los hombres, y este les obliga a tomar decisiones por cuenta propia, olvidándose de que han sido escogidos para obedecer. Eso nos conduce a sufrir...

—¿Daños colaterales? —preguntó sin dejarle encontrar el matiz adecuado.

—Exacto —contestó ajustándose en el puente de la nariz unas gafas oscuras que ocultaban sus ojeras—. ¿Te gusta tu nuevo equipo?

—Me sorprende.

Fellerstone emitió el sonido gutural característico en él, demasiado corto para considerarse una carcajada.

—Tienes sentido del humor y lo agradezco. Verás, la operación está alcanzando un nivel de prioridad máxima y necesitábamos más efectivos colaborando en ella. Bill es un gran profesional pero no podía abarcar un dispositivo de esta magnitud.

Bill no se había movido de la posición. Sus largos brazos descansaban con una excesiva languidez sobre las piernas. Noah comenzó a dudar de que estuviera vivo.

—Al parecer Graham te ha dicho que viajarás a España. Y no has preguntado nada. Esa discreción es positiva.

Podría definirse como escalofrío lo que le recorrió la espalda al escuchar aquellas palabras. ¿Ocurriría algo en Washington, en América, en el mundo, sin que el maldito viejo se enterase? El paquete de Lambert&Butler comenzaba a ser una tentación demasiado fuerte. Sin pedir permiso encendió un cigarrillo para llenar sus pulmones de nicotina. La calada fue amplia, sin demasiadas concesiones a la salud.

—Antes de hacer preguntas siempre espero la comunicación de mis superiores —dijo en un tono poco cordial.

—Entiendo tu reproche. Debimos informarte antes pero no se lo tengas en cuenta a Graham, es un buen chico. Nos servirá fielmente. Está monitorizado.

—¿Monitorizado?

La sorpresa le hizo expulsar el humo con violencia. Fellerstone lo miró con un gesto de contrariedad en la boca.

—No fumes cerca de mí.

Noah se acercó despacio al muro para apagar el cigarrillo, a unos dos metros de Bill que seguía inmóvil. La frente se le estaba enrojeciendo por el sol.

—Hemos descubierto el destino del *Ténedos* —dijo el viejo levantando ligeramente la voz—. Pertenece a una pequeña naviera turca, Gizli Deniz. Realiza viajes confeccionando ropa en aguas internacionales para saltarse las legislaciones laborales de los países y abaratar costes. En este caso, reciben los patrones y las telas desde China, y manufacturan el producto durante el viaje. Los llaman barcos de esclavos, aunque yo prefiero el término:

deslocalización.

—¿Deslocalización?

—Sí, según los economistas consiste en cambiar de lugar una unidad de producción. Es decir, grandes marcas instalan sus fábricas en países más pobres, para incrementar sus márgenes de ganancia.

—Pero ellos la han instalado en un barco.

—Sí, la avaricia tiene una imaginación desbordante.

Abandonó un gesto agrio que reflejaba su desprecio por el afán de acumular riquezas. Él no necesitaba acumularlas, ya las poseía. Dio un sorbo al café para endulzar su actitud.

—De todos modos, esta actividad tiene los días contados. La empresa Sea Code pretende anclar a unas tres millas de la costa de California, para dar trabajo a seiscientos programadores indios, que vivirán en el buque con sueldos paupérrimos, mientras programan software para centenares de empresas estadounidenses. Esto supondrá un escándalo, la prensa clamará por los derechos humanos y las fábricas, para proteger su imagen, dejarán de fletar barcos para volver a India, Vietnam, Bangladés.

—¿Usted está a favor de esa actividad, de la deslocalización?

—Nosotros estamos a favor y en contra. La ideamos, nos beneficiamos y promovemos las protestas para que siempre haya dos puntos de tensión. La historia nos ha enseñado a controlar ambos puntos. Los sindicatos y los empresarios. La revolución y los tiranos. El bien y el mal. Es la forma de controlar desde la sombra la evolución del planeta.

—¿Cómo pueden controlar ambos puntos?

—Amschel Rothschild, el patriarca del imperio Rothschild, dijo a unos periodistas: «Denme el control del dinero de una nación y no me importa quién haga sus leyes». Nosotros ya controlamos el dinero de las naciones.

—Controlan a los políticos pero es imposible hacerlo con una revuelta social.

El viejo encogió las piernas para acomodarse en la silla. Le gustaba impartir lecciones de superioridad, demostrar que en el siglo XXI poseían el sometimiento absoluto de la población sin necesidad de esconderse. Noah Stein ganaba tiempo.

—Las revueltas sociales son un ejemplo del control que ejercemos sobre la gente. Si los ciudadanos reivindican sus derechos en la calle con disturbios y violencia, se les está dando un motivo para que sea necesario implantar una seguridad más férrea, y así damos pequeños pasos para establecer un estado

policial total. Ellos obtienen algo que desean, vivir sin miedo, a cambio de renunciar a algo tan abstracto como la libertad. Los medios de comunicación son imprescindibles en este juego de...

Fellerstone suspendió la explicación al ver que Noah apoyaba una mano sobre el hombro izquierdo de Bill. La piel de la frente parecía a punto de abrirse. Tenía una gota de sangre reseca en la mano derecha.

—Se ha mareado. Llévalo a la sombra.

Los guardaespaldas cogieron al hombre de neandertal por las axilas y esperaron a que los operarios de la antena abandonaran la azotea para sentarlo junto a la puerta de entrada.

—Y ahora te daré la buena noticia, Noah.

Stein cambió la mirada hacia el viejo. Se había quitado las gafas oscuras y sus ojos eran dos estrechas grietas difíciles de apreciar.

—Vosotros descubristeis a nuestra Dorothy en España y el *Ténedos*, con el Sello de los Destinos, también se dirige a España para entregar la mercancía a una multinacional textil de este país. ¿Casualidad?

—Usted suele decir que la casualidad no existe.

—Saldrás dentro de dos días con el profesor Miller para Barcelona. Litvak os esperará allí. ¿A quién enviaste a Madrid?

—A Félix Hackman.

—Bien. Graham será tu contacto con nosotros y quien guiará tus pasos.

—¿Y Bill?

Fellerstone giró su cabeza hacia el hombre de neandertal. Se había llevado las manos a la cara y se frotaba las mejillas con vehemencia, intentando recuperarse.

—En cuanto se restablezca se incorporará al equipo y trabajará a las órdenes de Graham. Por cierto, a Miller no le digas nada del cambio de destino, ya se enterará en el aeropuerto. Habrá que monitorizarle.

Al oír de nuevo esa palabra, su concepción de la desconfianza hizo aumentar el porcentaje de probabilidades de que algo iba a salir mal. El viejo lo observaba con el gesto más parecido a una sonrisa que podía dibujar en sus arrugadas facciones.

—¿Qué significa monitorizarle?

Fellerstone hizo una señal a sus cuidadores.

—Todos nuestros hombres van monitorizados. No podemos enviarlos a una misión sin ese... «seguro» —apostilló cargando el final—. Así sabemos en cualquier momento dónde se encuentran, y lo más importante, si sufren una

enfermedad, a través del microchip localizamos la dolencia y restablecemos sus parámetros.

—¿Cómo?

—Imagínate que eres hipoglucémico, el microchip actuará sobre el páncreas para que el nivel de azúcar se normalice. No necesitarás ir al hospital, ni ingerir ninguna medicación, únicamente nos necesitarás a nosotros.

En la azotea entró un anciano vestido con una bata blanca. Llevaba una bandeja con un plato y un pequeño dispositivo parecido a una jeringuilla. Caminaba con el paso cansino de quien sabe que ya se ha gastado la vida. Noah no tardó en reconocer al camarero que les había servido la langosta en el hotel Watergate. Ya no era una cuestión de probabilidades, la certeza de que se encontraba en una encerrona le tensó la postura.

—Te presento al doctor Karl Beiglböck, es el director de nuestro centro de investigación. Hemos avanzado mucho en el terreno de la...

—Nanotecnología, señor —dijo el anciano con acento alemán—. El propósito fundamental es transmitir la identidad mediante ondas de radio. Dentro de unos años, la mayoría de las personas llevarán implantado un microchip.

—Karl es muy optimista, por eso está gozando de una larga y fructífera vida, ¿verdad, Karl?

—Sí, señor.

El sol iluminaba la bata blanca del científico alemán como si fuera una cima nevada.

—Digamos que esa situación idílica que plantea el doctor, está planificada para el 2025. Entonces sacaremos una ley que obligará a todos los habitantes a estar monitorizados. Además de curar sus enfermedades sin acudir a los hospitales, podrán realizar cualquier tipo de operación: comprar, vender, acceder a sus cuentas bancarias, abrir y cerrar sus casas.

Noah desechó una mueca por la falta de esperanzas. Lo que estaba escuchando le exasperaba los nervios.

—El microchip se alimenta de energía procedente de los movimientos del corazón, los pulmones y el diafragma. La implantación conseguirá que el cuerpo físico sea legible para una máquina, señor Stein.

—¿Y quién manejará esa máquina, profesor? Porque supongo que podrán interactuar negativamente sobre tu cuerpo y tu cerebro a través de impulsos eléctricos.

El ritmo irregular de la frase se debía a la respiración alterada. Estaba

rígido, temiendo que el discurso sobre ese futuro orwelliano acabara con su libertad.

—La manejará el gobierno, los médicos, los científicos, pero siempre pensando en el bien de las personas —Karl Beiglböck se agarró las manos por la espalda acordándose de cuando impartía clases en la universidad—. Por ejemplo, en China están muy avanzados en el tema anticonceptivo. A través del microchip, se pueden liberar en el cuerpo de una mujer progesterina o estrógeno, para que actúe como un método de control de natalidad. Exclusivamente nacerán los bebés que el mundo necesite. ¿No es maravilloso?

El timbre de su acento extranjero impedía captar alguna emoción en el tono.

—Es aterrador.

Les sorprendió la rapidez del reproche. A Michael Fellerstone comenzaba a molestarle hasta el color rojizo de la cúpula octogonal de Saint Matthew. Se había bebido la taza de café y pensó la siguiente frase repasándose con un dedo los pelos desordenados de la ceja izquierda.

—Noah, te falta el concepto de estrategia global para llegar a comprender lo que significa el nuevo orden. La sociedad debe estar por encima del individuo.

—¿La sociedad o su élite?

El viejo acabó arrancándose el pelo rebelde de la ceja a modo de respuesta.

—Entiendo. No necesito que me implanten nada, señor. Le agradezco su interés pero yo tengo buena salud. Con su permiso me iré a preparar el viaje. Me esperan unos días agotadores.

Stein inició un movimiento hacia la puerta de entrada que fue frenado por el cambio de posición de uno de los guardaespaldas. La antena parabólica giró hacia la derecha y el ruido del motor sirvió de elipsis. Todos admitieron la pausa.

—Noah, Noah. Te tengo cariño pero últimamente me estás decepcionando —Fellerstone se levantó guardando las gafas en el bolsillo delantero de su chaqueta—. En el hotel Watergate ordené que te comieras la cola de langosta.

Karl Beiglböck levantó el plato que llevaba en la bandeja con la cola de langosta, las patatas y las tres rodajas de tomate. Su aspecto en la habitación del hotel era menos deprimente.

—Si en algo tan nimio desobedeces, ¿qué ocurrirá si debes tomar una decisión arriesgada?

El científico dejó el plato sobre la mesa plegable que había debajo de la sombrilla y a continuación, sacó unos cubiertos de una bolsa antiséptica y se

retiró discretamente un par de metros.

—Que se coma la langosta y luego le implantáis el microchip —ordenó abandonando la azotea.

Bill reprimió una náusea.

CAPÍTULO 24

BUQUE DE CARGA *TÉNE*DOS

Antes fue su nombre,
antes que todas las cosas.
No había memorias,
ni sonámbulos,
ni poetas.
Los cisnes no doblaban el cuello
hacia la nostalgia,
la niebla no había nacido,
y en esa luz sin errores,
descifrábamos el amor
en los rincones de la tarde.
Después, comencé a oír
el eco de mis pasos.

Encerrado en un minúsculo camarote, privado de la compañía de Serkan Çetin Utku, escribía versos a Bashira para desmentir que mi razón se escoraba hacia la locura. A veces, me servía del camastro para mirar por el ojo de buey hacia el mar y que mis pupilas no quedaran limitadas por la estrechez de aquellas cuatro paredes de hierro, en donde antiguos inquilinos habían arañado, con algún objeto punzante, palabras obscenas y fechas que supuestamente marcaban el inicio o el final de su encierro. Yo podía grabar el año de 2003, ignoraba si aún seguíamos a finales del sexto mes, *Yumada al-Thania*, o a principios del séptimo, *Rayab*.

Las horas se sucedían torcidas, llenando de memoria el precio de no gozar de la lluvia, llenando de memoria la intensidad de un aliento que fue lenguaje y hoy tejía ausencias. La memoria es un camino que no siempre se elige.

—¡Sag-giga, la comida!

El odre griego dejó un plato con *psarosoupa* en el suelo y un vaso de agua.

—¿Dónde está Serkan? ¿Qué habéis hecho con él?

Egan negó la respuesta con tal rotundidad que su estómago osciló con la morbidez de un flan. Antes de marcharse pude apreciar un atisbo de cariño en sus agresivos rasgos. No era excesivo el consuelo que me brindaba pues llevaba dos días encerrado, desde que descubrimos el verdadero destino del buque. El hombre parco había desechado la idea de que nos llevaran a China, puesto que el trayecto no sería de siete días como nos había anunciado el capitán de la cara borrada, y yo añadí, que navegábamos en dirección contraria ya que el sol despuntaba por popa. Seguramente nos dirigíamos a algún puerto europeo.

Cuando estábamos sirviendo la cena, la niña de mirada dolorosa levantó la mano. Egan refunfuñó, era el segundo turno de las mujeres, aún nos faltaba la tripulación y el hambre le distorsionaba el carácter.

—Tú —dijo señalándome con el cazo— acompaña la.

—¿Adónde?

—Al retrete. Y rápido.

Reconozco que me azoré, estuve a punto de tirar el perol y derramar la *psarosoupa* despertando la jocosidad de las presentes, todas cacarearon como gallinas cluecas. Diré en mi descargo, que nunca me habían encargado la misión de acompañar a una chica al servicio.

—Tranquilo, muchacho, no te va a violar. Dale cinco minutos desde que entre, ni un segundo más. Vamos.

Las mujeres en el barco disponían de libertad para moverse por sus dependencias. Si necesitaban acudir al lavabo fuera de esa zona, debían hacerlo bajo la vigilancia de un miembro de la tripulación. La ordenanza era muy estricta. Les permitían subir a bordo con una muda, nada de objetos personales ni artículos de aseo. Incluso no contrataban a mujeres que pudieran tener los días de pérdida durante las jornadas del viaje.

Salimos del comedor y tras cruzar la cocina, cogimos el pasillo de estribor hasta llegar a un cuarto con un retrete turco y una manguera enganchada con alambre a la boca oxidada de un grifo. La niña de mirada dolorosa entró y cerró la puerta. Yo me sentía violento y, pretendiendo ofrecerle más intimidad, comencé a silbar fuerte una canción para no oír determinados ruidos.

—¡Cállate!

Su orden hizo que las últimas notas se quedaran descolgadas por mis labios.

—¿Estamos solos?

Miré a ambos lados del pasillo y después afirmé con la cabeza. Estaba tan

nervioso que no me daba cuenta de que ella no me veía.

—Sí, sí, sí —dije precipitadamente al comprobar mi error.

—Escucha con atención. Una de las chicas que viaja en este barco acompañó a Ebediyet cuando huyeron en el puerto. Tenían la dirección de un hombre turco, suele ayudar a los que llegan sin papeles. La chica regresó porque era un lugar malo y se negó a entrar, desde entonces no sabemos nada de Ebediyet.

—¿Un lugar malo?

—Sí.

—¿Qué clase de lugar?

—Pues uno de mujeres.

—¿Un lugar malo de mujeres? ¿Qué clase de...?

—¡Cállate!

Abrió la puerta de golpe y la volvió a cerrar sin miramientos después de entregarme un pequeño trozo de tela arrugada.

—Apréndete esa dirección de memoria y devuélvemela.

Había cosido la dirección con hilo negro en un trozo de tela de saco desgarrada. Şükrü Mehmetoğlu – Carrer Petxina 13 – Barcelona.

—¿Barcelona? ¿Esto es en...?

—En España, igual que en el anterior viaje. No podía decirlo el primer día porque esa información nos está prohibida. Las mujeres no podemos saber el destino para que no planifiquemos la huida, en caso de viajar a algún país generoso con los emigrantes sin papeles. Si me hubiera oído alguien de la tripulación, o alguna chivata que quisiera ganar favores, me habría costado el jornal entero.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Eso qué importa. ¿Te la has aprendido?

«Şükrü Mehmetoğlu, Carrer Petxina, 13. Barcelona». Repetí varias veces la dirección para asentarla en mi memoria. Cuando iba a emplear una regla nemotécnica para fijarla, la niña de mirada dolorosa volvió a abrir la puerta, me arrebató la tela de las manos, la tiró al retrete turco y abrió la manguera durante unos segundos.

—Vámonos —dijo. Le gustaba mandar.

En el exiguo camino de regreso me sentí ilusionado por las buenas nuevas para Serkan Çetin Utku. Sabía dónde iba a atracar el barco y lo más importante: el posible destino de su hija; la noticia le llenaría de júbilo a pesar de que el lugar careciera de buena reputación. Pero él no se encontraba

en el comedor. Egan me miró de forma extraña, estaba sirviendo la última mesa.

—Acompáñame —dijo en forma de ladrido.

Agarré el perol vacío y la garrafa de agua y lo seguí hasta la cocina. Serkan tampoco estaba allí.

—¿Dónde está Serkan?

—Ha ido a hablar con el capitán.

Me contestó el marinero enjuto desde la entrada. Percibí algo raro. Él no solía ir a la cocina y menos observarme con una mirada tan aviesa.

—¿Qué ocurre? —pregunté violentado por la duración de la pausa.

—Te voy a llevar a tu nuevo camarote. Coge la mochila.

—¿Mi nuevo camarote?

—Sí. Egan ha dado buenos informes vuestros y el capitán os ha designado un camarote para cada uno. No vais a hacer todo el viaje en la sentina.

—Gracias, Egan.

El odre griego refunfuñó algo, no conseguí entenderlo. Estaba encendiendo uno de los fogones y nos había dado la espalda.

—Pero tengo que ayudar a Egan a servir la cena de la tripulación, ¿no podemos ver el camarote...?

—Tranquilo, serán unos minutos, el griego se apañará sin ti.

Hizo un movimiento con su cabeza indicándome que nos íbamos, que se había acabado la charla. Bajamos por las escaleras de babor y cogimos el pasillo en sentido contrario al taller de costura. Ignoraba los asuntos del hombre parco con el capitán, pero algo en mi interior se negaba a creer la versión ofrecida por el vigilante de la pasarela. El hecho de no subirme a cubierta llegó a esperanzarme, al menos no pensaban tirarme por la borda. El camarote estaba a popa. La puerta estaba cerrada con cadena y candado, el marinero la abrió y se apartó para dejarme pasar.

—¿Qué te parece?

Noté cierta sorna en su voz. Sin duda el cuarto era un nicho minúsculo, con los brazos en cruz prácticamente tocaba ambas paredes, pero disponía de un catre. No tendría que dormir encima de un contenedor como ocurría en la sentina, ni soportar el hedor del agua estancada en el suelo.

—Me apañaré, gracias.

Solté la mochila sobre el colchón y me senté sonriente para comprobar si era blando. Era una tabla de madera.

—Una cama dura viene bien para la espalda —dije.

Se limitó a asentir, era tan flaco que seguramente no dejaba huella en ningún colchón.

—¿El camarote de Serkan está cerca?

Me relajé al verificar que era cierta la historia del camarote. Necesitaba ver al hombre parco cuanto antes para festejar los vientos favorables de aquel día. Si estábamos cerca podríamos charlar por las noches sin el ruido martirizante del motor.

—Hola.

El saludo me encontró intentando elevarme para mirar por el ojo de buey, me giré y al ver al capitán hice un aspaviento alegre, colocándome en posición de firme. Al fin y al cabo yo también pertenecía a la tripulación. Sin embargo, no tardé en deshacer esa postura equivocada. Serkan Çetin Utku no estaba con él y además, un gesto agresivo intentaba acomodarse en su cara borrada.

—Ofrecen una recompensa por ti, Ayman Mansûr.

MADRID (El Corte Inglés)

Renata sale del probador y mira la cámara de vigilancia. Se queda pensativa. Orwell insinuaba la posibilidad de que el Gran Hermano no fuera una persona real, sino un icono de la gran farsa. «¿Y si las cámaras fueran un señuelo? —piensa—. A lo mejor no hay nadie detrás de ellas, a lo mejor tenía razón y sea la sociedad que, obsesionada por la propaganda, se vigila a sí misma». Observa la discusión entre Gabriela y Gaspar; a la derecha, dos mujeres buscan una ganga entre las blusas de oferta; una dependienta atiende a un señor que quiere comprar algo a su mujer; por las escaleras mecánicas llega una anciana hasta el mostrador. El jefe de sección la mira fijamente. En ese instante, todos dejan su ocupación y se giran hacia ella. La dependienta, el señor, las dos mujeres, la anciana, Gaspar, Gabriela. Ella es el centro de atención. El foco sobre el que el Gran Hermano lanza la sospecha. Renata se angustia. La cámara sigue fija, no se mueve. Pero el rostro de la gente escruta su nerviosismo, el sudor de su frente. Se siente vigilada, acechada. Al mismo tiempo comienzan a caminar hacia ella, la señalan, el jefe de sección, las dos mujeres, la dependienta. Renata retrocede; el señor, la anciana, Gabriela, Gaspar.

—¿¡Qué!?! —grita agobiada con los ojos cerrados y apoyando la espalda contra la pared.

El jefe de sección pasa por su lado para atender a la anciana; las dos mujeres se cruzan para entrar en el probador con un par de blusas; la dependienta acompaña amablemente al señor hasta la caja. Todo es producto de su imaginación.

—¿Con cuál te quedas?

La pregunta es de Gabriela, la única que realmente se dirige a ella. Renata coge aire antes de contestar.

—¿A ti cuáles te gustan más? ¿Los negros, lisos y sosos, o los grises, estampados y alegres?

—Los negros lisos y sosos.

—Ya. Me llevo los grises.

—Lo que yo decía. Anda, vete a mirar las camisetas que quieres mientras voy pagando en la caja.

Gaspar protesta, refunfuña, no consigue entender que hayan salido corriendo de la buhardilla, porque les estaban grabando la conversación con el móvil, y ahora estén perdiendo tiempo en El Corte Inglés comprando unos *leggings* a Renata.

—A ver, cabezota, por culpa del incendio se ha quedado sin ropa, necesita comprarse algo antes de seguir. Y además, hemos averiguado dos cosas muy importantes...

—La primera que nos quieren matar, y con sinceridad, el resto carece de interés para mí.

Gabriela no se enfada, lanza un suspiro y mira a su alrededor. No hay demasiada gente a esa hora en el centro comercial. La dependienta pasa su tarjeta por la banda.

—Una, se enterarán de todo lo que digamos por el móvil. Eso es una ventaja para nosotros porque diremos únicamente lo que nos interese que sepan. De nuevo vamos por delante.

—Tu percepción de ir por delante es muy curiosa. Cada vez que nos ganan terreno crees que es bueno. Nos están rodeando cada vez más y sigues pensando que es lo mejor para nosotros.

—El problema es que tú piensas igual que ellos.

La dependienta le extiende el recibo para que lo firme y mira con reparos la cresta de su cabeza. No ha podido evitar oír la conversación, lo acusa en una mueca.

—¡Esta juventud con los juegos de rol! —se excusa Gaspar—. No se lo imagina, me tienen frito.

La dependienta sonríe con una amabilidad forzada y le entrega la bolsa a Gabriela.

—Y dos, una tal Sancha construyó hace siglos una iglesia que seguramente será el punto de encuentro con el Sello de los Destinos.

—Ese dato es bueno. En España hay 23.000 iglesias, datos de la Conferencia Episcopal, y puede que me deje alguna ermita o algún campanario sin campanas.  Por cu al empezamos cuando termin is de comprar ropa?

La ironía de Gaspar se agudiza al sentir que su vida está amenazada. Gabriela debe aceptar las circunstancias para cambiar lo que ocurre a su alrededor, por eso no se enfurece con  el, ni trata de convencerlo, sonríe, escucha, se entrega.

— Te gustan estas dos?

Renata le muestra dos camisetas imitando la última colección de Boudicca.

—Parecen militares.

—Exacto, y estamos en guerra con el mundo —exclama proyectando un rugido cómico hacia Gaspar.

Gabriela sonríe y se aleja unos metros para pagar las camisetas en la caja. Ren se vuelve con una de tirantes rosa y se la coloca en el pecho al psicólogo, este retrocede hacia los probadores apartándose de ella. Tiene las mismas ganas de bromas que de visitar antiguas iglesias. La cámara de los probadores gira hacia Gabriela. Renata observa la rotación con curiosidad y luego a su amiga. Levanta la vista y se fija en la cámara de uno de los mostradores que también rota 90  hasta enfocarla. Gabriela est  recogiendo su tarjeta de crédito y sonríe a una dependienta. La cámara situada en la caja donde pagó los *leggings*, busca un objetivo distinto, no se detiene en ella, rastrea la planta. Renata camina aceleradamente por detrás del stand para esquivar el encuadre. Con una sensación insólita descubre los giros de todos los dispositivos hacia ellas. Gaspar mira extrañado sus movimientos. No entiende nada. La ve agacharse mientras le hace gestos para que no se acerque y le señala el techo. A la derecha, otra cámara, situada encima del expositor de las blusas, inicia la traslación. Dos cámaras más, en el pasillo central, realizan una rotación idéntica. Gabriela va a llamar a Gaspar pero se frena al escuchar el grito de Renata, que se arrastra apoyándose en los codos hasta perder el refugio del stand y salir corriendo.

— Las cámaras!  Corre!

Gabriela sigue a Renata hacia las escaleras mecánicas. Gaspar mira al techo y ve que todos los dispositivos comienzan a rotar bruscamente hacia

donde ellas se dirigen. La cámara que vigila la bajada de las escaleras realiza un giro de 180° para recibirlas de frente. Duda en salir tras ellas pero acaba huyendo hacia el lado contrario, hacia los ascensores.

—¡Tu tarjeta! ¡Tienen controlada tu tarjeta! —grita Renata saltando los escalones de dos en dos.

WASHINGTON

Las pantallas de Morning Star Arts Corporation ofrecen la alocada carrera de las dos chicas y la confusión que crea en los clientes y en el personal.

—Graham, ha pasado algo y han salido corriendo, van a la segunda planta.

—Activa las de esa planta —le ordena el universitario.

La cámara de las escaleras de la segunda planta apenas ofrece el plano de su pasada por delante. No se detienen.

—Es inútil, buscan una salida. Bajando a la primera planta.

—Uno, síguelas por la primera planta. Dos, activa las cámaras de las puertas de salida.

—Activadas.

Graham Bates siente que le palpita la cicatriz de la barbilla, una pequeña marca de sus tiempos de jugador de baloncesto en la universidad, pero no dispone de mucho tiempo para recuerdos, debe movilizar y dirigir al equipo.

—Bill, ¿tenemos acceso a la red de cámaras de la ciudad?

—Sí, pero no hay muchas, será bastante difícil seguirlas por la calle si no van a la plaza esa, a la Puerta del Sol. —El hombre de neandertal es el único que no se ha contagiado del ritmo frenético.

—¿Tienes alguna imagen del hombre?

—No.

—¡Joder! Está con ellas, tiene que salir en alguna toma. Uno, ¿hacia qué salida van?

—La de la calle Preciados.

Graham se olvida de la cicatriz y activa la transmisión con el equipo de Madrid.

—Félix, huyen hacia la salida de la calle Preciados. ¿Llegaréis a tiempo?

—Negativo. Todavía nos encontramos en la plaza de España ¿Nos podéis mandar la señal de su móvil?

Bill se encoge de hombros con los ojos necesitados de nicotina.

MADRID

Renata y Gabriela huyen por el pasillo central, a su paso las cámaras van girando, cuadrándolas en sus objetivos. Esquivan a una señora, a dos adolescentes, Renata acaba chocando de frente contra un dependiente, desde el suelo observa cómo la cámara de atención al cliente la enfoca.

—¡Sigue! —le grita a Gabriela.

Se incorpora ante el estupor del vendedor que no sabe si pedirle excusas o regañarla. Las puertas del ascensor se abren y Gaspar ve cómo las dos pasan por delante, en dirección a la salida. Acelera el paso para no perderlas de vista. Unos cuantos clientes comienzan a agruparse y a protestar en voz alta. Gabriela se vuelve hacia Renata que le señala angustiada la cámara de la puerta.

—¡No te pares!

Pero se frenan en la salida de la calle Preciados, miran a ambos lados sin saber por dónde huir. Un vigilante de seguridad, alertado por los gritos, las llama, deben enseñarle lo que llevan en las bolsas. Echan a correr hacia la Puerta del Sol, bajo las voces del vigilante y las miradas temerosas de la gente que se aparta asustada, temiendo que sean terroristas o delincuentes. Apenas han recorrido cincuenta metros cuando Gabriela se detiene.

—¡No! —grita sujetándola del brazo—. No podemos ir a la Puerta del Sol, debemos ir por calles pequeñas, sin cámaras.

—¡Sígueme!

Cambian la dirección hacia la izquierda, enfilando la calle de Tetuán. Sin dejar de correr, elevan la mirada hacia las cornisas buscando cámaras que las delaten. Un coche frena bruscamente y toca el claxon. Ha estado a punto de atropellarlas.

—¡Idiotas! Vais drogadas ¿o qué?

No hay tiempo para responder, se suben a la acera y continúan la carrera hasta atravesar la calle del Carmen.

WASHINGTON

—¡Las he perdido! —grita Bill.

Graham observa las pantallas moviendo la cabeza hacia un costado, sus labios murmuran algo indescifrable. En una de ellas aparece el plano de Madrid y el hombre de neandertal marca un recorrido con el cursor.

—Han huido por la calle de... Tetuán, a la izquierda.

—¿Por qué a la izquierda?

—Si hubieran ido a la derecha, Dos, las habría recogido con las cámaras de la puerta principal.

Graham le palmea en el hombro escudriñando las imágenes.

—¿Hay cámaras del ayuntamiento por esas calles?

—Pocas. Tendríamos mucha suerte si las localizamos. Salvo que continúen hasta aquí, la... Gran Vía. En esta calle sí hay suficientes, aunque también hay demasiada gente paseando para identificarlas con facilidad.

—Bien. Uno y Dos, activad los dispositivos de vigilancia de esa zona y rastreadla a fondo. Bill y yo repasaremos las grabaciones de las cámaras para buscar alguna imagen de ese tal Gaspar.

A continuación, se pone en contacto con el equipo de Madrid, para comunicar a Félix cuáles son las calles que deben vigilar. Marca un triángulo en el mapa desde la plaza de Callao hasta el principio de Gran Vía y la Puerta del Sol.

—¿Puedo fumar?

La petición de Bill le resulta intolerable, observa su rostro con interés crítico pero el color rojizo adquirido por sus orejas durante la exposición al sol, le lleva a apiadarse de una necesidad que reprueba. Le concede con desdén cinco minutos para fumar en la azotea. La frente del hombre de neandertal se contrae temerosa.

MADRID

Gabriela y Renata se refugian bajo la marquesina de un portal. Permanecen inmóviles, ni los peatones que transitan a escasos palmos de ellas reparan en su presencia. A la derecha, hay una sidrería con un luminoso amarillo: Sidra y costillas. Ren traga saliva.

—No es momento de comer, hay que esperar a Gaspar. Nos ha visto entrar en la calle, no tardará mucho.

Renata se sorprende por el comentario de Gabi, cuando ella ni siquiera ha abierto la boca, además, está mirando hacia el fondo de la calle Tetuán, no ha podido ver el cartel del restaurante. A unos diez metros, un hombre delgado se ata los cordones de los zapatos; el camarero de la sidrería pasa un paño húmedo a las mesas de la calle; dos señoras caminan entusiasmadas por la acera contraria recordando alguna anécdota divertida; la vida parece recobrar

su normalidad. Gabriela abriga esperanzas de que el peligro haya pasado, a pesar de la sensación de encontrarse en una cinta mecánica, que la transporta hacia un destino ineludible.

Gaspar aparece por la esquina con la calle del Carmen. Va mirando con frecuencia hacia atrás para comprobar si alguien le sigue. Renata es la primera en localizarlo.

—Ahí está —avisa dándole con el codo.

A cada momento Gabriela siente cómo aumenta su campo de energía interna, su intuición del despertar. Los budistas lo llaman *Kenshō*, el primer paso para superar el estado de conciencia. Cuando consigue alejarse de la mente, le llegan percepciones desconocidas, imágenes de personas u objetos que nunca había contemplado de esa forma. La energía le hace sentirse liviana, diáfana. Incluso intuye emociones, pensamientos o deseos egotistas de las personas que la rodean.

—Os agradecería que la próxima vez que salgáis corriendo me aviséis, bien sea por mi nombre, bien sea con un grito o bien sea con un impersonal: ¡Tira, tío! ¿Qué coño pasaba con las cámaras?

—Ve pidiendo dos cañas, enseguida voy.

Gaspar mira con extrañeza el comportamiento de Renata. Según se marcha a la sidrería, junta todas las pecas en un gesto incomprensible para él.

—¿Cómo dos cañas? ¿Yo no bebo? —pregunta.

—A Renata y a mí nos tienen totalmente fichadas. Teléfonos, dirección, tarjetas de crédito. Al pagar en El Corte Inglés les saltó la alarma. Tú mismo dijiste que son gente poderosa y tienen acceso a cosas que no entran en nuestra imaginación. Pueden controlar sistemas de vigilancia, ordenadores, móviles, cualquier aparato que esté conectado a la red.

—Ahora no me defraudes, cuéntame la parte buena. Tú siempre eres positiva. Demasiado.

Gabriela le mira con cariño. Por un momento piensa en callarse, en no decirle nada para seguir contando con su ayuda, pero no sería justo. Cada persona debe transitar por su propio destino.

—No saben nada de ti.

—¿Cómo?

—Estás a salvo. Por eso no te seguían las cámaras. Han debido conseguir los datos a través de los contactos del móvil, yo no tengo tu teléfono en la agenda, o a través del ordenador de Renata, de nuestras páginas web, de las redes sociales. En ninguno de nuestros movimientos por internet apareces tú.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que, por las grabaciones, saben que hay un hombre con nosotras, probablemente sepan que te llamas Gaspar, no sé si en algún momento mencionamos tu nombre, pero no tienen ningún dato tuyo. Ni fotografías, ni domicilio, ni profesión, nada. Eres libre.

Mira hacia ambos lados de la calle, luego se frota con ansiedad el párpado izquierdo. Acaba metiendo las manos en los bolsillos y levantando los hombros sin saber qué decir, ni qué hacer. La pausa es tan prolongada que Gabriela lo abraza para poner fin a la situación.

—Se te va a calentar la caña —murmura en su cuello—. Bueno, tú estás acostumbrada a la cerveza caliente.

Gabriela le da un beso y se marcha hacia la sidrería. Los ojos oceánicos se clavan en su nuca.

CAPÍTULO 25

CHICAGO

A John Miller le abrumó la diligencia del secretario de Noah Stein. Los había llevado al aeropuerto O'Hare en apenas veinte minutos. Se dirigió hacia el sur hasta llegar a W. Van Buren St. luego giró a la derecha en W. Congress Parkway, un kilómetro más adelante se desvió para coger la I-90 hasta la salida 78. Cinco minutos después se encontraban en el aparcamiento del O'Hare. Fue tan amable que se hizo cargo de los equipajes y los facturó en el mostrador de American Airlines, los acompañó al control de pasajeros y le entregó los billetes a Stein en una carpeta de plástico azul con el anagrama de la agencia de viajes. A continuación, les dio la mano y aguardó por si surgía algún problema, hasta que ambos se encaminaron hacia la terminal 3.

Efectividad y discreción.

Aún quedaba una hora para que saliera el vuelo. Noah le propuso tomar un café en el Admirals Club. El resto de locales carecían de encanto, eran simples barras con algunas mesas distribuidas en un espacio pequeño, donde los viajeros comían desde perritos calientes a platos combinados sin otra razón que engañar al hambre.

Nada más atravesar la puerta biselada, John Miller se percató de que el Admirals era un lugar selecto. Disponía de diferentes espacios con un mobiliario vanguardista, la iluminación era suave y los pasajeros que aguardaban tan silenciosos como escasos. Avanzaron hacia el fondo para sentarse en un sofá de brazos rectos cuyo asiento era de una sola pieza, frente a la cristalera que ofrecía una panorámica de las pistas de aterrizaje.

—Buenas noches, señor Miller.

Fellerstone estaba sentado en un sillón de color rojo. John miró sorprendido hacia Stein, ignoraba quién era el anciano que lo había saludado, pero su compañero de viaje, vestido con un elegante traje de Brioni, no tenía palabras ante la patética estampa del viejo, arrellanado en un sillón que imitaba el *Egg Chair* diseñado por Arne Jacobsen en 1958, con el mismo traje raído de siempre y los pies colgando porque no llegaba al suelo. El movimiento oscilante que imprimía con sus piernas, imantaba cualquier mirada hacia los zapatos. No era necesario llevar unos mocasines de Testoni, pero esos botines con la punta desgastada, deberían estar en la basura desde hace diez años o en un museo de los horrores. A veces, ser millonario no consiste en ganar mucho, sino más bien, en no gastar nada.

—Permítame que me presente. Me llamo Michael Fellerstone, y soy...

Hizo una pausa para elegir meticulosamente el cargo que se designaba. Stein se frotaba los ojos con un rictus de dolor. Odiaba la vulgaridad con la misma virulencia que al viejo.

—Filántropo, mecenas, benefactor, o si lo prefiere usted, su jefe.

—Encantado, señor Fellerstone.

John avanzó un par de pasos para estrecharle la mano pero Stein se encargó de frenar la iniciativa.

—Quiero decirle que para Morning Star Arts Corporation es un honor contar con un hombre tan valioso. Nos complacería que su colaboración no terminara con este caso. Estoy convencido de que llegaremos a un acuerdo para que usted supervise la creación de un espacio de arte donde podamos recordar quiénes somos y de dónde venimos.

—¿Van a montar un museo?

—Museo es una palabra... desfasada, del siglo pasado. Desearíamos un espacio interactivo, lúdico, innovador.

Fellerstone dejó de enumerar adjetivos y fijó a los dos con su mirada.

—Tengo entendido que su mujer es pintora.

John tardó en contestar. No entendía que se hubieran interesado por Mary, y mucho menos por sus aficiones.

—Sí, señor.

—Maravilloso. Además de los sentimientos les une su pasión por el arte. Esa es la base de un matrimonio, los intereses comunes. Mi mujer, que en paz descansa, adoraba la pintura. Podría decirse que mi labor de filantropía es un homenaje a ella. ¿Algún familiar le inculcó esa afición?

—No. Mary es huérfana.

—¿Huérfana? Lo siento mucho. Eso produce siempre ciertas carencias afectivas, ¿no cree?

Un camarero de chaquetilla blanca y ademanes ligeros, interrumpió la conversación dejando tres cafés sobre la mesa redonda de cristal. Stein volcó su atención en el diseño de las tazas de loza para sacudirse la obsesión que le producía la piel desgastada de los botines.

—Aquí sirven un café delicioso, espero que le guste, señor Miller.

—No suelo tomar café por la noche, preferiría una infu...

—Este le gustará. Es un café especial —dijo Fellerstone señalando la taza con un dedo puntiagudo—. Lo importan de la región de Harar, en Etiopía. Es ligeramente ácido y con tonos afrutados. Pero, siéntese, por favor.

Noah y John se sentaron en el sofá. A través de la cristalera se apreciaba la joroba de la cabina de un Boeing 747.

—Lamento mucho que haya tenido que viajar de noche, pero era el único vuelo directo.

—No importa, si consigo dormir, el viaje se hará más corto.

—Eso es cierto —ratificó el viejo cogiendo su taza de café—. Y Dígame, señor Miller, ¿conoce la pieza sumeria que buscamos?

—¿El Sello de los Destinos?

—Exacto.

—Si le soy sincero no hay pruebas fehacientes de su existencia. Hablan de él en una profecía y, supuestamente en un bajorrelieve, Marduk aparece con la Tablilla del Destino en el pecho, se decía que quien la poseyera, tendría el control del universo —John dio un sorbo al café antes de continuar—. De

acuerdo con el mito sumerio, esta tablilla pertenecía a Enlil, quien encargó de su custodia a Anzu, también llamado Imdugud, que era un ave similar a un grifo. Sin embargo, Anzu robó la tablilla y huyó del templo. Ninurta, recuperó la tablilla, matando a Anzu.

—¿Le gusta el café? —preguntó Fellerstone.

—Sí, es delicioso.

John se bebió el resto para impedir otra interrupción. Le entusiasmaba hablar de la cultura sumeria, tanto que le hizo olvidar el interés de Fellerstone por Mary. Antes de continuar, carraspeó un par de veces, quizá le había puesto demasiado azúcar.

—En el mito babilónico relatado en el Enuma Elish, Tiamat fue la dueña original de la tablilla, la cual pasó a manos de su esposo, el demonio Qingu, pero les fue arrebatada por el dios Marduk, cuando asesinó a ambos. Por tanto no se sabe si es una leyenda o el sello cilíndrico existe...

—El sello cilíndrico existe —aseguró Fellerstone interrumpiéndole.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un sello cilíndrico grabado en una piedra de cornalina.

El profesor se disponía a replicarle pero notó que las palabras no acudían a su boca. Se sentía pesado, incapaz de controlar los músculos. El tronco del Brasil situado detrás del filántropo se le antojaba desmesurado, su tamaño crecía a cada segundo de forma exuberante.

—¿Usted... lo ha... visto? —le preguntó con una lengua imprecisa.

—Fue hace mucho tiempo, profesor.

El cuello de John se inclinó hacia la derecha, Noah le sujetó por el hombro para impedir que se venciera sobre el sofá.

—Buenas noches, señor Stein.

El acento de Karl Beigböck era inconfundible. Dejó en la mesa un estuche y sacó esa especie de jeringuilla pequeña con la que implantaba los microchips. Sin la bata blanca, simplemente era un anciano.

—¿Ha sufrido alguna molestia?

—Ninguna. Me encuentro perfectamente.

—Me alegro.

El científico se sentó al lado de Miller y le cogió el brazo derecho. Stein cambió la orientación de su mirada.

—Perdone, señor —dijo dirigiéndose al viejo.

—¿Sí, Noah?

—Si usted ya conoce el Sello de los Destinos, ¿por qué hemos embarcado

en la operación al profesor?

La pregunta no parecía haberle sorprendido. Examinó el color del café, lo olió, y apartó la taza con un gesto de repugnancia. Al igual que Stein, no lo había probado.

—Ah, Noah, mi salud es delicada. Estoy mayor para andar dando tumbos de un país a otro. Yo os acompañaré cuando llegue el momento oportuno. Me reservo el final. Además, el profesor Miller nos interesaba por sus conocimientos de la cultura sumeria y por su mujer.

—¿Su mujer?

A Fellerstone le gustaba sembrar incertidumbre, dictar las sospechas. La oscuridad apenas dejaba ver parte del fuselaje del Boeing 747 pero se entretuvo observando el águila de American Airlines, era un buen logotipo.

—Sí —contestó un par de minutos después—. Esa... falsificadora, o copiadora de obras antiguas, puede aportarnos algún dato interesante. Conviene mantenerlos separados.

BARCELONA

Litvak había llegado con media hora de antelación a la terminal Catalunya para ver atracar al *Ténedos*; solía ejercer una puntualidad cronometrada para examinar el terreno en dónde debía efectuar cada misión. La espera en esta ocasión se estaba alargando demasiado y el hombre del ojo de hielo comenzó a impacientarse. Según las instrucciones, el capitán del buque debía entregarle a Ayman Mansûr en el puerto, sin embargo, la grúa pórtico ya estaba descargando el primer contenedor sobre el camión del muelle y ni el capitán, ni ningún miembro de la tripulación habían dado señales de vida.

—¡Eh! ¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con el capitán del barco?

El conductor del camión negó con aire de fastidio y siguió observando la descarga por el retrovisor. El ruido del contenedor hizo que Litvak se apartara un par de metros y elevara la vista hacia cubierta con la mano apoyada en la frente, a modo de visera.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eeehhh!

Agitó el brazo y gritó con fuerza para llamar la atención de un marinero que pasaba por estribor.

—¡El capitán me está esperando! ¡Debo subir a bordo!

A Litvak le pareció reconocer al marinero flaco que vigilaba la pasarela en el puerto de Esmirna. Este, lo contempló durante unos segundos sin mostrar

ninguna reacción.

—¡Hablamos con el capitán por radio! ¡Déjeme subir! —insistió.

Le correspondió con un gesto ambiguo y desapareció.

—¡Hijo de puta! —masculló.

Un par de estibadores se cruzaron con él para indicar al conductor del camión la puerta del almacén donde debía entregar la carga. Respondió con el mismo aire de fastidio con el que había contestado a Litvak. Hoy no era su día simpático. Al otro lado, el operador de una carretilla porta-contenedores les pegó una voz haciendo un gesto obsceno con las manos, los estibadores no le hicieron ni caso y encendieron un cigarrillo. Litvak pudo apreciar movimiento en cubierta y se alejó de ellos. Su primera intención fue cruzar por debajo de la viga; lo pensó mejor y retrocedió para rodear la grúa y acercarse al barco. El marinero flaco estaba montando la pasarela.

—¿¡Qué quieres!?! —le preguntó sin abandonar el montaje.

—¡Tengo una cita con su capitán!

—¡Eso es mentira, no eres su tipo! —respondió con una fuerte risotada.

Litvak pensó que con un tiro en la cabeza perdería ese estúpido sentido del humor.

—Hablamos por radio. Tiene algo para mí.

—Vuelve por la noche, te lo dará todo a oscuras.

Las risas ocuparon un espacio demasiado prolongado, el hombre del ojo de hielo se sintió molesto. Harto de las bromas y de proyectar la voz para que le escuchara desde cubierta, esperó hasta que el extremo de la pasarela se apoyó en el muelle. Después subió deprisa y se enfrentó al marinero gracioso.

—Llévame con el capitán.

Masticó las palabras cerca de su rostro. El marinero flaco retrocedió un paso para ver con precisión la nube de su ojo.

—Sígueme —respondió temeroso.

Atravesaron la cubierta y le subió por las escaleras de popa hasta el puente de mando. El capitán rellenaba un formulario que debía entregar a las autoridades portuarias. A su lado estaba Egan y un marinero mal encarado.

—Capitán, hablamos por radio y...

—Un momento, estoy ocupado —le cortó sin volverse siquiera.

Litvak aprovechó para analizar la situación; había tres hombres, más el marinero flaco que ahora no veía por ningún lado. Recostó la espalda en la mampara de la cabina y se cruzó de brazos, metiendo la mano derecha por el interior de la chaqueta, rozando la pistola.

—Toma, llévaselos.

El capitán entregó los papeles al marinero mal encarado y se volvió hacia Egan.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—A media tarde estaré de vuelta.

Le hizo un gesto con la cabeza y Egan abandonó el puente de mando. Litvak sonrió, se había quedado a solas con el pequeño capitán.

—¡Griego! —gritó sacando medio cuerpo por la puerta—. Zarpamos al anochecer, estés o no estés de vuelta. ¿Qué quiere? —preguntó a Litvak mecánicamente, sin prestarle la menor atención.

—Hablamos por radio. Pactamos que nos entregaría a Ayman Mansûr.

—¡Ah, sí! ¡Valiente cabrón! —exclamó guardando la carpeta del formulario—. Ya no está en el barco.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

—En el fondo del mar, supongo.

El capitán miró por primera vez a Litvak con la cara borrada. La nube del ojo lo apuntaba con ira contenida.

—Anoche le sacamos a cubierta para que le diera el aire y en un descuido saltó por la borda.

—¿Y su compañero?

—¿El turco? Otro estúpido, se tiró para ayudarlo. Mis hombres no están acostumbrados a llevar prisioneros. Por su negligencia yo me he quedado sin recompensa y usted sin el chico.

Hizo ademán de salir del puente de mando pero Litvak se interpuso en su camino ocupando la puerta. El capitán tuvo que elevar la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara. Daba la impresión de que la nube no lo intimidaba.

—Tranquilo, no sobrevivirán. Navegábamos a cien millas de la costa.

—¿Dónde está?

La pregunta se convirtió en una clara amenaza cuando apoyó la mano izquierda en su hombro.

—Si lo que quiere es enterrarlo pierde el tiempo. En el mar hay muchos peces.

Litvak tensó los dedos sobre el hombro dispuesto a golpearle, cuando escuchó un ruido a su espalda.

—Acompañad al señor fuera del barco.

En la puerta había dos marineros, uno de ellos armado con una escopeta, detrás se apreciaba movimiento. Litvak, sin soltar a su presa, salió de la

cabina. Cinco hombres más, armados con armas ligeras, habían formado un semicírculo.

—Le agradecería que soltara mi hombro. Y dígame a los americanos que su imperio se desmorona. Los árabes ocuparemos el lugar que merecemos.

*Insha'Allah.*⁴⁸

El hombre del ojo de hielo sonrió. No era el momento idóneo para enfrentarse. Soltó al capitán y se dirigió a la pasarela. La grúa pórtico había descargado el segundo contenedor y el conductor del camión acababa de arrancar el motor para dirigirse al almacén. Litvak marcó el número de Morning Star Arts Corporation.

—¿Sí?

—Graham, el capitán del barco asegura que Ayman Mansûr se tiró por la borda a cien millas de la costa, pero está mintiendo. ¿Recibís alguna señal?

El universitario hizo una indicación a Bill que se había quedado adormilado. La falta de nicotina le daba sueño.

—Actualízame el localizador AM-3 en tu pantalla.

El hombre de neandertal tecleó una clave en el ordenador y un punto luminoso se encendió intermitente en el mapa. El zoom le aproximó hasta la terminal Catalunya.

—Ayman Mansûr, está en la terminal, muy cerca de ti.

—¿En el barco?

—En el barco o... a escasos metros. Se está moviendo.

—Si quiere escapar del barco no tendrá más remedio que hacerlo por aquí, no hay otra salida. ¿Sabéis si el capitán pertenece a alguna facción islámica?

Graham no contestó. El punto comenzaba a moverse a una velocidad poco habitual para una persona.

—¿Qué ocurre? —le preguntó extrañado a Bill.

—Por la velocidad no va andando. Debe ir en algún vehículo.

—Litvak, Ayman Mansûr se dirige hacia el oeste en un vehículo.

—¿¡En un vehículo!?

El hombre del ojo de hielo escrutó a su alrededor. El camión se alejaba llevando los contenedores al almacén. Los dos estibadores seguían fumando junto a la grúa.

—Se está alejando de tu posición, trescientos metros dirección oeste. ¿Te envió las coordenadas?

—¡El contenedor!

—¿Qué?

—¡Que van escondidos en el contenedor!

Litvak echó a correr de forma alocada detrás del camión, pero pronto se dio cuenta de que sería suficiente con mantener la distancia. Acompasó la respiración y aflojó la tensión de los músculos para no desfondarse sin poder alcanzarlo. Un edificio ocultó la trayectoria y no tuvo más remedio que apretar los dientes y alargar el paso de la zancada. Cuando llegó a la esquina comprobó que había seguido recto. La distancia se mantenía en trescientos metros. Una carretilla porta-contenedores se cruzó por medio y al esquivarla, estuvo a punto de rodar por el suelo; se sobrepuso y exigió otro esfuerzo a sus pulmones. El camión giró a la derecha, al no haber edificaciones ocultando la trayectoria, podía mantenerlo en su campo de visión. Litvak sintió una mano oprimiéndole el pecho, dificultándole respirar. Paralelo a la marcha, había un edificio alargado con diversas puertas cada diez metros y con una letra identificativa en la parte superior. Se detuvo en la puerta *F*. El conductor se bajó y esperó a que salieran los estibadores con una carretilla para descargar los contenedores. Litvak llegaba jadeante, sacó la pistola y le apuntó a la cabeza cuando aún le faltaban diez metros para estar a su lado.

—¡Abre ese contenedor! —gritó mordiendo una bocanada de aire.

El conductor balbuceó atemorizado. El hombre del ojo de hielo tuvo que flexionar el cuerpo hacia delante por las punzadas en la zona abdominal.

—¡Que lo abras!

Hizo una respiración fuerte para incorporarse y clavarle el cañón en el cuello. Después amartilló la pistola y el conductor, al oír el sonido, cayó al suelo desmayado.

—¡Joder!

Los estibadores aún no habían salido a descargar la mercancía. Litvak se subió al camión y cogiendo unas tenazas rompió el cable que sellaba el contenedor. Abrió la puerta apuntando hacia el interior. Dentro solo había ropa de mujer y... la mochila vacía de Sag-giga.

—¡Hijo de puta! —exclamó soltando una risa que aumentó el dolor de flato, obligándole a suspenderla.

*

Bajamos la pasarela del barco de dos zancadas y corrimos hacia la entrada del muelle, en dirección a la ciudad. Egan nos había aconsejado que dejáramos la dársena a nuestra derecha y que no nos detuviéramos hasta llegar al puerto de viajeros, allí sería fácil mezclarnos entre el gentío. El ritmo de Serkan Çetin Utku no era excesivamente alto y pude adaptarme con facilidad.

La incongruencia de la situación, me empujó a pretender que el hombre parco me la aclarara en plena carrera.

—¿Cómo supiste que saldría detrás de mi mochila?

Si en estado de reposo era un muro infranqueable, realizar esfuerzos le convertía en una esfinge. Emitía una respiración ronca debido a la nicotina que mancillaba sus pulmones.

—¿Por qué no nos han entregado a Litvak?

El viento solía concederme respuestas más claras.

Una hora antes de que atracáramos, el odre griego lo acompañó a mi camarote para permitirnos una despedida. El capitán había recibido una llamada de radio ofreciéndole dinero por mi captura. La entrega se haría efectiva en el puerto y supondría el final de nuestra aventura. Lamentando la mala suerte, que el conjuro de las montañas de Mashu cree la consternación en nuestros enemigos, le relaté sucintamente mi encuentro con la niña de mirada dolorosa. El rostro de Serkan Çetin Utku mostró tal estupor, que dudé que recobraría sus arrugas originales. Abandonó el camarote para hablar con Egan, necesitaba ver inmediatamente al capitán. Regresó minutos más tarde con una mochila negra, imitación de una marca americana, apremiándome a que sacara mis pertenencias de la vieja mochila y se la entregara. Así lo hice, y sin exigir más explicaciones, para no entorpecer la huida, me encontraba en una prolongada carrera para alejarnos del *Ténedos*. Pero ya lo dice el proverbio: «*Ed-dunya badal yöm 'asal we-yöm basal*. [El mundo es un día miel y otro cebolla]», y en este día de miel y cebolla, aún nos aguardaba una sorpresa.

—¡Eh, esperadme!

El grito nos hizo mirar a nuestra espalda. A unos doscientos metros, la niña de mirada dolorosa corría detrás de nosotros. Serkan Çetin Utku, sin detener la marcha, le ordenó volver al barco pero, por mi experiencia, sabía que las órdenes las daba ella.

—¡Esperad!

El segundo grito no sonó a un requerimiento de ayuda, sino a un mandato en toda regla. Yo frené, él escupió al suelo con rabia antes de detenerse cuatro o cinco metros después.

—¡Yo os ayudaré a encontrar a Ebediyet! —proyectó llegando a nuestra altura— ¡La acompañé hasta el club! ¡Pero lo abren por la noche!

El hombre parco se cambió la bolsa de Adidas de mano y volvió a escupir. Después me señaló con el ceño fruncido. Nunca había oído hablar de un club.

—Conozco un lugar seguro para escondernos. ¡Seguidme!

La orden la emitió pasando a nuestro lado y sin dejar de correr. Los dos nos miramos, yo me encogí de hombros y salimos corriendo detrás de ella.

CAPÍTULO 26

MADRID

Entre las paredes negras Gabriela medita. Busca el vacío interno donde desaparecen los pensamientos y surge la energía. Esa vibración, creadora de otra realidad, la aleja de la limitada versión ofrecida por la mente desde las ondas y los impulsos electromagnéticos, para entrar en dimensiones espirituales de luz. Y ya no se siente una fracción desconectada del universo, sino que es el mismo universo, con toda su fuerza, todo su poder, todo su caos.

Nada se encuentra en reposo, todo vibra y circula, nos dice el Kybalión en su tercer Gran Principio Hermético. La materia vibra en diferentes frecuencias. La palabra, el pensamiento, los deseos, crean sus propias vibraciones. La física cuántica ha comprobado que podemos cambiar la frecuencia de la vibración, por lo tanto, si somos capaces de elevar la vibración energética hacia espacios más sutiles, podremos alterar nuestro entorno, quizá, hasta transformar nuestro cuerpo.

Gabriela no conoce la física cuántica, ni que los taquiones son unas partículas que se mueven a una velocidad mayor que la luz, formando una energía de fuerza vital, infinita, sin dimensiones, que fluye a través de nosotros. Sin embargo siente amor, no como un concepto, sino como la fuerza que impulsa al universo, la armonía que provocará la transformación. Los cien mil millones de neuronas de su cerebro interactúan entre sí, recibiendo una información que dominará aunque no acabe de comprender; igual que tampoco comprende por qué se levanta y cogiendo un cuchillo araña la pared quemada

para escribir: CORINTIOS 15:51.

—Nos tenemos que ir —le dice a Ren.

Ella le contesta con un profundo silencio, con el dolor acumulado en las facciones rojizas de su rostro.

—Tarde o temprano vendrán aquí a buscarnos.

Renata sujeta una pequeña vaca de peluche quemada en el incendio. Una y otra vez, le pasa la yema de su dedo pulgar por unos ojos como lunas, es la parte del cuerpo menos deteriorada.

—Tu casa no es la solución. Necesitamos dinero.

—Pero no podemos usar tu tarjeta —responde con cansancio.

—Lo sé. Creo que lo mejor será que vayamos a la residencia, hablaré con Irene. Seguro que ella nos ayudará.

—Sus ordenadores también estarán hackeados. No podemos usarlos, ni quedarnos allí demasiado tiempo.

—¿Se te ocurre algo?

Permanecer escondidas en la casa significaba protegerse desde el miedo, aguardar lo inevitable. No disponían de muchas opciones y había que elegir por cuál de ellas comenzaban.

—Vale, iremos a pedirle dinero a tu jefa. Luego deberíamos meternos en un cibercafé para averiguar quién era esa tal Sancha y dónde construyó la Iglesia. Y hacer una visita a mi amigo Alex. Él podría proporcionarnos un ordenador o arreglarme la *tablet*.

Renata se frena pero sus pecas enrojecen con furia.

—Si ese cobarde de Gaspar no se hubiera rajado...

—Olvidalo.

No lo olvida y hace un gesto despectivo con la mano dedicado al psicólogo.

—¿El Gaspar de tus sueños era así de imbécil? Por favor, dime que no.

—No.

—Lo dices para que me calle.

—Se supone que en cada vida somos de una manera diferente porque necesitamos aprender otras cosas.

—Pues ese psicólogo miedoso en la próxima se reencarnará en cangrejo.

—Ren...

—Perdona, bonita, pero tienes un ojo para enamorarte. El mismo con el que te cortas el pelo.

Las dos alivian la tensión y se miran, y rompen a reír con la duda de quien lo ha aguardado largo tiempo: vacilando al principio y entregándose después.

Renata remata con una tos y se fija en la cita bíblica de la pared.

—Corintios 15:51. ¿Sabes lo que significa? —le pregunta levantándose del suelo.

—No.

—¿Y por qué la has escrito?

—Sé que alguien debe leerla.

—Ven.

Abandonan el salón y se dirigen hacia el dormitorio de sus padres. En el suelo hay un retrato de su boda con el cristal roto y la imagen ahumada. Renata se agacha para recogerlo, mientras Gabriela se fija en la acuarela de una iglesia románica que tienen en la pared, apenas se distinguen las columnas del claustro. Deja la fotografía sobre la cama, junto a la vaca de peluche con ojos como lunas. Abre el cajón de la mesilla de la izquierda y saca una Biblia de tapa dura, traducida por el padre José Miguel Petisco.

—Corintios 15:51 —repite en voz baja, pasando con mucho cuidado las hojas deterioradas por la temperatura hasta llegar al pasaje—. Escucha: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados».

*

Irene se levanta y pasea por el despacho. A través de la puerta se filtra el ondular de algunas voces protestando en recepción. Se encuentra aturdida por lo que acaba de oír. Trata de buscar un razonamiento lógico, ante la incapacidad de asimilar en su mente cartesiana los sucesos que las chicas le han contado, después de apagar el ordenador de su mesa y colocarle papel adhesivo en la cámara y en el micrófono.

—No... no puedo entender nada. Lo siento. Vais demasiado deprisa para mí. A ver, espero que estés siguiendo la dieta y tomando las medicinas. Sabes que es muy importante...

—No tenemos tiempo para eso.

La directora titubea ante la ternura reflejada en el rostro de Gabriela. A pesar de la cresta en la cabeza, a pesar de la ropa tiznada de hollín, a pesar del horror que está sufriendo, su cuerpo emana serenidad y confianza.

—¿Cómo puedo ayudaros?

—Con dinero —contesta un poco avergonzada—. Si puedes prestarme algo te lo agradeceré.

Irene coge su monedero, saca dinero y se apresura a dejarlo sobre la mesa. Apenas llega a cien euros.

—No es mucho —dice sin evitar un mohín de desilusión.

—Es suficiente.

—Espera —impulsivamente le sujeta la mano—. Puedo ingresarte el sueldo en mi cuenta y darte mi tarjeta de crédito para que lo saques desde cualquier sucursal del banco.

—Eso es demasiado, Irene, con este dinero nos arreglaremos hasta...

—Gabi, escúchala —tercia Renata—. Ellos creerán que quien saca el dinero es Irene, no tú. Es una idea cojonuda.

—Si controlan mi cuenta también controlarán la suya. Cuando por las cámaras de un cajero se den cuenta de que no es ella, la implicarán en este asunto. Lo siento pero no puedo permitirlo.

No había lazos familiares entre ellas, ni siquiera la afinidad de ciertos gustos en común, pero el cariño va habitando espacios difíciles de desalojar.

Irene recuerda algo y busca en su agenda un dato, una tarjeta. Hace dos días un hombre fue a la residencia preguntando por Gabriela, pretendía contratarla para que cuidara de su madre. Era americano, de aspecto elegante, según le contó llevaba años residiendo en España. Mantuvieron una larga conversación sobre golf, deporte al que ambos son aficionados, incluso se intercambiaron los teléfonos para verse en el club de golf La Moraleja.

—Fíjate si le gustará el golf, que lleva siempre una pelota en el bolsillo para jugar con ella mientras habla. Yo le dije que eran nervios... ¡Aquí la tengo! —grita mostrando la pequeña cartulina—. Félix Hackman. ¿Lo conoces?

—No.

—Entonces, ¿quién le ha hablado de ti?

La incógnita les hace reflexionar. Irene repiquetea con las uñas encima de la mesa. El recuerdo de la entrevista le dirige la mirada hacia el trofeo de golf que colocó en la estantería de metacrilato. Un girón de nubes interrumpe momentáneamente la luz, lo suficiente para que Gabriela mire por la ventana y observe a dos hombres bajándose de un coche.

—¿Ese es Félix Hackman? —pregunta.

Irene gira el sillón hacia la ventana antes de contestar afirmativamente. No puede negar, con su posterior silencio, que le agrada el americano.

—¡Vámonos!

—¿Qué? —exclama recuperando la posición.

—¿Cómo nos han localizado tan rápido? Si el ordenador está...

Renata suspende la frase ante la pantalla iluminada del teléfono de Irene. En

la parte inferior, una luz roja parpadea intermitentemente.

—¡Joder! ¡Tú móvil!

—¿Qué pasa?

—¡Son ellos, vamos, Ren!

Salen del despacho escudriñando la entrada. En recepción se agazapan detrás del mostrador para cruzar hacia las habitaciones sin ser vistas desde la calle. Irene se dirige a las puertas de cristal para entretener a Félix Hackman.

—¡Gabriela! ¡Gabriela! ¡Qué ganas tenía de verte...!

Los gritos de Raquel paralizan la acción. La futura esposa de Ismael se abraza a Gabriela cariñosamente mientras esta la gira para observar la puerta. Félix se quita las gafas de sol y mira hacia el interior. En el desconcierto, Irene duda entre ir a sujetar a Raquel o recibir al americano que las señala con su brazo derecho desde fuera.

—¡Corre!

Raquel se ha quedado anclada en la misma postura, con el abrazo vacío y la boca abierta, el vestido negro, cortado en zigzag, deja sus rodillas al aire. Irene intenta frenar a los dos hombres saliendo a su encuentro pero Félix Hackman no responde con la cortesía empleada en la última entrevista, ni acaricia la pelota de golf que lleva en el bolsillo para calmar los nervios.

—¡Félix! ¡Félix...!

Ellas corren por las escaleras hasta llegar al primer piso. El pasillo no ofrece demasiadas vías de escape, con todo, si suben a la segunda planta el resultado será idéntico. El rumor de recepción se hace intenso. Los americanos comienzan a subir. No hay tiempo y Gabriela opta por seguir hasta el final del corredor.

—¡Por aquí!

Entran en la habitación de Ismael, el viejo de mirada canalla está tumbado en la cama con una botella de whisky.

—¿Qué pasa? —grita sorprendido.

—Nos persiguen. ¡Por la ventana! —le señala a Ren.

Ismael se incorpora nervioso, ocultando a duras penas la prueba de su delito. Apartan los visillos de un manotazo y tiran de la manilla con fuerza pero no cede.

—¡No se abre!

—Déjame a mí, se rompió hace meses y nunca la arreglan.

El viejo se da cuenta de que tiene una mano con la botella de whisky escondida en su espalda. Mira a Gabriela sin saber cómo hacer.

—¡Te sujetaré la botella! ¡Abre!

—¿Quién te persigue, niña?

Golpea la manilla hacia dentro y gira a la derecha. La hoja cede.

—Gente mala, Ismael. Tú primero.

Renata se apoya en su hombro y pone con dificultad un pie en el marco.

—¡Está muy alto para ser un primer piso! —exclama con las pecas sofocadas.

—¡Salta o te tiro!

Desde el fondo llega el ruido de los americanos registrando habitaciones a su paso. No espera a que se decida, la empuja y ayudada por Ismael se sube tras ella. La puerta se abre, Gabriela salta. Cuando él se gira Félix acaba de entrar en el cuarto. Los dos se quedan inmóviles un par de segundos, vigilándose, su mirada desciende hacia la botella posada en el suelo, Félix también corrige su posición. Llega el segundo hombre y avanza sin miramientos hacia la ventana pero Ismael agarra la botella por el cuello y la rompe contra el alféizar.

—Te has equivocado de habitación.

El hombre da un paso más e Ismael levanta el casco roto hacia su rostro.

—¡Apártese, viejo! —grita sacando su arma.

—¡Joder! —susurra Ismael.

Duda un instante para reaccionar con rapidez. Se vuelve hacia la ventana y la cierra, después se retira hacia la cama sin bajar la botella. El segundo hombre intenta abrirla.

—¡Se ha atascado! —grita bajo el esfuerzo.

Le apunta con la pistola a la cabeza. Ismael traga saliva sin ceder en la postura, sus ojos de canalla se entrecierran. En la habitación ha entrado Irene seguida de una enfermera y un celador. Se detienen de golpe y hay un instante de incompreensión, de miradas cruzadas. El segundo hombre oculta el arma bajo la chaqueta y se gira hacia su jefe solicitando una orden. Se oyen voces asustadas de algunos ancianos subiendo las escaleras. Una mujer exige que llamen a la policía.

—Félix, ¿qué ocurre? ¿Por qué persigues a mi empleada?

Hackman le lanza un gesto sarcástico mientras se dirige al conductor del coche por el transmisor.

—Se escapan por la zona de atrás.

Raquel aparece gritando y se abraza a Ismael. Otros dos ancianos observan desde la puerta con miedo.

—¿Rompo el cristal?

—No, por la otra habitación. Deprisa.

Salen apartando a la gente amontonada en el cuarto y en el pasillo. Irene mira perpleja a Ismael que continúa con la botella en la mano.

—Se han dejado los cascos rotos, gentuza.

Rodean el edificio del comedor y giran a la izquierda para cruzar el jardín terapéutico.

—¡Tenemos que saltar la alambrada!

A unos trescientos metros, el conductor las localiza llegando al sauce y avisa a Félix con el transmisor. No puede atajarlas desde allí porque una hondonada imposibilita acceder al jardín, debe dar la vuelta para entrar por recepción.

—Salta tú primero —dice Gabriela.

El banco de madera está atornillado a una base de cemento y no lo pueden mover hacia la valla. A su alrededor no hay ningún objeto para utilizarlo de apoyo. Renata bufa desesperada.

—Yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Coloca un pie en mis manos y agárrate a la alambrada.

—¡Gabi, peso mucho! ¡No podrás sujetarme!

—Yo sí, pecosa —dice Gaspar gateando por el terraplén hasta llegar a ellas.

Las dos se giran hacia la valla como si estuvieran ante una aparición. Gaspar les sonríe desde el mismo lugar donde Gabriela lo vio por primera vez hablándole de la música de las esferas. Él, ajeno a los recuerdos, acerca una roca para ganar altura y tras dar un par de pisotones para asegurarse la firmeza, se coloca encima consiguiendo pasar medio brazo al otro lado.

—¿¡A qué estáis esperando!/? —grita ante la pasividad de las chicas que le miran con la boca abierta—. No tardarán en llegar. Agárrate fuerte a mi mano. Ayúdala, Gabi.

Flexiona el cuerpo y coloca los dedos entrelazados para que apoye un pie. Renata se agarra a los hombros y salta aprovechando el impulso de Gabriela.

—¡Te tengo! Coloca los pies sobre sus hombros.

—No puedo...

Gaspar se resbala en la roca y está a punto de soltarla. La alambrada oscila impidiéndoles un apoyo firme.

—¡Empújala, Gabi!

—¡Me estoy cortando con el alambre! Voy a soltarme.

—¡Nooo!

Gabriela se coloca debajo de ella y la impulsa con todas sus energías, logrando que caiga al otro lado, encima de Gaspar. Después se aparta hasta el banco para coger carrerilla. Félix y el segundo hombre están cruzando el jardín terapéutico. El conductor se aproxima por el lado contrario. Gabriela corre y de un salto se encarama a la valla y pasa al otro lado.

—¡Por el terraplén, deprisa! —grita Gaspar—. Tengo el coche abajo.

Ruedan por el terraplén. Gabriela esquiva un macizo de cardos girando sobre su cuerpo. Aprovecha el escorzo para intentar agarrarse a algo que frene la velocidad de la caída pero no lo consigue y la arenisca le va arañando los brazos. Gaspar lo salta, el esfuerzo hace que caiga de bruces arrastrándose de cabeza los últimos metros. Renata no tiene tiempo a reaccionar y atraviesa entre gritos todo el macizo. Se frenan en el camino de tierra. A diez metros se encuentra el coche con el motor encendido. Los americanos se agarran frustrados a la alambrada, el segundo hombre saca su arma y apunta hacia el coche que acaba de arrancar.

—¡No! Puedes herir a la chica —dice Félix bajándole la mano.

Saca la pelota de golf de su bolsillo y la hace rodar entre sus dedos. Después la aprieta con fuerza y mira hacia el edificio.

—Avisa a Graham. Debe activar el protocolo con la residencia.

Salen a la carretera entre una nube de polvo. El coche derrapa y están a punto de estrellarse contra una furgoneta. En la rotonda, cogen la primera calle a la derecha. Gaspar acelera circulando cincuenta metros en dirección prohibida hasta atravesar un cruce e incorporarse a la autopista.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Gabriela.

—No, no, lo primero que tienes que decir es: gracias.

—Gracias, ¿qué haces aquí?

—Sabía que me echabais de menos —dice con una sonrisa.

—Déjate de gilipolleces —grita Renata—. Estoy llena de pinchos, el alambre me ha cortado y tengo ganas de romperle la cara a alguien.

Gaspar baja la ventanilla, están sudando y el polvo que han arrastrado en la caída comienza a hacer que el ambiente sea irrespirable.

—Fui a buscaros a casa de Miss Simpatía, supuse que os habíais escondido allí. Vi la cita bíblica que escribiste en la pared y cuando estaba en el coche leyendo lo que significaba, por cierto Ren, te has sentado encima del portátil que te he comprado, llegaron ellos.

Renata agarra el portátil con asombro, postergando su mal humor para otros planos.

—Sospeché al ver a unos tíos trajeados meterse en el portal, mientras otro con pinta de matón los esperaba en la calle —continúa Gaspar, controlando continuamente el espejo retrovisor—. El resto es fácil, cuando bajaron decidí seguirles y me llevaron a la residencia.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—La verdad es que dudé entre ayudarlos o irme al caribe. Mi cuenta del banco me despejó las dudas.

Dejan la autopista en la salida 23. Al llegar a la avenida de la Ilustración, cruzan dos plazas hasta desviarse en el siguiente cruce a la derecha.

—Ahora soy yo el que quiere hacerte una pregunta fundamental. Desde que nos separamos he estado revisando algunas teorías. Renata, abre el ordenador. Tengo guardada una explicación de la Iglesia Baptista al pasaje de Corintios 15:51, en el escritorio, ¿lo ves?

—Sí.

—Por favor, léelo en voz alta. Gabi, concéntrate en sus palabras.

Renata consigue quitarse una espina que la estaba martirizando y agranda el texto.

—El Espíritu Santo descifra este misterio y escribe por medio de Pablo: «No todos dormiremos». En otras palabras, habrá una generación de creyentes que no experimentará la muerte física y esa generación pudiera ser esta misma. Pablo declara que la transformación que ocurrirá en el instante del arrebatamiento tendrá lugar «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos» —versículo 52—. La idea es que el arrebatamiento será tan rápido que ningún inconverso en la tierra podrá ver este gran evento. Imagínese la confusión que habrá en estos tiempos, cuando repentinamente los cristianos desaparezcan. Automóviles que pierden a sus conductores y aviones que pierden a sus pilotos. Habrá personas cara a cara, y uno de ellos repentinamente desaparecerá. Un inconverso puede estar hablando por teléfono con un amigo que es creyente y de repente se detiene la conversación. La pregunta será: «¿Estás ahí?» Se pueden imaginar cientos de escenas, la consternación durante los momentos posteriores al arrebatamiento de la Iglesia.

—Bien, esto no es más que la explicación que dan los Baptistas a tu cita, y aunque sea una Iglesia con setenta y dos millones de creyentes, su razonamiento en un principio no tiene base científica.

—¿Cómo va a desaparecer la gente de repente? ¿Cómo si fuera un truco de

magia? —pregunta Renata—. Es una tontería.

—Ahora os lo explico. Vamos a repasar ciertas teorías y las aplicaremos luego a esa cita bíblica. La ciencia dice que la luz, el magnetismo y la electricidad, por ejemplo, son formas de movimiento vibratorio. Cuando la materia alcanza cierto grado de vibración, sus moléculas se desintegran. Los herméticos aseguran que si supiéramos aumentar las vibraciones, la materia, o sea nosotros, pasaríamos por estados de manifestación superiores, llegando al plano mental, al espiritual, hasta por último alcanzar el Todo.

—¡Cuidado! —grita Renata.

Gaspar gira el volante y evita colisionar con un vehículo parado, dispuesto a aparcar. Suelta un suspiro de alivio y vuelve a mirar por el espejo.

—Mira para delante —le regaña.

—Es decir, nos acercaríamos a niveles de desarrollo y crecimiento interno que propiciarían cambios y estados no imaginados —resume Gabriela en voz baja.

Bajan las rampas del garaje hasta llegar a la tercera planta, un vecino le saluda mientras aparca el coche en la plaza 13.

—¿Os acordáis de lo que decía en el vídeo el profesor Miller sobre el Sello de los Destinos? —les pregunta camino del ascensor.

—Que según la profecía, el día del fin del mundo, la sacerdotisa elevará el Sello y salvará a parte de la humanidad llevándola al paraíso —recita con aire cansino Renata, acariciándose uno de los múltiples arañazos.

—Muy bien, «a parte de la humanidad», no a toda la humanidad. Igual que dicen los bautistas, los sumerios aseguraban que determinadas personas se salvarían, y curiosamente también sin necesidad de morir.

—¿Adónde quieres llegar?

El ascensor es pequeño. Gaspar aprieta el botón del segundo piso y hace una pausa reordenando sus ideas antes de continuar. Gabriela se mira en el espejo, el reflejo es desolador.

—Si la física cuántica asegura que podemos cambiar la frecuencia de vibración, significa que determinadas personas pueden alcanzar una vibración alta, sutil, de amor. Aplicad esta teoría científica a la cita bíblica y a los sumerios.

—¿Cómo?

Gaspar nota la incomodidad de Renata en la pregunta, no para de rascarse las heridas. Abre la puerta del segundo C y suspende el discurso hasta entrar en el salón.

—¿Preferís daros una ducha antes de continuar?

—No, no. Termina —dice Gabriela.

Renata recoge las pecas en un gesto de fastidio.

—A los que ellos llaman inconversos o no creyentes, los llamaremos personas con la vibración densa, baja; y a los que llaman creyentes o cristianos, para nosotros serán los que poseen una vibración alta, sutil. Olvidad el arrebatamiento de la Iglesia, el fin del mundo, el Apocalipsis y cualquier teoría religiosa. Si lográramos esa vibración, nuestras moléculas cambiarían, mutarían, y podríamos pasar a otro plano, a otra dimensión sin morir, desapareceríamos al instante de este mundo.

—Eso coincide con la Biblia y los sumerios, pero según tú con una base científica —dice Renata dejando el portátil en la mesa.

—Hace tiempo vi un documental de Michio Kaku, un físico teórico estadounidense, especialista en la teoría de cuerdas. Venía a decir que la vida o las dimensiones, eran comparables a un dial de radio, dependiendo de las ondas sintonizas una emisora u otra, pues en las personas dependiendo de cómo vibran, su vida transcurre en un plano u otro.

—¡La playa!

—¿Qué playa? —pregunta Gaspar desde la cocina.

—Cuando la vidente leía los registros me transportó a un paraíso. ¡El Dilmun sumerio!

—Por lo que sea lograste una vibración especial y te trasladaste, o sintonizaste como dice Michio Kaku, con otra dimensión, con otro mundo.

Llega al salón con tres cervezas. Las deja en la mesa pequeña, Renata se abalanza sobre la botella. Bebe con sed.

—Pero no podemos obtener una vibración alta si continuamente nos mantenemos viviendo con miedo, con pesadumbre, tristes, esclavizados.

—Tendría que ocurrir algo que provocara ese aumento de la vibración en las personas —asegura Gabriela tras un ligero trago.

—Y ahí es donde entra el Sello de los Destinos y que los Bilderberg, Anunnakis, poderosos, ponles el nombre que quieras, deseen impedir que se cumpla la profecía. Y ahora te hago la pregunta fundamental: ¿El Sello nos elevará la energía a todos?

—No lo sé —responde bajando la cabeza.

Los dos se callan. Renata al sentarse en el sofá exclama un pequeño quejido, tiene los brazos abrasados por los pinchos de los cardos. Ve el mando a distancia y titubea entre cogerlo o dar otro trago de cerveza. Consulta su

reloj bebiendo y sin decir nada enciende apresuradamente el televisor. Están emitiendo una de sus series preferidas: *Expediente X*. Gabriela vuelve la cabeza hacia un costado, sin saber por qué, hoy se siente turbada por sus ojos oceánicos. Prefiere meditar sobre lo que han hablado sin mirarle, pero la ausencia de palabras comienza a poblarse de recuerdos. Gaspar se acerca a ella y le limpia un tiznajo en la mejilla.

—¿En qué piensas?

—En la primera vez que te soñé.

—¿Y cómo era?

—Igual que ahora. Te ha cambiado la energía.

—¿Ah sí?

Gaspar choca los botellines en una especie de brindis desenfadado.

—Por esos sueños —le susurra a continuación con un guiño gracioso.

—La primera vez que te vi, estabas en el mismo sitio de hoy.

—¿Gateando por el terraplén?

—No, ya estabas arriba, dirigiendo la música de las esferas —sonríe—. Y cuando apareciste en mi casa, me hablaste de lo mismo que acabas de contarnos.

—No te entiendo.

—Bueno, utilizaste otras palabras, me contaste lo del control mental, que lanzan una especie de ondas para inducirnos a la violencia, a la sumisión, que desean mantenernos deprimidos para no vibrar alto.

—El proyecto MK Ultra. Ese es el nombre en clave de un programa secreto diseñado por la CIA para experimentar con seres humanos. Cuarenta y cuatro universidades estadounidenses, quince compañías farmacéuticas, algunos hospitales y tres cárceles participaron en el proyecto. Se supone que lo suspendieron, pero las teorías de la conspiración aseguran lo contrario, y yo les creo. ¿Qué más te dije?

—Me hablaste de la vibración, de que los árboles vibraban, de que las personas vibraban, todo eso, yo te dije que eras muy mayor para ir con coleta y cogiste unas tijeras y te la cortaste en la azotea.

—¿Así? ¿Sin más?

Se sienten cómodos en esa sonrisa interna que marca el comienzo de una historia.

—Sí, fue muy divertido, nos reímos, jugamos con tu pelo, y...

—¿Y?

Gabriela calla, se pone a la defensiva y cambia de posición dejando la

cerveza en la mesa. Recuerda el sueño, sus deseos de romperle la sonrisa de canalla a besos, esa misma sonrisa que ahora aguarda más detalles de lo ocurrido.

—¡Joder! —exclama Renata.

No le hacen caso. Gaspar vuelve a acariciarle la cara con el pretexto pueril de quitarle otra mancha. Gabriela cierra los ojos, la respiración se le altera.

—¡Gabi, fíjate en esto por Dios!

Miran hacia el televisor y las imágenes les hacen ponerse de pie. Han cortado la emisión de la serie para ofrecer una noticia de última hora. El edificio de la residencia aparece en llamas. Cuatro o cinco coches de bomberos intentan apagar el incendio.

—¡Sube el volumen!

—«... y todavía no se sabe el número de víctimas —dice una locutora en primer plano—. Una enfermera, que consiguió salir tirándose por una ventana del segundo piso, asegura que oyó una explosión en los depósitos de gasoil que utilizan para la calefacción. En pocos segundos, un torbellino de fuego ascendió con rapidez por las cuatro plantas del edificio en lo que los bomberos denominan efecto chimenea. Un celador que salvó a dos ancianas y la enfermera, son hasta ahora los únicos supervivientes de esta trágica noticia.»

*

Gabriela se arranca la ropa, abre el grifo de la ducha y se mete debajo. El agua fría corre por su espalda y ella se encoge, se encoge al mundo, a la tragedia. Siente el dolor como un polvo finísimo que se aposenta en la piel, que deja sin saliva cualquier pensamiento. El dolor de Ismael, de Raquel, el dolor de Irene, el dolor de pensar que su luz ya es barro y el barro piel, piel sucia, quemada, costra ignorada por todo aliento. Cuánto desgarró suspendido, ahogado en sus voces heridas. Se hunde entre sus amaneceres muertos hasta quedar en posición fetal. Intenta creer que el pánico no es horizonte, sino instante, momento, grito. El agua le golpea el costado, diminutas gotas heladas que perforan su conciencia, que perforan el silencio, cualquier palabra es un error, un hueco tullido que ansía rellenarse de voces. Busca un lamento, un clamor, un gemido donde apoyar la vida y encuentra amor incondicional. Un amor con el infinito en los párpados, un amor que no es pausa sino camino, con el que creará universos desde la boca, porque ahora por fin comprende, que amar es invadir todos los límites.

Gaspar cierra el grifo y la envuelve en una toalla. Después la coge en

brazos y la deja sobre la cama. Sola. En una soledad acompañada.

CAPÍTULO 27

VUELO AA- 40 AMERICAN AIRLINES

John Miller se despertó totalmente desorientado. Sentía pesadez en la nuca y le sorprendió verse tumbado en el asiento del avión con una manta de la aerolínea cubriéndole desde las piernas hasta los pies. Incluso le habían cambiado los zapatos por unos escarpines de la compañía.

—¿Se encuentra mejor?

Stein le sonreía desde el asiento contiguo. Los separaba una mesa de plástico gris, donde había colocado su portátil.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz somnolienta.

—Sufrió un mareo cuando estábamos en el Admirals. Una bajada de tensión. A duras penas conseguimos que embarcara por su propio pie; en cuanto llegó al asiento se quedó dormido profundamente. ¿Desea tomar algo?

Miller chasqueó la lengua. Tenía la boca empastada y no conseguía recordar cómo había subido al avión.

—Agua, por favor.

Stein pulsó un botón encima de sus cabezas. Una luz amarilla comenzó a parpadear en la penumbra. Viajaban en primera, prácticamente solos. Tres filas más atrás, había una pareja mayor y a la derecha, un ejecutivo leyendo el *Chicago Tribune*.

—¿Desean algo?

—Una botella de agua.

—Enseguida, señor.

La azafata apagó la luz. Miller colocó el asiento en posición vertical pero no se quitó la manta, al despertarse le había entrado una sensación de frío que asoció al recuerdo de Michael Fellerstone.

—¿Y el señor mayor? —preguntó mirando a su alrededor. Tampoco

recordaba su nombre.

—¿Fellerstone?

—Sí.

—Se marchó a Washington, allí recibirá toda la información que obtengamos.

La azafata le dejó una botella de agua pequeña, de la marca Naya, con un vaso de cristal y una servilleta de papel. Miller abrió la botella y se la bebió a morro, de un trago. Luego se giró hacia Stein, tenía los ojos clavados en el vaso vacío.

—Tenía mucha sed —dijo a modo de disculpa.

—Ya. ¿Puedo hacerle una pregunta o se encuentra cansado?

—No, no, adelante.

Noah abrió el ordenador que le había entregado al profesor para trabajar en la operación y cliqueó sobre el archivo de los sumerios que figuraba en el escritorio.

—Disculpe que haya utilizado el portátil, pero al ver que no tenía ninguna clave de entrada pensé que no le importaría.

John movió la cabeza hacia los lados, podría interpretarse como que no le había molestado o como gesto de incredulidad por lo que estaba ocurriendo. En la pantalla apareció la tablilla del periodo de Uruk robada del Museo Nacional de Irak. Bajó con el ratón hasta llegar a la traducción.

—En esta tablilla sobre la profecía del fin del mundo —dijo recolocando el ordenador en la mesa para que los dos pudieran verlo—, hablan de una sacerdotisa, ¿se supone que es una especie de Mesías?

—No. Según los sumerios, las personas podemos alcanzar el poder de los dioses mediante objetos divinos, como el Sello de los Destinos, o teniendo acceso a la sabiduría que los dioses nos negaron al crearnos. En este caso, sería una sacerdotisa con los poderes de la diosa Nintu, la señora que da la luz.

—Quiere decir ¿que cualquier humano puede convertirse en una especie de semidiós?

John Miller, previendo una larga conversación, estiró las piernas para ponerse cómodo. Los escaupines tenían los colores del águila de American Airlines.

—Según la mitología sumeria, Enki ocultaba los «Me», que eran la clave para gobernar la creación. Inanna deseaba tenerlos, y aprovechó una fiesta para engañarle y robárselos.

—Supongo que la interpretación de las tablillas o de cualquier texto sagrado, suele ser muy personal. Ese es el motivo de tanta fabulación con las explicaciones, prácticamente son literatura.

—Sí, es complicado conocer la verdad. Según otras interpretaciones, Inanna engañó a Enki porque pretendía que los humanos de Uruk fueran idénticos a los dioses, que gozaran de su mismo conocimiento y no estuvieran condenados a ser simplemente esclavos. Enki estalló en cólera al enterarse, pero Inanna ya estaba volviendo a Uruk en su barco del cielo. Por lo que se deduce que algunos humanos tuvieron acceso a ese basto poder.

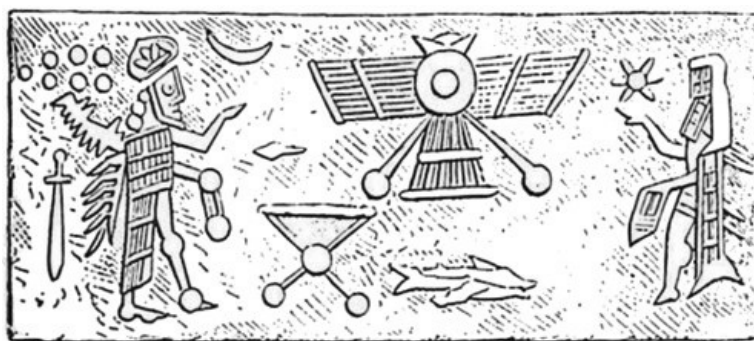
—¿Barco del cielo? —No tuvo más remedio que dejar un rastro de sonrisa en la pregunta.

—Sí, en la cultura sumeria hay muchas referencias a que los dioses surcaban los cielos, navegaban por los cielos, se trasladaban por ellos. Lógico que en lugar de nave espacial lo llamaran barco del cielo. Hay grabados en tablillas que le sorprenderían.

—¿Usted cree?

La ironía, alargando la interrogación hasta el final de su tono más grave, obligó al profesor a buscar con impaciencia un archivo en el portátil.

—Le voy a mostrar una representación de un sello cilíndrico de 4500 años de antigüedad. Se conserva en el Museo Hermitage de San Petersburgo en Rusia. Según Zecharia Sitchin representa a unos astronautas. Entre la luna y marte, se ve una nave espacial con los paneles y las antenas extendidos, efectuando la maniobra de aterrizaje.



El profesor giró la pantalla para ofrecerle el dibujo con claridad. Noah Stein se acercó un par de veces hacia la imagen y cambió de conversación.

—Que no exista un mesías y que cualquiera pueda ejercer esa... llamémosla: misión. ¿Es la única diferencia entre los sumerios y el resto de religiones para el día del fin del mundo?

—Como puede ver en esta profecía, pese a estar incompleta, faltan trozos de arcilla —dijo cliqueando de nuevo en la pantalla para mostrarle la original—. Ellos marcan algunas señales que no son muy diferentes de las del resto de religiones. Noah Stein, Stein —repitió su nombre en voz baja—. Usted es judío, ¿no?

Stein se frotó con suavidad la frente recordando la conversación que mantuvo con Michael Fellerstone, cuando le hizo la misma pregunta y le gritó que no eran judíos, sino de origen judío, para después hablarle de Adam Weishaupt y la creación de la orden de los Illuminati.

—Sí —respondió escuetamente.

—Según los judíos, la atmósfera que precederá la llegada del *Mashíaj* o Mesías, será un tiempo de guerras mundiales, revoluciones, hambre, catástrofe económica y olvido de Dios. El Talmud nos dice: «El hijo de David no vendrá hasta que el reino se haya subvertido en herejía». Lo mismo ocurre en el Islam con la venida del *Al-Dajjah* o falso profeta, y en la Iglesia Católica con la Parusía, la vuelta gloriosa de Cristo. De hecho, la mayoría de los conceptos de las religiones están sacados de los sumerios.

—Aquí habla de los Anunnakis desterrados y de los Nefilim dueños de los abismos, ¿quiénes son?

—Eso requiere una conferencia. Y extensa —John se acomodó en el asiento antes de continuar—. A grandes rasgos, Anunnaki significa: «Los que del Cielo descendieron a la Tierra». Según las tablillas, los Anunnaki eran dioses que modificaron genéticamente al hombre mono y lo convirtieron en Homo sapiens, pero no por amor altruista, sino para que trabajara de esclavo y recolectara minerales para su planeta. Un grupo de Anunnakis se quedó aquí para controlar los trabajos y con el paso del tiempo, acabaron uniéndose con mujeres de la tierra. De esas relaciones surgen los Nefilim o gigantes.

—No me negará que esa historia sí parece literatura.

John cogió el tapón de la botella de agua para hacerlo rodar entre sus dedos. Necesitaba tener las manos ocupadas para concentrarse.

—Sin duda, pero es curioso que ese dato sumerio también lo constata el Génesis 6:2: «Los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que les gustaban». Y el Génesis es el primer libro de la Torá para los judíos y el Antiguo Testamento para los católicos. Si estudiamos lo que escribieron nuestros ancestros, ¿por qué debemos investigar esas religiones y no a los sumerios?

—Si damos credibilidad a esos relatos, estaremos negando la evolución de

las especies. A Darwin, a la ciencia, a...

—No. El relato sumerio, como usted dice, no contradice la evolución de las especies. Darwin, con su teoría de la selección natural, nos cuenta que la evolución nos ha formado durante miles de años pero también indica que hay un eslabón perdido. La ciencia no puede dar cuenta de la aparición del Homo sapiens, que tuvo lugar repentinamente, sin evidencias que pudieran indicar un cambio gradual desde el Homo erectus. Las tablillas sumerias dicen que sus dioses, los Anunnakis, modificaron genéticamente al hombre mono, y al resultado de esa manipulación, Enki lo llamó Adapa, la Biblia lo llamó Adán y la ciencia Homo sapiens.

—¿Pretende hacerme creer que estamos creados o modificados por extraterrestres? —dice Stein soltando una leve risa.

—No es mi intención, se lo aseguro. Si le interesan estos temas, debería leer a Zecharia Sitchin. Es un erudito de las lenguas semíticas y uno de los pocos que entienden y traducen el sumerio. Le sorprenderá conocer que fueron los primeros en usar derivados del petróleo. Nafta, que es su nombre común, deriva de napatu: piedras calientes. Fueron los primeros en la agricultura, en la música, en la medicina. Se han encontrado esqueletos con señales de cirugía cerebral. Crearon escuelas donde impartían botánica, matemáticas, teología. 2350 a.C. Urnammu promulgó un código de leyes para proteger a los pobres: «Para que los huérfanos no sean víctimas de los ricos, para que las viudas no sean víctimas de los poderosos». Y lo más sorprendente, es que nadie sepa cómo surgió su civilización. Leo Oppenheim, doctor por la universidad de Viena, destacó el asombrosamente corto periodo de tiempo en el que apareció. Joseph Campbell, reconocido profesor norteamericano, aseguró que los sumerios constituyen la unidad germinal de todas las civilizaciones del mundo. La pregunta que yo me haría, señor Stein, es la siguiente: ¿Por qué motivo cuando invadimos Irak, se permitió que saquearan los museos y se borraran las huellas de esta civilización? ¿Por codicia? ¿Por miedo a algún descubrimiento que arrojara luz sobre nuestros orígenes? O simplemente, por ineptitud.

—Reconozco que no puedo responderle. Espero no molestarle con tantas preguntas.

—En absoluto. Me encanta hablar de los sumerios, así se me hace más ameno el viaje.

John se fijó en las manos excesivamente cuidadas de Stein. Este, había clavado la vista en la tablilla sumeria y parecía sumamente intrigado. Notó que respiraba fuerte para volver a la carga.

—Entonces, esos Nefilim de los que habla la profecía, dueños de los abismos, ¿son seres malvados?

—El bien y el mal, es otra conferencia.

Los dos se miraron calculando en qué bando se encontraba cada uno. A John le asaltó la tentación de preguntarle por qué le habían puesto a su empresa Morning Star, estrella de la mañana, en algunos pasajes de la Biblia llamaban así a Lucifer, el ángel caído.

—Digamos —continuó olvidando la pregunta—, que hay seres supradimensionales, seres que nos utilizan de una manera incomprensible para nosotros. Son regresivos, gozan de la energía en su estado más negativo y su conciencia no evoluciona. El ser humano vibra y con su sufrimiento, con su dolor, con su miedo, crea una frecuencia que alimenta a estas entidades que dominan el mundo desde la sombra. Según las teorías de la conspiración, esa es la causa de que nos bombardeen con noticias dramáticas, de que haya guerras, crímenes, revoluciones violentas. Su meta es mantener al ser humano en un campo de vibraciones bajas, impedir su evolución. Podríamos decir que la humanidad es su granja. Estos seres, realizan rituales satánicos, torturan, asesinan a niños y jóvenes porque disfrutan con el dolor, se nutren con ese dolor.

Se produjo un silencio pesado, incómodo; una especie de alivio contra el miedo obligaba a interrumpir la conversación. Noah Stein se levantó para ir al servicio. John pulsó el botón para pedir otra botella de agua y le sorprendió ver en uno de los monitores del avión, al vuelo AA-40 dibujando una trayectoria desde Chicago hasta el punto de destino: Barcelona.

—¿Barcelona? —balbuceó extrañado.

—¿Qué desea, señor?

El profesor cambió repetidas veces su mirada estupefacta del rostro de la azafata al monitor, hasta que señalándolo con una mano pudo hablar.

—¿Ese... ese es... es este vuelo?

—Sí, señor.

—¿No vamos a Esmirna?

—¿A Esmirna? No, señor. Este vuelo es directo de Chicago a Barcelona, en España. ¿Se encuentra bien? —le preguntó al ver que era incapaz de cerrar la boca.

—S... sí, sí. ¿Podría traerme otra botella de agua?

—Por supuesto, señor.

John se palpó la chaqueta buscando su móvil. Necesitaba llamar a Mary,

contarle ese cambio de planes y... ¡No tenía el teléfono! Noah Stein llegó a su altura.

—Mi móvil... no... necesito... el avión... no vamos a Esmirna... debo llamar a mi mujer.

—Tranquilícese, profesor.

Stein se sentó y le abrochó el cinturón de seguridad. A John Miller, le acorralaba la frustración de ver cómo se desvanecía la esperanza y se dejó conducir hacia el dolor, ese dolor intenso del que se alimentan las entidades regresivas que acababa de mencionar. Sintió un fuerte pinchazo en el cuello y apenas tuvo tiempo de girar la cabeza hacia la izquierda. A su lado, de pie, el ejecutivo que leía el *Chicago Tribune*, sostenía una jeringuilla.

CAPÍTULO 28

BARCELONA

El sol era tan ingrato en aquella ciudad como en cualquier otra que hubiéramos tenido que atravesar corriendo. La gente observaba nuestra huida con apática indiferencia. Demasiados turistas quizá, demasiados buscavidas alrededor de los turistas, demasiados policías para detenernos a descansar sin que nos reclamaran la documentación.

Siguiendo el consejo de Egan, el odre griego, mantuvimos el mar a nuestra derecha hasta llegar a la Plaça de los Drassanes, allí, la niña de mirada dolorosa, acomodó el ritmo a nuestra zancada para asegurarnos que pronto llegaríamos a una zona menos vigilada donde dejaríamos de correr. Giró hacia la izquierda por unos jardines y no pude impedir que se me escapara un lamento con el esfuerzo, ya no dispondríamos de la refrescante brisa, el mar se quedaba a nuestra espalda. Subimos por la Avinguda del Paral·lel y el tráfico denso contribuyó a que el sudor se hiciera más pegajoso e incómodo. Yo no dejaba de mirar hacia atrás, temiendo ver al hombre del ojo de hielo persiguiéndonos. Serkan Çetin Utku no reflejaba cansancio en su rostro pero la regularidad de su tranco iba descendiendo de modo notable. Nos sacaba ya cerca de veinte metros, cuando pasamos frente a un teatro con un cartel enorme anunciando su espectáculo. Giró a la derecha y no se frenó hasta llegar a una plaza pequeña, con pista de baloncesto para los niños. Nos esperó de pie, a la sombra de los árboles, sin sentarse en un banco.

—Descansaremos dos minutos —dijo ajustando su voz a la fatiga—. Luego caminaremos juntos, seremos una familia. En estos barrios hay muchos emigrantes, árabes, turcos, indios; a nadie le extrañará que vayamos paseando. Si nos cruzamos con la policía no salgáis corriendo, me coges de la mano igual que si fuera tu hija y seguimos con normalidad.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

La niña de mirada dolorosa tardó unos segundos en contestar. Por alguna razón, su nombre parecía un secreto del que no nos quería hacer partícipes.

—Benazir.

Benazir, un nombre persa que significa: «La que nunca fue vista», propiedad que sin duda acompañaba a su dueña. Benazir nos llevó por una calle estrecha hasta desembocar en la Rambla del Raval y fui comprobando que sus palabras eran ciertas. No solamente había muchos emigrantes, además proliferaban los establecimientos árabes y turcos. Parecía que paseábamos por una ciudad de Sūriyā⁴⁹ o de Irāq. La sensación se acrecentó cuando cogimos la Carrer de Sant Rafael y Benazir se cubrió los cabellos con el *hiyab* para pasar por delante de la mezquita de Ṭāriq ibn Ziyād. Incluso el hombre parco reflejó sorpresa en su inexpresivo rostro, el motivo era lógico si tenemos en cuenta que Ṭāriq ibn Ziyād fue un general bereber que dirigió la conquista musulmana de la península ibérica, y aunque Serkan ignorara las connotaciones históricas, la acumulación de musulmanes a las puertas de la mezquita resultaba cuanto menos paradójica. Benazir no hizo caso de mi interés por visitarla y rápidamente torció por un callejón a la izquierda, para desembocar en una calle más ancha por la que recorrimos unos quinientos metros hasta llegar a nuestro destino. Era un restaurante turco, de escasa fiabilidad, situado en la Carrer de les Cabres. Nos pidió que esperáramos fuera mientras ella negociaba nuestro refugio. En la entrada había un escaparate donde un joven cetrino cocinaba un gran kebab de carne, por el aroma supuse que era de cordero o de oveja. Con el hambre cercándonos, tampoco importaba demasiado.

—Cuando salga comeremos.

Sentenció Serkan Çetin Utku al comprobar el cariño con el que estaba mirando la comida. Benazir no tardó en salir en compañía de un hombre de cara regordeta y grasienta, llevaba una camisa con las mangas remangadas hasta los codos. Nos observó fijamente y tras escupir un palillo que aprisionaba entre los dientes, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y volvió a entrar.

—Nos pide veinte euros por una habitación hasta las diez de la noche. Si queremos comida veinte euros más.

—Vamos dentro —dijo Serkan.

El restaurante era el vagón de un tren de tercera. En el interior te recibían con un generoso olor a especias; sonaba una melodía turca, probablemente una

koşma,⁵⁰ tocada con zurna y laúd. Fuimos hasta la caja registradora, donde nos esperaba el hombre, y Serkan le entregó un billete de cincuenta dólares.

—No tenemos euros. Podemos pagarte con liras si lo prefieres.

Hizo sonar el billete y se lo guardó en el bolsillo. Al fondo del local había dos hojas de madera que se abrían en ambos sentidos y daban paso a los servicios; detrás de estos, a la derecha, había otra puerta medio oculta con cajas de cartón. Era el acceso a un corredor de unos tres metros de ancho con varias camas seguidas y gente dormitando. Según nos explicó luego Benazir, las llamaban camas calientes, los clientes las utilizaba por horas, unos dormían por el día y otros por la noche, antes de que las sábanas se enfriaran ya había otro huésped ocupando el lugar. Nos abrió una especie de cancela metálica y nos mostró el cuarto. Más que una habitación era un tabuco interior del tamaño de mi camarote. Disponía de una litera y un lavabo en el que no te cabían las dos manos.

—Ahora os traerán la comida. Podéis quedaros hasta la diez, a esa hora vienen a dormir los sudaneses —dijo antes de marcharse.

Se me había quitado el apetito, quizá fuera por la pestilencia del ambiente o por las goteras de las paredes o porque Benazir, al ver la cama de abajo deshecha, las sábanas con cercos de mugre y pelos para tejer una alfombra, tiró la ropa al suelo para utilizar el colchón desnudo. No fue una buena idea. El colchón tenía manchas del siglo pasado y ninguna parecía de sudor. Los tres nos miramos desolados, mientras un par de cucarachas aprovechaban para escaparse por una grieta del suelo.

—Es el único sitio que conozco que no piden documentación —dijo a modo de disculpa, mientras abría la chapa de la entrada para que pasara algo de aire del pasillo—. Y no vamos a estar mucho tiempo.

—¿Aquí estuviste con Ebediyet?

Asintió mientras cogía el colchón para meterlo debajo de la litera. Yo la ayudé, con muchos reparos al tocarlo. Lo que quedaba encima del somier, era una tabla de madera donde no habían calado todavía demasiados fluidos.

—Nos quedamos en las camas calientes. A nosotras no nos perseguía nadie. No conviene que os vea mucha gente.

Sacó una toalla de la mochila que llevaba y la extendió encima de la tabla. Serkan hizo la misma operación con la toalla que guardaba en su bolsa de Adidas, pero él la colocó en el suelo.

—Tumbaos en la cama vosotros.

Me pareció un gesto amable y decidí tensar la cuerda.

—¿Qué le dijiste al capitán para que no me entregara?

—Que eras árabe y ellos americanos. Después aparté la pistola de su cabeza y le di dinero.

La respuesta fue tan rápida que me confundió. No era costumbre en el hombre parco contestar deprisa y con solvencia.

—¿Y por qué no lo hiciste antes de que llegáramos a puerto? ¿Antes de que te dijera que sabía dónde estaba tu hija?

Se pellizcó una oreja y lanzó una sonrisa evasiva, tal vez con su cara natural no le parecía adecuado mentirme.

—Lo hice en el momento oportuno —dijo sentándose sobre la toalla.

Un camarero cortó la conversación. Nos proporcionó un bote de ambientador, yo se lo agradecí más que la comida. Dejó en el suelo una bandeja llena de platos con *Çöp şiş*, pinchos de madera con carne, pescado, berenjenas y tomate. También nos llevó tres *pides* ovalados, que es un pan plano típico de Turquía, y dos botellas grandes de agua.

—Hay que comer —dijo Benazir lavándose las manos en el minúsculo lavabo.

—¿Cómo sabías que Litvak iría detrás de mi mochila? ¿Qué había dentro?

Serkan Çetin Utku apaciguó el sonido desigual de su respiración antes de sacar la pistola que llevaba en el tobillo y comprobar el cargador. Benazir se giró con las manos mojadas, goteando sobre el pavimento. Él nos observó a los dos con la tensión de un enemigo. Posó el arma con cuidado en el suelo, al lado de su bolsa de Adidas y se incorporó.

—Hay que encontrar a Ebediyet —apuntó la niña de mirada dolorosa interponiéndose entre los dos—. A partir de ese día te ayudaremos en tu misión, Ayman Mansûr. El hombre solo es enemigo de lo que ignora.

Si sus palabras me dejaron petrificado no fue por el acertado proverbio árabe, sino por su conocimiento de mi nombre y del cometido que debía realizar.

—Lavaos las manos los dos. Y vamos a comer —fue una orden sin fisuras.

*

Egan caminaba alegre por el muelle, silbando, sin duda las copas de *ouzo*⁵¹ habían tenido cierta influencia en su cambio de carácter. Las bolsas con la compra no pesaban excesivamente para su corpulencia, aunque él siempre era reticente a levantar cualquier tipo de peso, sin embargo, cuando faltaban trescientos metros para llegar al *Ténedos* se le cayeron al suelo y ahogó los

silbidos. Tres coches de policía con las luces encendidas y un furgón blanco estaban junto a la pasarela del buque. Pudo ver en la distancia al capitán, lo metían esposado en uno de los coches. Las chicas bajaban en fila del barco hacia el vehículo celular. Se escondió detrás de un contenedor escuchando el rumor de las mujeres y las órdenes de los policías para que abandonaran el buque con rapidez. Un compañero proyectó un grito de dolor, creyó reconocer la voz de Muhsin, el marinero flaco. La rutina de su vida acababa de saltar en pedazos. El sabor anisado del *ouzo* regresó a él con la amargura del miedo. Notó que era incapaz de pensar con fluidez, hasta que un dolor en la nuca le hizo volver en sí; su frente, ancha como un mapa, no paraba de sudar. Debía permanecer escondido si no quería ir a la cárcel unos cuantos años. Bajó la vista con ansiedad y vio las bolsas tiradas en medio del muelle. Se agachó temblando y en cuclillas las empujó hacia el contenedor. Los últimos rayos de sol reflejaron en un charco la imagen de un rostro vidriado por el agua sucia, no le dio tiempo a levantarse.

—Hola, Egan.

Litvak le agarró del pelo y apretó una navaja contra su cuello. Apenas pudo soltar un gruñido.

—¿Adónde han ido Ayman Mansûr y el turco?

MADRID

Gabriela deja de identificarse con el dolor. Las diferentes hebras que lo componen se van disolviendo a medida que su cuerpo recibe el flujo de energía y lo transforma en conciencia, en el vórtice de frecuencia pura que absorberá la iluminación. Su mente recoge destellos de información, flashes que se reproducen a una velocidad vertiginosa: Cleopatra, Luban, el sumo sacerdote Khaenofreh, Gaspar, el Uróboros; imágenes sucediéndose, interponiéndose, mezclándose. El sol de Alejandría, la entrada al templo de Serapis, el cuadro de Lavery: *El portador de incienso*. Elvira Díez y sus dedos sarmentados. Fotografías que accionan un resorte en su conciencia hasta que logra marcar una pausa necesaria. Y en ese intervalo encuentran acomodo las palabras de Cleopatra, la primera mujer alquimista, la autora de la *Chrysopoeia*, en su descripción ante los sacerdotes de lo que significa la alquimia, la transmutación en oro: «La naturaleza disfruta en la naturaleza y fuera de ella no hay unión. En ella se consuma la realización del hombre y de la mujer unidos, fundidos en uno. Debéis comprender que del mar ascienden

las nubes que llevan aguas benditas y hacen que las semillas y las flores crezcan. De la misma manera, nuestra nube, transporta aguas divinas y no necesita ninguna otra cosa. Este es el misterio, saber distinguir entre el amor temporal, *ask-i mecazi*, y el amor verdadero, *ask-i hakiyki*, que elevándose por nuestra columna nos revelará el poder divino».

Y comprende que la alquimia es un camino que conduce a la liberación, no a la riqueza material. El cuerpo es una de las llaves en la búsqueda de la armonía para vibrar con el universo. Cuando las dos dualidades de la energía, masculina y femenina, se funden, nace la luz, el éxtasis espiritual.

«Aquel que tiene poder sobre los cuerpos y la naturaleza es porque se unió en otro. Este misterio viene de Dios, toda la verdad oculta es transmitida por los sabios y los profetas. Lo que os he dicho convierte los cuerpos en celestiales, a través de la transmutación cambias la naturaleza y te viste de una gloria desconocida, una gloria suprema».

La *maithuna*, termino sánscrito que se utiliza para definir la unión sexual como rito, libera la energía primordial del primer chacra para que ascienda por la columna, convirtiéndose en energía evolutiva al alcanzar el *sahasrara* o séptimo chacra, en la coronilla. El acto sexual se convierte en un acto mágico, una meditación sin tiempo donde los cuerpos gozan hasta fusionarse con la luz de las almas, un círculo que une a los amantes en un único universo, sin divisiones, sin egos. En palabras de Jesús: «Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior y lo de arriba como lo de abajo, y cuando establezcáis el varón con la hembra como una sola unidad de tal modo que el hombre no sea masculino ni la mujer femenina, entonces entraréis en el Reino».⁵²

La mujer es la iniciadora suprema, su subconsciente posee todos los secretos, únicamente debe recordarlos. Gabriela los recuerda y decide que ha llegado la hora.

*

Todo transcurría de forma lenta, embarazosa. Ninguno de los dos sabe cuáles son las palabras idóneas para consolar al otro. La ausencia de Gabriela es un muro que divide. Gaspar enciende el equipo de música. Pavarotti canta *Nessun Dorma*. Se lo imagina con el pañuelo en la mano, desgranando las notas con facilidad hasta llegar al final del aria, cuando su pecho se hincha para asombrar con: *All'alba vinceró, vinceró, vinceró*. Gaspar se emociona, se identifica plenamente con la letra y el sentimiento del gran tenor. Renata

permanece absorta, tiene el portátil apagado entre las piernas. Ni siquiera ha terminado de beberse la cerveza.

—No me digas más, te gusta la cerveza caliente.

—¿Qué? —pregunta mecánicamente, sin saber de qué le está hablando.

—¿Te saco otro botellín?

—No, no, gracias.

Cuando sientes una emoción necesitas tender puentes hacia los demás. Gaspar, insiste.

—Mientras Gabriela descansa podríamos buscar lo de esa tal Sancha en internet. A lo mejor obtenemos algún dato.

—Tienes razón.

Renata coloca el portátil en la mesa pequeña y se la acerca hacia las piernas. La botella está a punto de caerse por el movimiento.

—¿Qué pongo? ¿Sancha? —le pregunta dejando la cerveza en el suelo.

—Por ejemplo.

Gaspar se sienta a su lado. Yahoo le ofrece tres millones de resultados.

—¡Joder! Sancha de León, Sancha de Castilla, Sancha de Aragón, Sancha de Mallorca, Sancha de Pamplona... ¿Nos tenemos que leer todas estas biografías?

—Acorta la búsqueda. Gabriela dijo que la acompañaba un caballero templario.

Ren escribe: Sancha y los templarios. Sesenta y dos mil resultados. El primero es: Sancha de Aragón. Lo clikea y lee en voz alta.

—La infanta Sancha fue la tercera hija nacida del segundo matrimonio del rey Jaime con Violante de Hungría, precedida por sus hermanas Violante y Constanza. Aunque aparece en la documentación medieval coetánea... bla, bla, bla... Sancha abandonó las riquezas y se fue a Tierra Santa...

—Esa no puede ser, ¿cuál es el siguiente resultado?

—Los templarios, historia y literatura. Es un blog negro, odio los blogs negros, ¿tú no?

—No, pero si hay que odiarlos, los odio.

Renata sonrío, coge la cerveza y le da un trago antes de continuar.

—Te gusta caliente —asegura Gaspar—. Descendéis de los vikingos, sois igual de guerreras que ellos.

Ella ruge cómicamente dando fiereza a sus pecas.

—¿Sabes lo único que me gusta caliente, rey majo?

—¿Majo?

—Si ha sonado a piropo no era mi intención. ¿Eh? ¿Sabes lo único que me gusta «muy» caliente? —repite la pregunta recreándose en la sensualidad.

—No, y no quiero saberlo, vikinga.

—¡Joder!

La exclamación sorprende a Gaspar. No entiende por qué se ha quedado pasmada, con la boca abierta y mirando por encima de su cabeza. Se gira en esa dirección. Gabriela está en la puerta, desnuda, extendiendo un brazo hacia él.

—Ven —musita.

Gaspar se suma a la perplejidad de Renata, titubea, se levanta en falso. Al segundo intento consigue incorporarse mirándola a los ojos, no se atreve a observar su cuerpo. Le estrecha la mano y entran en la habitación. Renata continúa con la boca abierta.

Gabriela enciende una varilla de incienso. El aroma a sándalo y a los aceites florales induce a la armonía, a la paz, al amor. Comienza a quitarle la ropa despacio, acariciándole los hombros para que sus músculos se relajen, le besa con suavidad en los labios y se sientan mirándose a los ojos, sin añadir ninguna frontera, con las manos unidas, respirando al unísono, formando un círculo con sus energías. Repite el mantra «Om», el sonido básico del universo. Gaspar la sigue, las vibraciones rítmicas producen un efecto físico, ralentizan el sistema nervioso y calman la mente. Le acaricia las mejillas, los labios, el pecho, las piernas, el pene. Masajea su cuerpo con delicadeza, respirando profundamente hasta que la pasión, la energía *kundalini* se despierta; se sienta sobre él y le muerde los labios, se tocan con la lengua. Comienza el viaje, la mente se aleja y se llenan de amor, de conciencia en cada caricia, en cada beso, en cada penetración. Conectan con su ser interno y el placer se sucede limpio, puro, sin ataduras, desde los planos de Luz. Repiten mentalmente el mantra «*So Ham*» «Yo soy», al tiempo que inhalan y exhalan centralizando la energía en el *anahatha* o chacra del Corazón, visualizando la *kundalini* a modo de cordón que va ascendiendo por la columna hacia él. La sensación les hace sonreír y se muerden la sonrisa, notan el temblor en su pecho, el adiós a un pasado que solo produce fiebre en los labios, agonía en la voz que no llega al mar, sus ojos cantan como hortensias y con el rostro desposeído de estrategias habitan sus orígenes, pronuncian infinitos en la inclinación de sus cuerpos donde se ha detenido la luz. La excitación los rodea, se acerca el orgasmo y deben aflojar la penetración. Ambos se quedan inmóviles, visualizando el torrente que los envuelve,

mezclando sus respiraciones jadeantes con fuerza para que la energía que sienten en los genitales se reparta por todo el cuerpo. El mundo pierde la geometría para extinguirse en sus hombros. El tiempo es una mentira, un error que nos impide atrapar mariposas con la boca. Y de nuevo, apoyándose en la mano que sin fatiga entrega, reanudan el vaivén, el equilibrio del sexo hacia la búsqueda espiritual.

*

Renata da un salto que la obliga a sujetar la mesa para no derribarla. ¡La ha encontrado! ¡La iglesia! ¡Sancha! Se levanta corriendo hacia la habitación pero se detiene en la puerta.

—¡Joder!

No sabe si puede entrar. Consulta el reloj, han pasado casi dos horas, ya deben de estar fumándose un cigarro. El portátil emite una señal y vuelve hacia la mesa. Se está agotando la batería.

—¡No, ahora no!

¡El cable! Necesita el cable para enchufarlo a la red. Pero Gaspar no le entregó ningún cable. ¡Maldito psicólogo! Lo tendrá por el salón, en la mesa de su ordenador. Busca entre los papeles, en las cajas que tiene amontonadas. Ninguna es del portátil que de nuevo emite otra señal. No lo encuentra. La alarma es cada vez más débil. Se sienta frente a él.

—El nombre de Eunate, en euskera significa «cien puertas» en alusión directa a la arquería o claustro que rodea el perímetro de la iglesia... ¿¡Qué hago leyéndolo!?! —se pregunta desconcertada.

Lanza un bramido e intenta archivar la dirección de la página web. La pantalla se apaga. Ignora si le ha dado tiempo. Tiene que contárselo. Deben saber lo que ha descubierto. ¡Nadie hace el amor durante dos horas!

—¡Eunate! ¡Eunate! —grita tapándose los ojos con una mano y abriendo la puerta con la otra.

Gabriela y Gaspar se abrazan con pudor, cubriéndose el uno con el cuerpo del otro.

—¿Qué?

—¡Tengo la iglesia! ¡A Sancha! ¡Eunate!

—¿Eunate? ¿Qué es Eunata?

—Salid y os lo enseño. ¡Joder, qué zorrera tenéis aquí a incienso! —Sale de la habitación sin dejar de gritar—. ¡Y necesito el cable, rey majo! El portátil se ha quedado sin batería.

—¿El cable? A mí no me dieron ningún cable.

—Estará en la caja —dice Gabriela que ha llegado al salón estirando la camiseta para ponérsela.

—Tampoco me dieron ninguna caja.

—Pero ¿tú dónde has comprado el portátil? ¿En una churrería? —pregunta Renata enrabiada.

—La verdad es... pues... que no lo compré.

Sale de la habitación sujetándose los pantalones con la mano, avergonzado, y no es por la postura ridícula o por estar sin camisa.

—Lo pedí prestado a un amigo.

Renata y Gabriela se miran.

CAPÍTULO 29

BARCELONA

Cuando John Miller llegó al hotel, tuvo la sensación de que el hall, los pasillos, la recepción estaban vacíos. La ciudad estaba vacía. Divisaba figuras, personas moviéndose, leyendo folletos turísticos, periódicos, incluso una mujer, un tanto osada, se había atrevido a abrir un libro. Permanecía sentada en un chesterton de color tabaco, en el lateral izquierdo de la recepción, peinaba un moño decimonónico que iba soltando guedejas al ritmo que pasaba las hojas. Sus facciones parecían dibujadas con tinta china.

—¿Quiere tomar algo antes de subir? —le preguntó Stein entregándole la tarjeta de su habitación.

—No, gracias.

El mundo estaba vacío sin Mary. Cogieron el ascensor a la séptima planta.

—Descanse, profesor, le avisaré para la cena.

—Gracias.

Las dificultades que presentía para volver a encontrarse con ella le oprimían el pecho. Dejó la maleta sobre un banco alargado de madera, no se molestó en deshacerla, sin embargo, sí colgó la chaqueta en el armario empotrado y se quitó los zapatos para tumbarse en la cama. En la mesilla, al lado del teléfono, había un díptico anunciando los servicios adicionales del hotel. Noah Stein se alojaba en la habitación de enfrente. Cuando salieron del aeropuerto se negó a devolverle el móvil y el profesor deseó no hacerse esta pregunta: ¿Por qué?

La posibilidad de escaparse del hotel y coger el primer vuelo para Estados Unidos no la encontraba demasiado descabellada. Aunque lo expulsaran de la universidad y no pudiera pagar la hipoteca. Estaba convencido de que conseguiría rehacer su vida en cualquier parte del mundo. Con Mary, siempre.

Observó el teléfono durante dos o tres interminables minutos. Antes de emprender cualquier maniobra necesitaba ponerse en contacto con ella. Contarle el cambio de destino y lo ocurrido con estos psicópatas que le inyectaban sedantes. Pegado al aparato había un listado con los códigos para las llamadas internacionales. Descolgó el auricular y comprobó que hubiera línea. Por un instante, le asaltó la idea de que el teléfono no funcionaría. No le encontraba sentido a que pudiera llamar a casa desde la habitación y que Stein no le devolviera su móvil. Conociéndolos, a lo mejor habían pinchado el teléfono de Mary. Debía ser conciso y claro. No deseaba alarmarla sobremanera. Comenzó a marcar los códigos internacionales. Sonaron campanadas y un aleteo de palomas abandonando el tejado. Supuso que estaría cerca de alguna iglesia importante; miró por la ventana un segundo y se percató de que eran gaviotas. No era corriente que hubiera gaviotas en el centro de la ciudad, tan alejadas del mar. Marcó el último número. Por la espalda le caía un reguero de sudor. La señal que emitía el teléfono era perfecta. Dos toques, tres, cuatro, cinco...

—¿Sí?

—¡Mary!

El mismo se sorprendió de emplear un tono tan altisonante pero al reconocer la voz de su mujer los nervios le traicionaron.

—Escúchame, estoy en Barcelona, España, te repito, Barcelona, España. No me han llevado a Esmirna, esta gente es peligrosa, márchate de casa hasta que yo vuelva y si pue...

Escuchó un gemido a través del auricular o un sollozo extraño y se calló un segundo para prestar atención.

—¿Mary?

—Está aquí —dijo Mary en un susurro.

A John ese susurro le indicó que el pánico invadía cualquier pensamiento posible.

—¿Que está...? ¿Quién...?

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Noah Stein le miraba desde la entrada con una arruga marcada en la frente. Mary se echó a llorar.

—¿Mary?

—Buenas tardes, profesor.

La sinuosa voz de Fellerstone al otro lado del teléfono le produjo un pinchazo en las costillas, un dolor espasmódico. Enderezó la espalda aterrado. A Stein le acompañaba el hombre que le había inyectado el calmante en el

avión.

—No se preocupe por su mujer. Está en buenas manos.

—¡Cómo le ocurra algo a Mary...!

—Tranquilo, señor Miller. Somos hombres de palabra. Si usted cumple el acuerdo firmado no tiene nada que temer. Obedezca al señor Stein y concéntrese en el Sello de los Destinos. Nos veremos pronto.

—Espere, espere, por favor, no me cuelgue —suplicó con la voz a punto de quebrarse—. Deje que me despida de Mary.

En la transición, le dio tiempo a dar un par de respiraciones fuertes para recuperar un tono sereno antes de escucharla. Stein lo vigilaba detenidamente.

—Gordi, ¿estás bien?

—Claro, mi rubia. Muy bien. Encontraremos esa pieza sumeria y en unos días estaremos en el Reggie's celebrándolo.

—Sí, juntos.

—Escuchando a Nina Simone y su *Sinnerman*.

—Cuídate mucho.

—Te quiero.

Noah Stein le arrebató el auricular pero pudo escuchar un «te quiero» de Mary perdiéndose en el ambiente.

—¿Necesita un sedante? —le preguntó.

John negó con la cabeza. Nunca había sentido deseos de matar a nadie, pero el odio le tensaba la piel. Abrió la ventana. Las gaviotas planeaban por un cielo limpio, ajeno a su problema. Pensó que estaban alejadas del lugar que les correspondía. Igual que él.

CHICAGO

Michael Fellerstone cruzó las manos por la espalda mientras observaba con minuciosidad el pequeño cuadro de *El portador de incienso* que tenían colgado en la columna del despacho. Era una copia fallida.

—Aún lo conservas —dijo con un hilo de voz.

Apuntó con la barbilla al guardaespaldas para que los dejara solos. Las pinceladas eran demasiado obvias y la cara del monaguillo reflejaba terror en vez de serenidad. Se sentó frente a Mary.

—Cuando conservas algo desde la infancia suele ser porque representa algo importante. ¿Dónde está?

Por la ventana abierta se colaba el canto de un cardenal rojo. Fellerstone aguardó un instante para que acabara los trinos.

—Copiar siempre ha sido de mediocres. Un artista crea, sueña. Cualquiera con talento que viva de copiar cuadros de otros pintores debe de sentirse frustrado.

—No le hagas daño.

—Mary, Mary, cuántas veces te dije que yo no hago daño a nadie. Es su destino. Yo únicamente me encargo de cumplirlo.

En un cubilete había varios lapiceros con marcas de mordeduras, indicando la actitud infantil de Mary. Fellerstone gruñó satisfactoriamente. Las infancias duras son difíciles de superar.

—¿Dónde está?

—No le hagas daño —repitió mordiendo las sílabas.

—Tu posición no es la idónea para reclamar favores —dijo aportando un rictus de irritación a sus labios—. Te escapaste de mi protección a los catorce años. Elegiste esta vida... vulgar, cuando yo te ofrecía un futuro brillante. A pesar de eso continué ocupándome de ti. En la sombra, como me corresponde. Vigilando tus estudios, procurándote trabajos decentes...

Mary sintió una náusea, su intimidad había sido invadida. Nunca imaginó que él estuviera detrás de cada uno de sus pasos y mucho menos que algún día iba a enfrentarse a él, cara a cara. Se llevó la mano al estómago y tragó saliva.

—Si nos has controlado tanto, ¿por qué no sabes dónde está?

—Porque no me ha hecho falta... hasta ahora. Estuvo un tiempo en Chartres, y luego deambuló por España. Verás que no necesito tu ayuda para encontrarla, pero si me ahorras tiempo podemos hacer un trato.

Hizo una pausa en el discurso para que ella meditara la propuesta. La punta de su lengua se asomó con discreción.

—No he estudiado el destino de John Miller, tal vez no deba morir tan joven. Sería una pena que lo forzáramos, ¿no crees?

El rostro de Fellerstone era una arruga totalmente opaca. Las ojeras le caían sobre los pómulos como dunas ennegrecidas. Parecía abstraído, sopesando si merecía la pena permanecer más tiempo en aquella casa. El cardenal rojo

reanudó su trino. Mary desvió la mirada del cuadro para encontrarse con su viejo enemigo.

—«Ella es el final de la estirpe» —musitó, recitando un verso de Ezra Pound—. Nunca habéis sabido quiénes eran en realidad vuestros padres. ¿O Emma sí? —repitió los versos de Pound elevando sus puntiagudos dedos hacia el techo—. Murieron tan jóvenes. El orfanato que os acogió, que acoge a tantos niños, se mantiene gracias a mis donaciones. Cuando me avisaron de que habían llegado dos hermanas con mucho talento, no dude en visitaros y en apoyaros. Incluso os enseñé mi mundo. El verdadero. No este holograma irreal donde la gente piensa que vive. Nacen para alimentarnos y nosotros les dejamos creer que son libres.

Mary había aprendido que los sentimientos se ocultaban más eficazmente desde la quietud. Fellerstone confundió el silencio con un signo de debilidad. Pronto descubrió su error.

—No sé dónde está Emma.

Cuidadosamente, sin querer perturbar el canto del cardenal rojo, se levantó del sillón y metió las manos en los bolsillos de su arrugada chaqueta. Karl Beigböck y un guardaespaldas entraron en el despacho.

—Dile que tengo a su hija. Está embarazada. La reservo para una ceremonia muy especial. Tal vez le interese saberlo.

El guardaespaldas sujetó a Mary por los hombros mientras Beigböck le implantaba un microchip.

—Ya solo serás un número para mí —le espetó con desprecio.

Fellerstone abandonó el despacho seguido de sus hombres. Mary se inclinó llorando. Observando las paredes, ya no existían ángulos en el mundo para esconderse. Ignoraba cómo podría avisar a Emma sin que ellos se enterasen; cualquier mensaje suyo incluiría la forma de un ataúd. «¿Cuál es el valor de la vida humana?», se preguntó con un dolor tan profundo como los inviernos donde la desolación finge paisajes. La canción de Nina Simone, que John le había transmitido en clave, le crujía en la frente.

Pecador, ¿hacia dónde vas a correr?

Pecador, ¿hacia dónde vas a correr?

¿Hacia dónde vas a correr?

En ése día.

Bueno, correré hacia la roca.

Por favor, escóndeme. Corro hacia la roca.
Por favor, escóndeme. Corro hacia la roca.

Por favor, escóndeme, Señor.
En ése día.

Su destino jamás le permitiría llegar a La Roca, nombre con el que familiarmente se referían a la casa que los padres de John tenían en las montañas Ozark. Un punto de sangre brillaba en su mano derecha.

CAPÍTULO 30

BARCELONA

Las luces de neón anunciaban en líneas delgadas y azules el cuerpo de una mujer dentro de una copa de champán. La base de la copa era el nombre del club, «Kadinlar», que se encendía y se apagaba en color rojo. La intermitencia jugaba de manera extraña con el concepto porque *kadinlar* significaba *mujeres*, al volverse a encender, la primera y la última letra quedaban apagadas, por lo que se formaba la palabra *adinla*, que de algún modo podría traducirse por «santificado seas».

A Serkan Çetin Utku se le notaba la dimensión de su enojo por la forma de fumar, dependía de la violencia con la que expulsaba el humo; viendo las luces, lo escupía. Imaginar a su hija trabajando en ese club, por mucho que te «santificaran» a la entrada, no era la mejor noticia para comenzar la noche.

—Yo me quedaré aquí con las mochilas —dijo Benazir marcándonos el plan a su manera—. Vosotros entrad simulando que sois clientes, id directos a la barra y al camarero que os atienda le preguntáis por Şükrü Mehmetoğlu. Es el dueño del local y el contacto que nos dieron cuando vine con Ebediyet. No os preocupéis, si tardáis mucho en salir, entraré para sacaros.

El hombre parco y yo nos miramos sin saber qué decir, desde luego arrojó no le faltaba, pero como equipo de rescate no ofrecía demasiadas esperanzas.

Nos habíamos apostado en la esquina del callejón, entre dos contenedores de basura y una farola fundida, la puerta trasera del club estaba cerrada con un candado, la única vía de escape era esa misma calle. La niña de mirada dolorosa se adelantó a nuestro movimiento quitándonos la mochila y la bolsa de Adidas, luego nos indicó con un giro de cabeza que nos pusiéramos en marcha. Serkan apagó el cigarrillo en la acera.

En la entrada había un hombre más sebooso que fuerte, con la cabeza rapada.

Uno de esos tipos que se afeitan una vez por semana y aquel, no era su día de aseo. Nos abrió la puerta sin preguntar. Era la primera vez que accedía a un local de esas características y mi corazón latía desmesuradamente. En el interior sonaba una música sensual, el aire viciado olía a perfume barato y a alcohol. No había muchos clientes pero debían de ser simpáticos ya que se oían risas de mujeres; sobre una tarima iluminada con focos de diferentes colores, una bailarina subía y bajaba por una barra de acero, contoneándose de forma lasciva. Yo me quedé absorto con la elasticidad de su cuerpo, no porque mostrara sin ningún pudor unos pechos bastante convincentes, sino porque la abertura de piernas, que realizaba en vertical, requería un entrenamiento exhaustivo. Serkan me golpeó en la nuca para que caminara hacia la barra. Él no apreciaba el esfuerzo de la artista. Le atendió un camarero con un bigote que excedía los límites de la generosidad. No conseguí entender la conversación por el nivel tan alto de la música pero con una seña nos mandó esperar. Al fondo, las mujeres se diseminaban por el local. Algunas permanecían sentadas en los sofás, dejando una distancia prudencial entre ellas, por si los clientes decidían acudir a su lado; otras paseaban permitiendo que los hombres las examinaran sin recato. La mayoría, por no decir todas, eran muy jóvenes y rubias, su fisonomía no parecía árabe. La bailarina de la barra había cedido su turno a otra compañera, esta no realizaba ejercicios con tanta agilidad, pero lo suplía con movimientos voluptuosos que enardecieron a los clientes. Rápidamente se formó un corro a su alrededor. El camarero del bigote nos mandó pasar por una puerta al final de la barra, daba a un pasillo con las paredes rojas y la moqueta desgastada. A la izquierda, una señora mayor en peor estado que la moqueta, atendía un mostrador lleno de toallas. Detrás de ella se elevaba una escalera de caracol. Cuando estábamos haciendo cábalas sobre a dónde conduciría, un hombre corpulento salió de un despacho y nos hizo señas para que entráramos. Şükrü Mehmetoğlu nos miraba desde la mesa, tenía el rostro descarnado y una voluminosa verruga entre las cejas. Lo más destacado de sus rasgos era que alguien le había cercenado la oreja derecha.

—¿Qué deseáis? —preguntó desabrido.

—*Assalamu Alaikum*.

Le saludé con «la paz sea contigo», anticipándome a la probable falta de cortesía de Serkan. Debíamos demostrar al desorejado que éramos hombres de paz, solo pretendíamos entablar una conversación amistosa.

—Estamos buscando a mi hija, se llama Ebediyet y tiene diecisiete años.

Şükrü hizo un gesto de desaprobación. No se debe ser tan directo cuando deseas negociar. Adoptó una actitud fría, a la defensiva.

—Aquí solo trabajan mujeres rusas. ¿Por qué razón iba a conocer el paradero de tu hija? —cuestionó moviendo las manos en círculos.

—Porque vino a verte hace unas semanas. Llegó a Barcelona en un barco de esclavos, sin papeles y sin dinero.

Şükrü Mehmetoğlu se rascó el diminuto cartílago como si le picase la oreja entera. La música del club llegó con claridad para inmediatamente descender el volumen. El hombre corpulento había desaparecido de la puerta, detalle que no presagiaba nada bueno y que no le pasó desapercibido a Serkan ya que al entrar se había colocado de escorzo, controlando la entrada y al desorejado. No disponíamos de mucho tiempo, pronto el despacho se llenaría de gorilas.

—Suponiendo que fuera cierto lo que cuentas, ¿cómo puedo saber que tú eres el verdadero padre de esa muchacha? Quizá seas un amante celoso en busca de venganza, y siendo tan tierna cualquiera desearía desvirgala.

Soltó una risa impúdica dejando al descubierto una hilera de dientes amarillos. Yo, sin ser el padre de Ebediyet, sentí un asco profundo y por la actitud hierática del hombre parco, ese comentario sería el principio de las hostilidades.

—¿Quieres que te enseñe los papeles que demuestran mi paternidad?

—Sí, claro, muéstrame algo que me parezca interesante —dijo frotándose el pulgar y el índice en un signo claro de que nos exigía dinero a cambio de la información.

Serkan se inclinó hacia el tobillo y cuando el desorejado sonreía esperando ver un fajo de billetes, se encontró con la pistola apuntándole a la verruga.

—¡La puerta! —gritó el hombre parco.

Yo me acerqué de un salto para avisar si alguien se asomaba al pasillo y la entorné. La señora mayor huyó con rapidez por las escaleras de caracol.

—¿Crees que esto demuestra que soy su padre?

—¡Muzar!

El insulto sobre su madre no enfureció más al hombre parco. Rodeó la mesa para agarrarle por el cuello y apoyar el cañón en su cabeza.

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé, aquí vienen muchas mujeres pidiendo ayuda, pero los rusos solo dejan trabajar a sus chicas.

—¿Qué tienen que ver los rusos contigo?

—Son mis socios, a cambio de un porcentaje me protegen. Guarda el arma,

si ellos te ven, no saldrás con vida del club.

—Háblame de Ebediyet.

—No la conozco.

Serkan echó hacia atrás el percutor.

—Vale, vale, no dispaes, no dispaes. Estuvo aquí pero no podía darle trabajo. Se quedó a dormir con las chicas y unos días después se marchó. Los rusos la están buscando.

—¿Por qué? —preguntó apretando la pistola contra la frente como si se la fuese a perforar.

—¡Aaahh! Porque una de sus chicas huyó con ella.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Haz memoria! —le ordenó aplastándole con su pie los genitales.

—¡A Pamplona! ¡A Pamplona! Inna nos dijo que se habían ido a Pamplona a buscar trabajo. Van a empezar las fiestas y necesitan muchas camareras.

La puerta del fondo se abrió y aparecieron varios hombres. No pude calcular el número, el corpulento los ocultaba con su enorme espalda.

—¡Viene gente!

—Métete debajo de la mesa.

Serkan Çetin Utku se parapetó en el sillón sujetando al desorejado, sin apartar el arma de su cabeza. La puerta se abrió lo suficiente para revelar quién iba a entrar. Al hombre corpulento lo acompañaba el vigilante seboso de la entrada, había dos hombres más a los que no veía bien. Uno de ellos recibió órdenes en ruso y volvió tras sus pasos, desde el interior del club cerró la puerta que daba acceso al pasillo y el volumen de la música aumentó de forma cualitativa. Cuando por fin entraron en el despacho y se abrieron en abanico, auguré que la noche no conocería el alba, Litvak apareció detrás de ellos.

—Hola, turco.

Litvak saludó con su ojo de hielo recorriendo el despacho. Los tres apuntaban con sus armas a Serkan.

—¡Qué pequeño es el mundo!

—Debí matarte en Zahu —contestó el hombre parco haciendo amigos, como era habitual en él.

—Tienes dos problemas. Te esfuerzas por odiarme y nunca has respetado las órdenes.

—Soltad las armas o me cargo a este.

A Şükrü Mehmetoğlu le temblaba la verruga de la frente. Su única oreja

había adquirido un color rojizo por el brazo que le apretaba el cuello contra el sillón.

—¡Hacedle caso! —suplicó.

—Dile a Ayman Mansûr que salga de debajo de la mesa. Esto ya no va contigo, turco. Se acabó.

Hice un movimiento para abandonar mi ridículo refugio y entregarme. A pesar de lo que había oído no quería que él, y mucho menos Benazir, corrieran peligro por mi culpa. Serkan interpuso una pierna para impedirlo.

—Dejadnos marchar y Şükrü os contará a qué hemos venido. Todo a su tiempo, Litvak.

Se produjo un silencio. El hombre del ojo de hielo sopesaba la oferta. Los dos rusos lo miraron sin expresión en el rostro, a Şükrü se le amorataba la oreja.

—Ya me engañaste con el truco de la mochila. Estás en clara desventaja. Somos tres.

La frase reflejó que no habría concesiones. Desde mi posición, observé a los tres inclinando ligeramente el cuerpo hacia atrás, asentando el peso sobre los talones.

—Lo sé, pero alguno de vosotros me acompañará. *Inna–Lillahi–Wa–Inna–Ilaihi Rajiun.*⁵³

Al escuchar la frase, el hombre desorejado gritó con fuerza intentando zafarse. Sonó un ruido seco y la verruga de Şükrü Mehmetoğlu se volatilizó dejando sitio a un lunar rojo con un hilo de sangre. Las rodillas se me paralizaron.

—Ya no tienes con quien negociar —dijo Litvak cambiando la dirección de su arma—. Entrégame al chico.

Los ojos de Serkan adquirieron un tamaño prodigioso al ver a Benazir bajando por la escalera de caracol. El hombre del ojo de hielo se percató de la extraña mueca pero no pudo reaccionar. Cuando comenzaron a girarse, para ver qué ocurría a su espalda, el hombre parco hizo dos disparos al tiempo que Benazir le golpeaba en la cabeza con una palanca de hierro. Los dos rusos cayeron heridos, Litvak rodó sin conocimiento por el suelo, con la cabeza abierta.

—¡Vámonos! —ordenó Benazir.

El equipo de rescate había llegado para sacarnos, a pesar de la escasa confianza depositada en ella. Nadie podría catalogar su peligrosidad por el tamaño, lo mismo que ocurre con la profundidad de un río. Serkan abandonó el

parapeto del sillón y apartó las armas de los rusos para que no pudieran cogerlas.

—¡*Ublyudok!*⁵⁴ —le escupió el vigilante seboso mientras se apretaba la herida del hombro que no dejaba de sangrar.

No debía ser un término cariñoso. El turco no se dio por aludido y, decidido a acabar con el problema, acercó su pistola al pecho de Litvak amartillando el percutor.

—¡No! —gritó Benazir—. Los rusos se encargarán de él. Seguidme.

La niña de mirada dolorosa nos hizo subir por las escaleras de caracol hasta el primer piso. La señora mayor estaba vigilando y salió en estampida al vernos.

—¡*Socors, socors!* —gritó escondiéndose en una de las puertas del corredor.

El corredor tenía habitaciones a ambos lados, las utilizaban las chicas para acostarse con los clientes, lo había averiguado Benazir durante la espera. Las mujeres de aspecto dudoso entraban y salían por el portal y dedujo la conexión con el club. El corredor hacía un codo a la izquierda, para alargarse unos metros hasta la puerta del piso. Bajamos precipitadamente al portal de la calle, daba justo a los contenedores. Las luces del cartel permanecían encendidas. Benazir abrió el portón de uno de ellos y casi tuvo que meterse dentro para sacar las mochilas y la bolsa de Adidas que había dejado escondidas.

—No podemos volver al restaurante —dijo comenzando de nuevo a correr—, y si nos quedamos durmiendo en la calle o en algún parque, la policía puede detenernos.

Atravesamos la avenida dejando a nuestra espalda la carrer de les Cabres, seguimos por una callejuela paralela, pero en sentido contrario a la mezquita de Ṭāriq ibn Ziyād.

—¿Dónde está Ebediyet?

—¡En Pamplona! —grité.

Benazir me miró sin entender nada. El motivo no era el nuevo destino de Ebediyet, sino que de repente el hombre parco había desaparecido, no corría con nosotros. Nos detuvimos para averiguar dónde estaba. A nuestra espalda no había rastro de él. Dimos unos pasos para acercarnos a los coches aparcados y mirar hacia la acera de enfrente, por si había cruzado la calle.

—¿Se ha largado? —preguntó decepcionada.

El ruido de un motor nos obligó a cambiar la posición.

—No —le confirmé.

Una furgoneta vieja y sucia, salía del sitio en donde la habían dejado aparcada. Por su estado, los dueños no la usaban muy a menudo.

—¡Subid! —dijo Serkan Çetin Utku sacando la cabeza por la ventanilla.

MADRID

Renata se sienta en el ordenador de Gaspar olvidándose del portátil y teclea en Yahoo: Eunate. Los tres dejan caer una media sonrisa, escueta, como un tic nervioso. La pantalla atrae su atención. Pincha en el primer enlace, la página web de la oficina de turismo de Navarra. Hay una primera fotografía de la iglesia y llama la atención de Gabriela.

—Esa foto... es...

Suspende el comentario. Renata ha agrandado el texto para leerlo mejor y la imagen desaparece, se acomoda sobre su hombro.

«A la luz del crepúsculo o aprovechando el sutil color del amanecer. Es el mejor momento para descubrir una de las iglesias más bonitas y sugerentes del Camino de Santiago, la de Nuestra Señora de Eunate (1170), sencilla, original y misteriosa. [...]. El misterio no aclarado sobre su origen y su inquietante interior avivan el interés de este templo que fue hospital de peregrinos, dormitorio de difuntos, faro-guía para caminantes, lugar de culto cristiano y santuario telúrico para quienes buscan fuerzas esotéricas. Déjate sorprender por su enigmática geometría y un interior que te sobrecogerá. Trata de adivinar el sentido de su nombre, “cien puertas”, en euskera».

—¡Cien puertas! —grita Renata—. La profecía sumeria decía que la sacerdotisa atravesaría el umbral de la centésima puerta.

—Sigue —exige nervioso Gaspar.

—No hay más —responde bajando con el ratón—. Vienen los horarios de visita, el precio, visitas guiadas...

—¡Pincha en otra entrada!

Gabriela acaricia su mano para calmarle, aunque le gusta el énfasis de sus ojos oceánicos cuando se expresa con vehemencia. La siguiente pertenece a Arteguías.com. Es una página extensa, donde comentan la arquitectura

románica de la iglesia, salpicándola con fotografías de la misma.

«Durante décadas y fundamentándose tan solo en sus semejanzas con el Santo Sepulcro de Jerusalén, se alimentó la teoría de que su fundación estuviese relacionada con los caballeros templarios. Un extremo cuestionable dada la nula documentación al respecto. [...] Una vez rebasado el umbral de la puerta de ingreso, rápidamente se desvanece el tópico de que la románica es una arquitectura tendente a la horizontalidad, quedando sumergido el visitante en un misterioso universo que parece transportarle a otra dimensión».

—Sus semejanzas con el Santo Sepulcro, los caballeros templarios, te transporta a otra dimensión... —junta las pecas enumerando lo que acaba de leer para luego volverse hacia ella—. Al final voy a tener que creer en tus regresiones.

—Si os dais cuenta —añade Gabriela—, hay una fotografía que se repite continuamente en todas las páginas.

—Mira esa entrada dice: «El nombre de Eunate, en euskera significa “cien puertas” en alusión directa...». Ahí se corta, pincha en esa, pecosa.

—Esto es lo que estaba leyendo cuando se apagó el portátil.

La página pertenece a Jdiezarnal y los tres vuelven a sumergirse en la lectura.

«El nombre de Eunate, en euskera significa “cien puertas” en alusión directa a la arquería o claustro que rodea el perímetro de la iglesia. “Ehun = cien”; “Ate = puerta”. Otra teoría sobre su nombre indica que el nombre original de Eunate, sería Onate, que en euskera querría decir “la buena puerta” (Ona Ate), en referencia a que la iglesia sería una puerta de acceso a unos niveles superiores de paz espiritual. A título de curiosidad, podemos indicar que en latín el término *eunato* significa “bien nacido”. [...] Otra hipótesis de su construcción, es que fuera mandada construir por una reina de nombre Sancha, y que la misma fuera enterrada en ese mismo lugar».

—¡Bien, coño, bien! —exclama Gaspar agitando los puños cerrados.

Todo comienza a tener sentido, los planos irreales se superponen, encajan con sutileza y él abraza a Gabriela. Ella continúa con la mente en esa fotografía pero no rechaza la felicidad de sus compañeros. La pecosa se une a ellos y corean: «¡La hemos encontrado! ¡La hemos encontrado!» Se les saltan las lágrimas, se besan, se aman, se estrujan. La necesidad del ser humano de compartir incluso la felicidad. Gabriela insiste:

—No sé si os habéis fijado en una de las fotografías...

—¿El Baphomet? —pregunta ilusionado Gaspar.

—¿Qué? No, no, es...

—Sí, yo también lo he visto —no le deja terminar—. Renata pincha para que salgan imágenes de la iglesia, quiero asegurarme de un detalle.

—¿Qué quieres ver?

—El Baphomet. Antes, cuando hemos pasado de la descripción arquitectónica, había una fotografía de la portada norte, y en el capitel de una columna he creído ver a uno.

—¿Qué es un Baphomet? —pregunta la pecosa.

—Es una enigmática figura con cabeza de cabra que se repite en la historia del ocultismo. Los templarios fueron acusados de adorarlo y fue uno de los motivos por los que persiguieron a la Orden.

—Entonces ¿es un diablo?

—No. Ni mucho menos. Algunas sectas satánicas lo han derivado hacia el dios Moloch, el dios canaanita del fuego. En la Biblia lo citan como un dios pagano a quien se ofrecían sacrificios humanos. Lo que para unos es bueno, para otros es malo, las dos caras. Dibujarlo con la cabeza de una cabra ha fomentado que se identifique con el rostro de la magia negra, del satanismo. Y se olvidan de los símbolos importantes que muestra. Para el ocultista francés Eliphas Levi, representa la culminación del proceso alquímico, la unión de las fuerzas para crear la Luz Astral y la iluminación.

—De algún modo ¿eso tiene que ver con Cleopatra y la *Chrysopoeia*? —pregunta Gabriela.

—Sí. Tiene que ver contigo —dice sonriendo—. Viene a ser el mismo mensaje pero con distintas palabras. ¡Ahí está!

Renata amplía la foto del capitel. Con dificultad se puede apreciar un rostro con barbas en forma de espiral.

—¡Está muy borroso! —se queja la pecosa.

—Sí, pero no hay duda de que es un símbolo templario. En la Catedral de Notre Dame hay uno que se conserva en un estado perfecto. Busca el dibujo que Eliphas Levi hizo de Baphomet para que lo veáis con claridad.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunta Gabriela.

—Las palabras de Cleopatra en la *Chrysopoeia* han sido transmitidas por otras personas de formas diferentes, y siempre de manera oculta, velada.

—Lo que yo no entiendo es por qué lo cuentan de esa manera tan misteriosa —argumenta Renata tecleando en el ordenador— ¡Coño! Si es tan importante díselo claro a todo el mundo.

—A lo mejor no pueden decirlo tan claro por miedo a que los persigan,

Ren, es lo que nos está pasando a nosotros.

Recordar que los perseguían desciende su entusiasmo unos peldaños. Los hombros de Ren se vencen dejando un amplio hueco en el respaldo del sillón. Gaspar carraspea, no parece dispuesto a que el temor haga mella.

—Escuchad, quiero que seamos conscientes de que no estamos locos. Ha habido muchas personas a lo largo de la historia que han manejado esta información. Yo fui el primero en asustarse y os pedí que lo dejáramos, pero después de meditarlo creo que no tenemos otra salida...

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

«Que tú ocupas todos mis silencios. Que tu sonrisa desordena los cielos». Le gustaría decir eso, gritarlo sin cobijarse en la timidez que nos aleja de expresar sentimientos.

—Que... lo pensé... y... bueno... era... mi obligación. Yo no podía dejaros solas —balbucea.

—¡Venga ya! —se burla Renata—. Rey majo has vuelto porque estás coladito por ella.

—Y por ti, Gabi, he vuelto por ti —dice sin grandilocuencia pero con valor tras encajar la broma—. Me daba más miedo no volver a verte que enfrentarme a los Bilderberg, a la CIA y a todos sus matones.

Gabriela le acaricia una mejilla, luego le coge la cara con ambas manos y le da un beso estrepitoso en los labios.

—¡Eeehhh! Dejad los mimos para luego porque si es esto lo que queríais ver, no me gusta nada —Ren les corta mostrando el dibujo.



—Sí, esta es la representación de Baphomet que hizo Eliphas Levi.

»Si os fijáis, lleva el pentagrama en la frente y sus dos manos forman el signo del Hermetismo: «Como es arriba es abajo». El falo es el Caduceo de Hermes, o sea una barra con dos serpientes entrelazadas, representa la activación de los chacras y el número 8, que significa el equilibrio entre fuerzas opuestas, el eterno movimiento cósmico, el símbolo de infinito.

—Pero, ¿por qué tiene pechos? —pregunta Renata. No se siente cómoda con la imagen.

—Según Levi, el concepto de androginia representa el más alto nivel de

iniciación en la búsqueda de convertirse en «uno con Dios». La fusión de lo masculino y lo femenino, el varón y la hembra se hacen uno a través del amor, consiguen la iluminación.

Y ese camino de iluminación que Gabriela ha iniciado le responde, aprovecha el vacío de su mente ante el dibujo, para sorprenderla con la solución al misterio de la fotografía de la iglesia de las cien puertas. La acuarela de la iglesia románica cobra significado. Pero Gaspar continúa.

—Levi escribió que Baphomet, debe ser escrito cabalísticamente al revés y dividirlo en tres abreviaturas: TEM OHP AB. *Templi omnium hominum pacts abbas* [El padre del templo de la paz de todos los hombres].

—¿Y qué demuestra esta información?

—Que no estamos solos.

La contestación de Gabriela reclama una tregua, una transición. Gaspar aprovecha para ir a la nevera a por algo de beber.

—Escuchad, lo que quería deciros es que la fotografía de la iglesia la he visto antes. Y en muchos sitios.

—No te entiendo —dice Gaspar desde la cocina.

—Cuando fui a casa de doña Elvira, tenía una lámina enmarcada, una acuarela de esa fotografía de los arcos del claustro. ¿Te acuerdas, Ren?

La pecosa mueve la cabeza negativamente.

—Irene —continúa—, había colgado la misma lámina en su despacho de la residencia.

—Tampoco me fije —dice cogiendo un botellín que le tiende Gaspar.

—¡Tus padres tenían una en su casa! ¡En el pasillo!

—Sí, había una pintura de una iglesia antigua, son muy religiosos pero nunca le presté atención.

Le muestra dos tetrabriks de zumo. Gabriela escoge el de pomelo.

—Hace aproximadamente dos meses, recibí por correo una revista que trata de temas esotéricos, de ciencias ocultas. Pensé que la enviaba la editorial para que me subscribiera, muchas veces te regalan un número, es una forma de publicidad. En el interior venía suelta esa misma lámina.

—¿Una revista de...? ¡Espera!

Gaspar deja su zumo y se dirige a una de las cajas de cartón que tiene junto a la mesa del ordenador. Comienza a sacar papeles del interior, cartas del banco, periódicos atrasados, folletos de publicidad; los nervios no le permiten continuar a ese ritmo y acaba vaciando la improvisada papelera en el suelo. Levanta un sobre de plástico transparente, dentro lleva una revista.

—No tiene remitente —dice mirando por ambos lados.

Rasga el sobre y saca el ejemplar pasando las hojas con rapidez. Embutida entre las páginas centrales surge la lámina de Santa María de Eunate. Los arcos configuran la estructura octogonal del templo. La acuarela representa los que están situados frente a la portada norte, arcos de medio punto sujetos por columnas con capiteles. Gaspar agita la pintura al aire.

—¿Qué significa esto? —cuestiona Renata sin capacidad para analizar lo ocurrido.

—Que alguien estaba interesado en que yo conociera la iglesia de Santa María de Eunate y procuró que toda la gente que me rodeaba tuviera una acuarela.

—¿Quién?

—Mi madre.

CAPÍTULO 31

BARCELONA

Escuchó el ruido de una puerta agitada por el viento, los golpes monocordes contra el marco de madera no disipaban la niebla que se había instalado en su cabeza. Al cabo de un rato se dio cuenta de que llevaba un par de horas en la misma postura, sentado, abatido, con los antebrazos sobre las piernas y la imagen de Mary pintando un cuadro en el despacho. De vez en cuando, se daba la vuelta y lo miraba o soltaba una carcajada con ese sonido suyo tan característico del agua sobre un lecho de guijarros. Alguien cerró definitivamente la puerta. Por un instante pensó que sería incapaz de articular una palabra y moverse al mismo tiempo. Estuvo tentado de volver a la ventana, la había dejado abierta, se colaban graznidos de gaviotas desubicadas y un rumor lejano de tráfico. Ignoraba si Fellerstone retenía a Mary o si al dejarla sola habría podido huir a La Roca, la casa de sus padres en las montañas Ozark. La única manera de enterarse era sonsacando a Stein alguna información. Desde su rutinaria vida de profesor universitario, todo le parecía extraordinariamente disparatado, hacer planes para una fuga, engañar al judío para sonsacarle lo que tramaban, certificar una pieza sumeria relacionada con el fin del mundo. No sabía cómo medir el esfuerzo que le aguardaba y se puso de pie con un gruñido intenso. Se calzó los zapatos y sacó la chaqueta del armario. Mary seguía dando pinceladas en el lienzo.

Llamó a la habitación de Stein varias veces y no obtuvo respuesta. Al salir del ascensor, un cliente japonés pasaba con una enorme maleta por la puerta giratoria. Tuvo la tentación de colarse en uno de los huecos y salir a la calle. Huir. El recuerdo de Mary le frenó.

En recepción le indicaron que Noah Stein le esperaba en la cafetería. Rodeó el mostrador y nada más entrar le sorprendió una agradable música de piano.

Stein se encontraba acodado en la barra, con la mirada encima del vaso.

—¿Algún problema? —preguntó sentándose a su lado.

Stein levantó la vista. Sus ojos denunciaban que no era el primer whisky.

—He reservado en un restaurante cercano —dijo agitando los hielos—, así daremos un paseo antes de cenar. ¿Quiere una copa?

La música era de una película que no conseguía recordar.

—Prefiero cenar antes.

—Como desee —dijo apurándolo—. Cárguelo a la habitación, por favor.

Las notas principales se reiteraban con la frecuencia de un sentimiento, igual que la pasión que no acabas de complacer. El camarero le tendió el recibo para que lo firmara.

—¡*El piano!*

—¿Perdón?

—La melodía que está... que estaba sonando —dijo—, era de la película *El piano*.

Stein no la había oído. Firmó el cargo y salieron a la calle. Era una avenida ancha, desembocaba en una glorieta con bastante tráfico. El profesor Miller intentó averiguar el nombre de la calle pero no lo consiguió. La música de Michael Nyman se repetía en su cerebro.

—El restaurante me lo han recomendado en el hotel. Dicen que es un sitio selecto. Espero que le guste —dijo encendiendo un Lambert&Butler.

—No soy escogido para la comida.

Cruzaron varias manzanas hasta llegar a un edificio modernista. Las fachadas principales se ajustaban a la esquina formando un eje semicilíndrico; en la cima se elevaba una torre. Con la melodía de Nyman la visión resultó casi perfecta, le sobraban motos aparcadas en la acera y le faltaba la presencia de Mary. Un camarero joven con un mandil blanco y un chaleco ajedrezado les condujo hasta una mesa para tres personas. Disponía de una especie de sofá granate y una silla de madera con antebrazos. John escogió la silla. Las paredes estaban pintadas de azul pastel con una infinidad de cuadros de diferentes tamaños y estilos. Mary los habría examinado a fondo.

—Les dejo la carta. Bienvenidos a La Dama.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó John al ver los tres cubiertos.

—No.

Stein se refugió en la decoración, mientras se le ocurría una charla que le permitiera una cena tranquila. A esa hora había pocos clientes en el local. John se fijó en que su interlocutor mostraba un rostro angosto, típico de la gente

incapaz de dormir. El camarero regresó para explicarles la carta. Pidieron un *carpaccio* de ternera con chimichurri y rabanitos, de segundo Stein se decantó por un solomillo, el profesor decidió probar algo más novedoso y se dejó aconsejar la costilla de vaca gallega con patata chafada.

—Con los platos elegidos les recomiendo un Matarromera. Es un vino que en boca se presenta redondo con un tanino amable. La acidez y el cuerpo están perfectamente ensamblados.

Los dos asintieron; el sumiller se percató de su desinterés por el vino.

—¿Cuándo podré ver el Sello de los Destinos?

—Ha surgido un contratiempo, me temo que se va a demorar.

—¿Cuánto?

La urgencia de la pregunta precipitó el primer gesto amable de Stein.

—No puedo proporcionarle ese dato. Comprendo su prisa por regresar a casa. Es bonito que alguien te espere.

—¿Cuándo me permitirá volver a hablar con ella?

El sumiller sirvió el vino para que lo probaran. Ninguno de los dos se dio por aludido y acabó llenando ambas copas. Stein dio un largo trago para evitar la respuesta. Le conmovía el amor por su esposa.

—Por su comentario, a usted no le espera nadie.

—No.

—Entonces no me comprende.

Stein encogió los hombros, la afirmación era indiscutible. No le había importado sentirse como un elefante solitario cuando era dueño de su tiempo. Extendió y flexionó los dedos de la mano derecha. La confusión de imaginarse un microchip debajo de la piel lo atormentaba. Dio otro trago generoso de vino.

—Profesor, hágame de ese fin del mundo que profetiza la tablilla.

Era consciente de la pasión que sentía John cuando explicaba cualquier tema de los sumerios.

—¿Le preocupa morir?

—Digamos que me interesa cómo ocurrirá.

—Si es que ocurre —apuntilló John—. La forma en la que lo describe la tablilla sumeria es clara, aunque difícil de entender. La tierra se dividirá en dos, clonándose en un mundo paralelo.

—¿Y eso es posible?

—Si miramos a las religiones hay ciertas similitudes. Los budistas hablan de la existencia de otras dimensiones, quizá la profecía se refiera a que una

cantidad de gente se irá a otra dimensión y el resto se quedará aquí, en este infierno acentuado por su ausencia. Para la ciencia es más dudoso, por no decir descabellado, aunque la teoría de cuerdas o la de los universos paralelos nos lleva a creer que si domináramos ciertos elementos, ese paso de variar de cuerda o de universo a voluntad sería factible.

—¿Qué elementos no dominamos?

—Nuestro cerebro. El ADN. Fíjese —continuó—, uno de los misterios sobre nuestro genoma es saber cuáles son las funciones de las secuencias nucleotídicas. La probabilidad de que una gran parte del ADN humano pueda ser basura, que no sirva para nada, se planteó en 1972 por un investigador japonés, Susumu Ohno. Pero yo me niego a creerlo. No hay nada en el universo que no sirva para algo en concreto. Hoy en día asistimos a un debate sobre si esta parte del genoma tendrá una gran importancia evolutiva. Hace dos años, en el 2001, se obtuvo el primer borrador del genoma humano. Al ritmo que avanza la ciencia estoy convencido que dentro de veinte años se habrá descifrado el mapa entero. Si no se cumple la profecía —advirtió.

El carpaccio de ternera era delicioso. Ambos apartaron los rabanitos.

—Aunque supongo que Fellerstone intentará impedir que se cumpla, y para ello deberán encontrar a la *qadištu* y neutralizarla.

Stein lo miró subrepticamente y a continuación llenó las copas.

—¡Por nosotros! —dijo a modo de brindis.

—Deduzco que ya la han encontrado. La verdad, no sé si eso debe alegrarnos o entristecernos.

—¿Por qué?

—Si se cumple la profecía, una parte de la humanidad se salvará y en esa selección usted y yo podríamos entrar o no, quién sabe; si no se cumple, este mundo se irá convirtiendo poco a poco en un infierno donde la élite obtendrá privilegios y el resto seremos esclavos. El nuevo orden mundial.

Stein meditó acerca del nuevo orden mundial lo suficiente como para darse cuenta de que necesitaba más vino para encajarlo. La botella estaba vacía. Llamó al camarero y la levantó antes de que llegara a la mesa. El recuerdo de la conversación con Michael Fellerstone sobre el dólar y su lema: «El Nuevo Orden de los Siglos», le impidió continuar con el *carpaccio*.

—Quizá nosotros seamos parte de esa élite —dijo agitando el vino en la copa.

—¿Nosotros? —contestó con una risotada—. Nosotros somos simples marionetas. Del mismo modo que lo son los gobiernos, los políticos o los

periodistas. Desde que Nixon abandonara el patrón oro en 1971, la idea de la globalización ha ido imperando en el mundo. La economía ya no está bajo el control de ningún gobierno, estamos en manos de los grandes capitalistas, de las empresas multinacionales. Ellos son el poder en la sombra y nos tienen controlados, nos manipulan para conseguir sus fines y luego se desharán de nosotros.

—No parece usted muy optimista, profesor.

—¿Usted cree que si es cierto el poder del Sello de los Destinos y Fellerstone se apodera de él, nos permitirá seguir con vida conociendo esa información?

La memoria a veces se comporta de forma siniestra. El recelo por la conversación con Fellerstone iba agigantándose, sin embargo, cuando se produjo, no supo apreciar la gravedad de lo que oía. El camarero les dejó otra botella de vino. Stein se distrajo leyendo la etiqueta. Era un Ribera del Duero.

—Es imposible controlar a toda la humanidad —insistió—. Según usted ¿Cómo lo consiguen?

John apartó ligeramente el plato. Por el contexto de la frase, Stein había ingresado en el plano que él deseaba: en el del miedo. Ahora los dos compartirían el temor por el futuro.

—Mi única preocupación es Mary. La única persona que me importa es ella. Si la tienen encerrada, si le han hecho daño...

Stein carraspeó. Se sentía incómodo frente a los sentimientos pero era consciente de que debía permitir ciertas concesiones.

—Su esposa es libre de ir a donde quiera. Aunque no quiero mentirle, no le permitirán abandonar el país.

John apuró la copa con satisfacción, incluso cerró los ojos con deleite. Si era capaz de dominar los nervios, obtendría el resultado ansiado.

—Este vino es exquisito —añadió llenando ambas copas.

Mary era una mujer inteligente, sabría encontrar el medio de refugiarse en La Roca sin que se percatasen de la huida. Seguramente ya estaba de camino. Él debía jugar sus cartas para reunirse con ella.

—Me preguntó por los medios que tienen para controlarnos. ¡Infinitos! Los satélites, internet, las redes sociales. Cada día sacan un sistema nuevo, nos lo venden como lo último en tecnología y nos apresuramos a comprarlo. La teoría de la conspiración, por ejemplo, está avisando del peligro que lleva la implantación de dispositivos de control biométrico.

—¿Dispositivos de control...?

—Biométrico, sí. A usted le sonará a ciencia ficción, pero la implantación de estos dispositivos en las personas está avanzando desde hace años. Por supuesto nos cuentan los beneficios. El terrorismo se acabará, los niños estarán vigilados, para los enfermos será un gran avance, controlarán su salud sin necesidad de acudir al hospital. Se acabó el dinero en efectivo, nadie te robará la cartera, ni la tarjeta de crédito. Podrás comprar y vender colocando un dedo en cualquier terminal...

—¿Se refiere a un microchip?

La penetrante consternación, implícita en la pregunta, sorprendió al profesor Miller. Les sirvieron el segundo plato. Noah Stein observó el solomillo sin mucho apetito.

—Que aproveche —dijo el camarero.

—Sí, son microchips. Comenzaron utilizando de conejillos de indias a prisioneros, soldados, enfermos mentales, personas consideradas «marginales» por la élite. —Se metió un trozo de carne a la boca y masticó con hambre.

—¿Y cuáles son los inconvenientes? —preguntó cortando el solomillo. Estaba en su punto. Igual que él.

—Los microchips funcionan por ondas de radio de baja frecuencia que permiten rastrearlos en cualquier parte del mundo gracias a los satélites. Las funciones mentales de los implantados, pueden ser alteradas por ordenadores, incluso si uno resulta molesto para el sistema, se le puede provocar un infarto, un ictus o una subida de azúcar. A simple vista serán muertes naturales, pero distarán mucho de serlo.

Noah Stein notó las mandíbulas tensas. Habría dado su dedo meñique por fumar un cigarrillo. Se pasó el dedo índice por la sien para eliminar una gota de sudor. Hacía calor, el restaurante se iba llenando de clientes y no sabía si era por la falta de aire acondicionado o por el exceso de vino. Se decantó por lo segundo y se apresuró a restarle veracidad a la información.

—Tenía usted razón, profesor.

—¿Sobre qué?

—Sobre que esa teoría me iba a sonar a ciencia ficción.

—Estoy de acuerdo con usted, parece inverosímil, pero aún lo es más que lo refleje la Biblia.

—¿La Biblia? No le entiendo.

—En el Apocalipsis 13:16–17 hablan de ello.

Stein se recostó con la copa en la mano. Le resultaba irónico que las

palabras de un simple profesor le amedrentaran más que las de Fellerstone. Bebió un trago deseando que el alcohol apaciguara el ansia de nicotina. Miller parecía la voz de su conciencia, esa voz que cuenta lo que te niegas a oír.

—Déjeme recordar la cita —dijo John, pasándose la servilleta por los labios—, más o menos dice así: «Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia». Como puede deducir, aquel que no tenga la marca será marginado de la sociedad. Si a una persona le niegas comprar o vender, la estás sentenciando a muerte. Supongo que este tema dejará de ser ciencia ficción cuando los gobiernos saquen una ley que obligue a todos los ciudadanos a la implantación de un microchip.

—En el 2025 —murmuró con la vista clavada en su mano derecha.

—¿Perdón?

De nuevo, los datos del profesor Miller corroboraban los macabros planes que Fellerstone y Beiglböck le habían confesado en la azotea de Morning Star Arts Corporation.

—¿Se encuentra bien? —insistió John ante el exagerado mutismo.

—Sí, sí, es... usted, y yo... y... —dejó la copa en la mesa, estremecido hasta los dientes.

El profesor le notó en el rostro un gesto inseguro. Había levantado la vista por encima de su cabeza y se giró para seguir la trayectoria de su mirada.

—Buenas noches —saludó Litvak.

—¿Qué haces aquí? —preguntó desabrido.

—Te he llamado al móvil pero no lo cogías. En el hotel me dieron la dirección del restaurante —replicó en el tono enojado de un hombre con una nube en un ojo.

—Si nos disculpa un momento, profesor, debo hablar con él —dijo Stein iniciando el movimiento para abandonar el sofá.

—No, no se preocupe. Siéntese, necesito ir al servicio.

John dejó el asiento y se fue hacia un camarero para preguntarle por los servicios. Según regresaba tras sus pasos, para coger el pasillo de la izquierda, le llamó la atención la nuca ensangrentada de Litvak.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Stein.

*

Entró en el servicio de caballeros. Un señor de aspecto tranquilo se estaba lavando las manos. Esperó a que terminará buscando una ventana para huir.

Encima de los urinarios había una especie de tragaluz alargado. El señor accionó el secador de manos. No funcionaba. Las hojas se deslizaban por un carril y una de ellas estaba sin cerrar del todo. Ahora el hombre tranquilo daba golpecitos al secador para ponerlo en funcionamiento.

—Tiene que dejar las manos debajo para que funcione —le indicó nervioso.

El señor asintió y dejó las manos quietas con mucha paciencia. John disimuló desabrochándose el cinturón.

*

—¿Mataste a los rusos? —preguntó Stein con asombro.

—Cuando me desperté estaban en el suelo, quejándose igual que críos. No podía dejar testigos, son las órdenes. Así parecerá un ajuste de cuentas entre el árabe y la mafia. La culpa es del turco.

—¿Por qué no ha seguido el protocolo?

—Por su hija —contestó sirviéndose vino en la copa de John.

*

El chorro de aire salía de forma intermitente. El hombre tranquilo movía las manos adelante y atrás para que se accionara.

—Tiene ahí una toalla —le apremió John de espaldas a él.

Le miró sin entender nada, dio unas palmaditas debajo del aparato y abandonó el servicio con un «buenas noches» bastante agrio. John se abrochó el cinturón y se aupó en los urinarios para correr la ventana. La única hoja que se abría era la que estaba sin cerrar. El hueco no parecía lo suficientemente grande para colar su cuerpo. Tomó impulso y logró agarrarse con las manos al poyete exterior. Daba a un patio de luces. Encogió los hombros cuanto pudo y tiró con fuerza. El tragaluz crujió. Los pies resbalaron por la pared buscando un punto de apoyo. Con mucho esfuerzo logró sacar la cabeza y un hombro. Por fin, su pie derecho encontró un tope y se empujó hasta sacar la cintura. No tenía nada para sujetarse, el poyete era muy estrecho y el tragaluz le impedía girar el cuerpo. Se había arañado los nudillos de la mano izquierda. Si quería saltar, no tendría más remedio que dejarse caer de cabeza.

*

—No podemos ir detrás de él por todo el mundo y arrastrando al profesor. ¿Has avisado a Graham?

—Sí, está rastreando las zonas por las que se puede mover la hija en Pamplona. En todas las ciudades hay un barrio árabe —dio un trago de vino e

hizo un gesto de aprobación—. Yo saldré mañana a primera hora. ¿Qué vas a hacer?

—Informar a Fellerstone.

*

Cayó de espaldas sobre unos cubos de basura que amortiguaron la caída. A la derecha, había una portezuela con un cristal biselado. Tuvo que agacharse para salir. Daba acceso al portal del edificio, justo detrás de los ascensores. Unos turistas sacaban fotos al techo y a las paredes del vestíbulo, construido desde una clara inspiración gaudiniana.

*

—Litvak, es la segunda vez que se te escapa.

—A mí no se me escapa nadie. Se decidió dejarle en manos del turco, ya arreglaré cuentas con él. Hablando de escapar, ¿ese no es el profesor?

—¿Qué?

Stein se giró hacia la ventana que había detrás del sofá. El profesor Miller cruzaba corriendo la avenida entre frenazos y el ruido de los cláxones de los coches.

—¡Joder!

Tiró unos billetes en la mesa y salió detrás de él. Litvak apuró la copa observando qué dirección tomaba el profesor.

John corría por la Avinguda Diagonal. Los nervios y el escaso ejercicio que había hecho en su vida, le marcaban una carrera torpe. Escuchó la voz de Stein a sus espaldas e intentó acelerar, no esperaba que lo descubriera tan pronto. Al llegar a la Carrer de Padilla giró a la izquierda, no sabía si pararse y pedir socorro a alguien, una señora caminaba empujando la silla de ruedas de un inválido, dos novios paseaban de la mano, en la acera de enfrente unos muchachos discutían en voz alta. Debía huir por sitios muy transitados, mezclarse con la gente, pero no conocía la ciudad. Seguía manteniendo una distancia prudencial con Stein, si fumaba mucho no le sería fácil alcanzarle y más con la cantidad de vino que había bebido. Una manzana después, cuando giró a la derecha por la Carrer del Consell del Cent, comenzó a sentir fatiga en los músculos. Aflojó el ritmo intentando acomodar la respiración. El recuerdo de Mary le dotaba de la resistencia necesaria para no rendirse. Cruzó un callejón imaginándose el encuentro, la alegría que proyectaba en su vida. De repente, se dio cuenta de que el pasaporte lo había dejado en la habitación. No podía volver al hotel, ni coger un avión, ni... cruzó la esquina sabiendo que no

aguantaría mucho tiempo corriendo, sus zancadas comenzaban a ser desiguales. ¡La embajada! ¡Necesitaba que alguien le llevara a la embajada! En Barcelona no habría embajada pero seguro que tendrían un consulado, una oficina, un... ¡Un taxi! Levantó la mano sin dejar de correr pero el taxi iba ocupado. Ahora toda su atención se centró en los coches, en divisar una luz verde en la oscuridad. Se olvidó de Mary, de Stein, del extraño con la nuca ensangrentada. ¡Una luz verde! ¡Una luz verde!

—¡Taxi, taxi!

El coche iba en sentido contrario a él. Cuando cruzaba corriendo la calzada para pararlo, una furgoneta frenó con fuerza, John escuchó el chirrido y apenas pudo girar la cabeza antes de sentir un golpe.

—¡Joder! —exclamó Serkan Çetin Utku.

Benazir y Sag-giga gritaron «cuidado» simultáneamente. Al recobrar la postura, se miraron entre ellos con la respiración encogida. El hombre parco golpeaba con su puño en el techo maldiciendo toda clase de juramentos.

—¡Vámonos! —gritó accionando la palanca del cambio.

—No podemos dejarle tirado —argumentó Sag-giga bajándose de un salto.

Una señora comentaba lo que había ocurrido desde la acera. John, tumbado en el suelo, seguía la luz verde e intentó levantar una mano.

—¿Llamamos a una ambulancia? —preguntó una chica unos metros más allá.

Dos o tres personas más se detuvieron sin acercarse a la furgoneta ni al profesor.

—No se preocupen —dijo Benazir—, nosotros lo llevaremos al hospital. ¡Ayúdame! —le ordenó a Sag-giga.

—¿Os habéis vuelto locos? No podemos llevarlo.

—Si no nos lo llevamos, esta gente llamará a una ambulancia y a la policía. En quince minutos nos estarán buscando por toda la ciudad y se acabó. Piensa en Ebediyet.

El análisis de la niña de mirada dolorosa acabó convenciéndole. Levantaron al profesor Miller entre los dos, sus pasos eran desmadejados, sin sentido. Serkan abrió la puerta de atrás y le metieron con cuidado. Benazir entró con él.

—Se ha desmayado —avisó en un susurro.

—Tranquilos, está en buenas manos, mi hermana es enfermera —dijo Sag-giga sentándose en el asiento delantero—. Arranca.

CAPÍTULO 32

CAMINO DE MURUZÁBAL

Gaspar va conduciendo y Renata acurrucada en el asiento trasero. Gabriela se encuentra más allá de cualquier orilla, más allá de los límites de la carretera por la que se dirigen a Muruzábal. Escucha el silencio y siente el amor a la distancia de un brazo. Su nombre le viene de lejos, de cuando la oscuridad estaba recién cortada. Y ese pensamiento acerca el vértigo de aquella tarde, el roce de los cuerpos por la vocación del deseo, el abrazo por los bordes más alegres del corazón. El paisaje se sucede deprisa, impidiendo que fije en sus pupilas otro escenario que no sea el del dormitorio. Esa es toda la geografía que necesita para olvidar que fue larga en soledades. Sabe que podría amar desde cualquier viento, desde el escándalo de la mirada de Gaspar, cuando se queda en su boca y le hace sentir que ella es la sombra que sostiene el universo. Las personas solo necesitan amor. El mundo está enfermo de cielos.

Lanza un profundo suspiro y lo mira. Él sonríe y enciende un cigarrillo.

—¿Por qué fumas?

—Para no ser perfecto.

Necesita ver los ojos oceánicos cuando le habla. Es el primer viaje que realizan juntos y quiere observar cualquier detalle que luego dará sentido a los sentimientos. Su manera de coger el volante, cómo se dirige a ella sin apartar la vista de la carretera, el gesto de sus labios cuando piensa que ha dicho algo interesante.

—Si es verdad que estamos en un multiverso —añade—, seguro que en muchos he dejado de fumar, porque fume en este no va a pasar nada.

—Te equivocas, rey majo, porque yo estoy en este universo, y más concretamente en este coche, y me molesta el humo —dice Renata moviéndose

en el asiento; no encuentra la posición idónea.

—No, no. Hay múltiples Renatas, tú eres «todas» y estás viviendo al mismo tiempo en «todos» los universos que vas abriendo con tus decisiones.

—Somos posibilidades en el universo —asegura Gabriela.

—Exacto, y de lo que se trata es de que esas posibilidades, podamos elegir las conscientemente.

Interrumpen la conversación para imaginar si esa elección que cada uno tomaría por su cuenta, tendría efecto sobre el otro. Gaspar se fricciona el párpado, quizá no le guste el resultado.

—¿Sigues dándole vueltas a si estaremos juntos en otros universos? —pregunta Gabriela adelantándose a sus pensamientos.

—Sí, pero estoy seguro de que en cualquiera de ellos que te conozca, me enamoraré de ti.

Se gira hacia ella para comprobar el efecto de sus palabras. Gabriela extiende el brazo y lo que iba a ser una caricia se convierte en un pellizco.

—¡Seductor!

—¡Ay!

La queja es exagerada, busca la sonrisa fácil, pero Renata la impide con su gruñido al incorporarse.

—Si no vais a dejarme dormir al menos hablemos de cosas interesantes. Si tu madre nos envió esas acuarelas es porque conoce tus movimientos. ¿Cómo? Renata abre la ventanilla, el zumbido del aire les obliga a levantar la voz.

—De la misma manera que yo descubrí que fui Cleopatra.

—¿Y dónde está? ¿En alguno de esos universos paralelos?

—Mi madre está en Muruzábal.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo sé. Son sensaciones. Hay cosas que vienen a mi mente y no puedo explicarlas con lógica, pero las sé. Me voy a encontrar con ella y de alguna manera me ayudará en el último paso.

Gaspar mira hacia la ventanilla. El ruido es incómodo. La pecosa le señala despectivamente el cigarro.

—Ya lo apago —dice sacando el cenicero—. ¿Y sabes cuál será ese último paso?

—No, solo sé que será una decisión.

—Una decisión que a su vez abrirá otro universo paralelo. Cada vez que alguien toma una decisión, se crea una serie de universos alternativos donde cualquier decisión es posible, y a su vez el resultado es diferente. Leí un

artículo de un científico australiano, Wiseman creo que se llamaba, decía que en nuestro universo un meteorito chocó contra la Tierra y acabó con la era de los dinosaurios. En otro, el mismo meteorito pasó sin peligro y el Tiranosaurio Rex habrá evolucionado en algo inesperado. Imagínate acceder a ese universo donde los animales prehistóricos llevan millones de años sin la presencia del hombre.

—Entonces, en uno de esos universos, yo habré tenido la inteligencia suficiente para entrar en el ordenador del profesor Miller sin que los americanos se den cuenta, y ellos no habrán provocado el cortocircuito para quemar la casa de mis padres porque no saben quiénes somos.

—Exacto.

—¡Pues vámonos a ese universo! Allí no nos persiguen.

Renata necesita de pocos estímulos para animar una conversación.

—El pensamiento crea una «prisión» que nos atrapa en esta realidad lineal. Para dar el salto hacia ese universo, pecosa, o hacia ese idílico mundo donde tenemos una vida más saludable, más abundante, que según algunos existe en una dimensión paralela, es necesario romper las barreras del pensamiento actual.

Gabriela intenta liberarse de la tiranía de la mente. No ser el pensamiento sino el observador, la conciencia que eleva la energía vibratoria. Las torres de luz se suceden a lo largo de la carretera. Siempre le produjo tristeza ver durante kilómetros y kilómetros cables enganchados de una a otra. De pequeña contaba las torres hasta aburrirse o hasta que se le acababan los números. Ahora le parece un paisaje innecesario, de otro tiempo.

—Tú me preguntaste si el Sello de los Destinos conseguiría elevarnos la energía a todos. Desde entonces me preocupa qué ocurrirá. Y no me refiero a la forma de encontrarme con el Sello, sé que el destino lo pondrá en mis manos en la iglesia de las cien puertas, sino a qué ocurrirá con nosotros físicamente.

—¿Si seguiremos contigo en ese otro mundo que crees?

Gabriela tarda en contestar. En toda revolución, después de las utopías y las esperanzas conquistadas, surge la nostalgia. El sentimiento de pérdida por los que no llegaron al final.

—Sí. Percibo una fuerza que me empuja a seguir adelante sin pensar en las consecuencias, y por otro lado me retiene un temor.

—Según Jung, para que la energía fluya se necesita el principio de oposición. Sin esa fuerza antagónica no existiría la tensión que lleva al

desarrollo, es la tensión de opuestos.

—El Yin y el Yang. El bien y el mal.

Y se queda pensativa en esas fuerzas antagónicas que marcan nuestras relaciones. La verdad y la mentira. Lo que contamos de nosotros a los demás y lo que nos ocultamos incluso a nosotros mismos. Se lleva las manos al vientre, sintiendo algún tipo de contracción. Pero es demasiado pronto para notarlas y ese ligero espasmo, quizá sea la conciencia avisando. Cuando no hablamos de algo, es porque aún nos negamos a aceptarlo. Respira hondo y deja las manos en la misma posición maternal según dice:

—Estoy embarazada.

Por primera vez el ruido del motor se hace presente en el viaje. Y no es un silencio creador de espacios, sino un silencio que escribe con tiza las palabras para borrarlas cuanto antes por temor a los efectos. Solo Gabriela puede administrar ese silencio paralelo a las torres de luz.

—De dos meses —advierte.

La ausencia de preguntas le parece una manera de ejercer el poder sobre ella. La obliga a continuar hablando, a explicar el motivo que les había llevado al mutismo. Ni siquiera Renata, que no conduce, quita la vista de la carretera, como si delante de ellos fuera a ocurrir algún fenómeno prodigioso.

—Y voy a tenerlo —añade.

Las torres de luz desaparecen del costado derecho. Ignora si las han quitado por salud o por estética, pero la ausencia de ese referente de su infancia la hace más vulnerable y duda. Duda de si tiene derecho a exigirles preguntas y por ende la obligación de responderlas. Se sitúa al filo de un acantilado tan oscuro como un adiós. Decide cambiar de tema, darlo por zanjado.

—¿Hay posibilidad de hacer una regresión al futuro?

—¿Regresión al futuro? Eso es un oxímoron. Mira, igual que en la película de *Regreso al futuro* —la voz de Renata ha alcanzado una altura considerable, confiando en que el grito servirá para olvidar el enmudecimiento anterior—. Viajamos en el Delorean, Gabriela tú eres Marty y el rey majo el científico chiflado.

—Brian Weiss lo llama progresión al futuro. Pasado, presente y futuro se dan de forma simultánea. Nosotros pensamos que primero viene el pasado, luego fluye el presente y después el futuro, pero fuera del mundo físico, el tiempo no existe, no es absoluto, es una constante. Como dijo Einstein: «El tiempo es relativo».

—¿Weiss lo ha hecho?

—Sí, a través de la hipnosis, igual que las regresiones. Según cuenta en sus libros, ha conseguido llevar a cientos de personas a diferentes etapas del futuro.

—Progresión al futuro —repite Gabriela muy despacio.

Gaspar abre la ventanilla y tira el paquete de tabaco.

—¿Por qué lo has hecho?

—Si vamos a tener un niño habrá que dejar de fumar.

Gabriela sonrío.

WASHINGTON

Michael Fellerstone odiaba los espejos que conforman las miradas. El deterioro físico que había ido asumiendo a lo largo de los años, le producía a su vez, rechazo hacia las personas de su entorno. Cualquier tabla de cristal azogado era menos cruel que verse reflejado en los ojos ajenos y sentir la comparación involuntaria de un interlocutor, cuando descubre en tu decrepitud que él es más joven o más fuerte o más fascinante, como si esas cualidades representaran por sí mismas algún valor cotizante. El cuerpo era un envoltorio, una mortaja inevitable para trascender hacia otros estados. Su nula preocupación por ofrecer una imagen agradable, le enfrentaba a la obsesión del resto por mantenerla atractiva.

La veneración a la imagen en todos sus aspectos, en detrimento de la ideología, era una de las constantes de esta sociedad. Bombardear con las imágenes adecuadas, por ejemplo, conseguía un efecto más devastador que cualquier guerra, ya fuera para sumir a los ciudadanos en el temor, en la ansiedad o en un estado de euforia. Ellos lo sabían y por ese motivo buscaban símbolos que representaran sus actos. Símbolos que los ignorantes repetían inconscientes de su fuerza y que, con su reiteración, aumentaban el poder y el control ejercido sobre ellos.

Observar la fotografía que les había mandado Félix Hackman, con la cita bíblica de Gabriela arañada en la pared negra: Corintios 15:51, le produjo cierta inquietud.

—Dorothy, estás creciendo muy deprisa —musitó—. Los símbolos nos pertenecen.

Graham se acercó a él y aguardó a que terminara de contemplar el pasaje. Llevaba una impoluta camisa blanca; Fellerstone no recordaba haber visto a nadie con un cuello y unos puños tan perfectamente planchados. La veneración

a la imagen.

—¿Qué ocurre?

—Es Noah Stein, desde Barcelona.

Al oír el nombre Bill se volvió desde su posición. El hombre de neandertal era el vértice opuesto a Graham. Su camisa a cuadros oscuros no admitía más arrugas, incluso un lavado aclararía el debate sobre su verdadero color.

—Tráeme un café —le ordenó cogiendo el teléfono—. Dime, Noah.

—Ha surgido un contratiempo, señor Fellerstone, con el profesor Miller.

—Solo me dais malas noticias. A Litvak se le escapa Ayman Mansûr, tú tienes contratiempos con John Miller, Hackman no encuentra a la chica. Quizá debería cambiar a los agentes de campo, ¿no crees?

—Hemos permitido que el profesor huya momentáneamente, señor.

—Explícame ese «momentáneamente».

Cualquier episodio que a priori resulte funesto, la huida del profesor Miller por ejemplo, esconde un acontecimiento que otorga un giro inesperado a cualquier historia. El recuerdo de Noah Stein de lo sucedido, para contar a Fellerstone únicamente el argumento que le interesaba detallar, le condujo a revivir el momento: la carrera interminable por las calles de Barcelona; su agotamiento cuando llegó a la esquina de la carrer del Consell del Cent con la de Cartagena; la gente, arremolinada en la acera, hablando sobre una furgoneta que arrancaba con un hombre atropellado; su interés por conocer la identidad de ese hombre al que algunos tildaron de loco por cruzar la calle corriendo, sin mirar, como si le persiguiera un fantasma; la descripción facilitada por una chica sobre el herido, un hombre alto, de unos cuarenta años y aspecto normal; su desesperación por haberlo perdido hasta divisar a Litvak caminando hacia él desde la esquina siguiente, señalándole con una mano la furgoneta que giraba por la Carrer del Dos de Maig; y por fin, el brillo de su ojo de hielo cuando le confesó haber reconocido a Ayman Mansûr y al turco conduciéndola.

Aristóteles decía: «Las historias han de ser organizadas en torno a episodios». Este corto episodio, con su propio nudo y desenlace, empujó a Stein de la frontera del fracaso a la del éxito, en un breve lapso de tiempo.

—Hemos conseguido que el profesor Miller viaje con Ayman Mansûr para tenerlos controlados —dijo ahorrando los pormenores innecesarios que podrían suponer una lacra en su expediente.

—¿Cómo? —preguntó asombrado Fellerstone.

—Es demasiado largo de contar, señor. Si activan el microchip del profesor

Miller, les dará la posición de ambos. En este momento se dirigen hacia la ciudad de Pamplona.

—Activa el JM1 en la pantalla, Graham.

El graduado con honores en relaciones internacionales por la universidad de Georgetown chasqueó los dedos hacia Bill que, inmediatamente, se volcó en su ordenador. Los brazos simiescos le obligaban a sacar los codos hacia fuera formando un pentágono con su pecho. Fellerstone dio un sorbo al café contrastando las enormes diferencias entre los dos.

—Ahí lo tiene, señor.

En la pantalla apareció una luz parpadeante. Bill amplió el cuadrante del mapa para ver con claridad por dónde transcurría.

—Viaja en un vehículo, acaba de coger la autopista AP-2.

—¿En qué dirección?

Bill fue pasando los diferentes sectores hasta llegar a la primera ciudad importante que salía en el mapa.

—Dirección Zaragoza, señor.

—Necesito saber si ese es el camino para llegar a la ciudad de Pamplona, cuánto tardarán en llegar y de qué forma podemos trasladar a Stein y Litvak para que les reciban allí.

—Enseguida, señor Fellerstone —dijo Graham.

Hizo una pausa analizando la estrategia de Noah. Había algo en su relato que no le cuadraba, sobre todo con su negativa a pormenorizar los detalles. El viejo lo comparó con un jugador de ajedrez que ve amenazado su rey y realiza un enroque, jugada básica, pero efectiva en esta historia.

—¿Crees que debo felicitarte, Noah? —le preguntó con sarcasmo.

—Lo hará cuando acabemos la operación, señor.

La respuesta perfecta pensó Fellerstone. Stein y Graham eran dos hombres con muchas similitudes: elegantes, educados, y sobre todo, engreídos.

—Señor, el camino que ha cogido JM1 es el más corto para viajar a la ciudad de Pamplona. Dada la velocidad del vehículo, calculamos que su llegada se producirá en cuatro horas quince minutos, si no realizan ninguna parada. La forma de anticiparnos a su movimiento es contratando un vuelo privado. Usa Air Broker es la compañía que utiliza habitualmente el consulado. A pesar de la hora local, pone a nuestra disposición un vuelo que saldría en sesenta minutos del aeropuerto del Prat y llegaría en dos horas y diez minutos. El aeropuerto está a seis kilómetros de la ciudad. Un conductor les estaría esperando para llevarles al centro. En total tres horas treinta

minutos, tres horas cuarenta y cinco minutos si se produce algún retraso inesperado.

La información precisa y detallada consiguió arrancar una mueca de satisfacción a Fellerstone. El universitario se ajustó la corbata esperando una felicitación que no se produjo.

—Adelante. Noah —continuó el viejo negándole el halago—, dentro de una hora cogeréis un avión privado de Usa—Air Broker en el aeropuerto del Prat, que os trasladará a Pamplona. Quiero que estéis allí cuando lleguen.

—Sí, señor.

—Que Litvak se ocupe del turco, ya nos ha causado demasiados problemas, pero dejad al profesor y Ayman Mansûr libres, si no me equivoco, ellos nos conducirán hasta la chica. Cuando se reúnan será el momento de actuar. Bill te irá enviando las coordenadas de sus movimientos.

—De acuerdo, señor.

Michael Fellerstone se acercó por la espalda a Graham y derramó parte del café sobre su manga y el hombro de Bill.

—Perdona —dijo fingiendo un tropezón—, perdona.

El universitario se revolvió con un gesto de soberbia al ver el chorro de café deslizándose por su camisa. La cicatriz de su barbilla palpitaba. Se mordió el labio inferior y controlando la rabia dijo:

—No se preocupe, señor. Ha sido un accidente.

El viejo intentó frotarle la manga y Graham apartó el brazo rápidamente.

—No es necesario. Si me lo permite voy a cambiarme.

Graham Bates se retiró a su despacho. Bill, sin moverse del puesto, sacó un pañuelo de papel usado, secó las gotas de café sin dar importancia a lo ocurrido y continuó trabajando. A través de las mamparas de cristal pudo observar cómo el universitario se cambiaba de camisa.

—Bill, cuando necesites algo llámame.

—Gracias, señor —dijo sin levantar la cabeza del teclado.

Michael Fellerstone se marchó convencido de que el hombre de neandertal sería capaz de sobrevivir a cualquier tragedia. Sin embargo, Graham Bates, caería fulminado por lamentarse ante la primera mancha de sudor.

CAPÍTULO 33

CAMINO DE PAMPLONA

¡Shadu yu liktumkinushi!
¡Shadu yu liklakinushi!
¡Shadu yu ini yix kunushi!
¡Shadu yu li yixsi kunushi!
¡Shadu yu lite kunushi!
¡Shadu yu ling kunushi!
¡Shadu yu linir kunushi!
¡Shadu yu likattin kunushi!
¡Shadu yu dannu elikunu limqut!
¡Ina zumri ya lu yu tapparrasama!

Este es el conjuro de las montañas de Mashu. Un hechizo utilizado para causar consternación en el enemigo y confundir sus pensamientos, provocándole la destrucción definitiva, que así sea.

—¿Cuándo me vas a entregar?

Como respuesta, el hombre parco puso el intermitente y se metió en una gasolinera a repostar. Nos encontrábamos a las afueras de la ciudad; en apariencia nada había cambiado, seguíamos huyendo de nuestros enemigos y buscando a Ebediyet. Sin embargo, la fragilidad de nuestra relación desordenaba cualquier pensamiento.

—No te entregará a nadie, Ayman Mansûr —dijo Benazir desde la parte trasera de la furgoneta.

El hombre que habíamos atropellado continuaba inconsciente.

—¿Cómo lo sabes?

—Si el destino me ha llevado a conocerte, nadie podrá impedir que realices

la misión. Se lo debo a mi padre, *'alayhi as-Salam*.⁵⁵

—¿Tú padre? ¿De qué misión hablas? ¿Quién eres tú?

—Soy...

—Toma, Sag-giga —dijo el hombre parco tirando un mapa por la ventanilla—. Busca por qué carretera tenemos que ir a Pamplona. No sé dónde está esa ciudad.

Rodeó la furgoneta por delante mientras Benazir me rogaba calma.

—¿Hasta cuándo vamos a llevarle con nosotros?

La pregunta era para la niña de mirada dolorosa que, sin darse cuenta, había adquirido un balanceo en la cintura. Estaba nerviosa. Le puso la mano en la frente.

—Lo lógico es esperar a que recobre el conocimiento.

El hombre parco se enderezó en el asiento antes de arrancar la furgoneta sin mirarme. Tenía las arrugas demasiado pronunciadas para sentirse en paz.

—Debemos coger la AP-7, y después la AP-2 en dirección Lleida-Zaragoza.

Nada es absoluto. Ni siquiera la certeza de que me había engañado desde el principio, pero la traición no es un concepto que se pueda envolver eternamente con palabras. Aparentaba indiferencia, con la vista clavada en el curso de la carretera, pero conocía mi empeño en interrogarle y tenía la mandíbula derecha más apretada que un puño. Me encomendé a Nannu, madre de todos los dioses, rogando el coraje de esclarecer las sospechas que oscurecían aún más la noche. Inspiré llenando los pulmones, y luego exhalé con fuerza para llamar su atención.

—¿Qué?

—Dime. —Yo también sabía expresarme sin adornos.

Benazir aumentó el ritmo del balanceo temiendo un enfrentamiento.

—¿Sabes liar un cigarrillo? —me preguntó tendiéndome el tabaco.

—No.

—Yo sí —dijo la niña, y aprovechó la inercia de su movimiento para quitárselo de las manos—. Todas las noches le liaba un cigarro a mi padre cuando volvía del museo.

—¿De qué museo? —pregunté atónito.

—Mi trabajo no era entregarte —contestó por fin Serkan.

—¿Tu trabajo?

—Del Museo Nacional de Bagdad —dijo Benazir con solemnidad.

—¿De mi museo?

—Eso es tarea de Litvak.

—¿Tú y Litvak...?

—Sí, mi padre trabajaba contigo.

—¿Conmigo?

—El resto ha sido capricho del destino —filosofó soltando la tensión de su mandíbula.

—¿Que ha sido capricho del destino? ¡Basta! —grité.

Las respuestas de uno y otro me obligaban a torcer el cuello con tanta premura que me ardían los músculos. Interrumpí para tomar aliento y reconducirlos hacia un proceso lógico. Ambas conversaciones eran demasiado importantes para mantenerlas con semejante ligereza. Los ojos de Benazir me huyeron cuando le entregó el cigarrillo. En ese momento, ni fijándome en el gesto esquivo, pude concebir el motivo de su estrategia.

—Sois conscientes —dije tras la pausa— de que debo oír vuestras palabras con sosiego dada la relevancia que tienen para mí. No puedo atender a los dos al mismo tiempo, por favor —les rogué.

Serkan Çetin Utku encendió el cigarrillo y le dio dos caladas consecutivas. Por el espejo retrovisor le hizo una seña a Benazir para que continuara hablando. Ella declinó el turno pero se mantenía a la expectativa.

—Cuando terminé mi trabajo, fuiste tú quien se empeñó en acompañarme. Yo jamás te pedí que lo hicieras, ni tampoco que me ayudaras a encontrar a mi hija.

—Pero, ¿cuál...?

—Déjame acabar —me interrumpió con la sequedad habitual—. No pensé que fuera perjudicial, para ninguno de los dos, viajar juntos. Si Litvak te cazaba era asunto suyo o tuyo. Por eso te he dicho que el resto ha sido el destino.

—¿Cuál era tu trabajo?

—Primero retenerte en Zahu. Después hubo una contraorden para que te monitorizara y te dejara marchar.

—¿Me monitorizarás? ¿Qué significa?

—Te coloqué un transmisor en la mochila.

Decir que esta revelación convulsionó cada una de mis respiraciones no sería inexacto.

—Por eso Litvak se fue corriendo detrás de ella en el puerto —musité consternado—. Pero, ¿por qué no me entregaste? O ¿por qué mataste a Abdel?

De una calada consumió lo que le quedaba de cigarrillo. El hombre parco

no estaba acostumbrado a enumerar sus actos y menos a explicarlos con detalle. Se inclinó sobre el volante para estirar la espalda.

—Me pagaron por monitorizarte, ahí se acabó mi relación con ellos. Si golpee a Litvak fue porque debía parecer real para que creyeras que te escapabas. Abdel no sabía nada. Él también pudo matarme. Son riesgos que se corren.

El recuerdo de las horas vividas emergía intacto de sombras. Me separé de los hombres para que se cumpliera la profecía y llevaba semanas viajando con un asesino. Había dormido en su casa, compartido su comida y llorado su desgracia. Si en algún momento la fatalidad lo hubiera requerido, juro que mi vida no habría sido un obstáculo para defender la suya. La de un asesino que cobraba por matar a personas desconocidas, personas que ni siquiera odiaba. Me estremecí ante la dualidad del ser humano, capaz de despertar sentimientos de hermandad, de amor, y al mismo tiempo de arrebatarse el don más preciado por unas monedas. No quería juzgarlo, pero qué difícil se hace amar a los hombres. Las lágrimas acudieron a mis ojos a destiempo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Benazir con dureza al verme inmerso en tinieblas.

—Para quien me paga.

Su voz no tembló al pronunciarse cuando la mía estaba quebrada solo por escucharle. Según la profecía, la humanidad descontará los días para el fin de los tiempos, el terror temblará ante los espectros, las aguas anegarán las cuatro esquinas del mundo y el sol será oscuridad y la luna sangre, sangre desde el amanecer hasta el ocaso, los vientres engendrarán dolor y sesenta veces, sesenta, clamarán por convertirse en barro. Que así sea, rogué.

—Ayman Mansûr.

Ni el tono dulce, empleado por la niña de mirada dolorosa al nombrarme, fue capaz de elevar la enorme pesadumbre que vencía mi cuello.

—Soy Benazir Bint Âkil, hija de Abdul Âkil Maalouf, director del Museo Nacional de Bagdad. *Sallahu alayhi wa sallam.*⁵⁶

En mi pecho surgió un fulgor desbordante. Después de la confesión de Serkan Çetin Utku, nada podría provocar una sensación de júbilo en mi corazón. Benazir me sonrió y yo imité su gesto con las lágrimas humedeciendo aún mis mejillas por las anteriores revelaciones. Mi rostro era un catálogo de sentimientos encontrados. Entonces comprendí su estrategia. La niña de mirada dolorosa era muy inteligente, sabía que su secreto causaría tal conmoción en mí, que cualquier otra noticia, por muy nefastas consecuencias que aportara su

conocimiento, carecería de importancia. La traición quedaba relegada a un segundo plano ante la presencia de la hija de Abdul Âkil. Mi querido Abdul Âkil, mi benefactor, mi guía. El hombre que confió en mí desde mi salida de la universidad y me proporcionó los medios necesarios para adquirir amplios conocimientos sobre Ki-en-gi. Me volví para agarrar sus muñecas y besar con devoción la palma de sus manos.

Benazir nos contó que lo había mantenido en secreto por temor a los asesinos de su padre. Cuando a bordo del *Ténedos* escuchó mi verdadero nombre, Ayman Mansûr, en boca de Egan, el odre griego, supo que el destino jugaba con dados trucados y lo que él unía es inútil descoserlo. Debía acompañarme para honrar la memoria de su padre.

Abdul Âkil solía hablarle de los trabajadores del museo y aseguró que mi nombre salía de sus labios con admiración y respeto. Entre las confidencias, jamás le reveló el objeto de mi misión, aún lo ignoraba puntualizó, le confesó que su trabajador más elogiado debía cumplir un encargo de vital importancia para el devenir de los hombres. Días más tarde lo asesinaron. En el patio de su propia casa. Torturándolo delante de su esposa y de una joven criada libanesa, a quien uno de los asesinos violó con tanta crueldad, que su madre enloqueció de injusticia y, aún hoy, es incapaz de hilar dos frases seguidas. Huyeron de Bagdād para refugiarse en casa de unos primos en Ízmir. La dificultad de encontrar trabajo, la empujó a enrolarse en el buque *Ténedos*. El resto de la historia no necesitaba detallarla, no era solo la historia de Benazir, era mi historia, vuestra historia.

Rogué a An, dios del cielo, que acogiera a mi benefactor en el Dilmun y le colmara de las glorias merecidas. Después, cuando repetía sin odio pero indignado, el conjuro de las montañas de Mashu para causar consternación en los enemigos de la humanidad, sucedió algo inesperado. El hombre al que habíamos atropellado murmuró algo ininteligible. Yo creí reconocer el nombre de una mujer, acompañado de unas sílabas inconexas, pero Benazir no se detuvo a analizar las palabras y comenzó a registrar sus ropas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté avergonzado al verla husmear en su cartera.

—Necesitamos saber quién es. No podemos abandonarlo en medio de la carretera sin conocer nada de él.

—Cuanto menos sepamos, más fácil resultará desembarazarnos —dijo Serkan con total indiferencia.

Desde la confesión de su engaño, cualquier gesto o palabra del hombre

parco, era recibida por mis oídos con encono. Las enseñanzas del maestro Mevlânâ para aceptar a los semejantes, al margen de sus hechos o creencias, no habían germinado en mi corazón. Presentí que nuestra separación sería inmediata. Aunque en esos instantes, ignoraba la crueldad con la que se efectuó.

Benazir agitó un carné al aire que identificaba a nuestro desconocido.

—Es profesor en una universidad de Chicago. Se llama John Miller.

Al escuchar ese nombre, mi boca permaneció tan abierta como un zaguán en las noches calurosas de verano. Si en cualquier vida paralela o futura se repitiera el encuentro, la desmesura de mi reacción no se vería mermada.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada por mi muestra de asombro.

—¿Es el profesor Miller? ¿El experto en la civilización sumeria?

—No lo sé —releyó algunos datos en voz alta—. Aquí pone: Universidad de Chicago. John Miller Brandon. Profesor de Arqueología.

Salté a la parte de atrás bajo los improperios de Serkan, lo había golpeado involuntariamente y cogiendo de la nuca al profesor me propuse reanimarle.

—¡Profesor Miller! ¡Profesor Miller!

—¿Lo conoces?

—¡Profesor Miller!

No nos conocíamos personalmente, no obstante, durante el último año, habíamos mantenido una interesante correspondencia a raíz de mi tesis: El origen de los sumerios. Nos intercambiábamos datos, anécdotas e investigaciones, y a pesar de la distancia, nuestra pasión por la primera civilización conocida había consolidado una estrecha amistad.

—¡Profesor Miller!

Abrió los ojos sin convencimiento, dejando los párpados a media asta.

—¡Profesor, soy Ayman! ¡Ayman Mansûr!

Se llevó la mano al costado derecho, donde había recibido el impacto de la furgoneta y emitió un gruñido. Le desabroché la camisa y tanteé con mis dedos por si tuviera alguna costilla rota. Aparte de un considerable moretón, no aprecié ninguna herida de gravedad o que necesitara la inmediata atención de un médico.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

Le ayudé a incorporarse y apoyó la espalda contra la trasera de los asientos. Luego miró a Benazir.

—Soy Ayman Mansûr —repetí con un enorme gesto de satisfacción.

—¡Ayman Mansûr! ¿Estamos muertos?

CAPÍTULO 34

WASHINGTON

El hombre de neandertal estaba sentado en el poyete de la azotea. La cúpula de Saint Matthew se iba difuminando entre las primeras oscuridades de la noche. A Bill no le importó. Aunque la postura le mantenía la vista en esa dirección, no la distinguía. Su mente procesaba con rapidez las caladas que podría dar al siguiente cigarrillo. Graham le había concedido cinco minutos para fumar. Acababa de apagar el primero sobre el cemento pulido y encendió el segundo con premura; la primera calada fue devastadora. No le caía bien Graham Bates, pero Bill no era hombre de perder tiempo juzgando a los jefes. Jamás lo hizo con Noah Stein y no tenía motivos para cambiar ahora. A pesar del microchip, a pesar de su insoportable jerga universitaria, Bill se limitaba a obedecer.

—Graham te necesita abajo —dijo Foullet, uno de los jóvenes analistas que habían llegado con Bates a Morning Star Arts Corporation.

Salpicó un gruñido en medio de la segunda calada sin demasiada irritación. Cuando bajó a la oficina, todos dirigían la mirada hacia la pantalla de su ordenador. Graham acababa de salir del despacho, consultando la hora en su TagHeuer Link con los eslabones del brazalete en forma de doble *s*. Bill pensó que se lo habrían regalado al graduarse en la universidad. Cuando él terminó la carrera su padre solo le dijo: «Ya va siendo hora de que trabajes».

—Es el transmisor MM1 —dijo moviendo la muñeca del reloj.

El hombre de neandertal se sentó frente al teclado y amplió la imagen.

—Va circulando por la interestatal 55. Está cerca de Welco Corners.

—¿Adónde crees que se dirige?

Bill odiaba analizar cosas intrascendentes para la operación. Mary Miller no era una pieza fundamental y le había impedido acabar el segundo cigarrillo.

Fue pasando por diferentes pantallas: Bloomington, Springfield, Saint Louis. Cuando recabó información sobre John Miller, pudo averiguar que pasaba temporadas en una casa de las montañas Ozark. Al profesor le gustaba la naturaleza.

—Si en Saint Louis coge la 44 es que va a refugiarse en las montañas Ozark.

—¿Activamos el protocolo?

Bill notó cierto temblor en la pregunta y no respondió de inmediato. La luz intermitente dejaba a su costado izquierdo el cartel de la tienda de neumáticos Brahler's Truckers Supply.

—Llama a Fellerstone —le aconsejó.

*

Michael Fellerstone cenaba en The Capital Grille con August Gelb, coordinador de la Fundación con el partido demócrata. La sopa de cebolla era uno de sus platos favoritos, por esa razón, no emitió ni un monosílabo mientras Gelb le contaba las reticencias con los candidatos a las primarias. Era partidario de no apoyar a Daniel Hynes y mucho menos a Barack Obama.

—Hynes es un reformista, ya viste como cambió las leyes que rigen los cementerios privados del estado y las funerarias en 2001. Si gana tendrá una lista de reformas en ciernes. Y Obama un loco. Deberíamos abstenernos.

La sopa se le había quedado fría y dejó la cuchara en el mantel con desagrado. Era un hombre enjuto, de mejillas hundidas y nariz prominente.

—¿Cuándo nos hemos abstenido, August? —Apartó ligeramente el plato. Había acabado la sopa—. Elegiremos al candidato que más nos convenga. ¿Por qué crees que Obama es un loco?

—Sus orígenes no concuerdan con nuestras afinidades; su padre era un economista keniano y su madre vive en Indonesia. Él se crió con los abuelos, familia desestructurada, ideas revolucionarias, de color...

El camarero le llevó a Fellerstone la hamburguesa de carne de cangrejo con trozos de langosta, servidos en pan de la casa; de acompañamiento patatas fritas con aceite de trufa y parmesano.

—Me lo estás pintando muy bien para que sea el elegido —dijo sin levantar la vista de los trozos de langosta. La mente le sacudió con la imagen de otra langosta, la del hotel Watergate.

—¿No le ha gustado la sopa de cebolla, señor? —preguntó el camarero.

—Sí, es que se me ha quedado fría.

—¿Desea que se la calentemos?

—Gracias.

El camarero le retiró el plato. August apoyó los codos sobre la mesa para inclinarse hacia Fellerstone.

—Michael, no le podremos controlar —dijo en un murmullo.

El viejo soltó una carcajada mientras apartaba las patatas fritas.

—Barack Obama es nuestro hombre. Eso que has dicho lo pensará todo el mundo. Es perfecto.

—Entre sus planes, si llega a la presidencia, está promulgar una ley de sanidad parecida a la que rige en algunos países europeos.

—Continúa.

—¿Te imaginas que los pobres tengan derecho a una sanidad gratuita? ¿Cuánto deberá subir los impuestos para esa medida? ¿Hundirá las compañías de seguros!

Fellerstone se llevó un trozo de hamburguesa a la boca. Estaba deliciosa.

—August, ¿sabes lo que significará para un hombre de color ser el primer presidente negro de Estados Unidos? ¿Qué contrapartidas no estará dispuesto a aceptar? Nos interesa su imagen de rebelde, sus propuestas... revolucionarias, si quieres. Su imagen intachable.

—No te entiendo —dijo Gelb hundiendo aún más sus mejillas.

—Habla con él. Lo apoyaremos hasta el final. Lo convertiremos en presidente de los Estados Unidos con una condición.

—¿Cuál?

—Su ley de sanidad deberá especificar el siguiente artículo: todos los beneficiados deberán implantarse un microchip.

El móvil interrumpió la conversación. Era Graham Bates.

—Disculpa. —Dejó el tenedor y pulsó la tecla con displicencia—. Dime.

—Señor, lamento interrumpirle, Mary Miller ha abandonado la casa. Se dirige a las montañas Ozark.

Mary, la pequeña Mary. La admiración por su hermana mayor la obligó a renunciar al maravilloso destino que él había organizado para ella. La hamburguesa se estaba enfriando, era una pena desperdiciar semejante manjar.

—Activa el protocolo.

MURUZÁBAL

El Valle de Ilzarbe se despierta perezosamente sin recibir los vientos de la Sierra del Perdón. Los arbustos de tomillo y espliego de la llanura comienzan

a brillar por los primeros rayos de sol que se filtran entre los quejigales del norte.

Gabriela se entusiasma con Santa María de Eunáte, la iglesia de las cien puertas. De pie, a algunos pasos de ella, Renata y Gaspar la observan. Rodea el edificio hasta la puerta principal y se sienta bajo los arcos, en la hierba, apoyando su espalda en la pilastra. Quiere meditar, sentir las energías telúricas filtrándose por su cuerpo. Los sonidos del amanecer se van incorporando con lentitud. El canto jácara de una perdiz se mezcla con el reclamo de un milano negro que vuela en dirección a Obanos, rondando el curso del río Robo. Gabriela los integra en su propio sonido, en la vibración que proyecta recitando el mantra «*Om mani padme hum*», recorriendo el camino de las seis perfecciones seguido por los Budas de los tres tiempos.

Gaspar estudia con atención las archivoltas de la entrada y las columnas sobre las que se apoyan. Las dos columnas exteriores muestran una decoración vegetal, las interiores reflejan unos rostros de largas barbas recogidas en espiral. Cree que podría tratarse de un intento de representar a Baphomet. Una ráfaga de viento le distrae del examen de las figuras longitudinales de la archivolta exterior. Los matorrales de romero no se agitan con el aire, es una brisa cálida que no llega a las laderas pero a él lo acaricia con suavidad. Se gira extrañado hacia Gabriela, su voz continúa recitando el mantra, sorprendentemente ella parece ser el vórtice del viento. Renata también la mira con asombro. Los dos caminan hasta la parte trasera de la pilastra y se sientan en la postura de loto, igual que ella. La masa de aire realiza un movimiento vertical, provocando un vacío a su alrededor. La humedad se va condensando encima de los arcos de la iglesia de las cien puertas, hasta formar una nube lenticular que es empujada hacia los cielos de Muruzábal. Los dos comienzan a repetir el mantra con Gabriela. El poder de las sílabas contiene la esencia de las enseñanzas: la generosidad, la ética, la tolerancia, la perseverancia, la concentración, y por último, la sabiduría.

El viento arrecia y los aísla, los envuelve en una onda que abarca Santa María de Eunáte realzando la espiritualidad, el halo esotérico de los símbolos tallados por los canteros en sus piedras. En ese torbellino, no existe la división de la mente, la ilusión de un tiempo lineal, todo es presente, armonía, paz. Y en ese sosiego, escuchan pasos por el sendero de la iglesia. Una mujer avanza hasta Gabriela y se arrodilla delante de ella. Las dos se miran desde el amor, sin necesitar la voz que nunca le reprochó un desorden, porque Gabriela, carne de su misma carne, acoge entre sus manos la claridad del

rostro que se le acerca y acaricia con la yema de los dedos su frente, sus cejas, sus pómulos, sus mejillas, sus cabellos, impregnando su piel del contacto que tanto añoró sintiéndose abandonada. Y en ese cariño, que recorre su cuerpo desde los trópicos, la madre se balancea con una sonrisa arrolladora, hermosa como un mar sin límites, y siente que el mundo se inaugura en sus ojos, a los que acuden lágrimas que Gabriela detiene, seca, besa. Y sin más comienzo que un primer paso, ambas se levantan y cogidas de la mano caminan hacia Muruzábal bajo una luz sin pretextos. El amor es ausencia de oscuridad.

*

Emma les prepara un café con leche y deja sobre la mesa de la cocina una caja de chandríos⁵⁷. Están en un pequeño caserío o baserri de piedra vista, a las afueras del pueblo que ella fue acondicionando cuando se ocultó en Muruzábal. La planta baja, usada de establo para el ganado, la destinó para criar gallinas y guardar trastos y aperos de labranza. La primera planta es la vivienda y la segunda, el desván que convirtió en su estudio de pintura. Gaspar observa los campos inclinados con suavidad hacia la carretera; al otro lado se mecen los cultivos de cebada y a la derecha, en el somontano, un rebaño de ovejas pasta dirigiéndose a la sierra del Perdón. Se siente integrado en el paisaje.

—¿Esa cebada es cervecera? —pregunta Gaspar.

—No, es cebada de ciclo largo, pero si te gusta la cerveza artesanal ¡bienvenido a Navarra! —y sonríe—. Aquí se elaboran muchas cervezas, Nabarpier, Kupela. Algunas veces he bebido Solbella, tiene un toque a miel y a esencia de romero. La hacen en las Bardenas Reales. Seguro que te gustarán.

—Si las sirven frías...

Los tres se ríen y Emma los mira sin entender la gracia.

—Es una larga historia —aclara su hija.

—Esto sabe a las rosquillas que hacía mi abuela —dice Renata saboreando un chandrío.

—Los hago yo. Con aceite, anís estrellado, levadura, huevos de mis gallinas. Todo productos naturales —y vuelve a sonreír, con esa sonrisa ancha de la gente que confía en la vida.

Gabriela no quita la vista de su madre. Cualquier gesto para ella es un acontecimiento. Verla dejar el azucarero en la mesa o el tarro de miel con la que se endulza el café; el giro hacia la cocina para retirar la cafetera del fuego y llenar los tazones amplios de loza blanca; la serenidad de su cara,

enmarcada por una media melena que duda en continuar con su color o encanecerse.

—¿Cómo quieres el café, cariño? —le pregunta.

—Con poca leche, madre.

Y se le llena la boca con esa palabra sin estrategias, pronunciada desde la nostalgia, palabra que susurra entre escalofríos con un eco elegante de satisfacción.

—Madre, ¿por qué yo? ¿Por qué ahora?

Emma deja el tazón. Su mirada carece de sombras pero ya no sonrío. En el pantalón vaquero se dispersan algunas manchas de pintura a las que no presta atención.

—El Nuevo Orden Mundial se acerca. Es un plan para someter a las personas y negarles la libertad. Para convertirnos en borregos y absorber nuestras energías. Las guerras, el terrorismo, la corrupción, el caos. Todo está programado para que las personas estallen y acepten que solo haya un gobierno en la tierra, una nación que englobe a todas las naciones. Ellos son ese gobierno.

—¿Acaso no gobiernan ya el mundo desde la sombra? —pregunta Gaspar desde la ventana.

—Sí. Pero necesitan más horror, más vibraciones densas en las personas. Hasta llegar a ese gobierno mundial, se sucederán holocaustos, niños muriendo de hambre, gente huyendo por los caminos, razas enteras exterminadas. Odio y caos. Ese es su marco ideal.

—¿Y el Sello de los Destinos qué papel juega?

—Bueno, no todo iba a ser negativo. El Sello de los Destinos fue concebido por los dioses para gobernar la creación. Desde la civilización sumeria ha permanecido oculto. Ahora, la tierra está recibiendo una espiral de energía cósmica que sincronizará las vibraciones de las personas que viven en amor.

—El ying y el yang —dice Gabriela—. Mientras una parte agoniza, la otra parte alcanza los niveles más altos de evolución.

—Exacto. El Sello de los Destinos provocará que esas personas alcancen otro mundo. Como dijo Stephen Hawking: «La única salvación será crear una copia de seguridad de nuestra civilización».

Deciden darse un espacio, no mostrar signos de ansiedad ante el papel que le tocará interpretar en esa copia de seguridad a cada uno de ellos. Gabriela se distrae con un libro de arte, pasa las páginas mirando las ilustraciones.

—¿Hay cobertura aquí? —pregunta Renata sacando el portátil.

—No, lo siento, tienes que acercarte al pueblo. Es la única manera de que no te localicen —contesta Emma dejando el tazón en el fregadero—. Cuando quiero enviar correos por la red me acerco a Pamplona o a otra ciudad.

—¿Desde dónde me enviaste la revista?

—Eso fue una odisea, hija. Sin remitente no te admiten un correo certificado y yo quería asegurarme de que todos recibíais la acuarela. Me fui a Madrid un fin de semana y os la metí en los buzones uno a uno.

Gaspar bebe del tazón de loza blanca. Le gusta sentir su tacto en las manos y observar la naturaleza desde la ventana. Las gallinas picotean por la loma con alegres cacareos. Un gallo receloso vigila su territorio.

—Madre, me gustaría ver tu estudio.

—Por supuesto, vamos.

Renata hace intención de levantarse pero es detenida por Gaspar.

—Nosotros os esperamos aquí.

—Claro, mientras haya chandríos —corroborra entendiendo la indirecta y metiéndose otro dulce en la boca.

El tabique frontal del estudio es un gran ventanal hacia el sur. Tiene una mesa de madera llena de pinturas, botes a medio cerrar, tubos apretados y trozos de tela con manchas de diferentes colores. En el caballete, junto al mirador, hay un óleo sin terminar. A la derecha, una estantería con bustos de madera y cacharros de cristal llenos de pinceles y espátulas. En las paredes no hay sitio para colgar más cuadros. Gabriela se detiene ante una reproducción de *El portador de incienso*.

—¿Son todos para Wahooart?

—No. Aquí solo hay obras originales mías. Los de Wahooart se los envío a mi hermana en cuanto los acabo. No me quedo con ninguno. Salvo *El portador de incienso*. Fue el primer cuadro que pinté de niña.

—¿Tu hermana?

—Sí. Vive en Chicago, me pasa los pedidos que ella no hace. De cara a la empresa yo no existo. Ella lo pinta todo.

—¿Está casada con un profesor experto en la civilización sumeria?

—Sí —afirma extrañada—, con John Miller. ¿Cómo lo sabes?

Gabriela recuerda el vídeo de San Lorenzo de El Escorial. El círculo se va cerrando. No hay principio ni fin en la rueda de la vida. El *Samsāra*, ciclo de nacimiento, vida, muerte y encarnación, seguirá rodando para ella salvo que cumpla la profecía. Y a cada minuto, su corazón alberga más dudas.

—A John Miller lo han contratado para que autentifique el Sello de los

Destinos. Lo han obligado a viajar con ellos.

—Mary, Mary, Mary —repite con angustia—. Por eso llevo días sin tener noticias tuyas. Seguramente no se pone en contacto conmigo para evitar que me localicen.

Gabriela siente el peso del destino, siente que somos hilos. Los pensamientos son hilos y las ideas y las palabras son hilos. Hilos conformando una madeja de piel enorme. Una madeja que ella debe desenredar para impedir el sollozo de ser marionetas. Respira profundamente el fuerte olor a la esencia de trementina antes de preguntar.

—Madre, ¿y si no estuviera preparada para hacerlo?

Emma cierra adecuadamente un frasco con aceite de lino.

—¿Tienes miedo o es egoísmo?

—Las dos cosas.

—Ya sabes que Gaspar y Renata no irán contigo, ¿verdad?

—Sí. Puedo ver su aura, su vibración.

—Cada persona tiene su propio camino y solo ella puede alterarlo. La realidad es un campo de posibilidades infinitas que dependen de nosotros mismos. Tú no tienes la responsabilidad de hacer lo que no deseas.

—Pero si me niego a aceptar el Sello de los Destinos, ¿qué ocurrirá?

—Nada que no deba ocurrir si esa es tu decisión.

Gabriela duda delante del mirador. Las copas de los abedules se inclinan por el viento. Gaspar ha salido y corretea igual que un chiquillo entre las gallinas, haciéndolas saltar asustadas. Renata disfruta con el juego, lleva en la mano un par de chandríos.

Se aleja del ventanal hacia el cuadro de *El portador de incienso*. Tal vez, sin ese monaguillo retratado por Lavery, no habría existido el universo paralelo de esta historia.

—Voy a hacer una progresión al futuro.

—¿Qué línea del futuro? ¿Quieres averiguar qué ocurrirá si te entregas?

Gabriela araña sombras.

CAPÍTULO 35

PAMPLONA

Serkan Çetin Utku aparcó la furgoneta en la calle Francisco Bergamín, frente a un pequeño parque. Habíamos entrado en Pamplona por una avenida ancha y al llegar a la plaza Príncipe de Viana nos encontramos con las calles cortadas por la policía. Según nos explicó el profesor Miller, era debido a la celebración de San Fermín, fiestas reconocidas internacionalmente, en las que soltaban toros para que la gente corriese delante de ellos. Lo llamaban encierro y lo hacían a las ocho de la mañana. Faltaban algo más de treinta minutos y una multitud caminaba hacia el centro de la ciudad. Me sorprendió ver la concurrencia, nunca pensé que a unas fiestas patronales acudiera gente de tantas nacionalidades: americanos, árabes, indios, asiáticos. La mayoría llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello y todos iban cantando, charlando, abrazando con alegría a cualquier persona con la que se topasen. Desde luego, nadie se sentía extranjero. Entablamos una ligera conversación con un grupo numeroso de Rhode Island⁵⁸ que, después del encierro, comenzaría un peregrinaje por el Camino de Santiago. Uno de ellos asistía por cuarta vez y era un hombre rubicundo, espigado, dispuesto a correr en esta ocasión delante de los animales.

Subíamos ya por la calle de San Ignacio, cuando el profesor Miller se quedó rezagado, su estado de ánimo no concordaba con el júbilo de las calles. Las noticias durante el viaje habían marcado un rumbo ingrato a su vida.

Horas antes, al recuperar el conocimiento y presentarnos, los abrazos y alegrías soterraron la incredulidad del instante. Nos narramos las vicisitudes que nos habían conducido a la furgoneta y cómo el destino dispuso nuestro encuentro de una manera insospechada, menos halagüeña de lo deseado. En cuanto citamos profusamente las diferentes tablillas sumerias con referencias a

la profecía, contrastando nuestros puntos de vista, el profesor Miller nos confesó su decisión de acudir a un consulado americano. Su impaciencia estaba motivada por el anhelo de regresar con su esposa. Yo lo comprendí. La distancia y los avatares no habían logrado atenuar mi amor por Bashira, ni los deseos de amarla con la lentitud de los relojes de arena. ¡Que los dioses la respeten hasta mi regreso!

—Necesito hablar con ella por teléfono —dijo el profesor con la tribulación acentuando sus palabras.

Benazir y yo no disponíamos de móvil. Ambos intercambiamos miradas con Serkan Çetin Utku que, tras rezongar sin mucho entusiasmo, ofreció el suyo.

—Espera —dijo frenando su mano cuando ya lo iba a entregar—. Este lo tienen intervenido. Coge uno que llevo en la bolsa.

De la bolsa de Adidas saqué un Nokia antiguo y, sinceramente, dudé que funcionara.

—Por lo que has contado, tu mujer tendrá los teléfonos pinchados —añadió mientras le pasaba el tabaco a Benazir para que le liara otro cigarrillo— ¿No conoces a alguien que te dé información sobre ella?

—A mis padres. Puedo preguntarles si Mary está con ellos en La Roca.

—Mejor. Si llamas a tu mujer, en pocos minutos sabrán donde está ella y dónde estás tú —aseguró, para añadir a continuación—. Carga más el cigarrillo.

Benazir se llenó la palma de la mano de hebras mientras el profesor marcaba el número. Tuvo que repetir la operación varias veces debido a la cobertura, no era buena.

—¿Diga?

—Mamá, soy John —el semblante del profesor cambió al oír la voz de su madre.

—John, ¿dónde estás? —preguntó la madre entre sollozos.

—Luego te lo explico. ¿Qué ocurre? ¿Está Mary con vosotros?

Durante unos segundos solo se escuchó el llanto de la mujer. No conseguía hilar dos palabras y le pasó el teléfono a su marido.

—Hola, hijo, Mary...

—¿Qué ha pasado, papá?

—Mary ha fallecido. Sufrió un infarto cuando venía a La Roca y su coche se salió de la carretera.

*

Litvak bebía a morro de una botella de vino, invitado por unos rusos en la

plaza del Castillo. La muchedumbre saltaba y cantaba, esperando la hora de acercarse a las calles por donde iba a transcurrir el encierro. Noah Stein se apartó del grupo para hablar con Graham.

—¿Los tienes localizados?

—Sí, el objetivo sube por la calle de San Ignacio hasta vuestra posición. Si bajáis hacia la esquina sur-oeste de la plaza, os encontraréis de frente.

Una chica, poniéndose de rodillas, vomitó al lado de Stein. Su amigo, aún más ebrio, la sujetaba escaso de fuerzas.

—¡Joder! —exclamó con repugnancia, comprobando si le había salpicado sus zapatos Alden— ¿Sur-oeste? ¡Graham no seas estúpido! —gruñó al ver manchado el lomo de su mocasín izquierdo—. ¿Cómo coño quieres que me oriente así? Dime un cartel, alguna referencia clara que yo pueda visualizar.

Bill amplió la pantalla para ofrecerle un toldo con unas letras grandes: Librería Gómez. Debajo había una especie de marquesina acristalada.

—Escucha, hay un toldo oscuro rotulado con letras blancas y debajo una marquesina que da acceso al parking de la plaza. ¿Puedes verlo?

—Sí.

—Dirigíos a esa esquina.

Stein le hizo una seña al hombre del ojo de hielo, debía despedirse de sus compatriotas.

*

Posé mi mano sobre los hombros del profesor, a sabiendas de que nada mitigaría su dolor. El recuerdo de su esposa era desolación, lamento insostenible. Nadie podría convencerle de que su llanto carecía de futuro.

Un grupo de jóvenes, todos con el mismo modelo de sombrero de paja, saltaron alrededor de nosotros, entonando una melodía que desconocíamos. Benazir se refugió entre los dos para no bailar como ellos pretendían. Un mimo, situado a la derecha, abandonó su posición estática y se puso a ejecutar los pasos alternando las muecas de su cara. Cuatro o cinco metros por delante, los americanos de Rhode Island, comenzaron a marcar el ritmo con una canción de los marines. Sus voces se mezclaban con las del grupo de los sombreros y estos acabaron por unirse al paso militar. Entre esa marabunta aún no sé cómo pudimos escuchar el grito desesperado del hombre parco.

—¡Corred!

Con su brazo trazó una línea recta apuntando a Litvak. El hombre del ojo de hielo oteaba por encima de las cabezas buscándonos. Apenas nos separaban

cien metros y una multitud. Cruzamos a la calle de enfrente, parapetándonos en los supuestos marines. A base de tropezar y esquivar gente, recorrimos trescientos metros. Un dóberman ladraba con saña desde un balcón y un filipino nos persiguió con un ramo de flores para que le compráramos una rosa a Benazir. Giramos a la derecha y desembocamos en una plaza donde había más personas que por las calles adyacentes.

*

—¿Dónde están? —gritó Stein.

—Localizados. Cien metros dirección norte. Por la primera calle a la derecha —añadió Graham, rectificando su jerga.

Litvak se quitó de encima a un par de sudamericanas empeñadas, por una apuesta, en que las cogiera en brazos. Al llegar a la esquina, un pelotón iba cantando la canción de Mickey Mouse, imitando a los soldados de *La chaqueta metálica*. Los sortearon con dificultad, apartándolos sin miramientos, pero cuando llegaron a la cabecera seguían sin ubicarlos.

—¡No los veo! —bramó Noah para sobreponerse a las voces.

—Continuad doscientos metros, la primera a la derecha. Van directos a la plaza.

*

Llegamos hasta el templete del centro. El gentío comenzaba a dispersarse. Un par de hombres estaban tirados en el suelo.

—¡No os paréis! —exclamó Serkan al ver que me detenía por si necesitaban ayuda—. ¡Corred entre ellos!

Me situó en cabeza de un empujón, con el profesor Miller, detrás de nosotros Benazir y él en último lugar, vigilando nuestra espalda. Nos mezclamos con la turba, avanzando a trompicones entre los hombros de la gente que caminaba hacia el final de la plaza. A unos cincuenta metros el río humano se dividía en dos.

—¡A la derecha! —gritó el hombre parco.

*

Graham Bates chasqueó los dedos en dirección a Bill y Foulet.

—Bill, dame en pantalla a JM1, dos, sigue los movimientos de NS1.

—Están muy cerca, Graham —dijo el hombre de neandertal—, se ven en una sola pantalla.

Las luces parpadeaban simultáneamente en los dos monitores.

—Noah, estáis a doscientos metros del objetivo, dirección norte.

—Con esta aglomeración es imposible visualizarlos —respondió Stein—. Bastará con que los sigamos de cerca hasta que llegue el momento oportuno.

*

Desembocamos en una calle estrecha, de la Chapitela, por lo que pude leer en un cartel; no era momento de preguntar qué significaba Chapitela. Apenas se podía caminar por el número ingente de personas. Nos escurrimos como anguilas hasta llegar al final. ¡Estaba vallada! Era un callejón sin salida. Algunas personas se habían subido a los listones de madera que nos separaban de la calle por donde iban a pasar los toros. Se escuchó la explosión de un cohete y la algarabía aumentó considerablemente. Tres jovencitas gritaban nerviosas por la emoción.

—Acurrucaos ahí —dijo Serkan, señalando medio metro que no estaba ocupado.

Habían regado el suelo y lo agradecí, el sudor ya nacía pegajoso. Él se refugió detrás de un hombre grueso que saltaba alegre dentro de sus posibilidades. Los animales estaban cerca, el ruido de sus pezuñas contra el asfalto retumbaba en los oídos. Las chicas y el gordo lanzaron unos aullidos. A mi lado, un inglés borracho golpeaba en los listones de madera. John Miller apretó la mandíbula y poniéndose en pie se lanzó contra un hombre al grito de asesinos. Le agarró del cuello y rodaron por la calle. El hombre parco se agachó para sacar su pistola del tobillo. Litvak dio un salto y se tiró encima para evitarlo. Yo abracé a Benazir y nos hicimos aún más pequeños en las tablas. El profesor golpeaba la cabeza del hombre contra la acera voceando: «La habéis matado, la habéis matado». Serkan y Litvak se enroscaron golpeándose, braceando con furia, lanzando puñetazos indiscriminadamente. Las tres chicas, atemorizadas, se agazaparon en cuclillas. El hombre del ojo de hielo consiguió incorporarse y dar un paso atrás. Cuando Serkan se levantó, Litvak le dio una patada en el pecho derribándole contra los listones, estos se partieron y cayó de espaldas en el instante en que pasaban los toros. Uno de los animales le pasó por encima. La multitud chilló asustada. John Miller y el desconocido dejaron de pelear por la conmoción de los gritos. El segundo lo embistió, levantándolo en el aire con un cuerno clavado en el pecho. Por una milésima de segundo me miró, después sus ojos se quedaron en blanco. El toro hizo un derrote hacia la derecha y al caer desmadejado, volvió a embestirlo contra la pared. Serkan Çetin Utku jamás encontraría a su hija.

MURUZÁBAL

La noche pierde intensidad pero aún no ha amanecido en Muruzábal. Emma y Gabriela llegan a Santa María de Eunate. La cancela de hierro muestra signos de herrumbre y se abre chirriante. Se dirigen a la puerta oeste, más pequeña que la principal y de un simple vano; el guardapolvo está decorado con motivos florales. Emma participó en la restauración de algunas partes de forma voluntaria y ha conseguido que le cedan una llave para entrar en la iglesia antes de su apertura al público.

La puerta da ingreso frente al altar. Gabriela mira a su alrededor sobrecogida. El espacio octogonal es mucho más amplio de lo que podía imaginarse desde el exterior. La bóveda se eleva con grandiosidad, sujeta por ocho nervios desde los ángulos del octógono que se sostienen en columnas superpuestas. El conjunto demuestra la influencia arquitectónica musulmana que conlleva el sincretismo. Todo es Uno. En los capiteles del ábside hay talladas figuras humanas; en el de la izquierda, una bailarina con dos músicos; en el lado opuesto, dos ángeles, uno de ellos tocando una trompeta. Ese capitel llama su atención; Gabriela encuentra similitudes con el anuncio del Juicio Final. El altar es austero, con una imagen románica de la Virgen de Eunate y el ábside vacío, otorgando libertad a la expresión de la piedra.

Emma se sienta en el último banco, coloca la mano izquierda sobre la derecha, con las palmas hacia arriba, junto al vientre, y medita. Se vacía. Se aleja del murmullo de la mente para transmitir energía a su hija. Gabriela se encuentra frente a la Virgen, debajo de la bóveda. Adopta la postura de loto formando una pirámide que regula la energía de la vida. Apoya las manos sobre las rodillas y une los dedos en *gyan mudra*, juntando el índice y el pulgar en forma de *o*. Respira con calma, sintiendo el Ser transparente, la esencia del Ser. Repite el mantra «*Om*» desnudando su alma para llegar al fondo, donde el vacío se hace sólido y todo se expresa en forma de clamor. Alcanza el núcleo de la mirada limpia y siente una onda expansiva, una descarga eléctrica acompañada de un zumbido ensordecedor que la eleva hacia otros mundos, hacia otros universos ajenos al tiempo lineal. Y se descubre en la cocina de su madre, en Muruzábal, aguardando en soledad a pesar de estar rodeada de personas. Gaspar mira por la ventana con melancolía, sin involucrarse en la discusión que mantienen Stein y John Miller, su tío, ambos con la marca de la bestia en su mano derecha, marca que ella percibe por la herida en su aura.

—Yo no sabía lo que iba a ocurrir —se justificó Noah con pesadumbre.

—La habéis asesinado —escupió John sin reprimir su odio—. Tú y ese

viejo loco que se cree Satanás.

Stein actuaba con lentitud, incapaz de coordinar sus palabras con el peso del remordimiento. Guardó silencio unos segundos, los suficientes para que les estremeciera la aparición de Litvak abriendo la puerta.

—No pienses que tú te vas a salvar, Stein —le amenazó John al ver que se iba a marchar—. Cuando Fellerstone tenga el Sello de los Destinos eliminará a todos los que han participado en esta operación. Un infarto, un accidente, un tiro en la nuca. ¿Qué más da? Nadie investigará sus crímenes. Cuando comprendas que es él o nosotros, será demasiado tarde.

Litvak acusó la frase apuntándole con su ojo de hielo.

—Fellerstone ha llegado —dijo sin quitar la mirada del profesor.

Cerraron la puerta y Sag-giga se acercó a ella.

—Si eres la *qadištu*, la poseedora de la sabiduría de Nintu, ¿por qué no has usado el Sello de los Destinos? ¿Por qué se lo vas a entregar?

Gaspar no se giró para escuchar la respuesta. No la necesitaba. Los campos de cebada se mecían con suavidad por el viento.

—No temas tu destino, Sag-giga. No va a ocurrir nada que no hayas creado con tus decisiones desde que saliste de Bagdad. Lo mismo que Benazir, cuando decidió abandonar el barco, o que John al aceptar el encargo de autenticar el Sello.

—Pero si hubieras realizado el ritual, se habría cumplido la profecía. Y ahora estaríamos en el Dilmun.

—¿Quién te aseguró que estarías en el Dilmun? La profecía indica que una parte de la humanidad ascenderá a la tierra clonada, al paraíso, y la otra permanecerá en un infierno de dolor y sangre. Según la Biblia, serían ciento cuarenta y cuatro mil los justos marcados para recibir la gloria. ¿Tú, Sag-giga, evolucionarías a ese universo? ¿O tú, John? Benazir, ¿te consideras pura de corazón para recibir las bendiciones? Renata, ¿consigues vibrar en ese amor incondicional? —Se giró hacia Gaspar despacio, midiendo las palabras hacia ese costado que habitó y que aún conserva el calor de su cuerpo—. Gaspar, ¿serías tú uno de los elegidos?

Todos se buscaron en la fotografía del pasado, en las palabras que pronunciaron sin acercarse al oído para el que iban destinadas. Las máscaras cayeron en silencio, suplicando palabras de compasión.

—Quizá este no sea el momento de cumplir la profecía. Quizá sea dentro de unos años, cuando la humanidad haya evolucionado y no sean ciento cuarenta y cuatro mil, ni un millón, ni veinte millones, las personas que se salven, sino la

humanidad entera. La humanidad, a través del perdón y el amor, debe ser quien consiga dar ese paso para no hacer distinciones entre dignos e indignos, entre buenos y malos, entre marcados por los dioses y marcados por la bestia. Quizá ese sea el instante de elevar el Sello de los Destinos y no condenar al infierno a tanta gente que amas, Sag-giga. A los que amas tú, Benazir; o tú, Gaspar. A tanta gente que amamos y seguiremos amando ocurra lo que ocurra hoy.

—Entonces no se necesitará el Sello de los Destinos —dijo Renata repasando con los dedos el dibujo del mantel.

—¿Acaso se ha necesitado alguna vez? —preguntó Gabriela.

Gabriela se mordió la lengua antes de ofrecer esperanzas. No quiso o no supo explicar que el Sello de los Destinos no era solo una piedra de cornalina, el Sello lo llevaban dentro y si creían en sí mismos nadie podría arrebatárselo.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre...?

John no consiguió acabar la pregunta, una punzada en el centro del pecho le inclinó el torso hacia delante. Era un dolor opresivo que extendiéndose por el brazo izquierdo, acabó por derribarle.

—¡Profesor!

Sag-giga saltó a socorrerlo. John, de rodillas, boqueaba intentando coger aire.

—¡Es un infarto! —gritó Gaspar—. Ayudadme a ponerle boca a arriba.

Tumbaron al profesor, Gaspar colocó su mano sobre el esternón para darle un masaje cardíaco.

—¡Socorro! ¡Socorro! —Renata desde la puerta pidió ayuda—. ¡El profesor sufre un ataque!

Gaspar presionó con fuerza, comprimiendo el corazón contra la columna para que la sangre fluyera.

—¡La respiración boca a boca! ¡Hay que hacerle ya la respiración boca a boca! —dijo nervioso, sin parar los masajes.

—Cuando tú me digas.

Gabriela se arrodilló esperando las órdenes de Gaspar.

—¡Ahora!

Le hizo dos respiraciones y Gaspar continuó con los masajes. Uno, dos, tres. La piel de John palidecía. Seis, siete, ocho. Un sudor frío comenzó a humedecerle el rostro. Dieciocho, diecinueve, veinte.

—¡Otra vez! —gritó.

—¡Tiene los labios azulados! —advirtió Gabriela después de las dos

respiraciones.

—Es por la falta de oxígeno, hay que darle los masajes con más fuerza.

Noah Stein, que había entrado en la cocina con los alaridos, apartó a Gaspar de un empujón y comenzó a masajear el corazón de John Miller. Lo masajeó con rabia, con frustración, con el desprecio que sentía hacia sí mismo por obedecer al maldito viejo. Volcando su miedo en cada golpe, con violencia, con rencor, imaginando el rostro de Fellerstone con las cejas hirsutas, bajo las palmas que presionaban con cólera el esternón.

—Basta, Noah.

Era la voz de Litvak desde la puerta y se dirigió a él sin estridencias, sin la estupefacción de ver a un verdugo intentado salvar la vida de su víctima. Noah levantó la mirada pero continuaba masajeando en un acto reflejo de desesperación.

—Ha muerto.

Los golpes fueron cediendo en fuerza, en intensidad, hasta que abandonó las manos sobre su pecho, inertes.

—Sacadlo de aquí.

Félix Hackman y uno de sus hombres arrastraron el cuerpo de John Miller fuera de la cocina. Noah Stein no se movió.

—El señor Fellerstone quiere hablar contigo —le dijo a Gabriela—. Te espera en el estudio.

Los miró uno a uno, entregándoles cariño, generosidad, el amor que no cabe en palabras. Gaspar no supo devolverle la sonrisa.

*

Michael Fellerstone se abstraigo ante *El portador de incienso*. Recordaba vívidamente la primera vez que Emma lo pintó, incluso la sensación desapacible que le produjo contemplar al monaguillo con el incensario. Reprimió un suspiro de frustración por los problemas que le había causado. John Lavery jamás sospechó al pintarlo que las sombras de su cuadro tendrían un papel tan relevante en los días sombríos de la historia. Los pasos de Gabriela en las escaleras le sacaron de la introspección, de la repulsa hacia una copia desafortunada en el trazo.

—¿Por qué tu madre siente devoción por este cuadro? —preguntó sin volverse.

—Por su sencillez. Por su falta de pretensiones.

Fellerstone se giró con excesiva teatralidad, habituando sus ojos al claroscuro de esa zona del estudio, para que se extasiaran con lo que tanto

habían deseado presenciar.

—Sé bienvenida, Cleopatra.

—Gracias, Khaenofreh.

Dieciocho siglos antes, repitieron el mismo saludo, cuando se encontraron en los jardines del templo de Serapis. Aunque en esta vida o en este universo no disponía a su espalda de una fuente con seis caños por las seis imágenes del dios, ni de un olivo centenario que aplacara los rayos del sol. Únicamente había un monaguillo que ciertamente le desagradaba. Gabriela rompió el silencio.

—Has aguardado este momento con impaciencia, confío en no defraudarte —dijo esbozando un gesto amable.

—Sigues comportándote con la misma arrogancia.

—Sigo sin comprender el motivo de tu odio.

—El odio es un sentimiento —dijo caminando hacia el mirador—, y sabes que yo carezco de esa debilidad.

Se sentó en una silla de madera; no era demasiado cómoda y buscó alrededor la posibilidad de un cojín para aliviar la dureza. No lo encontró.

—Acércate.

Gabriela dio unos pasos. Se detuvo cuando su figura recibió el estrecho halo de luz que entraba por el hueco de las cortinas. Fuera, la mañana se presumía luminosa. Gaspar estaría observando los campos de cebada, con la sonrisa desalojada del rostro.

—Te has entregado porque querías proponerme un acuerdo, ¿no es verdad?

—¿Te intriga?

—Me irrita —contestó sin dejar espacio a la pregunta.

Las cejas marcaron un ángulo de asombro que el contraluz ocultó.

—Y también me sorprende —remarcó la palabra como si le pusiera comillas— que alguien pretenda negociar con lo que no es suyo.

—Estás muy viejo, Khaenofreh, sin energías para disfrutar de la victoria.

Fellerstone echó la cabeza hacia atrás hasta apuntarla con la barbilla. Los párpados se le entrecerraron.

—¿Qué te queda en esta vida? ¿Dos días? ¿Dos semanas? Dos años en el mejor de los casos. Te propongo que dejemos la lucha para la próxima encarnación. Cuando puedas gozar durante más tiempo de nuestro dolor. A cambio te entregaré el Sello de los Destinos para que te asegures el triunfo.

El viejo soltó el gruñido que emulaba una carcajada.

—Eres tan insolente que me estás arruinando tu humillación. —Crispó los

labios antes de continuar—. No he esperado una eternidad para que me impongas condiciones desde la derrota.

—¿Derrota? No hemos terminado de negociar.

—Yo sí.

Se levantó de la silla con precipitación para correr las cortinas. La luz inundó el estudio y se oyeron dos detonaciones.

—Te conviene saber cómo ha acabado tu negociación. Acércate.

Gabriela dudó en superar la distancia que la separaba del ventanal.

—¡Acércate! —gritó.

La escena le produjo una convulsión. Fellerstone la sujetó por la nuca para evitar que escondiera la mirada. Sag-giga y Benazir estaban tirados en el suelo sobre un charco de sangre. Ni la muerte hablaría de su muerte. Renata lloraba aterrorizada con las manos atadas a la espalda, de rodillas. Gaspar, a su lado, había hundido la barbilla en el pecho.

—¿Esas son las vidas que pretendías salvar?

—Ya es suficiente —musitó con la voz encogida por el desgarró.

—El dolor nunca es suficiente. Siempre puedes provocar más. ¡Debes suplicarme, Cleopatra! —le ordenó con el rostro pegado a su mejilla. Expulsando con placer las sílabas humedecidas.

Félix Hackman se colocó detrás de Renata y aproximó el arma a su cabeza. Fellerstone hizo la señal. El disparo apenas le dobló el cuello hacia delante, después se venció sobre la hierba en una trágica postura, manteniendo las piernas arrodilladas.

—Supongo que es la vida de Luban, o como se llame en su nueva encarnación, lo que te hará sufrir todo lo que deseo.

Hackman volvió a disparar. Gaspar cayó de bruces al suelo, su cuerpo ejecutó varios temblores espasmódicos antes de inmovilizarse para siempre. Gabriela sintió un estallido intenso, dilatado, desnudo, expandiéndose sin límites. El eco del disparo galopaba por su frente. La imagen de las manos agarrotadas de Gaspar, asomando como pájaros aplastados, lo convertía en una estatua sin memoria. Y esa luz que hiere, esa luz que llega desde el murmullo de un firmamento que se extingue, le confirmó a Gabriela que son demasiados los verdugos del hombre.

—No has entendido nada —dijo Fellerstone con decepción, volviendo a sentarse en la incómoda silla— ¿De qué te ha servido la alquimia? ¿De qué te han servido los siglos de búsqueda interior? El Sello de los Destinos pude quitárselo a ese desdichado árabe antes de que abandonara Irak. El Sello solo

era un señuelo para conseguir mi verdadero objetivo. Ahora os tengo a los dos, y un obsequio adicional.

La punta de la lengua le humedeció los labios con fruición. Gabriela, con el mentón caído sobre un dolor tan infinito que carecía de bordes, rogó por abandonar la locura.

—Para los tres, para tu madre, para ti y para tu hijo, os he reservado una celebración muy especial. Seréis mi última y más grandiosa ofrenda al dios Moloch. El sacrificio de tres generaciones puras.

*

Gabriela necesita desahuciar de su mente el eje de un futuro escorado hacia la desolación. Y vuelve a sentir la onda expansiva, la descarga eléctrica que la eleva hacia otros mundos y la deposita bajo la bóveda; frente a la Virgen y el niño. El capitel de los ángeles anunciando el Fin del Mundo, ha cobrado una dimensión que llena sus ojos de lágrimas.

—No te dejes arrastrar por esa línea del futuro. Ama y acepta tu presente — le dice Emma acogiéndola entre sus brazos.

Al salir de Santa María de Eunata respira un aire limpio, un aire que deshace la costra acumulada en su pecho.

—Madre, sé lo que debo hacer.

Un grupo de peregrinos entra en la iglesia coreando *Media vita in morte sumus*, un canto gregoriano. Gabriela se sienta entre los arcos y el ánimo se le ilumina. Atravesando el campo, ve avanzar a tres personas fascinadas con la iglesia de las cien puertas.

CAPÍTULO 36

SANTA MARÍA DE EUNATE

El viaje en el autobús de los peregrinos fue fugaz. Nos habíamos montado en el segundo, con William, que no cejó en su empeño de explicarnos los beneficios para la salud y el espíritu, que se obtenían realizando el Camino de Santiago. Yo escuchaba su discurso, observando continuamente la carretera por temor a que Litvak nos siguiera. Benazir invocaba los nombres de Allah con un *tasbih*⁵⁹ en las manos. Era la primera vez que la veía orar.

Cuando llegamos, al profesor y a mí nos sorprendió que la iglesia estuviera construida en medio de la nada. Sin embargo, el asombro mayor aún estaba por acudir a nuestros corazones.

—¡Ahí la tenéis! —dijo William, abriendo los brazos con grandilocuencia — ¡Santa María de Eunate, la iglesia de las cien puertas! —exclamó señalándola a través de los cristales.

El resto de la explicación sobre la historia de la pequeña iglesia románica no fue atendida por nuestros oídos. Sus palabras sobre los templarios o sobre una tal Sancha que la mandó construir no consiguieron superar el ruido provocado por mi agitada respiración.

—¿La iglesia de las cien puertas? —pregunté con la voz enronquecida por los nervios.

—Así es mundialmente conocida por los arcos del claustro.

El profesor y yo nos miramos con las venas huecas. Bajamos del autobús sin apartar la vista del templo. Después me arrodillé y besé repetidamente el suelo, dando gracias a los dioses por conducir mi destino de la manera más insospechada. A la mente me acudieron imágenes relampagueantes del camino recorrido: mi encuentro con el hombre parco, mi visita al mausoleo de Mevlânâ, el terremoto de Ízmir, la travesía en barco hasta Barcelona, el tiroteo

en el club Kadınlar, la muerte de Serkan Çetin Utku. En el último recuerdo, la memoria se entretuvo en los detalles que nos obligaron a subirnos al autobús. En los alaridos aterrorizados de la gente, cuando el cuerpo de Serkan fue embestido por el toro contra la pared.

*

Agarré de la mano a Benazir y echamos a correr en medio de la confusión.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le grité al profesor al tiempo que le ayudaba a levantarse.

Un grupo numeroso se congregó junto al cadáver. El desconocido, al que se había enfrentado John Miller, continuaba sentado en suelo, con los ojos abiertos y un tono rojizo en el rostro. No hizo nada por impedir que huyéramos. Tampoco Litvak, que acudió a su lado sumido en la indecisión.

Aprovechando el desconcierto volvimos corriendo por el mismo trayecto. Atravesamos la plaza del Castillo, que seguía atestada de personas, y cogimos la calle de San Ignacio en dirección al lugar donde habíamos dejado la furgoneta aparcada. Benazir lloraba sin aflojar el ritmo, yo, entre alientos desmedidos, rogué para que la diosa Nammu, origen del Todo, otorgara paz a su alma. El profesor resoplaba una y otra vez sin poder seguirnos de cerca. Tuvimos que frenar un par de veces hasta que llegamos a la plaza Príncipe de Viana. Algunos integrantes del grupo de Rhode Island, estaban sentados junto a dos autobuses, al parecer, no les gustaban los encierros y aguardaban al resto. Nos saludaron agitando sus bastones de peregrinos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó John con las manos apoyadas en las rodillas.

—Marcharnos de esta ciudad —contestó Benazir.

—En la furgoneta es peligroso, si nos han seguido hasta aquí es porque la tienen localizada —dije mirando hacia los peregrinos.

Me giré hacia la calle de San Ignacio. Me extrañaba que Litvak no hubiera salido en nuestra persecución.

—Yo no tengo pasaporte, pero tengo dinero y mis tarjetas de crédito —el profesor nos enseñó su cartera—. Habrá algún medio de transporte que nos lleve a la capital. Allí podré ir a la embajada.

—Si pagas con la tarjeta, dejarás un rastro que podrán seguir —advertí.

—¡Joder! —exclamó.

Supuse que Litvak tendría que esconderse. Había muchos testigos de su pelea con Serkan y lo denunciarían. A estas horas estaría más preocupado por huir de la policía que por perseguirnos.

El americano rubicundo apareció acompañado de unos amigos por la calle paralela a San Ignacio. Sus gritos demostraban un entusiasmo desbordante por haber corrido veinte metros delante de los animales. El resto de peregrinos lo acució en la distancia, querían emprender la marcha cuanto antes.

—¡Lo han grabado! ¡Lo han grabado! —repetía agitando una cámara—. Eh, amigos, ¿queréis verlo?

—No hace falta, te creemos —respondió John—. Además, te están esperando.

—Pues contad por ahí que William, el peregrino, ha corrido los sanfermines. —Soltó una risotada al tiempo que nos daba la mano—. Ha sido un placer conoceros. ¿Adónde os dirigís?

—No lo tenemos decidido. Estamos de vacaciones —contesté de forma evasiva.

—Venid con nosotros. Vamos a hacer el Camino de Santiago, una aventura apasionante. Esos autobuses nos llevarán a la iglesia de Santa María de Eunate. Y desde ese mítico templo, recorreremos el resto caminando.

El profesor y yo nos miramos con curiosidad. Deformación profesional.

—¿Mítico? —preguntamos a la vez.

—Os he intrigado, ¿eh? —dijo entre risas.

—¡Vamos, William! No pierdas más tiempo —le gritó una mujer subiéndose al autobús.

—Un segundo —contestó—, estoy convenciendo a tres peregrinos más. La iglesia fue construida a semejanza del templo de Salomón. Su arquitectura es muy misteriosa. Si os gusta el arte debéis conocerla. Pensadlo mientras llego al autobús —añadió marchándose.

Mencionar el templo de Salomón a dos profesores apasionados de la Historia, tenía cierto peligro. Casi tanto, como ver a Litvak bajando por la calle de San Ignacio.

—¡Esperad!

*

Los peregrinos comenzaron a entonar un canto gregoriano. El profesor nos contó que se titulaba *Media vita in morte sumus*⁶⁰. Reflejaba el miedo por la proximidad de la muerte, la súplica ante el vacío que nos aterra. La angustia de las voces en el *Sancte Deus* me sobrecogió. Cerré los ojos para acogerlo en mi corazón. La reverberación del coro en la bóveda proyectaba hacia los arcos del claustro un halo mágico que acentuó la otra sorpresa.

—Bienvenido, Sag-giga.

La insólita pronunciación de mi nombre por una extraña no me causó sobresalto. Muy al contrario, sentí una intensa emoción, sentí que su presencia era un privilegio. Tenía el Uróboros tatuado en el brazo y tanta verdad en la mirada que no albergué ninguna duda.

—Bien hallada, *qadištu*.

Me postré ante la sacerdotisa y besé la palma de sus manos con respeto. Después saqué la bolsa de piel de cabra de la mochila y, alzándola por encima de mi cabeza inclinada, le entregué el Sello de los Destinos declamando, según reza en la tablilla, la bendición de los siete dioses celestes a Anu y Antu:

¡Que los Dioses de lo Profundo
y los Dioses de la Morada Divina
os bendigan!
¡Que os bendigan a diario,
cada día, de cada mes, de cada año!

—Sea.

Había cumplido con la misión encomendada. A decir verdad, en esos instantes finales, no tuve recuerdos de gratitud para aquellos que me prestaron ayuda, pues la espiritualidad del lugar elevó mi anhelo con una insondable nostalgia: regresar con Bashira.

Los peregrinos salieron de la iglesia de las cien puertas sin abandonar su canto gregoriano. Las notas se mezclaban con la despedida de los más próximos, como William, y las fuimos dejando de oír lentamente según se adentraban en el valle. En silencio, la energía liberada por Santa María de Eunáte, también era mágica.

PAMPLONA

Noah Stein y Litvak bajaban por la calle de San Ignacio cuando vieron a Sag-giga, al profesor y a Benazir subirse corriendo a un autobús. Litvak marcó un paso rápido, amagando con echar a correr para detenerlos, pero Noah lo frenó.

—Es inútil. No pueden escapar. El profesor está monitorizado.

La última frase le hizo un nudo en la garganta. Se llevó la mano al cuello, enrojecido por la pelea con John Miller y tragó saliva con dificultad. Jamás

pensó que podría ver al profesor fuera de sí, enloquecido, dispuesto a matar por el fallecimiento de su esposa. Sacó el paquete de Lambert&Butler y encendió un cigarrillo. La primera calada no le supo bien.

—Tenemos que marcharnos de esta ciudad cuanto antes —dijo Litvak—. Hay demasiados testigos de la pelea.

Stein asintió. Dio una segunda calada y sintió escozor. Seguramente tendría alguna herida. El rostro iracundo de John Miller no le permitía pensar en otra cosa. ¿Por qué habían asesinado a su mujer? ¿También estaba monitorizada?

—¡Noah! —gritó el hombre del ojo de hielo para sacarle del ensimismamiento— Debes llamar a Graham. Nos tiene que sacar de aquí.

Hace días habría contestado con un ademán de desprecio. El que daba las órdenes en ausencia de Fellerstone era él. Pero percibía la marca del microchip como una condena a muerte sin fecha de ejecución; se sentía atrapado, sin tiempo para arrogancias.

—Graham, soy Stein.

—Sí, adelante.

—La primera parte de la operación está cumplida. El turco ha muerto. Necesitamos que nos saques de aquí. Estamos en la plaza... —Se giró buscando un cartel.

—Os tengo controlados —le interrumpió observando la luz parpadeante en la pantalla—. En tres minutos llegará un coche a la plaza Príncipe de Viana.

Stein abrió y cerró el puño con frustración. Su intimidad se reducía al pasado. No podría hacer ningún movimiento sin que Graham Bates lo controlara.

—El objetivo ha cogido la A-12, dirección sur-oeste. No tardaréis mucho en alcanzarlo. ¿Alguna pregunta?

Litvak se distanció para ver la llegada del automóvil. Tenía prisa por abandonar Pamplona.

—¿Qué le ha ocurrido a Mary Miller?

El universitario balbuceó antes de contestar. Ignoraba a qué se debía la pregunta.

—No te entiendo, ¿qué quieres saber?

—Quiero que me cuentes qué habéis hecho.

—Activamos el protocolo.

—¡Joder! —masculló con rabia—. No me hables en esa jerga trasnochada. ¿Qué cojones habéis hecho?

Litvak se giró por los gritos. Noah tenía el rostro congestionado.

—Mary Miller huyó de su casa hacia las montañas Ozark. El señor Fellerstone nos dio la orden.

—¿Y?

—A través del microchip el profesor Beiglböck le provocó un infarto.

—¿Qué?

—Tranquilo, iba conduciendo y se salió de la carretera. Todos creerán que ha sido un accidente.

La espalda se le envaró y tuvo la sensación de que su cuerpo era inflexible. Acababa de sobrepasar los límites del temor. Litvak lo llamó.

—Ya está aquí —dijo señalando un coche.

Noah continuaba paralizado.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó acercándose unos pasos.

Stein cortó la comunicación.

*

Graham Bates miró hacia Bill, extrañado por la actitud de su jefe; el hombre de neandertal le restó importancia con un cabezazo.

—¿Puedo salir a fumar?

El universitario accedió devolviéndole el gesto. Dudaba si debía pasar un informe al señor Fellerstone. Saltarse la jerarquía era un modo de progresar o de hundirse.

*

Stein sujetó la puerta para impedir que Litvak subiera al coche.

—¿Estás monitorizado?

La nube del ojo se empequeñeció.

—¿Hasta qué punto eres leal a Fellerstone?

—Yo soy leal al dinero que me pagan —respondió Litvak abriendo la puerta—. ¡Vámonos!

CAPÍTULO 37

MURUZÁBAL

Saca el Sello de los Destinos de la bolsa de piel de cabra y acaricia con la yema de sus dedos la piedra de cornalina. Su tacto le aporta equilibrio, serenidad. Miles de años antes un dios lo forjó para gobernar la creación. Miles de años después Gabriela no desea cumplir la profecía, sino alterar la línea de futuro que ha visitado. Si somos posibilidades en el universo, podrá dirigir la atención a través del campo de inteligencia y activar, con las vibraciones, otra hebra vertical del tiempo donde el final sea diferente.

La cornalina está relacionada con el sexto chacra y es en el tercer ojo, donde ella comienza a sentir la fuerza de los misterios del alma, el coraje para enfrentarse a una situación de peligro. Gabriela medita con el Sello de los Destinos en sus manos, en el estudio, ajena a sus compañeros.

*

—¿Quieres más café, John?

—Sí, Emma, gracias.

En la mesa había bizcochos, chandríos, manzanas, albaricoques, sandía, cereales. Una bandeja con pan de masa madre, tarros de mantequilla, miel y mermelada casera. Y hasta un par de jarras con zumo de naranja y melocotón. Sag-giga extendía mermelada en una rebanada de pan mientras Renata la untaba con glotonería por un trozo de bizcocho.

—Emma, estos desayunos son magistrales. No te imaginas cómo te necesitamos en nuestra vida —dice la pecosa, despertando las risas de todos — Así que tú eres John Miller —continúa con cierto retintín.

—Sí —contesta el profesor extrañado por el tono.

—Te vi en el est... o sea que... tú y tu... —No acierta con las palabras para esquivar la metedura de pata.

—¿Me viste dónde?

—¡Te leí! Te leí, vamos, que te he leído, en los trabajos, ya sabes, los sumerios y eso. Muy bien, por cierto.

—Gracias.

—¿Y Gabriela? —pregunta Sag-giga—. ¡Tenemos tanto de qué hablar!

—En el estudio, meditando —responde Gaspar, al margen del grupo.

—¿Sabéis cuándo va a realizar la ceremonia? —Benazir hace la pregunta cortando una raja de sandía. Se la entrega a Sag-giga.

Emma contesta sin mucha convicción, avivando el fuego de la cafetera.

—Supongo que la está preparando. Necesita tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos —dice John agitando la taza de café—. Stein y ese del ojo...

—Litvak —aclara Sag-giga.

—Y Litvak, nos persiguen.

—¿Fellerstone está ya en España? —Indaga Emma.

—Fue a conocerme al aeropuerto de Chicago. Noah Stein me dijo que nos esperaría en Washington. Está muy mayor para viajar, no creo que venga.

—Vendrá —murmura Emma con temor.

John y Sag-giga, giran la cabeza hacia ella. La cafetera comienza a silbar.

—¡Ya está el café! —exclama con alegría para evitar el interrogatorio—. ¿Quién quería más?

*

Gaspar sube al estudio para comunicar a Gabriela que están preguntando por ella. Se detiene a la entrada, recreándose en cómo la luz del ventanal enmarca su figura. Siente un estremecimiento, solo con mirarla desaparecen los tonos grises de su vida. Duda si debe interrumpir la meditación. Cuando da media vuelta para bajar a la cocina Gabriela pronuncia su nombre en un susurro y tiende una mano al aire para que él se la estreche.

—¿Qué te ocurre? —pregunta al sentir su contacto.

—Están nerviosos, les gustaría hablar contigo.

Gabriela busca sus ojos oceánicos. Él rehúye la mirada rascándose el párpado izquierdo.

—Me refería a ti. Hace mucho que no veo esa sonrisa de canalla con la que me enamoraste.

Deja un dedo perfilando sus labios, dispuesta a acariciar las palabras que iban a salir por su boca.

—Gabi, uno de los motivos por los que te niegas a hacer el ritual es por mí.

Yo no te acompañaría a ese mundo clonado. Lo sé. Me siento culpable de que no cumplas con tu destino.

—Cada persona tiene varios caminos. La realidad es una amalgama de posibilidades, tú me lo enseñaste, y es esa persona, con sus decisiones, quien puede alterar la línea en la que quiere vivir. Que yo desee estar siempre a tu lado no te hace responsable de mis decisiones.

*

Benazir retira un cazo del fuego. Ha preparado café meticulosamente, al estilo árabe. Incluso le ha añadido cardamomo.

—Ahora vais a paladear lo que es un café de verdad —dice Sag-giga—. La diferencia de sabor con esa agua sucia que tomáis los occidentales.

La llegada de Gabriela interrumpe la degustación. Las miradas cambian su eje, expectantes. Emma deja de sacar tazas limpias y cierra la puerta del armario sin hacer ruido.

—Escuchad, necesito que subáis al estudio y os quedéis allí. Ellos no tardarán en llegar. No os enfrentéis ni opongáis resistencia. A partir de mañana, cada uno de vosotros volverá a la vida que desea. El sueño o la pesadilla de estos últimos meses, simplemente será un recuerdo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú? —pregunta John.

—Yo los esperaré en la entrada.

Benazir da un paso y sujeta a Gabriela por los hombros.

—Me quedaré contigo —asegura con firmeza—. Yo te ayudaré.

—No, Benazir, ayúdame quedándote con ellos. Yo debo cumplir mi destino.

*

Graham Bates les indicó que se detuvieran a la salida del pueblo. La casa estaba situada detrás de la siguiente loma, protegida por un pequeño bosque de pinos y abedules.

—El objetivo se encuentra a trescientos metros. Es una casa de tres plantas. El transmisor nos indica que JM-1 se encuentra en la tercera. Según el detector de infrarrojos hay cinco individuos con él. En la calle hay uno más.

—¿Van armados? —preguntó Litvak.

—Negativo. Félix Hackman recogerá a Fellerstone en Madrid y lo llevará a Muruzábal. Debéis retenerlos en la casa hasta que él llegue. ¿Alguna pregunta más?

Noah Stein se fijó en los movimientos rápidos de una liebre, buscaba un refugio en el campo. Un águila descendía en círculos con las alas extendidas,

usando las corrientes de aire.

—¿A qué hora llegará Fellerstone? —preguntó.

—Si no hay ningún retraso, a las 23:35, señor.

Noah cortó la comunicación y ordenó al conductor que arrancara. El águila desistió de cazar a su presa y batió las alas con fuerza para ganar altura.

—Ve despacio —dijo acomodándose en el asiento—. Si todo sale bien, a partir de mañana no escucharemos más a ese universitario repelente.

—¿Y si sale mal? —preguntó Litvak.

Retrasó unos segundos la respuesta. Los suficientes para concentrarse en su mano derecha.

—Tampoco.

*

El coche sube la loma y desciende con suavidad hasta la casa. Gabriela lo ve llegar sin impacientarse. Las lunas tintadas le impiden distinguir quién va dentro. Las dos puertas de atrás se abren prácticamente al mismo tiempo. Noah Stein se baja y espera a que Litvak rodee el coche para ponerse a su lado. Después se abrocha la chaqueta y caminan hacia ella.

—Buenos días, Noah —saluda con amabilidad.

Litvak se distancia un par de metros y levanta la vista hacia la última planta. Gaspar observa en medio de las cortinas.

—Supongo que eres Gabriela —dice Stein, con la cresta no era fácil reconocerla.

Ella asiente sin perder el punto de sus ojos. Noah enciende un cigarrillo; en el trayecto desde Pamplona no había fumado.

—¿Por qué no estás con los demás? —pregunta expulsando el humo.

—Voy a llegar a un acuerdo contigo.

—¿Conmigo?

El hombre del ojo de hielo chasquea la lengua con fuerza.

—Puedes oírlo —le dice a Litvak, respondiendo a la inquietud del gesto.

Noah da otra calada y hace un movimiento circular con los hombros, ajustando la chaqueta a las complicidades que le van a proponer.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Sé que estás marcado. Yo puedo salvarte.

*

La noche surge fría. Desde la sierra del Perdón, las nubes barren el valle de Ilzarbe con una lluvia fina, persistente. Gabriela está sentada en el primer

banco de Santa María de Eunáte. Ha encendido dos cirios a los pies del altar y una vara de incienso. Respira el aroma de las resinas cuando el chirrido de la puerta retumba en la bóveda. Unos pasos desiguales se acercan a ella; son los pasos de un anciano. Michael Fellerstone se sienta en el banco de al lado, permitiendo que el pasillo central los distancie.

—Bienvenido, Khaenofreh.

Lo saluda sin mirarle, dispuesta a llevar la iniciativa desde el principio. Fellerstone no se encuentra cómodo en la iglesia. Rezonga en voz baja mientras se sacude algunas gotas de la chaqueta.

—«Ten más miedo del tiempo que de mis ojos» —cita a Pound. Al cabo de un rato se gira hacia ella—. ¿A qué le temes, Cleopatra?

—A no llegar a un acuerdo que te permita morir en tu día.

Fellerstone suelta su sonido gutural con tal fuerza que acaba tosiendo repetidas veces.

—Siempre tan arrogante —dice entre toses.

Entretiene la mirada en la talla de la Virgen, para asimilar lo que acaba de escuchar y fuerza un último carraspeo.

—¿Te gusta la escultura? —pregunta Gabriela sin dejarle margen para recapacitar.

—Es una copia —contesta con desprecio—. Aunque es mejor que las de tu madre. La auténtica talla policromada la robaron.

—¿No es agotador odiar al mundo?

—El odio es un sentimiento. Yo carezco de esa debilidad. Vosotros en cambio, amáis y odiáis. Eso os hace vulnerables.

La virgen extiende sus manos hacia ellos. Gabriela decide no esperar más.

—Ten.

Deposita en el banco una caja cuadrada de cartón, atada con un lazo rizado de los que se utilizan para los regalos. El viejo la mira con desconfianza.

—¿Qué es esto?

—Mi parte del acuerdo.

—¿Me quieres comprar con lo que no te pertenece? Si hubiera querido tener en mi poder el Sello de los Destinos se lo habría quitado a ese desdichado árabe antes de que saliera de Irak —dice elevando la caja.

Gabriela observa el movimiento con recelo por si se abre la tapa. Se muerde el labio inferior, quizá se haya precipitado.

—El Sello solo era un señuelo...

—... para conseguir mi verdadero objetivo. Ahora os tengo a las dos, y un

obsequio adicional —le interrumpe pronunciando sus mismas palabras.

Fellerstone enmudece. Las llamas de los cirios dibujan oscilantes perfiles en su rostro arrugado.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Conoces las palabras que te iba a decir antes...?

—Todo es Uno. Yo soy tú, y las palabras se registran en...

—¡Déjame hablar! —Las bolsas de sus ojeras tiemblan por la cólera.

—Simplemente quiero explicarte las condiciones del acuerdo.

—No he esperado una eternidad para que me impongas condiciones desde la derrota.

—¿Derrota? No hemos terminado de negociar.

—¡Yo sí!

Se pone de pie, señalándola con uno de sus puntiagudos dedos.

—Voy a respirar tu sufrimiento, Cleopatra, voy a respirar cada gemido de dolor que tu garganta grite. Y entonces me suplicarás, me suplicarás de rodillas viendo morir a todos.

—No puedes ser tan cruel como para asesinar a todos.

—¡A todos! —grita acercando la boca temblorosa a su cara—. No quedará ni el polvo de vuestros huesos, seréis borrados de la historia, como hemos hecho con miles de sucesos a lo largo de la humanidad. Sus insignificantes mentes egoístas no están preparadas para conocer la verdad. Nadie sabrá nunca que existió el Sello de los Destinos, ni una tablilla sumeria con una profecía.

Litvak se aparta de las sombras de la puerta hacia los arcos del claustro. Una racha de viento apaga los cirios.

—Tu madre, tu hijo y tú, sufriréis hasta el final. —Los ojos le brillan en la oscuridad—. Seréis mi última y más grandiosa ofrenda al dios Moloch. El sacrificio de tres generaciones puras. ¡Stein!

Noah tarda unos segundos en aparecer, iluminando el pasillo con una linterna.

—Cuando nos volvamos a ver te aseguro que serás más dócil. Hasta pronto, Cleopatra —se despide con la punta de su lengua asomada a los labios—. Hazte cargo de ella —le ordena al pasar por su lado.

Fellerstone refleja un leve giro de indecisión en su cuello al ver que Stein lleva un guante en la mano de la linterna. Desecha la aparente contradicción y sacude la caja de cartón al aire según abandona el templo.

—Adiós, Khaenofreh.

El sonido de la caja es débil. No da la impresión de que dentro esté el Sello

de los Destinos. Deshace el nudo y la abre. Busca con torpeza entre el relleno de paja seca, hasta descubrir horrorizado lo que hay en el interior: el dedo índice de Noah Stein.

—¿Qué diablos es...? —pregunta girándose hacia el interior.

Litvak enlaza su cuello con un cordón y lo derriba, arrastrándole de espaldas por las piedras del claustro. Fellerstone patatea con furia durante unos metros. La lluvia cae sobre su cara y él boquea desesperado. Lucha por aferrarse a algo que frene la asfixia, pero las manos resbalan por las mangas húmedas de su verdugo. Un zapato se queda entre el barro, el pie desnudo crisca los dedos arañando la tierra. Segundos después se queda inmóvil. Los ojos, enrojecidos de sangre, cobran una dimensión desproporcionada. Cuando llegan al coche, Litvak lo levanta y lo mete en el maletero.

La lluvia aporta al valle de Ilzarbe un intenso olor a hierba mojada que se mezcla con el aroma del romero y el tomillo de las lomas. Michael Fellerstone no puede apreciarlo.

*

Noah enfoca el rostro de Gabriela con la linterna. Tiene los ojos húmedos y repite algo en voz baja. Supone que está rezando.

—Se acabó —dice Stein, exhalando un prolongado bufido.

—No te engañes —responde Gabriela—. Todo sigue igual. Solo han cambiado los nombres.

—Eso era lo que querías, ¿no?

Gabriela no contesta. Sube al altar y adopta la postura de loto delante de la Virgen. Repite el mantra «*Om mani padme hum*» para alejarse del cuerpo físico y adentrarse en la conciencia, pero el dolor la arrastra a la mente, a ese murmullo inagotable donde se suceden las imágenes del pasado: Irene, desbordante de cariño, Candela y su huelga de hambre, Raquel, Ismael, el incendio de la residencia. El llanto por la pérdida aquieta las vibraciones, sus palabras sustituyen al mantra. «Solo han cambiado los nombres». «Solo han cambiado los nombres». Y pide perdón por desear esta vida, por eludir la responsabilidad y dejar a otras generaciones la lucha contra «los Fellerstone». El Sello de los Destinos permanecerá oculto en la iglesia de las cien puertas, hasta que la persona elegida lo encuentre y pueda separar el bien del mal. Mientras tanto, Gabriela llora.

*

Comienza a amanecer en el valle de Ilzarbe, tierra de robles y abedules, de

romero y tomillo. Un sol tibio acude a la cita de ese día. Los vientos de la sierra del Perdón mecen los campos de cebada y Gabriela camina hacia el único horizonte que desea en su vida.

Gaspar se está sirviendo un café. Cuando ella entra en la cocina, las manos se le entorpecen con los nervios y la taza de loza cae al suelo rompiéndose en añicos. Gabriela se acerca y comienza a recoger los restos despacio, sin prisa. Él se agacha a su lado para ayudarla. No se miran. Retiran los pedazos de loza o de esta historia en silencio. Coinciden en el asa rota al mismo tiempo y sus dedos se rozan, se tocan levemente. Gaspar suelta el asa y aferra su mano.

—Creí que no te volvería a ver —dice con los ojos fijados en las manchas de café.

—No podía irme.

—¿Por qué?

Los dos levantan la mirada. Gabriela se ve reflejada en sus ojos oceánicos y a pesar de los trozos rotos, piensa que la vida aún es posible.

—Te dejaste la sonrisa olvidada en mi boca.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a aquellas personas que algún día me miraron, a todas aquellas a las que yo no miré, y en especial a las que han hecho posible que tú estés leyendo estas palabras.

A Helena y Álex de Máx Estrella por decidir que *La Centésima Puerta* merecía ser abierta.

A Ana, Alejandro y Maribel, que fueron pacientes con mi locura.

A Olga Velasco, Luz Olier, Avelino Hernández, Agustín López y Mercedes Espert por sus sabias aportaciones.

A Sandra Molero que la leyó con entusiasmo cuando solo era un sueño.

A Jesús Cernuda, siempre.

BIBLIOGRAFÍA

Poema Babilónico de la Creación: *Enûma Elish*.

Epopéya de Gilgamesh.

Shulgi: *Poema de amor*.

Cleopatra: *Chrisopoeia*.

Michio Kaku (2014): *El futuro de nuestra mente: El reto científico para entender, mejorar, y fortalecer nuestra mente*. Penguin Random House. España.

Zecharia Sitchin (2002): *El duodécimo Planeta*. Obelisco, España.

Eckhart Tolle (2014): *El Poder del Ahora*. Penguin Random House, México.

Linda Howe (2013): *La sanación a través de los Registros Akásicos: cómo utilizar el poder de tus heridas sagradas para descubrir la perfección de tu alma*. Spanish Pubs Llc.

Brian Weiss (2014): *A través del tiempo*. Penguin Random House. España.

Gregg Braden (2009): *La Matriz Divina: Cruzando las barreras del tiempo, el espacio, los milagros y las Creencias*. Hay House Inc.

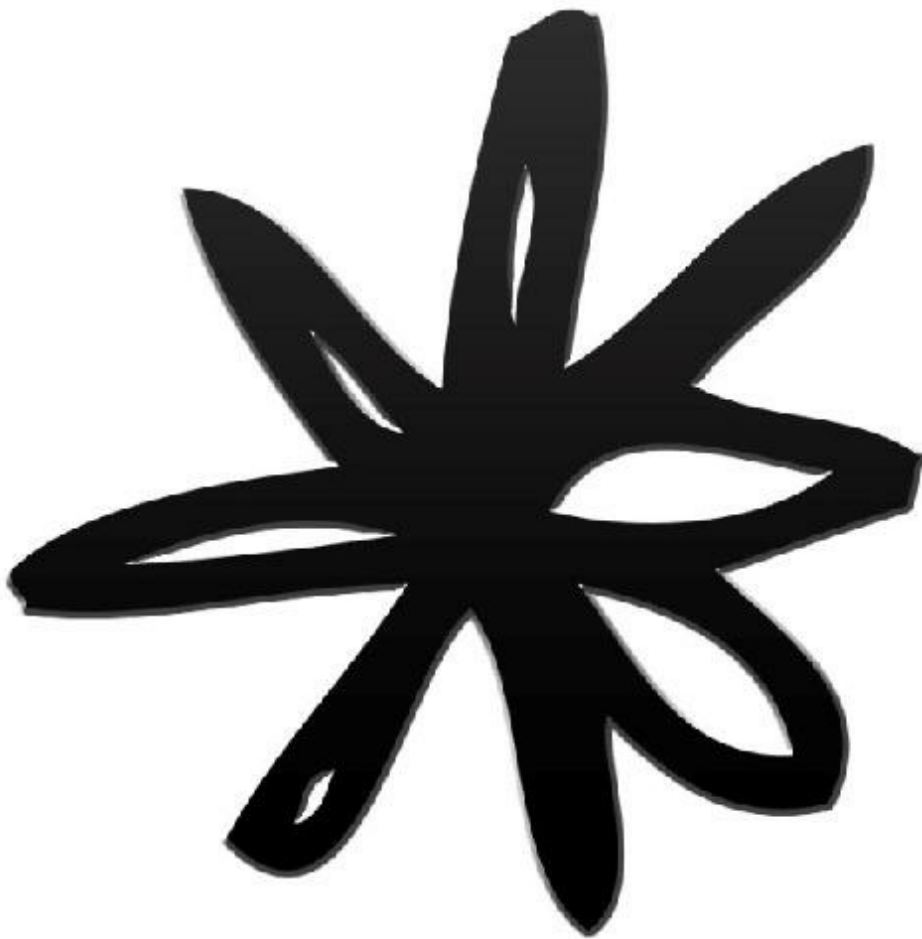
Guillermo Ferrara (2001): *El arte del Tantra: La energía divina del sexo y del amor*. Océano Difusión Editorial.

Artículo sobre «Chile, la herida abierta» de Mario Amorós

«Intervención de la CIA en Chile» en El blog del viejo topo.

«Transformemos con matemática
de espejo cóncavo
las normas clásicas».

MAX ESTRELLA



Notas

[←1]

. Patria y Libertad: Organización de extrema derecha en Chile.

[←2]

. Ká.dingir: Babilonia en sumerio. Kalkhu: actualmente Nimrud, ciudad de Irak. Ninua: Nínive en acadio. Antigua ciudad de la alta Mesopotamia. Ki.en.gi: Sumeria.

[←3]

. En.Ki: dios sumerio.

[←4]

. Diýla: Ríó Tígris.

[←5]

. Al-Furat: Río Éufrates

[←6]

. Ash-Sham: Siria.

[←7]

. Lubnān: Lībano.

[←8]

. Jútba: el sermón en la tradición islámica.

[←9]

- . Sunnah: junto con El Corán, define las bases de la religión musulmana.

[←10]

- . Enûma Elish: poema babilónico que narra el origen del mundo.

[←11]

. Uruk: antigua ciudad de Mesopotamia.

[←12]

. *Sag-giga*: los sumerios se llamaban a sí mismos *sag-giga*, literalmente «pueblo de cabezas negras»

[←13]

- . Shakti y Shiva: según el hinduismo: energía femenina y masculina.

[←14]

. *Think Tanks*: Literalmente tanques de pensamiento. Organizaciones dedicadas al análisis de cuestiones de interés para poner en marcha planes de estrategia.

[\[←15\]](#)

. Vaughn Bode: Nueva York, 1941– San Francisco, 1975; Importante dibujante de cómics.

[\[←16\]](#)

. Shagal: Chacal.

[\[←17\]](#)

- . Langley: lugar donde se encuentra la sede de la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

[\[←18\]](#)

. Anatolia: región de Turquía.

[←19]

. Ashrams: lugar de retiro espiritual.

[←20]

. Abū ‘Alī al-Ḥasan: matemático, físico y astrónomo musulmán. En occidente lo llamaban: Alhacén.

[←21]

. *Ellâm Onru*: texto anónimo escrito en tamil en el siglo XIX.

[←22]

. Nefilim: según el Génesis, los descendientes de los hijos de Dios y las hijas de los hombres.

[←23]

. *Al- 'āyah*: cada uno de los versículos en los que se divide un capítulo de El Corán.

[←24]

. *Al-qurʿān*: El Corán, libro sagrado del Islam, que contiene las palabras sagradas de Allah reveladas a Mohammad por medio del Ángel Gabriel.

[←25]

. Ney: instrumento musical, precursor de la flauta moderna.

[←26]

. Kamanché: instrumento musical de cuerda.

[←27]

. *Isa*: Jesucristo para el Islam.

[←28]

. Ízmir: Esmirna para los árabes.

[←29]

- . Papiro anfiteátrico: papiro de clase media, sin demasiada calidad.

[\[←30\]](#)

. *Al-khīmiyā*: alquimia en árabe.

[←31]

. Pugio: puñal usado por los soldados de las legiones.

[←32]

- . Papiros Emporíticos: papiros de baja calidad, utilizados para envolver objetos.

[\[←33\]](#)

. Aydin: provincia de Turquía.

[←34]

. Duat: el inframundo según la mitología egipcia. Lugar donde se celebraba el juicio de Osiris.

[←35]

. Al-Qāhira: El Cairo.

[\[←36\]](#)

. *Al-waswās*: Satanás para el Islam.

[←37]

. Iblis Shaytaan: nombre de un genio maligno.

[←38]

- . Payload: virus informático que transmite los datos.

[←39]

- . *Black hats*: hacker que viola la seguridad de un ordenador para beneficio personal.

[←40]

. *Niqāb*: velo que oculta el rostro de las mujeres musulmanas de forma más rígida que el hiyab.

[←41]

. *Zaghareed*: grito con el que las mujeres árabes expresan su alegría.

[←42]

. Meltem: viento fuerte del mar Egeo.

[←43]

- . Dallah: recipiente metálico con un pitorro largo diseñado para elaborar café árabe.

[←44]

- . Cezve: recipiente de asa larga para elaborar café turco.

[←45]

- . Sahasrara: séptimo chacra, situado en la parte superior de la cabeza.

[←46]

- . Samādhi: un estado de conciencia en la meditación, en el que se alcanza la unidad con lo divino.

[←47]

. Anahata: cuarto chacra, situado cerca del corazón.

[←48]

. *Insha'Allah*: si Dios quiere.

[←49]

. *Sūriyā*: Siria.

[←50]

- . *Koşma*: canción tradicional turca sobre el amor y la naturaleza.

[\[←51\]](#)

. *Ouzo*: licor anisado de origen griego.

[←52]

. Palabras de Jesucristo contenidas en el Evangelio Gnóstico de Tomás.

[←53]

. Inna-Lillahi-Wa-Inna-Ilaihi Rajiun: De Allah somos y a Él hemos de volver.

[←54]

. Ublyudok: Hijo de puta.

[←55]

. *'Alayhi as-Salam*: La paz sea con él.

[←56]

. Sallahu alayhi wa sallam: Que Allah le bendiga y le conceda la paz.

[←57]

- . Chandríos: rosquillas alargadas y crujientes con sabor anisado.

[←58]

- . Rhode Island: Estado con mayor número de católicos en Estados Unidos.

[←59]

. *Tasbih*: Rosario musulmán que utilizan para el rezo.

[←60]

. Media vita in morte sumus: Antífona latina, que se traduce como «En medio de la vida ya estamos en la muerte».

Table of Contents

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)